



DESPUÉS  
DEL  
DESHIELO

«Feroz, vívido y violentamente hermoso».

STEPHANIE GARBER, autora de *Caraval*.

ADRIENNE YOUNG

**DESPUÉS  
DEL  
DESHIELO**

# DESPUÉS DEL DESHIELO



ADRIENNE YOUNG

Traducción de Silvina Poch



**P U C K**

Argentina – Chile – Colombia – España  
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *Sky In The Deep*  
Editor original: Wednesday Books  
Traducción: Silvina Poch

1.ª edición: noviembre 2018

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2018 by Adrienne Young  
Traducción publicada en virtud de un acuerdo con la autora gestionado a través de c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, U.S.A.

*All Rights Reserved*

© de la traducción 2018 by Silvina Poch

© 2018 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

[www.mundopuck.com](http://www.mundopuck.com)

ISBN: 978-84-17312-95-4

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

**PARA JOEL,**  
QUE NUNCA INTENTÓ DOMESTICAR  
MI CORAZÓN SALVAJE

# 1



—**Y**a vienen.  
Recorrí la hilera de los guerreros Askas, inclinados unos contra otros, ocultos tras la colina cenagosa. Abajo, la niebla se extendía como un velo sobre el campo dificultándonos la vista, pero podíamos escucharlos: el roce de las espadas y de las hachas contra las armaduras, las pisadas rápidas sobre el lodo resbaladizo. Mi respiración fluía casi al mismo ritmo que los sonidos, inhalaba una bocanada de aire y esperaba otra antes de liberarla.

El silbido estridente de mi padre llegó a mis oídos y busqué por la hilera, entre los rostros manchados de tierra, hasta encontrar un par de ojos intensamente azules posados en mí. Una barba grisácea caía en una trenza sobre su pecho, detrás del hacha, que aferraba con su enorme puño. Levantó el mentón hacia mí y le devolví el silbido: era nuestra forma de decirnos que debíamos tener cuidado, intentar no morir.

Mýra me colocó la larga trenza por encima del hombro y apuntó hacia el campo con un movimiento de la cabeza.

—¿Juntas?

—Siempre. —Eché un vistazo hacia atrás, donde los miembros del clan se

encontraban formados hombro con hombro esperando la señal, en medio de un mar de bronce y cuero rojo. Mýra y yo habíamos peleado por nuestro lugar en el frente.

—Ten cuidado con el lado izquierdo. —Sus ojos pintados con *kol* bajaron hasta mi armadura, que cubría unas costillas que apenas empezaban a soldar.

—Están bien —respondí, lanzándole una mirada fulminante, sintiéndome insultada—. Si te preocupa, búscate a otra con quien luchar.

Meneó la cabeza desestimando mi propuesta antes de ponerse de pie y revisar mi armadura por última vez. Traté de no hacer ningún gesto de dolor mientras ajustaba las correas que había dejado deliberadamente flojas. Aunque fingió no notarlo, no me pasó desapercibida la expresión de sus ojos.

—Deja de preocuparte por mí. —Deslicé la mano por el lado derecho de mi cabeza, donde llevaba el pelo rapado debajo de las trenzas.

Atraje su mano hacia mí para asegurar, de forma instintiva, las correas del escudo alrededor de su brazo. Hemos sido compañeras de batalla durante los últimos cinco años y conozco cada pieza de su armadura tan bien como ella conoce cada hueso mal curado de mi cuerpo.

—No estoy preocupada —señaló con una sonrisita de suficiencia—, pero apuesto mi cena a que hoy mataré más Rikis que tú. —Me arrojó mi hacha.

Extraje la espada de la funda con la mano derecha y atrapé el hacha con la izquierda.

*Vegr yfir fjor.*

Mýra metió el brazo hasta el fondo en el escudo, luego lo levantó por encima de su cabeza formando un arco para estirar el hombro antes de decírmelo a mí.

*Vegr yfir fjor.*

El honor por encima de la vida.



El primer silbido rasgó el aire a nuestra derecha para advertirnos que debíamos estar preparados. Cerré los ojos y sentí la firmeza de la tierra bajo mis pies. Los sonidos de la batalla se acercaban rápidamente hacia nosotros, entremezclándose con las profundas plegarias de los miembros de mi clan, que se elevaron a mi alrededor como el humo de un reguero de pólvora. Dejé que las palabras surgieran de mis labios por lo bajo y le pedí a Sigr que me protegiera, que me ayudara a derrotar a sus enemigos.

—¡Adelante!

Retrocedí, levanté el hacha y la enterré profundamente en la tierra para impulsarme hacia arriba, por encima de la colina, y me propulsé hacia adelante. Mis pies golpearon el suelo y eché a correr dejando profundas huellas en el lodo blando con mis botas, hacia la pared de niebla que flotaba sobre el campo de batalla. La nube nos devoró y seguí a Mýra con el rabillo del ojo mientras el frío pasaba violentamente a nuestro lado como un chorro de agua hasta que aparecieron figuras oscuras en la brumosa lejanía.

Los Rikis.

Los enemigos de nuestro dios corrían hacia nosotros en una nebulosa de pieles y hierro. El pelo enredado en el viento, el sol brillando en el acero de sus armas. Al verlos, aceleré el paso y apreté los dedos alrededor de mi espada mientras avanzaba, delante de los demás. Dejé que el rugido ascendiera dentro de mí, desde ese profundo lugar que renacía con cada batalla. Grité, mis ojos se clavaron en un hombre pequeño de la primera línea enemiga, los hombros cubiertos con pieles anaranjadas. Le silbé a Mýra, me incliné con el viento y corrí directamente hacia él. Mientras nos acercábamos a ellos, me coloqué de lado y conté los pasos, midiendo el camino hasta el momento en que el espacio entre nosotros desapareciera, devorado por el sonido de cuerpos pesados que chocaban unos contra otros. Mordí con fuerza

y le enseñé los dientes. Levanté la espada por detrás de mí, bajé el cuerpo hacia el suelo y la sacudí mientras pasaba, apuntándole al estómago.

El hombre alzó el escudo justo a tiempo y se arrojó hacia la izquierda, golpeándome con el borde. Unas manchas negras nublaron de forma violenta mi vista mientras los pulmones protestaban detrás de mis doloridas costillas y se me cortaba la respiración. Traté de recuperar el equilibrio, pero tropecé y caí al suelo, al instante me incorporé con el hacha levantada, ignorando el dolor que brotaba en mi costado. Su espada detuvo el acero sobre su cabeza y lo retorció violentamente, pero eso era justo todo lo que necesitaba.

Su costado quedó completamente desprotegido.

Hundí la espada por un lado de la armadura. Su cabeza voló hacia atrás, la boca abierta mientras gritaba y la espada de Mýra cayó sobre su cuello con un movimiento fluido, cortando músculos y tendones. Arranqué mi espada y un chorro de sangre caliente salpicó mi cara. Mýra giró su cuerpo con el tacón de la bota cuando otra sombra aparecía en la niebla a sus espaldas.

—¡Abajo! —grité mientras dejaba volar mi hacha.

Mýra se agachó y la hoja quedó sepultada en el pecho de un Riki, haciéndolo caer de rodillas. Su cuerpo enorme se desplomó sobre ella, inmovilizándola contra la tierra. La sangre cubrió la blanca piel de Mýra de un rojo intenso y brillante.

Me apresuré a correr hacia ella y enganché los dedos en la pechera de la armadura del Riki y lo arrastré conmigo. Cuando ella quedó libre, se levantó de un salto, buscó su espada y echó una mirada a su alrededor. Aferré el mango de mi hacha e hice palanca para extraerlo de los huesos del pecho del guerrero.

La niebla comenzó a disiparse, retrocediendo con el calor de la luz matinal. Bajando por la colina hasta el río, el suelo estaba cubierto de guerreros que

luchaban y trataban de dirigirse hacia el agua. Al otro lado del campo, mi padre lanzaba su espada hacia atrás para clavarla en el estómago de un Riki. Luego, la arrojaba hacia adelante para golpear a otro en la cara, los ojos dilatados por la batalla y el pecho rebosante de atronadores gritos de guerra.

—¡Vamos! —le grité a Mýra mientras saltaba por encima de los cuerpos caídos y me abría paso hacia la orilla del río, donde se había concentrado la pelea.

Con mi espada, golpeé la parte de atrás de la rodilla de un Riki, lanzándolo al suelo a mi paso. Y luego a otro, dejando a ambos para que alguien los rematara.

—¡Eelyn! —Mýra pronunció mi nombre justo cuando me estampé contra otro cuerpo, unos brazos grandes me envolvieron y me apretaron con tanta fuerza que la espada resbaló de mis dedos. Gruñí, intentando liberarme dando patadas, pero era muy fuerte. Le mordí la piel del brazo hasta que sentí el gusto de la sangre y sus manos me empujaron hacia el suelo. Choqué con fuerza y, mientras trataba de recuperar el aliento, rodé hasta ponerme de espaldas y busqué el hacha. Pero la espada del Riki estaba a punto de caer sobre mí. Rodé otra vez, cogí el cuchillo que tenía en el cinturón, me puse nuevamente de pie y me enfrenté a él. La respiración emergía delante de mí en ráfagas blancas.

Detrás de mí, a mi espalda, Mýra luchaba entre la niebla.

—¡Eelyn!

El guerrero se lanzó hacia mí con la espada en alto y caí de nuevo hacia atrás. La hoja atravesó mi manga y el grueso músculo de mi brazo. Arrojé el cuchillo, cogiéndolo de la hoja, y él dejó caer la cabeza hacia un lado. Logró eludirlo, pero el acero rozó su oído y, cuando posó su mirada en mí, sus ojos echaban fuego.

Con dificultad, me arrastré por el suelo intentando ponerme de pie. Él levantó la espada. Mis ojos cayeron sobre la sangre Aska que cubría su pecho y sus brazos mientras se acercaba a mí con paso seguro y resuleto. Detrás de él, mi espada y mi hacha yacían en el suelo.

—¡Mýra! —grité, pero se encontraba completamente fuera de mi vista.

Eché una mirada a mi alrededor mientras algo que extrañamente sentía en una batalla se agitaba en mi interior: pánico. No tenía ningún arma cerca y era imposible que lo derrotara solo con las manos. Se acercaba, apretando los dientes y moviéndose como un oso sobre de la hierba.

Pensé en mi padre. En sus manos llenas de tierra, en su voz profunda y atronadora. Y en mi hogar. El fuego crepitando en la oscuridad, el claro lleno de escarcha por las mañanas.

Me puse de pie presionando los dedos sobre la herida punzante de mi brazo y pronunciando el nombre de Sigr por lo bajo, pidiéndole que me aceptara, que me recibiera, que cuidara de mi padre.

—*Vegr yfir fjor*, susurré.

El guerrero empezó a moverse *más* despacio mientras observaba el movimiento de mis labios.

Las pieles que llevaba por debajo de la armadura se movieron con la brisa húmeda, levantándose alrededor de su angulosa mandíbula. Parpadeó y apretó la boca en una línea recta mientras daba los últimos pasos hacia mí. No eché a correr. No dejaría que me derribara atacándome por la espalda.

El acero brilló mientras levantaba la espada por encima de su cabeza, dispuesto a dejarla caer. Cerré los ojos y respiré. Pude ver el reflejo del cielo gris en el fiordo, el sauce verde en la ladera de la colina. El viento se entrelazó en mi cabello y escuché el rugido de los hombres de mi clan luchando a lo lejos.

*Vegr yfir fjor.*

—¡Fiske! —Una voz profunda y ahogada perforó la niebla y llegó hasta mí, y mis ojos se abrieron bruscamente.

El Riki que tenía delante se detuvo, sus ojos se desviaron de forma violenta hacia el lugar desde donde nos llegaba la voz.

Fulminante.

—¡No! —Una maraña de pelo rubio y rebelde se acercó a toda velocidad hasta él y, de un golpe, tiró su espada al suelo—. Fiske, no. —Aferró la armadura del guerrero, inmovilizándolo en el sitio—. *No.*

Algo se retorció dentro de mi mente, la sangre empezó a correr más despacio por mis venas y mi corazón se detuvo.

—¿Qué haces? —El Riki se liberó bruscamente, levantó su espada, pasó junto a él y arremetió contra mí.

El hombre se dio la vuelta, lanzó los brazos alrededor del Riki y lo hizo girar.

Y ahí fue cuando lo vi... su rostro.

Y me quedé congelada. Yo era como el hielo del río, como la nieve adherida a la ladera de la montaña.

—Iri. —Era el fantasma de una palabra en mi respiración.

Dejaron de forcejear y alzaron la vista hacia mí con los ojos muy abiertos, y lo que estaba viendo se hundió más profundamente en mi interior. *A quién* estaba viendo.

—¿Iri? —Mi mano temblorosa aferró la armadura mientras mis ojos se llenaban de lágrimas. Mi estómago estaba revuelto como una tormenta en el centro del caos que nos rodeaba.

El hombre de la espada me miró, sus ojos recorrieron mi rostro mientras hacía un esfuerzo por entender lo que estaba pasando. Pero mis ojos estaban

clavados en Iri, en la curva de su mentón, en su pelo... dorado como el sol. Tenía el cuello manchado de sangre, las mismas manos que mi padre.

—¿Qué pasa, Iri? —la mano del Riki sujetó con más fuerza la empuñadura de la espada, la hoja todavía estaba cubierta con mi sangre.

Me resultaba difícil escucharlo. Me resultaba difícil pensar, todo se difuminaba en el torbellino de la imagen que tenía frente a mí.

Iri se acercó despacio, los ojos saltando nerviosos sobre los míos. Se me cortó la respiración cuando sus manos se acercaron a mi rostro y se inclinó tan cerca de mí que pude sentir su aliento en mi frente.

—Huye, Eelyn.

Me dejó ir y mis pulmones se retorcieron e imploraron aire. Me di la vuelta buscando a Mýra en la neblina y abrí la boca para llamar a mi padre. Pero el aire nunca llegó.

Él se marchó, devorado por la niebla, y el Riki desapareció con él.

Como si fueran fantasmas.

Como si nunca hubieran estado aquí.

Y no podían haber estado aquí. Porque era *Iri*, y la última vez que había visto a mi hermano había sido cinco años atrás. Yacía muerto sobre la nieve.

## 2



**M**e abrí paso entre la niebla y eché a correr hacia el río lo más rápido que podían llevarme mis pies, Mýra pegada a mis talones, su espada balanceándose de un lado a otro. Mis ojos estaban en los árboles, en la dirección en la que Iri se había marchado. Brincaban de sombra en sombra, buscando un mechón de pelo claro en la oscuridad del bosque.

Una mujer saltó desde la hilera de árboles, pero Myrna cortó su aullido apareciendo desde un lateral y chocando contra ella con un cuchillo en la mano. Lo arrastró a través de su garganta, la dejó caer y luego continuó corriendo detrás de mí.

Se escuchó el silbido de retirada de los Rikis y, aún enredados en la batalla, los cuerpos se separaron dejando el verde campo de batalla pintado de rojo por la muerte de los guerreros. Salí corriendo, serpenteando entre los Rikis en retirada y buscando entre todos los hombres rubios, examinando sus rostros uno por uno.

—¿Qué estás *haciendo*? —Mýra tiró con violencia de mí, su anguloso rostro arrugado por la confusión.

Los últimos hombres desaparecieron entre los árboles, detrás de mi amiga,

y me di la vuelta buscando la túnica azul de lana que mi padre llevaba debajo de la armadura.

—¡Aghi!

Las cabezas de los Askas que estaban en el campo se giraron hacia mí. Mýra cogió mi brazo y apoyó su mano en la herida para detener la sangre.

—Eelyn. —Me atrajo hacia ella—. ¿Qué te pasa?

Distinguí el rostro de mi padre al otro lado del campo, donde la niebla aún se levantaba de la tierra como una nube ascendente.

—¡Aghi! —Su nombre me raspó la garganta.

Alzó el mentón ante el sonido entrecortado y sus ojos recorrieron la vasta extensión cubierta de cadáveres. Cuando me encontraron, cambiaron la preocupación por el miedo. Soltó el escudo y salió corriendo hacia mí.

Caí de rodillas, la cabeza me daba vueltas. Mi padre se dejó caer a mi lado, sus manos recorrieron mi cuerpo y sus dedos se deslizaron sobre la sangre y la piel bañada por el sudor. Me examinó con cuidado mientras el terror inundaba su rostro.

Aferré el chaleco de su armadura y tiré de él hasta tener su rostro frente a mí.

—He visto a Iri. —Las palabras se quebraron en un sollozo.

Todavía podía verlo: los ojos claros, los dedos tocando mi rostro.

La mirada de mi padre se desvió hacia Mýra antes de que el aire que estaba contenido en su pecho liberara el pánico que sentía. Cogió mi cara entre sus manos y me miró.

—¿Qué ha pasado? —Sus ojos percibieron la sangre que aún brotaba de mi brazo. Me soltó, cogió su cuchillo y cortó la túnica del Riki que yacía muerto junto a nosotros.

—Lo *he visto*. He visto a Iri.



Envolvió la tela rota alrededor de mi brazo y la ató con fuerza.

—¿De qué estás hablando?

Llorando, aparté sus manos de mí.

—¡Escúchame! ¡Iri ha estado *aquí*! ¡Yo lo he visto!

Al fin, sus manos se quedaron quietas y la confusión iluminó sus ojos.

—Yo estaba peleando contra un hombre, que estaba a punto de... —Me estremecí recordando lo cerca que había estado de la muerte... más cerca que nunca—. Iri surgió de la niebla y me salvó. Estaba con los Rikis. —Me levanté, cogí su mano y lo arrastré hasta la hilera de árboles—. ¡Tenemos que encontrarlo!

Pero mi padre permaneció como una piedra hundida en la tierra. Alzó el rostro hacia el cielo y sus ojos parpadearon ante los rayos del sol.

—¿Me oyes? ¡Iri está vivo! —grité apretando mi brazo contra el cuerpo para calmar los violentos latidos que sentía alrededor de la herida.

Su mirada se clavó de nuevo sobre mí, las lágrimas acumuladas en los ángulos internos de los ojos como pequeñas llamaradas blancas.

—Sigr. Él ha enviado el alma de Iri para salvarte, Eelyn.

—¿Qué? No.

—Iri se fue a *Sólbjörg*. —Sus palabras eran aterradoras y delicadas, revelaban una ternura que mi padre nunca había demostrado. Se acercó, me miró a los ojos y sonrió—. Sigr te ha favorecido, Eelyn.

Mýra permanecía detrás de mí con los ojos verdes bien abiertos por debajo de sus trenzas cobrizas y deshechas.

—Pero... —me atraganté—. *Realmente* lo he visto.

—Así ha sido. —Una sola lágrima cayó por la dura mejilla de mi padre y desapareció entre su barba. Me atrajo hacia él y me envolvió entre sus brazos. Cerré los ojos, el dolor de la herida era tan fuerte que casi no podía sentir la

mano.

Parpadeé, intentando entender. Lo había *visto*. Estaba allí.

—Esta noche haremos un sacrificio. —Me soltó y volvió a apoyar sus manos en mi rostro—. Creo que nunca me has llamado con un grito como hoy. Me has asustado, *sváss*. —Había una risa alojada en lo profundo de su pecho.

—Lo siento —murmuré—. Es que yo... he pensado que...

Esperó a que mis ojos lo miraran de nuevo.

—Su alma está en paz. Alégrate: hoy tu hermano te ha salvado la vida. — Me dio una apretón en el brazo sano, que estuvo a punto de hacerme caer al suelo.

Me sequé las mejillas con la palma de la mano y me di la vuelta para ocultarme de los rostros que continuaban observándome. Muy pocas veces había llorado delante de los miembros de mi clan. Me hacía sentir pequeña. Débil, como la quebradiza hierba de invierno que crecía bajo nuestras botas.

Reprimí las lágrimas y me recompuse mientras mi padre me hacía un gesto de aprobación. Era lo que él me había enseñado: a ser fuerte. A armarme de valor. Regresó al campo y se puso a trabajar. Yo lo seguí con Mýra, intentando calmar mi jadeante respiración. De aquietar el embate de las olas en mi cabeza. Caminamos hacia nuestro campamento recogiendo por el camino las armas de los guerreros Askas caídos en combate. Observé a mi padre por el rabillo del ojo, sin poder apartar de mi mente el rostro de Iri.

Mis pies se detuvieron en el extremo de un charco y miré mi imagen reflejada en el agua. La tierra salpicaba mi rostro y mi cuello anguloso. Había sangre seca en mis trenzas largas y doradas. Los ojos de un azul gélido, como los de Iri. Tomé una bocanada de aire y levanté la vista hacia las nubes finas y blancas que se deslizaban por el cielo para evitar derramar otra lágrima.

—Aquí —me gritó Mýra. Estaba arrodillada sobre una mujer Aska: el cuerpo de lado, los ojos abiertos y los brazos extendidos como si quisiera alcanzarnos.

Le desabroché con cuidado el cinturón y la funda de la espada y los apilé con los demás antes de comenzar con la armadura.

—¿La conocías?

—Un poco. —Mýra se estiró para cerrarle los ojos con las yemas de los dedos. Le apartó dulcemente el cabello de la cara antes de comenzar y las palabras brotaron de sus labios con suavidad—. Aska, has llegado al final de tu viaje.

Inmediatamente después, me uní a ella para pronunciar las palabras rituales que nos sabíamos de memoria.

—Le pedimos a Sigr que acepte tu alma en *Sólbjörg*, donde la larga fila de guerreros Askas sostienen sus antorchas en el sendero de las sombras.

Mi voz se apagó y dejé que Mýra hablara primero.

—Lleva mi amor a mi padre y a mi hermana. Pídeles que vigilen por mí. Diles que mi alma está contigo.

Cerré los ojos mientras la plegaria encontraba un lugar familiar en mi lengua.

—Lleva mi amor a mi madre y a mi hermano. Pídeles que vigilen por mí. Diles que mi alma está contigo.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta antes de abrir los ojos y mirar la expresión pacífica de la mujer por última vez. No había podido pronunciar las palabras sobre el cuerpo de Iri como lo había hecho cuando murió mi madre, pero Sigr se lo había llevado igualmente.

—¿Alguna vez has visto algo así? —susurré—. ¿Algo que no fuera real?

—*Era* real —contestó Mýra con un parpadeo—. El alma de Iri es real.

—Pero era más grande... un hombre. Me habló. Él me tocó, Mýra.

Se puso de pie mientras se colgaba en el hombro todas las hachas que llevaba en el brazo.

—Yo estaba ese día, Eelyn. Iri murió. Lo vi con mis propios ojos. Fue *real*.

—Fue la misma batalla que se llevó a la hermana de Mýra. Habíamos sido amigas antes de ese día, pero no nos habíamos necesitado mutuamente hasta ese momento.

Lo recordaba con tanta claridad: su imagen como reflejada en el hielo. El cuerpo sin vida de Iri al fondo del barranco. Tumbado sobre la nieve blanca y perfecta, la sangre manando de él y formando un charco que se derretía a su alrededor. Todavía podía ver su pelo rubio formando un abanico alrededor de su cabeza, sus ojos vacíos bien abiertos, mirando la nada.

—Lo sé.

Mýra extendió la mano y me dio un apretón en el hombro.

—Entonces sabes que no era Iri... no era su cuerpo.

Asentí mientras tragaba con fuerza. Todos los días rezaba por el alma de Iri. Si Sigr lo había enviado para protegerme, él realmente estaba en *Sólbjörg*: el último atardecer de nuestro pueblo.

—Sabía que lo lograría. —Respiré en medio de la opresión que tenía en la garganta.

—Todos lo sabíamos. —En sus labios se dibujó una leve sonrisa.

Volví a mirar a la mujer que yacía entre nosotras. La dejaríamos como estaba, como murió, con honor. Lo mismo que hacíamos con todos nuestros guerreros caídos.

Lo mismo que habíamos hecho con Iri.

—¿Era tan guapo como antes? —La sonrisa de Mýra se tornó burlona mientras sus ojos subieron con rapidez para encontrarse con los míos.

—Era hermoso —susurré.

# 3



**M**ordí la gruesa correa de cuero de la funda de mi espada mientras la curandera cosía la herida de mi brazo. Era más profunda de lo que yo quería admitir.

El rostro de Kalda no delataba lo que estaba pasando por su cabeza.

—Todavía puedo pelear —comenté. No era una pregunta. Y ella lo sabía, me había curado muchas veces después de las batallas.

A mi lado, Mýra suspiró, pero parecía que estaba disfrutando de la situación. Le eché una mirada fulminante antes de que pudiera decir nada.

—Esa es tu decisión. —Kalda alzó la vista hacia mí a través de sus pestañas oscuras.

No era la primera vez que me suturaba una herida y no sería la última. Pero la única vez que me había dicho que no podía luchar fue cuando me rompí dos costillas. Había esperado cinco años para vengar a Iri durante mi segunda temporada de lucha y pasé un mes sentada en el campamento limpiando armas y ardiendo de furia, mientras mi padre y Mýra iban a pelear sin mí.

—Se abrirá si utilizas el hacha. —Kalda arrojó la aguja en el cuenco que tenía a su lado antes de limpiarse las manos en el delantal manchado de

sangre.

—Tengo que usar el hacha —señalé mirándola fijamente.

—Puedes usar un escudo con esa mano. —Mýra extendió una mano hacia mí, sus ojos echaban chispas.

—Yo no uso el escudo para luchar —le espeté—. Uso una espada en la mano derecha y un hacha en la izquierda. Ya lo sabes. —Si cambiaba mi forma de pelear, me matarían.

—Entonces —suspiró Kalda—, cuando te la desgarras de nuevo, tendrás que regresar y dejar que te la vuelva a coser.

—De acuerdo. —Me puse de pie bajándome la manga sobre el brazo inflamado e intentando que mi rostro no transluciera el gesto de dolor.

El guerrero Aska que esperaba detrás de nosotras se sentó en el banco y Kalda se dispuso a curar el corte que tenía cincelado en la mejilla.

—He escuchado que hoy Sigr te ha honrado. —Era un amigo de mi padre. Todos lo eran.

—Así ha sido —afirmó Mýra con una sonrisa traicionera. Le encantaba avergonzarme.

No supe qué decir.

El hombre levantó el puño y me dio un golpecito en el hombro sano con sus grandes nudillos. Yo extendí la mano hacia su hombro e hice lo mismo.

Salimos del olor nauseabundo de la tienda y atravesamos el campamento mientras el cielo se volvía más cálido con la puesta del sol y mi estómago rugía ante el aroma de la cena, que se cocinaba sobre las llamas. Mi padre me esperaba delante de nuestra hoguera.

—Nos vemos por la mañana. —Mýra me apretó la mano antes de separarse de mí.

—Tal vez —repuse, observándola dirigirse hacia su tienda. No estaba

convencida de que los Rikis no fueran a regresar antes de que el sol saliera.

Mi padre tenía los brazos cruzados sobre el pecho, los ojos hacia abajo, mirando fijamente el fuego. Se había lavado las manos y la cara, pero todavía se podía ver la sangre y la tierra adheridas al resto de su cuerpo.

—¿Ya te han curado? —Levantó sus cejas tupidas.

Asentí mientras pasaba la vaina de la espada por encima de la cabeza. Me desató la funda del hacha de la espalda y cogió mi brazo entre sus manos, inspeccionándolo.

—Está bien —indiqué. Mi padre no se preocupaba a menudo por mí, pero yo lo notaba cuando ocurría.

Apartó el cabello rebelde de mi cara. Yo era una guerrera Aska, pero además era su hija.

—Cada día te pareces más a tu madre. ¿Estás lista?

Esbocé una sonrisa cansada. Si mi padre creía que Sigr me había enviado el alma de Iri, yo también podía creerlo. Cualquier otra verdad que rondara en lo más profundo de mis pensamientos me causaba mucho temor.

—Lista.

Caminamos uno al lado del otro hasta el otro extremo del campamento. Podía sentir todos los ojos clavados en mí, pero mi padre no les prestaba atención a los guerreros de nuestro clan y eso me hacía sentir cómoda. La tienda de reuniones, que hacía de templo, se encontraba al final del campamento y una columna de humo blanco ascendía hacia el cielo del anochecer. Espen estaba quieto como una enorme estatua debajo de la entrada, con el Tala a su lado. El líder de nuestro clan había sido el más grande de nuestros guerreros, el líder más viejo de tres generaciones. Alzó el mentón mientras sus dedos tiraban de su larga barba.

—Aghi —lo llamó desde la entrada.



Mi padre extrajo tres monedas de su chaleco y me las entregó. Luego caminó hacia ellos, sujetó a Espen del hombro a modo de saludo, y Espen hizo lo mismo antes de hablar. No pude escuchar lo que decía, pero sus ojos me buscaron por encima del hombro de mi padre, haciéndome sentir repentinamente insegura.

—Eelyn.

Me sobresalté. Hemming me esperaba junto a la verja del corral.

Coloqué las monedas en su mano y él las arrojó en la pesada bolsa que colgaba de su cinturón.

Miró hacia arriba y me sonrió, le faltaba un diente en la parte delantera de la boca, donde un caballo lo había pateado dos inviernos atrás.

—He escuchado lo que ha sucedido. —Pasó por encima de la pared del corral y sujetó de los cuernos a una cabra de color gris—. ¿Te parece bien?

Me puse en cuclillas para examinar al animal con cuidado.

—Dale la vuelta. —Hemming giró y tiró de la cabra hacia él. Negué con la cabeza—. ¿Podría ser aquella? —Señalé a una grande de color blanco que se encontraba en un rincón.

—Esa vale cuatro *penningr*. —Hemming luchó para que no se le escapara la cabra gris.

Una mano pesada cayó sobre mi hombro y, al levantar la mirada, me encontré con mi padre, que observaba el corral por encima de mí.

—¿Qué es esto?

Hemming soltó al animal y se enderezó bajo la mirada de mi padre.

—Esa vale cuatro *penningr*.

—¿Es la mejor?

—Sí, Aghi —asintió Hemming—. La mejor.

—Entonces serán cuatro *penningr*. —Sacó otra moneda y se la dio.

Me metí en el corral para ayudar a Hemming a arrear a la cabra hasta la verja. Mi padre sujetó un cuerno y yo el otro mientras la conducíamos al altar, hacia el centro de la tienda que nos hacía temporalmente de templo. El fuego ya estaba ardiendo con fuerza, las llamas se elevaban alrededor de la madera y me calentaban a través de la armadura mientras el frío se iba deslizando desde el exterior.

—¿Puedo acompañaros? —la voz de Espen llegó desde detrás de nosotros.

Mi padre se dio la vuelta, sus ojos se abrieron un poco antes de asentir.

El Tala apareció detrás y me miró.

—Eelyn, tú has honrado a Sigr al destruir a sus enemigos. Y él te ha honrado a ti en retribución.

Asentí nerviosa, mordiéndome con fuerza el labio inferior. El Tala nunca antes se había dirigido a mí. Desde niña, siempre le había temido y me había escondido detrás de Iri en el templo durante los sacrificios y las ceremonias. No me gustaba la idea de una persona hablara en nombre de los dioses. Tenía miedo de lo que él podría ver en mí. Lo que podría ver en mi futuro.

Espen se situó a mi lado y llevamos al animal hacia el gran receptáculo que se hallaba delante del fuego crepitante. Mi padre extrajo la pequeña estatuilla de madera de mi madre, que guardaba en el chaleco, y me la alcanzó. Yo saqué la de Iri y los coloqué uno junto al otro sobre la piedra que se encontraba frente a nosotros. Los sacrificios me hacían pensar en mi madre. Ella solía contar la historia de Thora, la diosa Riki, que surgió de la montaña en erupción, y de las llamas que habían bajado hasta el fiordo. Sigr había surgido del mar para proteger a su pueblo y, cada cinco años, volvíamos a pelear para defender su honor, obligados por la disputa ancestral que existía entre nosotros.

No recordaba mucho a mi madre, pero la noche de invierno que murió aún

sigue viva en mis recuerdos. Recordaba la ola de silenciosos Herja que inundó nuestra aldea en mitad de la noche, las espadas brillando a la luz de la luna, la piel tan pálida como la de los muertos y las gruesas pieles que llevaban sobre sus hombros. Recordaba el aspecto de mi madre tendida en la playa mientras la luz abandonaba sus ojos, y a mi padre cubierto con su sangre.

Me había quedado sentada, sosteniendo el cuerpo todavía caliente de mi madre, mientras los Askas los perseguían mar adentro, donde desaparecieron en el agua oscura como si fueran demonios. Ya habíamos sufrido ataques antes, pero nunca uno como ese. No habían venido a robar, solo habían venido a matar. Habían sacrificado a su dios a los que se llevaron. Y nadie sabía de dónde habían venido o incluso si eran humanos. Espen había colgado uno de los cuerpos de un árbol, en la entrada de la aldea, y los huesos todavía seguían allí, golpeándose entre sí con el viento. No habíamos visto a los Herjas desde entonces. Quizás el dios que los había enviado había aplacado su ira. Aun así, se nos helaba la sangre ante la sola mención de su nombre.

Iri y yo lloramos durante el sacrificio que nuestro padre había realizado a la mañana siguiente para agradecer a Sigr que le perdonara la vida a sus hijos. Unos pocos años después, él hizo otro... cuando Iri murió.

—Desenfunda tu cuchillo, Eelyn —instruyó mi padre, tomando los cuernos en sus manos.

Me quedé mirándolo, confundida. Yo siempre me había mantenido detrás de mi padre, mientras él llevaba a cabo el sacrificio.

—Este es tu sacrificio, *sváss*. Desenfunda tu cuchillo.

A su lado, el Tala asintió.

Extraje mi cuchillo del cinturón y observé la luz del fuego sobre las letras

de mi nombre, forjadas en la superficie lisa de la hoja, debajo del canto. Era el cuchillo que mi padre me había regalado antes de mi primera temporada de lucha, cinco años atrás. Desde entonces, se había cobrado demasiadas vidas como para llevar la cuenta.

Me arrodillé junto a la cabra, cogí su cuerpo entre los brazos y busqué con los dedos la arteria que latía en su cuello. Coloqué el cuchillo y respiré antes de recitar las palabras.

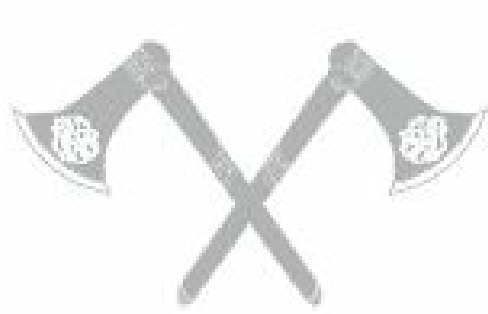
—Te honramos a ti, Sigr, con este sacrificio inmaculado. —Eran las palabras que le había escuchado pronunciar toda la vida a mi padre y a sus compañeros del clan—. Te agradecemos tus provisiones y tus favores. Te pedimos que nos sigas y nos protejas hasta el día que lleguemos a *Sólbjorg* para el descanso final.

Arrastré rápidamente la hoja por la carne suave de la cabra, sujetándola con el otro brazo mientras pateaba. Sentí el tirón de la sutura del brazo y el pinchazo se extendió hasta la muñeca. La sangre caliente del animal chorreó sobre mis manos y cayó en el recipiente. Presioné la cara contra su pelaje blanco hasta que se quedó inmóvil.

Permanecimos en silencio escuchando el susurro de la sangre escurriéndose dentro del receptáculo y mis ojos se alzaron hacia las estatuillas de mi madre y de mi hermano, apoyadas sobre la piedra. Estaban iluminadas por la luz ámbar y las sombras danzaban sobre sus rostros tallados.

Yo había sentido la ausencia de mi madre apenas dejó de respirar. Como si con ese último aliento, su alma se hubiera liberado del cuerpo. Pero con Iri había sido distinto. Todavía lo sentía. Tal vez siempre sería así.

# 4



**N**os despertamos en medio de la noche por un silbido de advertencia. Los cascos de los caballos golpeaban nerviosamente el suelo fuera de la tienda y mi padre estaba de pie antes de que mis ojos se hubieran abierto.

—Arriba, Eelyn. —Era una mancha borrosa en la oscuridad—. Tenías razón.

Me levanté con esfuerzo y busqué la espada, que estaba junto al catre, y respiré en medio del dolor que se desataba agudo y furioso en mi brazo. Forcejeé con las botas, me coloqué el chaleco de la armadura y dejé que mi padre lo ajustara por mí. Deslizó la vaina de la espada por mi cabeza y a través de mi pecho, luego la funda del hacha y me dio una palmada en la espalda para hacerme saber que estaba lista. Cogí la estatuilla de mi madre, que se encontraba junto al catre de mi padre, me la llevé a los labios con rapidez antes de extenderse a él. La guardó en su chaleco y yo guardé la de Iri en el mío.

Nos deslizamos furtivamente en medio de la noche hacia el extremo del río que rodeaba uno de los lados del campamento. Más allá de las hogueras, el cielo sin estrellas se fundía con la capa negra que cubría la tierra. Yo podía

sentirlos.

A los Rikis.

Los truenos rugieron sobre nosotros y el olor inconfundible de una tormenta se extendió con el viento. Mi padre me dio un beso en la coronilla. *Vegr yfir ffor*. Y me condujo hacia el otro extremo de la fila, donde debía encontrarme con Mýra.

Ella se acercó, extrajo el hacha de mi espalda y me la entregó. Ajusté el vendaje de mi brazo y me sacudí el entumecimiento de la mano. Esta vez no lo dijo, pero sabía lo que estaba pensando porque yo estaba pensando lo mismo. El lado izquierdo de mi cuerpo resultaba casi inservible. Ya había peleado en la oscuridad, pero nunca tan herida. La idea me inquietaba.

—Mantente cerca de mí. —Esperó a que asintiera y luego nos dirigimos hacia la cabeza de la fila.

El combate estalló antes de que nos colocáramos en nuestras posiciones. El bullicio comenzó en el bando izquierdo, junto al agua, pero en nuestro extremo de la hilera todo estaba en calma. Dije mis plegarias mientras mis ojos buscaban movimiento a nuestro alrededor y las gotas de lluvia empezaban a caer. A mi lado, Mýra cerró los ojos y sus labios modularon las antiguas palabras.

Otro silbido se escuchó como el suave trino de un pájaro. Nos pusimos de pie y avanzamos en silencio como una sola entidad en medio de la oscuridad. Apoyé una mano en la espalda del Aska que tenía delante y sentí la mano caliente del guerrero que tenía detrás: un gesto para mantenernos unidos. Nos trasladamos al mismo ritmo, las botas rompían la fina escarcha del césped. El sonido del río emergía desde la izquierda y la callada calma del bosque desde la derecha, mientras el ruido familiar de la batalla crecía hacia el centro.

En frente, los Rikis se movían hacia nosotros como peces en el agua.

Caminamos hasta que pude oírlos y Mýra me clavó el codo para hacerme saber que ella también los oía. Chasquéé la lengua y los guerreros que me rodeaban repitieron el sonido, difundiendo el mensaje a través de la fila. Estaban cerca. Mýra levantó el escudo y me apreté más contra ella mientras nos movíamos más rápido. Debajo del chaleco de la armadura, mi corazón latía de forma intermitente, provocando espasmos en mis costillas doloridas.

Una mezcla de gemido y gorgoteo señaló la llegada de los Rikis al extremo de la fila, donde nos encontrábamos y, tan pronto como noté movimiento delante de nosotros, di media vuelta y lancé mi espada hacia adelante, que chocó contra la dura superficie de un escudo. La silueta derribó a Mýra y yo arremetí otra vez balanceando mi espada hacia arriba y hacia los lados, para poder liquidar al enemigo. Esta vez, escuché que la hoja arañaba el hueso. Le lancé una patada al bulto, extraje el arma y continuamos adentrándonos en el terreno. La lluvia caía con más fuerza, el cielo se abrió y las nubes retrocedieron lo suficiente como para permitir que un poco de luz de luna cayera sobre nosotros.

No pude evitarlo. Mis ojos ya estaban recorriendo a los Rikis de uno en uno a través del campo, buscando.

Los relámpagos se extendían por el cielo nocturno y la masa de guerreros corría como insectos, arrastrándose por el terreno mientras todo se iluminaba de una luz blanca, que parpadeaba y luego volvía a apagarse. El trueno explotó a nuestro alrededor, haciendo temblar la tierra.

Mýra golpeó el muslo de un hombre con el cuchillo y lo derribó con el escudo, y yo caí sobre él con el hacha, gruñendo al sentir la ardiente quemadura del brazo. Mýra me atrapó mientras me desplomaba, me levantó bruscamente y lanzó mi peso hacia adelante. Aferré el mango del hacha mientras saltábamos por encima del cuerpo, pero la silueta de una mujer que

gritaba arremetió contra mí desde la izquierda. Blandí mi espada de nuevo y le di en el costado. La guerrera se desplomó chapoteando en medio del fango y tuve que doblar el cuerpo para no perder el equilibrio.

—¡Eelyn! —me gritó Mýra atrapada nuevamente en la batalla mientras yo examinaba el campo en busca del hacha. Rastrillé el lodo con los dedos hasta que encontré el mango.

—¡Estoy aquí! —Y corrí hacia su voz.

Los relámpagos iluminaron nuevamente el cielo, rugiendo y silbando, y la encontré encima de otro cuerpo.

Nos dirigimos hacia los árboles y mis ojos observaron a las figuras que tenía delante. Las derribamos una por una, adivinando cada una los movimientos de la otra, hasta que tuvimos el camino libre. Mýra se estaba esforzando más de lo habitual, intentando compensar la deficiencia de mi brazo y de mis costillas. Yo reprimí el dolor, apreté los dientes y sujeté la espada con más fuerza, intentando mantener el control de mi cuerpo.

Y entonces la vi, con el rabillo del ojo, una llama tenue moviéndose entre los árboles.

Frené de golpe y me resbalé en el lodo, el corazón se me subió a la garganta.

—Iri.

Eché a correr mientras lo buscaba con los ojos y eludí a los Rikis hasta acercarme a la línea de árboles. Él blandió su hacha, la lanzó contra un Aska y luego retrocedió, cogió más impulso y derribó a otro. A su lado, un Riki balanceaba su espada de izquierda a derecha derribando a los guerreros de mi clan. El mismo Riki que casi me había quitado la vida.

Los seguí mientras se movían juntos, zigzagueando entre los árboles y adentrándose en el bosque. Detrás de mí, la voz distante de Mýra pronunció



mi nombre.

Salté por encima de los cuerpos tendidos en el suelo del bosque y me agazapé debajo del refugio de los árboles. Guardé la espada en la funda, hundí mi peso lo más cerca posible del suelo y eché a correr con el hacha empuñada delante de mí. Se me retorcía el estómago al pensar que debía detenerme, regresar con Mýra.

Pero, en su lugar, seguí a la silueta conocida, que se internaba en la oscuridad. Los relámpagos se multiplicaron y la lluvia azotó las copas de los árboles. Cuando una mano me sujetó en la oscuridad, llevé bruscamente el brazo hacia atrás y blandí mi hacha. Los dedos me sujetaron con fuerza y se hundieron en mi muñeca hasta que la solté. Caí de espaldas y una mano sujetó mi bota, arrastrándome en la dirección opuesta. Estiré los brazos hacia los árboles buscando algo a lo que agarrarme mientras me deslizaba sobre la tierra húmeda y mis costillas aullaban de dolor.

La sombra se estiró hacia abajo, me levantó y me estampó contra un árbol.

El Riki que había hundido su acero en mi brazo me observaba desde arriba. El azul de sus ojos brillaba como un iniciador de fuego encendiéndose en la oscuridad. El pelo se le había soltado del nudo y caía alrededor de su rostro, y su ancha complexión se alzó sobre mí mientras sus manos aferraban el chaleco de mi armadura para mantenerme en el sitio.

—Deja de seguirnos. —Su voz se elevó por encima del sonido de la lluvia.

Tanteé el cuchillo en mi cinturón.

—¿Dónde está?

Me liberó con un empujón, se dio la vuelta y se deslizó con sigilo entre la arboleda.

Eché a correr tras él.

Se volvió repentinamente, levantó el mango de su hacha y me sujetó por el

hombro.

—Regresa. Ya —gruñó.

—¿Dónde está Iri? —grité.

Me empujó de nuevo, lanzándome contra otro árbol. La corteza rechinó contra mi chaleco mientras yo descendía por el tronco y aterrizaba en el suelo.

Volví a ponerme de pie y lo seguí.

—¿Dónde está? —Intenté suavizar el temblor de mi voz.

Cuando se dio la vuelta otra vez, levantó bruscamente mi brazo lastimado y hundió el pulgar en la herida que él mismo me había hecho el día anterior. Grité, caí de rodillas mientras los puntos saltaban sobre mi piel. Se me nubló la vista y el estómago me dio un vuelco, como si estuviera en el agua.

Se irguió sobre mí, el rostro oculto entre las sombras.

—Conseguirás que nos maten. Aléjate de Iri.

Abrí la boca para hablar, pero él apretó la mano con más fuerza hasta que mi visión se volvió borrosa de nuevo. Estaba a punto de desmayarme. Su voz resonó en mi cabeza mientras el silbido de retirada de los Askas sonaba a lo lejos.

—Fiske —la voz de Iri llegó desde atrás: una voz que llevaba en mis huesos.

Se detuvo cerca de nosotros con un hacha en cada mano.

—Vámonos. —Señaló la hilera de árboles, evitando mis ojos.

—¡Espera! —Me levanté con dificultad, pero él ya se estaba alejando—.  
¡Iri!

—Regresa, Eelyn, antes de que alguien te vea. —La tensión de sus palabras quedó sepultada bajo la dureza de su rostro

Su rostro.

Me quedé boquiabierta mientras me maravillaba ante sus rasgos. Era rubio como mi madre y como yo, pero se parecía a mi padre, en los ojos y en la línea de sus anchos hombros. Ya no era un muchacho, pero era él. Era mi hermano.

—Eres real —comenté con voz ronca, intentando recuperar la respiración. Deslicé el hacha en la funda de mi espalda y me quedé mirándolo.

—Iri. —Una advertencia sonó en la voz del Riki.

—Vete. —Iri se dio la vuelta de nuevo, dándome la espalda—. Olvida que me has visto.

Me recliné contra el árbol y cerré los ojos con fuerza ante el dolor de mi brazo, ante el dolor en mi pecho. Porque Iri estaba vivo. Y si estaba vivo, eso implicaba algo terrible. Algo mucho peor que perderlo.

—¿Iri? —otra voz sonó en el bosque y mis pies resbalaron en el fango.

Iri se detuvo en seco, se dio la vuelta lentamente y echó una mirada a nuestro alrededor.

Delante de nosotros, un hombre corpulento dio un paso al frente y se colocó debajo del haz de luz de la luna, que se colaba a través de los árboles.

—¿Fiske?

Los tres se observaron durante un momento y el aire se tornó frío mientras mis sentidos se volvían más intensos. Saqué el cuchillo y miré hacia el río. Yo no era más fuerte, pero incluso herida, seguramente era más rápida que ellos tres.

Podía lograrlo.

La mandíbula de Iri se endureció, algo rondaba en su mente antes de volver la vista hacia Fiske. Hizo una leve inclinación antes de bajar los ojos y se me cortó la respiración.

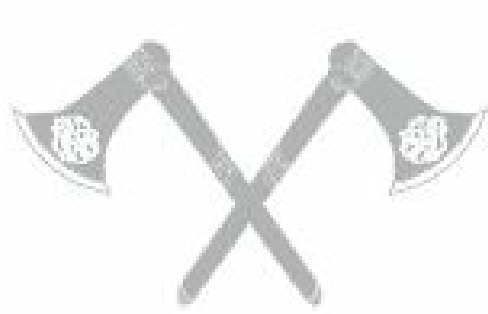
Fiske se acercaba hacia mí.

Me alejé del árbol lanzando mi peso hacia adelante, pero me atrapó y me atrajo violentamente hacia él. Sus dedos se enroscaron en mi garganta, su pulgar presionó el pulso de mi cuello. Pateé, traté de resbalar para liberarme, pero su mano me apretó cada vez con más fuerza hasta que el aire dejó de llegar a mis pulmones. Le arañé las manos mientras la oscuridad se deslizaba entre los dos. Detrás de él, los ojos tensos de Iri estaban clavados en el suelo.

La mirada de Fiske se cruzó con la mía, sus manos parecían de hierro. Los latidos de mi corazón se ralentizaron, mi cuerpo se tornó más pesado por la falta de aire. Parpadeé, mis ojos se elevaron hacia las estrellas, que titilaban entre las copas de los árboles. Los látidos de mi corazón retumbaban en mis oídos. Un latido. Dos.

Luego todo se volvió negro.

# 5



**M**e despertó el crujido de unas ruedas de madera sobre las piedras del camino y la luz que pasaba como sombras sobre mis párpados cerrados. Traté de localizar el olor.

Invierno. Pino y madera quemada. Mis ojos se abrieron ante una vasta extensión de cielo azul. Pisadas de caballos y el movimiento de un carro.

Me incliné hacia adelante, me senté y luché por colocar los pies debajo de mí, pero volví a desplomarme. Tenía las manos amarradas en las muñecas y la herida del brazo me sangraba a través de la manga. Desde sus caballos, algunos Rikis dirigían sus miradas hacia mí y abrí con atención los ojos, intentando enfocar la vista.

Nos encontrábamos en el valle del este y nos dirigíamos hacia la montaña. La montaña de Thora.

Los Rikis marchaban en un grupo enorme, que se extendía por delante y por detrás de mí.

Mi corazón latía con fuerza contra mi pecho, la agitada respiración lanzaba nubes de humo en el aire frío. Me encogí otra vez y examiné el extremo del bosque que quedaba hacia mi derecha.

Él apareció ante mis ojos cuando aferré las manos al lateral de la carreta, dispuesta a dar un salto desesperado hacia el suelo. Me quedé paralizada. Iri venía detrás de mí montado en un caballo plateado, sus ojos me taladraron, tensos. Sacudió levemente la cabeza y desvió la mirada hacia adelante. Al darme la vuelta, me encontré ante una fila de arqueros a caballo, los arcos les colgaban de la espalda y las aljabas llenas de flechas de plumas moteadas en las rodillas.

Medí la distancia que me separaba de los árboles: tendría cinco o seis flechas en la espalda para cuando lograra encontrar refugio... si uno de ellos no me derribaba antes con el caballo.

Traté de pensar. La herida de mi brazo continuaba sangrando y la hinchazón en mi mejilla palpitaba. Me pasé la lengua por los labios y sentí el gusto de la sangre seca. En el carro que iba delante de mí, había dos hombres acostados boca arriba: a uno le faltaba una pierna y el otro tenía la cara envuelta en vendajes ensangrentados. Me senté y atraje las rodillas contra el pecho.

Iri continuaba observándome. El cuero negro del chaleco de su armadura hacía que su pelo pareciera una cascada helada de trenzas manchadas de sangre. Tenía una barba rala debajo de unos pómulos marcados y redondos ojos azules.

Ojos que yo había conocido toda la vida.

Apreté los talones de las manos contra la frente, pensando en la última vez que lo había visto. Cinco años atrás. Peleando junto a mí en el claro cubierto de nieve con un hacha en cada mano, copos de nieve en el pelo y sangre en las manos. Estaba enredado en combate con un joven Riki antes de que ambos cayeran por el borde de una profunda grieta tallada en la tierra. Todavía podía escuchar el sonido de mi propio grito mientras lo veía

desaparecer. Había gateado hasta el borde, donde el terreno casi desaparecía bajo mis pies. Estaba tumbado boca arriba, las entrañas le brotaban de una herida y se esparcían a su alrededor. Sus ojos ya estaban vacíos y alzados hacia el cielo. Y, a su lado, el joven Riki estaba semienterrado en la nieve.

Levanté la mirada y los ojos de Iri me observaron durante otro silencioso segundo, como si estuviera recordando aquel mismo momento. Luego le dio una patada al caballo, se unió al grupo por el lado izquierdo y desapareció.

Delante de nosotros, la montaña se alzaba sobre el valle. Rocas de pizarra negra se fundían con el bosque verde bajo pinceladas de cumbres nevadas. Lejos del fiordo, lejos del hogar.

No sabía adónde vivían los Rikis, pero debíamos de estar dirigiéndonos hacia alguna de sus aldeas. Y no habría forma de regresar al valle hasta después del deshielo. Si lograba liberarme, podría regresar al fiordo.

La carreta se detuvo abruptamente mientras yo me ponía de pie. Los Rikis se deslizaron entre los árboles, donde un río serpenteaba en medio del denso bosque. Se habían detenido para dar agua a los caballos. Distinguí la parte de atrás de la cabeza de Iri, zigzagueando entre los demás.

Los ojos enfurecidos de una mujer Riki hicieron contacto con los míos mientras pasaba a mi lado, rumbo al agua. Todavía no me habían matado y yo había peleado contra los Rikis el tiempo suficiente como para no saber por qué. No existían muchos destinos para una prisionera Aska: me convertirían en una *dýr* o me venderían a otro clan que lo haría. De cualquier manera, me quedaría sin *Sólbjörg*.

Una mano me golpeó con fuerza en la parte de atrás de la cabeza y el hombre que conducía la carreta lanzó un resoplido y me escupió antes de regresar a su caballo.

—Siéntate o te amarraré los pies y te arrastraré por la tierra.

Obedecí mientras echaba una mirada por el lateral del carro. Iri se encontraba con su caballo en la sombra del bosque. Llevaba dos fundas de hacha cruzadas en la espalda y le faltaba la de la espada que sí llevaban los demás hombres: hacía lo mismo cuando éramos niños. Sus ojos estaban clavados en la línea de árboles, en Fiske, antes de desviarse hacia mí. Me miró solo un instante y luego concentró su atención en el caballo, comprobando las correas y deslizando la mano por su pelaje manchado. En la carreta que estaba frente a mí, el hombre al que le faltaba una pierna no cesaba de gemir.

El carro se balanceó cuando el conductor se subió otra vez al caballo y le lanzó un grito a uno de los arqueros que emergía del bosque. Este atravesó el claro con una bota de agua en la mano, su caballo andando a su ritmo detrás de él. Su largo pelo rojizo hacía juego con su barba, trenzada en tres mechones desordenados.

Agitó la mano hacia el conductor y le entregó el agua. Me aferré a la reja con los dedos entumecidos y los observé conversar mientras el caballo caminaba junto al carro. Mi corazón se alborotó, mis ojos pasearon frenéticamente entre el caballo y el arquero. El carcaj de flechas continuaba amarrado a la montura.

Me enderecé lo suficiente como para echar una mirada hacia atrás por encima de la reja. La mayoría de los Rikis había desmontado.

Apilé un manajo de heno, deslicé la mano por los barrotes y lo extendí hacia el caballo. Cuando el animal lo vio, balanceó la cabeza y dio un paso hacia mí.

Los hombres continuaban conversando cuando cogí las riendas, cerré los ojos y murmuré una plegaria por lo bajo. Miré a Iri una vez más y, como si sintiera mi mirada, sus ojos se dirigieron rápidamente hacia mí. Se abrieron



con atención al ver que me lanzaba por encima de los barrotes y aterrizaba en la montura. Resbalé y mi cuerpo cayó hacia un lado, pero recuperé el equilibrio cuando el caballo se estabilizó sobre sus patas traseras.

—¡Aska! —rugió el conductor.

Pateé el caballo con el tacón de la bota y me detuve sobre los estribos, inclinándome hacia adelante para mantener el cuerpo lo más bajo posible, mientras el caos estallaba alrededor del claro. Desde la derecha, los Rikis ya corrían a lo lejos, blandiendo las armas y desapareciendo entre la espesura para interceptarme más adelante. Era la única dirección en la que podía ir. Si no me adentraba en el bosque, los arqueros me liquidarían.

Le grité al caballo para que galopara más rápido.

Un poco más hacia delante, el caballo de Iri galopaba sin jinete, espantado ante la conmoción, mientras él se quedaba de pie, con las manos caídas a los costados y el asombro reflejado en sus ojos. Fiske montó en su caballo y salió a toda prisa en la misma dirección en la que yo iba.

El zumbido de una flecha pasó silbando junto a mí, chocó contra un árbol y las astillas volaron por el aire. Traté de bajar aún más el cuerpo. Los Rikis eran como piedras rodando por encima de la exuberante vegetación, arremetiendo hacia mí con los mismos rostros que había visto en el campo de batalla el día anterior. Los pies golpeando el suelo, las armas enarboladas.

Al atravesar la hilera de árboles, me envolvió el frío del bosque y miré hacia atrás.

Fiske ya se encontraba dentro de mi campo de visión. Mientras yo echaba un vistazo hacia el río, se acercó rápidamente levantando el arco, y proferí una maldición. Luego disminuyó el paso y se echó hacia atrás al tiempo que arrancaba una flecha de la montura y tensaba la cuerda. El disparo fue perfecto.

Cuando la húmeda explosión en mi hombro izquierdo sonó en mis oídos, el bosque se quedó en silencio. Bajé la mirada y descubrí una flecha atravesada en el cuero del chaleco de mi armadura. El caballo levantó las patas, se irguió y caí. Aterrillé en el suelo con tanta fuerza que mis pulmones se quedaron sin aire.

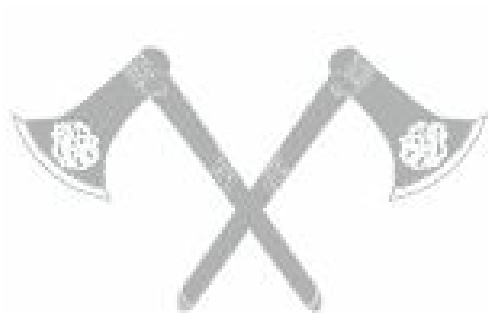
Giré el cuerpo sobre el costado derecho intentando ponerme de pie, pero seguía sin poder respirar. Los árboles se mecían sobre mí, inclinándose unos sobre otros, y mi estómago se sacudió. El bullicio se detuvo y apoyé la cara contra la tierra mojada mientras jadeaba y tosía.

Las botas de Fiske golpearon el suelo delante de mi cara cuando desmontó y el sonido de más pisadas llenó mi cabeza.

Se estiró hacia abajo, me apartó algunos mechones de cabello del rostro y me levantó. Por el rabillo del ojo, pude ver a los otros sujetando las riendas del caballo. Lancé un gemido, la flecha se encajó dentro de la articulación de mi hombro e irradió un intenso dolor a lo largo de todo el brazo, del cuello y de la espalda. Intenté soportarlo mientras Fiske tiraba de mí, las trenzas enroscadas en el puño, de regreso al claro.

Adonde Iri nos esperaba.

## 6



Con los dedos magullados, tiré de las cuerdas que ataban mis pies y mis manos al carro, intentando mantenerme sobre el lado derecho en medio de las sacudidas y oscilaciones producidas por el suelo irregular. La flecha aún estaba enhebrada entre mis huesos, el dolor era tan profundo que podía sentir cómo se propagaba por todo mi cuerpo.

Iri cabalgaba detrás, observándome, y desistí en interpretar la expresión de su rostro para concentrar toda la fuerza que me quedaba en mantenerme inmóvil. Cuando se hizo de noche y el carro comenzó a disminuir la velocidad, con los ojos entrecerrados pude ver fuegos que se encendían y me dormí antes de que el campamento se quedara en silencio.

La mañana llegó como en un suspiro. Con la garganta reseca, escuché a los Rikis mientras se iban despertando, apagando las hogueras y preparando los caballos. Cuando comenzamos a movernos de nuevo, apreté los dientes con tanta fuerza que pensé que se me romperían y enganché los brazos y las piernas en los barrotes del carro para afirmarme.

El calor ardiente de mi hombro me irradiaba dolor hasta los oídos y sentía como si la cabeza se me fuera a partir en dos. No busqué más a Iri. Lo único

que me desgarraba de manera más profunda que la agonía de la flecha, era saber que él era un traidor. Que había estado vivo, todo este tiempo.

Las horas transcurrieron entre despertarme y volverme a dormir hasta que ya no sabía si estaba viva o muerta. El carro disminuyó de nuevo la velocidad y el crujido de los cascos en el terreno congelado reemplazó al sonido de la roca resbaladiza. Al comenzar a ascender una colina, me enrosqué con más fuerza y traté de no gritar cuando el peso de mi cuerpo se deslizaba hacia mis pies.

No nos detuvimos hasta el atardecer. Cuando el sol cayó, el aire se tornó frío y el aroma de la nieve chocó con el olor a fuego. Después se escucharon vítores, el sonido ahogado del llanto. Guerreros que regresaban al hogar por el invierno, para estar con sus esposas, esposos e hijos. Yo conocía ese sonido. Podía ver el fiordo en mi mente, como se veía por encima del barranco. Los verdes y azules que ascendían del agua y desaparecían en el cielo neblinoso. La playa de piedras negras con maderas blanqueadas, arrastradas por la corriente, apiladas en la orilla. Probablemente, los guerreros de mi clan ya estaban allí, calentándose delante de las hogueras en sus casas de tablones de madera, metidos en sus camas con los estómagos llenos.

Mi padre, Mýra.

Eso me lastimaba más que la flecha que perforaba mi piel.

Me dejaron tumbada allí hasta que unas voces penetraron poco a poco en mis difusos pensamientos y, cuando el carro volvió a sacudirse, me estremecí de dolor.

—¿Dónde la ponemos? —una voz ronca brotó a mi lado en la oscuridad.

Otro cuerpo más subió e hice una mueca por el dolor que se extendió por mi espalda.

—Yo lo haré.

Cortaron las cuerdas que me rodeaban y unas manos tiraron de mis piernas, deslizándome hacia el borde del carro. Mientras me levantaban, la flecha se enganchó a algo y proferí un gemido. Mis entrañas se revolvieron en un mar violento, mis ojos se abrieron de golpe y me encontré con la cara de Iri sobre mí. Parpadeé, intentando enfocar su imagen antes de que mis ojos quedaran vueltos hacia atrás.

Cuando logré abrirlos otra vez, me encontraba en el suelo. Dentro. El color del fuego iluminaba la oscura habitación que me rodeaba. Un granero. O tal vez un depósito.

Una mano callosa presionó mi rostro.

—Está ardiendo.

—Es probable que sea una infección —otra voz—. Colócala sobre la mesa.

Las manos me levantaron de nuevo y la habitación giró alrededor de mí.

El aire frío de la noche me pellizcó la piel mientras forcejeaban con mi armadura, lancé patadas e intenté coger el cuchillo, pero la funda estaba vacía.

—Detente. —El rostro de Iri reapareció frente a mí.

Me aferré a él, mis dedos se hundieron en el cuero de su armadura.

—Sacadla —gemí mientras más lágrimas calientes se acumulaban en mis ojos.

—Lo haremos. —Y desapareció otra vez de mi vista.

Otra sombra se colocó delante de mí y unas manos presionaron con suavidad alrededor de la cabeza de la flecha.

—Deberíamos esperar a Runa.

—Está con los heridos de Aurvanger. Sácasela de una vez —la voz profunda de mi hermano sonó demasiado fuerte dentro de mi cabeza. Su mano sujetó mi brazo y lo aparté violentamente con una maldición.

Necesitaba que me quitaran la flecha, pero me enfermaba la idea de que intentara consolarme.

La figura que tenía delante se movió y la luz del fuego iluminó su rostro: Fiske.

—¡Aléjate de mí! —exclamé echándome hacia atrás.

Cuando su mano me tapó la boca, aferré su garganta entre los dedos y le oprimí la tráquea. Me apartó la mano de un golpe.

—No me *toques* —susurré mientras me retorcía en la mesa.

—Él va a sacar la flecha, Eelyn. Cálmate. —Iri se encontraba detrás de mí, rasgando tiras de tela.

—¡Él la ha puesto ahí! —Clavé los ojos en Fiske, la furia corría por mi cuerpo y mi corazón latía con violencia como si me fuera a explotar a través de las costillas.

Fiske bajó la mirada hacia mí con rostro inexpresivo.

—Si él no te hubiera disparado en el hombro, otra flecha te habría dado en el corazón y ahora estarías muerta en el bosque. Deberías agradeceréselo.

—¿*Agradecéselo?* —Le lancé a Iri una mirada fulminante—. Ni siquiera estaría aquí si no fuera por él. —Me costaba pronunciar las palabras con los dientes apretados.

—Te advertí que dejaras de seguirnos. —Fiske se secó la frente con la parte de atrás del brazo. Sus manos estaban mojadas con mi sangre—. Puedo sacar la flecha ahora o puedes esperar a Runa. Es probable que tarde un rato.

—Sácala. —La voz de Iri brotó cansada, los ojos tensos por la preocupación. Era una mirada que yo recordaba bien, que muchas veces se había dibujado en su rostro.

*¡Otra vez!*

Podía escuchar su voz resonando en mi mente. El sol se ponía sobre el

fiordo y estaba demasiado oscuro para poder ver. Nuestro padre observaba desde la ventana de la casa, enmarcado por la luz del fuego.

*¡Otra vez, Eelyn!*

Iri me llevaba solo un año y medio, pero yo siempre había sido mucho más pequeña. No podía sostener bien el escudo como para luchar con esa protección. De modo que me había enseñado a pelear sin él, empuñando el hacha con la mano izquierda y la espada con la derecha.

Él estaba magullado y sangraba mientras me entrenaba antes de nuestra primera temporada de lucha.

*¡Otra vez!*

Esa misma mirada teñía ahora sus ojos. Se preguntaba si yo tenía la fuerza suficiente.

Fiske se acercó a mí y lo observé con cautela. Sabía que no tenía alternativa. No era la primera vez que estaba herida o enferma, pero nunca en mi vida había sentido un dolor así.

Fiske me miró a los ojos cuando se colocó sobre mí.

—Te va a doler.

Iri me extendió un trozo de cuero y lo cogí.

—Hazlo.

Mordí con fuerza la lonja, respiré hondo y clavé los ojos en las vigas del techo.

Iri apareció frente a mí, enganchó su brazo debajo de mi cuello para apuntalar la parte de atrás de mi cabeza y me aferré a él con manos temblorosas. La flecha se quebró detrás de mí, lanzando una explosión de luz blanca por detrás de mis ojos, que llenó toda la habitación. Gemí contra el pecho de Iri y retorcí mis manos en su túnica mientras Fiske hundía los dedos buscando la punta de la flecha hasta que la atrapó con las uñas.

Cuando la tuvo, esperó, para permitirme recuperar el aliento.

—¿Lista? —Bajó la mirada hacia mí.

Lancé el aire hacia fuera en tres chorros sibilantes, armándome de valor antes de asentir levemente.

Llevó el brazo con fuerza hacia atrás y la extrajo.

Me sacudí debajo del brazo de Iri y sentí que mi cuerpo se aflojaba mientras la flecha chocaba contra el suelo. Las manos de Fiske llenaron el agujero rápidamente con un paño enrollado y me apretó el hombro con tanta fuerza que no podía respirar. Parpadeé lentamente intentando verla, pero mis ojos no respondían.

—En nombre de Thora... —el susurro agudo de una joven se apagó y un par de botas debajo de una larga falda de lana se detuvieron en la puerta—. ¿Iri?

Él se levantó, fue hasta la puerta y solo quedó la mano de Fiske para impedir que yo rodara por la mesa. Mi cabeza cayó hacia un lado y Fiske volvió a aparecer ante mi vista, el pelo oscuro cayéndole alrededor del rostro mientras me limpiaba el hombro. Ya no podía sentir el dolor. No podía sentir nada.

—¿Quién eres? —Las palabras estallaron en mi pecho.

Se quedó inmóvil, los rasgos duros de su rostro parecían severos en la luz tenue.

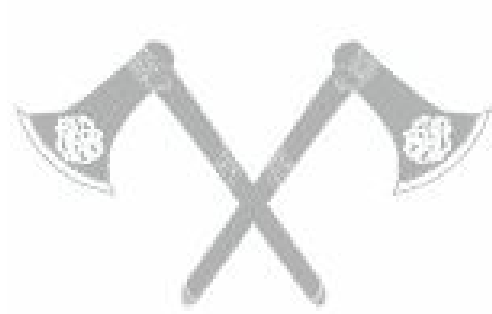
El calor de una lágrima descendió lentamente por mi rostro.

—¿Qué relación tienes con mi hermano?

Apretó la boca antes de responder, sus manos se quedaron quietas sobre la herida.

—Es *mi* hermano. Y si lo matan por tu culpa, te cortaré la garganta como debería haberlo hecho en Aurvanger.





**E**staba sola cuando abrí los ojos. La tenue luz azul de la mañana se filtraba por las tablas de madera del granero. Me senté en la mesa y comencé a temblar a causa de las palpitaciones. Metí la mano por debajo de la túnica y toqué suavemente el agujero caliente e inflamado de mi hombro. Debajo, había una nueva sutura en el tajo del brazo. Froté las muñecas una contra otra y sentí la piel rosada y arrugada, que tironeaba con fuerza en el lugar donde había estado la cuerda.

Mis pies desnudos encontraron el suelo frío y me deslicé de la mesa para ponerme de pie. Mis botas estaban ordenadas sobre la armadura, al lado del fogón vacío. La pequeña estatuilla de Iri, que yo había guardado en el chaleco, se encontraba en la mesa, a mi lado. La cogí, deslicé el pulgar por la pequeña cabeza y parpadeé al verlo otra vez en la niebla, al sentir el estallido de ese relámpago en mi alma. Al saber que Iri estaba vivo. Y no solo vivo, que nos había traicionado. A todos.

El chico con quien había compartido mi infancia. El muchacho con quien había peleado hombro con hombro, era peor que cualquier enemigo. Y la sangre que compartíamos era ahora veneno en mis venas.

A través de las tablas de las paredes, podía ver la silenciosa aldea Riki extendiéndose por la ladera, cubierta por una nevada superficial. El verde intenso de los pinos asomaba por detrás de las casas como una gruesa pared.

Forcejeé con mis botas, apretando los dientes ante el dolor que provenía de todo el lado izquierdo de mi cuerpo. Las costillas se habían lastimado de nuevo por la caída del caballo. Como si se me hubieran vuelto a romper. Me dirigí hacia la puerta y levanté el pestillo suavemente con el dedo, pero, cuando empujé, la puerta no se abrió; estaba cerrada por fuera. Me acurruqué en un rincón, coloqué los brazos alrededor del cuerpo y apreté el brazo herido con fuerza contra el costado. Y esperé.

Lentamente, la aldea fue despertando con el sonido de los animales pidiendo el desayuno y las ollas de hierro balanceándose en barrales de madera sobre los fuegos matinales. El aroma de los granos tostados llenó el aire y mi estómago se quejó. Cerré los ojos y traté de reprimir las náuseas que bullían en mi estómago.

La voz de Iri me encontró en la habitación oscura, después de pasar horas sentada en el frío húmedo. La puerta se abrió, giró hacia fuera e hizo entrar la luz del día. Entró un hombre de pelo canoso que llevaba una limpia túnica negra. Era demasiado viejo para haber peleado en Aurvanger. Sus ojos me examinaron, encogida en un rincón como un animal asustado.

—¿Acaso sirve para algo? —Sus labios se movieron detrás de su tupida barba—. Runa dice que ayer tenía una flecha clavada en el cuerpo.

Iri entró detrás de él, inclinándose para pasar por debajo de la pequeña puerta, y apoyó un atado de leña en el suelo. Estaba pulcro, el pelo recién trenzado y la ropa limpia.

—Parece fuerte. Es una guerrera Aska.

Dijo algo más que no alcancé a oír por encima de los pensamientos que se

disparaban por mi mente, como viento dentro de mi cabeza. Iri con los Rikis. Iri actuando como si fuera mi captor.

Los ojos del hombre me estudiaron mientras pensaba.

—Runa también me ha contado *cómo* llegó esa flecha a su cuerpo.

La ira en la mirada de Iri ya no se ocultaba cuando sus ojos finalmente se posaron en mí.

—Fiske la derribó.

—Es probable que se pase todo el invierno intentando escapar. —El hombre meneó la cabeza—. Nadie la querrá. Creo que es mejor obtener alguna moneda por ella cuando lleguen los mercaderes de Ljós en pocos días.

Me puse de pie, manteniendo la espalda contra la pared. El dolor del brazo se extendió por mi pecho mientras desviaba la vista de Iri hacia el anciano.

El hombre salió otra vez a la nieve y curvé el labio hacia arriba al tiempo que clavaba mi mirada furiosa en Iri.

—¿Venderme? ¿A *quién*? —susurré.

Iri bajó el pestillo y con un tintineo lo colocó en su lugar. Luego apoyó el iniciador de fuego sobre la mesa.

—A una de las otras aldeas Riki.

—No puedes hacer eso.

—Yo había planeado tenerte aquí durante el invierno, hasta que pudiera sacarte de las montañas. —Se frotó la cara con las manos—. Pero tú has arruinado mis planes, Eelyn.

—¿Yo los he arruinado? ¡Eres tú quien me ha traído aquí!

—Silencio. —Eché un vistazo por la rendija de la puerta.

La sangre de mi cuerpo comenzó a hervir, fluyó por mis venas y me despertó.

—Eres tú quien ha abandonado a su pueblo y a su dios para servir a nuestro

enemigo, Iri.

Sus ojos regresaron bruscamente a mí y cubrió con rapidez la distancia que nos separaba, me cogió de la túnica y me atrajo hacia él.

—Los Askas fueron quienes me abandonaron a *mí*. Me dieron por muerto. Los Rikis me salvaron la vida.

Lo aparté con mi brazo sano, manoteé la estatuilla de la mesa y se la arrojé.

—He llorado tu muerte todos los días durante cinco años. —La oleada de pena me golpeó, amenazando con derribarme—. ¡Y todo ese tiempo has estado aquí! ¡Ni siquiera has preguntado por Aghi!

Iri se quedó inmóvil, la tensión de su semblante comenzó a suavizarse y a revelar algo frágil, a punto de quebrarse.

—Mi padre. —Di otro paso hacia él, la voz trémula.

Bajó la mirada hacia el suelo.

—*Nuestro* padre. —Endureció la mandíbula y la habitación quedó en silencio—. Tenía miedo de lo que podrías decirme.

—Está vivo, Iri. Estaba combatiendo en Aurvanger. Y sentiría vergüenza de considerarte su hijo si supiera la verdad.

Sacudió la cabeza, negándose a discutir conmigo.

—¿Crees que vendrá por ti?

—Si no regreso después del deshielo, vendrá a buscarme.

Sus ojos se desviaron hacia la estatuilla que estaba en el suelo.

—¿Le has contado que estaba vivo?

En mi mente brotó la imagen de mi padre corriendo a través del campo de batalla hacia mí, los ojos brillantes de miedo.

—Lo intenté, pero no me creyó. Pensó que Sigr me había enviado tu alma.

De pronto, Iri pareció estar muy lejos, la mirada perdida en el rincón oscuro de la habitación.

—Tal vez fue así.

—No ha sido Sigr quien ha hecho esto, Iri. Ha sido Thora —mi voz se aplacó, mis ojos se entrecerraron—. Tú *has matado* a tu propia gente. ¿Qué harás cuando mueras? ¡Permanecerás separado de nosotros para siempre! — Las palabras cedieron bajo el peso de su significado. Aun cuando yo había llorado la muerte de Iri, siempre había pensado que volvería a verlo. Que algún día estaríamos todos juntos. Pero Sigr nunca le permitiría entrar a *Sólbjörg*. No después de lo que había hecho.

—Tú no lo comprendes. —Su voz perdió los últimos restos de ira. Arrastró los dedos por la barba que cubría su mandíbula antes de levantar la estatuilla del suelo y girarla en la mano—. Te vi y...

Me apoyé contra la pared, intentando mantenerme en pie mientras observaba cómo los pensamientos se deslizaban por su cara.

—Te vi y pensé que estaba a punto de verte morir. Pensé que mi corazón dejaría de latir. —Tragó con fuerza y el espacio entre sus cejas se arrugó.

No era lo que yo esperaba que dijera. El calor de mi rostro se intensificó y brotó por mis ojos. Las lágrimas me pincharon por el frío.

—Pensamos que estabas muerto, Iri. Intentamos bajar al barranco para buscar tu cuerpo. Intentamos... —me tragué las palabras. No había forma de deshacer lo ocurrido—. Tenemos que marcharnos. Tenemos que regresar al fiordo.

—No puedo —afirmó, los ojos moviéndose alrededor de la habitación.

—¿Por qué? —Lo examiné mientras mi voz se elevaba otra vez.

—Tengo que encontrar la forma de convencerlos de que te acepten como una *dýr*.

—¡No! —mi voz llenó la habitación y resonó en mis oídos.

—¡Silencio! Si alguien se entera de que estoy hablando contigo de esta

manera... —Suspiró—. Si te venden, tendrás que valerte por tus propios medios. No lograrás regresar a Aska. Nos quedan un par de días antes de que lleguen los mercaderes de Ljós. Algo se me ocurrirá.

Pensé en mi padre, observándome con sus ojos azules muy abiertos y llenos de vergüenza. Podía sentir el peso de un collar de *dýr* alrededor del cuello.

—Tú sabes que no puedo convertirme en una *dýr*, Iri. Nunca me aceptarán en *Sólbjörg*. —No podía creer que se le ocurriera sugerirlo—. Me quitaría la vida antes de permitir que eso sucediera.

Era lo que nos habían enseñado toda la vida: *vegr yfir fjor*, el honor por encima de la vida.

Situó los ojos al mismo nivel que los míos y bajó la voz.

—Si te quitas la vida, dejarás a nuestro padre solo en el mundo. Pero si abandonas tu orgullo y esperas que pase el invierno, regresarás con él después del deshielo. Regresarás con los Askas y recuperarás tu honor.

Apreté los dientes y cerré los puños a los lados del cuerpo, porque él tenía razón.

—Te odio. —Las palabras liberaron con fuerza todo lo que le había ocultado. La rabia, el desagrado.

Pero lo aceptó. Permitted que se deslizaran de mí hacia él, y no discutió. Me miró durante un momento prolongado, sus ojos se movieron por mi rostro como si me estuviera viendo por primera vez.

—Lo sé.

## 8



**M**e senté delante de la hoguera y me fui acercando poco a poco para aliviar el entumecimiento de los dedos de las manos y de los pies. Podía esperar a que oscureciera y deslizarme por la pared, pero no tenía ni idea de dónde me hallaba. Y era imposible que sobreviviera en la montaña con una infección bullendo en los músculos y tendones del hombro, retorciéndose como una víbora debajo de mi piel.

Cuando finalmente se hizo de noche, el pestillo de la puerta se levantó otra vez. Me puse de pie y retrocedí hacia la pared. Se asomó una cara pequeña, coronada por trenzas oscuras y sinuosas.

—He venido a ver cómo están tus heridas y ayudarte a lavarte. —Una mano aferraba el chal tejido que cubría sus hombros y la otra sostenía una cesta contra la cadera—. Si intentas lastimarme, será un placer para mí dejar que mueras por esa infección. —Señaló la mancha de sangre fresca que goteaba por mi túnica mugrienta.

La muchacha tenía aproximadamente mi tamaño, pero su aspecto era demasiado limpio y suave para ser una guerrera. No me llevaría más de dos segundos poner mis manos alrededor de su cuello.

Se movió hacia mí con cautela mientras sus grandes ojos oscuros inspeccionaban mi rostro, donde yo podía sentir el bulto en la mejilla y la grieta en el labio. Con un balanceo, dejó la cesta sobre la mesa y apoyó una olla en el suelo frente a la hoguera, observándome por el rabillo del ojo. Cuando me extendió una pequeña hogaza de pan, la deshice en pedazos con mis dedos sucios y me la comí lo más rápido que pude. El dolor de la mandíbula no era nada comparado con la sensación de vacío en el estómago.

Dispuso en la mesa una vasija y una pila de paños pulcramente doblados, y luego llenó un cuenco de madera tallada con el agua humeante, inundando la habitación de aroma a lavanda y consuelda.

Me quité la túnica por la cabeza, teniendo mucho cuidado con el hombro, me incorporé con el único brazo fuerte y me senté a la mesa. La joven despegó el vendaje manchado de la herida de la flecha y se inclinó para examinarla. Sus dedos extendieron la piel lentamente y proferí un gemido susurrante.

—Es un buen arquero —murmuró—. Justo en el centro de la articulación.

Mi mandíbula se puso tensa mientras palpitaba. La muchacha aparentaba ser limpia y suave, pero no era tonta. Sabía que yo era peligrosa, pero no me tenía miedo. Y quería que yo lo supiera.

Mojó un trozo de tela en el fragante cuenco de agua y lo apoyó con firmeza contra la piel abierta de mi brazo. Alcé la vista hacia el techo mordiéndome el labio, mi cabello caía por mi espalda desnuda mientras ella limpiaba la herida.

—Esta no parece estar tan mal. Es profunda, pero sanará. —Levantó la mirada hacia mí—. ¿Espada?

Asentí y ahí entendí que ella debía ser quien había venido la noche anterior. Había cosido la herida más pulcramente de lo que Kalda había hecho jamás.



—¿Eres curandera?

Sus ojos se alzaron abruptamente, como sorprendida de que yo hablara.

—Estoy aprendiendo.

Retorció el paño lleno de sangre en el agua mientras la puerta se abría detrás de nosotras, sobresaltándome. Al darme la vuelta, me encontré con Fiske en la entrada. Me enderecé, manteniendo la espalda hacia él y colocando mi cabello por encima del hombro para cubrirme.

Observó el agujero en mi hombro. El agujero que él había hecho. En realidad, todas las marcas eran obra suya.

—Iri te había dicho que me esperaras, Runa. —Desvió los ojos hacia la joven.

—Has tardado mucho. Tengo más gente que atender esta noche.

Se recostó contra la pared, mirando hacia un lado de la habitación, mientras ella reanudaba su trabajo.

—Vamos a lavarte. —Me alcanzó otro trapo, levantó el cuenco de agua caliente y lo colocó sobre la mesa.

Me dediqué a limpiar la parte de adelante de mi cuerpo y ella frotó mi espalda y mi cuello. Una vez que mi piel quedó libre de la mayor parte de la sangre y de la suciedad, me trenzó el cabello, aún polvoriento y desgredado, apartando los mechones de mi rostro. Cuando terminó, cogió una túnica limpia de la cesta y me ayudó a vestirme.

Desenrolló una larga venda de tela y colocó mi brazo en ángulo contra mi cuerpo, a través de mi pecho.

—Mantenlo firme.

Obedecí mientras la observaba envolverlo alrededor de mi cuerpo para sostener el brazo inmóvil en su lugar.

Se alejó un poco y me miró.

—No he venido aquí a quitar la sangre de mis compañeros de tu bonito pelo rubio porque sea bondadosa. Lo he hecho porque Iri me lo ha pedido. Él se ha ganado su lugar aquí y no voy a dejar que representes una amenaza para él.

—¿Y qué ha tenido que hacer exactamente para ganarse su lugar? — pregunté arqueando una ceja.

Cogió la cesta y la apoyó sobre su cadera. No miró hacia atrás mientras abría la puerta y Fiske salía tras ella. El pestillo cayó con fuerza y bajé la mirada hacia mi brazo inútil. Si hubiéramos llegado aquí unos días antes, tal vez podría haber escapado a la montaña antes de la primera nevada fuerte. Pero sabía que ahora no debía hacerlo. Podía oler el ardor frío del invierno deslizándose sigilosamente en la aldea con el transcurrir de las horas.

Sería una tonta si lo intentara ahora. Pero si pudiera pasar el invierno sin que me clavaran un cuchillo en el corazón, tal vez tendría una oportunidad.

# 9



**L**a puerta se abrió de golpe, rebotando sobre las bisagras. Me incorporé en la mesa y escudriñé en la oscuridad. Unas manos me sujetaron antes de que pudiera distinguir las formas en la penumbra. Forcejeé, intentando liberarme, pero un brazo grueso me envolvió el cuerpo provocando un dolor agudo en mis costillas y haciendo que todo el mundo girara.

Tirándome de la túnica, las manos me hicieron cruzar la puerta y salir a la nieve. Caminé fatigosamente por el sendero con los pies desnudos, andando sobre la nieve hacia arriba mientras tropezaba. Intenté orientarme, pero todo era blanco debajo de mí y una neblina oscura envolvía la aldea.

—¿Adónde me llevas?

El hombre echó una mirada por encima del hombro antes de extender la mano y abofetearme. Mi cabeza voló hacia un lado, mi boca se llenó de sangre.

—Habla otra vez y te clavaré otra flecha, Aska. —Me tragué el ácido que llenaba mi boca.

Caminamos a través de la oscuridad hasta el extremo de la aldea, donde repiqueteaba el sonido de un martillo en un yunque, reverberando por la

silenciosa ladera de la montaña. Delante de nosotros, el resplandor anaranjado de una fragua iluminaba la noche, por debajo de un toldo de paja.

El hombre me empujó hacia adelante, otro me atrapó y me metió en la tienda. Sujetándome del cabello, me levantó la cabeza bruscamente para que me examinara un Riki con un delantal de cuero, que sostenía unas pinzas de hierro en la mano. Se dio la vuelta, hurgó algo de la fragua, y mis ojos se abrieron desmesuradamente cuando levantó delante de él un collar de hierro de *dýr*. Intenté retroceder para salir de la tienda, pero los dos hombres me sujetaron. El herrero martilleó el collar, que estaba al rojo vivo, en el yunque, doblándolo y estirándolo para adaptar el tamaño, mientras yo luchaba y chocaba contra los cuerpos que tenía detrás.

—Si te quedas quieta, podré estar seguro de no quemarte —me indicó, los ojos fijos en mi cuello.

Eché un vistazo alrededor de la tienda, buscando algo con lo que pelear. Había herramientas por todos lados, pero nada a mi alcance. La mano que sujetaba mi pelo me empujó hacia adelante, obligándome a acercar la cara al yunque congelado, y el otro hombre apoyó todo su peso sobre mi cuerpo para mantenerme quieta.

Grité y me moví frenéticamente, pero eran muy fuertes. El luminoso anillo de metal se fue acercando mientras yo pataleaba, pero mis pies desnudos solo conseguían resbalar en el suelo helado. Otro Riki me aferró de los hombros y quedé inmovilizada, completamente impotente. Gruñí y escupí mientras el herrero estiraba lentamente el collar, aún caliente con las pinzas y lo colocaba con cuidado alrededor de mi cuello. Di otra patada, esta vez le pegué a una pierna y me resbalé. Mi piel se incendió cuando el metal me tocó y me tragué una respiración ahogada en medio del frío glacial.

—Pfff. —El herrero revoloteaba sobre mí, el ceño fruncido—. Te dije que

te quedaras quieta.

Mi cara resbaló sobre el yunque, resbaladizo por los mocos y las lágrimas silenciosas, mientras me mantenían en el sitio, esperando que el collar se enfriara. Pero era demasiado tarde: el metal caliente ya estaba calzado alrededor de mi cuello.

Unos metros por delante, una antorcha se encendió en la oscuridad del sendero, y me llevaron otra vez por la nieve. Cuando nos detuvimos, uno de los hombres enganchó el collar con los dedos y deslizó una cuerda por la abertura circular, asegurando el otro extremo al tronco de un árbol.

Me dejó temblando allí mientras se dirigía al grupo de hombres que se encontraban cerca de la antorcha, que estaba clavada en el suelo. Hablaban y reían, envueltos en pieles de oso que los defendían del frío de la mañana.

Estiré la mano y toqué la quemadura que tenía por encima de mi hombro, intentando observar lo que me rodeaba. Debía faltar una hora para el amanecer, pero las estrellas todavía podían verse en el cielo y los colores danzaban hacia el norte, detrás de los árboles.

El sonido de un carro provocó que me enderezara y tiré de la cuerda para observar el camino. Una caravana llegaba bordeando el sendero entre dos enormes peñascos escarpados. El último carro llevaba una fila de ganado detrás de él. Supe lo que sucedía en cuanto vi a los Rikis saludándose unos a otros. Eran los mercaderes de Ljós. La piedra que tenía en el corazón se volvió todavía más pesada. Iban a venderme.

La aldea aún estaba oscura y silenciosa, la luz del sol había comenzado a subir lentamente por el cielo. Iri no podía saberlo. O tal vez había cambiado de idea y había permitido que se deshicieran de mí.

Mis ojos retornaron a la caravana, intentando evaluar mis posibilidades. Miré mis pies enterrados en la nieve, el intenso dolor del frío ya estaba

palpitando por mis piernas. No podía abatirlos sin armas ni correr más rápido que ellos descalza. Examiné todas las posibilidades en mi mente, buscando una alternativa. Pero no encontré nada, ninguna oportunidad.

Trajeron a otros dos *dýres* más y los amarraron a los árboles que se hallaban detrás de mí. Probablemente fueran criminales Riki. La mujer se quedó mirando fijamente hacia el bosque, la expresión vacía, y el hombre se movía nervioso mientras las cabras balaban a mi lado, acercando las narices por encima de los barrotes hacia mis manos temblorosas.

Otro grupo bajó por el sendero para unirse a los hombres que ya estaban reunidos. Mientras la luz aumentaba, se fueron dispersando, comenzando por el extremo más alejado y recorriendo la hilera de árboles para ver las mercancías que se habían expuesto para comerciar.

Incluyéndome a mí.

Mantuve los ojos en el suelo mientras una voz en mi cabeza decía todo lo que no quería creer. Me iban a arrastrar hacia el bosque y arrojarme en algún pueblo de montaña de los Rikis como una *dýr*. No volvería a ver el fiordo, no volvería a ver a mi padre ni a Mýra. Ni en esta vida ni en la próxima. Se me rompió el corazón. Devorada por la angustia, la esperanza de regresar a mi hogar me parecía una tontería.

Todo por culpa de Iri.

Unas botas se detuvieron en la nieve frente a mí y sonó una risa profunda.

—Es muy pequeñita, ¿verdad?

El ardor de mi rostro quemaba como un sol de verano. El cuero del chaleco de su armadura se estiró mientras se balanceaba hacia atrás y hacia adelante sobre los talones. Chasqueó la lengua antes de que su sombra se desplazara por la nieve.

Otros dos Riki se detuvieron frente a mí y clavé los ojos en mis pies,

negándome a levantar la mirada.

—¿Cuánto por ella? —gritó uno de ellos hacia las antorchas.

—Cuatro *penningr* —le respondió un hombre.

Sentí que me hundía en la nieve. Era el mismo precio que yo había pagado por la cabra que sacrificamos la noche en que había visto a Iri. Traté de reprimir las lágrimas en mis ojos. Era una broma cruel, como si Sigr estuviera mirándome desde arriba y riéndose. Tenía que ser así.

Los dos Riki continuaron el recorrido, interesándose más en los animales que en mí, y un hombre más grande que los otros se detuvo frente a mí.

—¿Qué le ha pasado? —Dirigió la mano hacia mi hombro.

El viejo que había ido a verme al granero se situó junto a mí.

—Herida de batalla.

—¿Es Aska?

—Exactamente. En este momento no sirve para trabajar mucho, pero sanará antes del deshielo.

Apreté los puños. Quería estirarme y estrangularlo con la cuerda. Quería observar cómo la luz abandonaba sus ojos arrugados.

El hombre corpulento se acercó mientras el viejo se alejaba.

—Date la vuelta.

—¿Qué? —exclamé dando un paso hacia atrás.

Estiró la mano con rapidez, aferró mi magullada mandíbula y tiró hacia adelante hasta que el collar me ahorcó, y luego colocó su cara junto a la mía. Sabía lo que iba a hacer antes de que lo hiciera. Sus dedos me sujetaron por detrás de la rodilla y deslizó la mano hacia arriba por el interior de mi pierna. Me apreté contra la dura corteza del árbol, pero él se movió conmigo, dejando que su cuerpo oprimiera al mío.

—Quítate de encima —gruñí entre dientes.

Una sonrisa se dibujó en sus labios detrás de su tupida barba. Me hizo girar violentamente, colocándome de cara contra el árbol, y me apretó contra él, mientras sus ojos descendían por la parte de atrás de mi cuerpo como hierro caliente.

—Te vienes conmigo. —Las palabras terminaron en una carcajada.

Me soltó y el temblor cesó, mi cuerpo inundado por la fiebre caliente del odio que fluía por mis venas, como cuando blandía el hacha y la espada junto a Mýra en medio de la batalla. Un brazo herido no impediría que clavara mi espada en su estómago.

Se encaminó hacia las antorchas y me pregunté si lo había visto alguna vez. Si alguna vez había matado a alguien que él quisiera. La respiración llenó mi pecho y entorné los ojos. No me llevaría mucho tiempo encontrar la oportunidad de matarlo. Cuando lo hiciera, los otros me matarían a mí.

Pero eso estaría bien. Seguramente Sigr vería honor en una acción semejante.

De pronto sentí un tirón en el collar y me sobresalté. Al darme la vuelta, vi a Fiske al otro lado del árbol. Tenía el chaleco de la armadura desatado, los lazos de las botas sueltos. Tenía la cuerda enrollada alrededor del puño y tiraba de mí hacia adelante.

—¿Qué haces? —Me agarré a la cuerda con desesperación.

No me miró y se volvió hacia la aldea llevándome con él.

—Acabo de pagar por ti.

Una voz gritó detrás de nosotros.

—No te des la vuelta. —Fiske siguió andando.

Unas voces airadas resonaron entre los árboles, pero se fueron apagando mientras caminábamos y poco a poco se transformaron en risas. Eché una mirada hacia atrás y Fiske tiró de la cuerda.



—Te he dicho que no te dieras la vuelta.

El primer rayo de sol se asomó por encima de los árboles mientras yo iba renqueando detrás de él, el dolor de mis pies congelados subía en forma de espasmos por mis piernas. Rodeamos la curva del camino donde la nieve se derretía en el lodo, y los Rikis que trabajaban fuera de sus casas se daban la vuelta y me observaban. Fiske no los miraba, mantenía la mirada al frente mientras me conducía por medio de la aldea de regreso al pequeño granero vacío, donde me tenían encerrada. Ya se había limpiado la suciedad de la batalla, tenía la mitad del pelo recogido en una coleta y el resto cayéndole sobre la piel de zorro anaranjada de sus hombros.

Se detuvo y apreté con fuerza los dientes para evitar que castañetearan mientras abría la puerta y extraía el cuchillo. Cortó la cuerda del collar y se apartó hacia un lado.

—Entra.

Pasé delante de él, entré en el granero y me quedé de pie, tiritando, con los brazos alrededor del cuerpo. El corte de su oreja, donde yo lo había alcanzado con mi cuchillo, continuaba rojo y empezaba a formar una costra por debajo del pelo.

Sus ojos descendieron hasta mis pies y lanzó una maldición por lo bajo. Cogió la pila de leña de la mesa y encendió el fuego, luego cogió un taburete de la pared y lo apoyó junto a la hoguera. Me senté lo más cerca que pude del fuego y levanté los pies sobre la piedra caliente que rodeaba las llamas. Estaban pálidos y entumecidos, me producían un dolor constante, pero, probablemente, no estaban congelados.

Fiske arrojó una piel de oso a mi lado mientras yo me masajeaba las piernas con las manos para hacer que el calor regresara a ellas. Permanecí sentada, mirando el fuego y sintiendo su calor, las lágrimas resbalaban por mi

rostro.

—¿Cómo has sabido que estaba allí? —pregunté intentando mantener firme la voz.

Me pareció que no deseaba responder.

—Te he oído gritar. En la tienda del herrero.

Cerré los ojos y tragué saliva al recordar la forma en que había llorado e implorado la noche que me quitaron la flecha del hombro. Nunca había implorado por nada en toda mi vida. La humillación que implicaba me quemaba más que la infección del hombro o el ardor en el cuello. Su compasión me atravesó, despojándome de mi orgullo.

—He acordado quedarme contigo hasta el deshielo —cuando finalmente habló, su voz llenó el espacio vacío.

—¿*Quedarte* conmigo? —Mis palabras eran de hielo.

—Si te escapas, no iré a buscarte. Morirás sola en menos de un día. Tal vez dos.

—¿Dónde estamos?

—Fela.

Yo había oído hablar de este lugar. Era solo una de las muchas aldeas Riki en las montañas.

—Mañana te llevaré a mi casa.

—¿Es ahí donde vive Iri? —pregunté sonándome la nariz.

—Sí —respondió después de una vacilación—. Y nuestra familia no sabe nada sobre ti. Si quieres continuar con vida, las cosas tienen que seguir siendo así.

—¿Por qué no me ha comprado Iri?

Se recostó contra la pared.

—Los Rikis no pueden saber quién eres. Mantente lejos de Iri.

Lo observé con sumo cuidado, intentado descifrar la expresión de su rostro. Feroz, pero suplicante. Él quería mucho a Iri, lo podía sentir detrás de cada una de sus palabras.

—¿Por qué has aceptado quedarte conmigo?

—Iri es mi hermano —respondió pasándose la mano por el pelo.

—Iri es un prisionero que tienes como si fuera una mascota —mascullé. Pude sentir el cambio en él, cómo sus rasgos se volvían más afilados—. No me escaparé. Pero si piensas que voy a actuar como una *dýr*...

No esperó a que terminara la frase. Empujó la puerta y se marchó, dejándome sentada delante del fuego. Me quedé mirando la puerta mientras la cerraba y luego observé su silueta atravesar raudamente la luz que entraba por los listones.

Cuando desapareció por completo, me metí la mano en el bolsillo y saqué la estatuilla de Iri. La madera era suave y brillante donde yo la había aferrado mientras rezaba bajo cada luna que aparecía en el cielo. La llevaba contra el corazón mientras peleaba, dormía con ella a mi lado. Juntos nos convertimos en guerreros. Y mucho antes de eso, habíamos sido amigos.

Era Iri quien me había estrechado entre sus brazos en la oscuridad cuando soñaba con la Herja de ojos blancos que había cortado la garganta de nuestra madre. Era Iri quien me había contenido cuando me quedé destrozada por el dolor de haberla perdido. Fuí a mi primera batalla con mi hermano a mi lado. Limpié la sangre de sus manos tras su primera muerte y fingí no ver el brillo de las lágrimas en sus ojos. Él había sido más fuerte que yo siempre, pero nos habíamos cuidado mutuamente. Y honrarlo a él había sido la forma de encontrar mi propia fuerza después de que desapareciera.

Arrojé la estatuilla a las llamas mientras las lágrimas se atoraban en mi pecho.

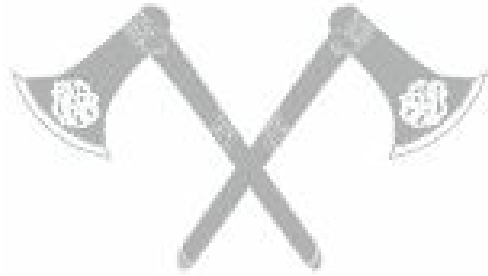
Lo solté, lo borré. Cada uno de los recuerdos, cada pequeña esperanza.

Porque el Iri que yo quería ya no existía. El muchacho que alguna vez había conocido cada uno de los oscuros rincones de mi vida había muerto en el momento en el que había derramado la sangre de nuestro pueblo. Ese muchacho ya no existía, al igual que nuestra madre, pero su alma estaba perdida.

Observé el negro carbonizado que subía por el borde de la madera y la devoraba hasta que la estatuilla no fue más que una parte del fuego, transformándose en humo y elevándose por encima de mí. Se estiró y se retorció alrededor de sí misma, y luego ascendió por el aire.

Hasta que se evaporó por completo.

# 10



**N**o dormí porque tenía miedo de que la puerta se abriera de nuevo. La quemadura bajo el collar se reavivó, produciéndome un intenso escozor en la piel. Me calcé las botas y permanecí sentada en el granero, los ojos clavados en la puerta cerrada. Había pasado las horas aferrada a un trozo de madera roto, buscando debajo de mi piel las venas que harían que me desangrara más rápido. Si provocaba mi propia muerte, Sigr tal vez me aceptaría. No tendría que convertirme en una *dýr*. Pero las palabras de Iri me atormentaban. Imaginé a mi padre anciano y solo en nuestra casa del fiordo. Ya había perdido a mi madre y a Iri: yo era lo único le quedaba. La idea de abandonarlo era demasiado difícil de soportar.

Podía aguantar el invierno. Podía regresar a Hylli, a mi padre y a Mýra. Podía recuperar mi honor.

El crujido de unas pisadas sobre la nieve provocó que me pudiera de pie, lista para enfrentar a Fiske cuando abriera la puerta. Cuando la luz entró, la nieve caía suavemente y algunos copos quedaron atrapados en su pelo.

La puerta se cerró detrás de él y me miró durante un largo rato, sus ojos buscaban algo en los míos.

—Iri dice que no tengo que preocuparme de que vayas a representar un peligro para mi familia.

Iri era un mentiroso. Yo no dudaría en matar a cada uno de ellos si creyera que eso me llevaría a mi hogar, pero probablemente no sería así.

—Te he salvado la vida. Espero que esa sea razón suficiente para creer en lo que dice.

Apreté la lengua contra el paladar.

—Según mis cálculos, tú has intentado quitarme la vida más veces de las que has intentado salvarme.

Pasé bruscamente delante de él, abrí la puerta y salí al frío. Caí de rodillas, levanté un puñado de nieve y lo apoyé contra el cuello, donde tenía la piel ampollada. Al intentar respirar sintiendo la quemadura, una bocanada de aire larga y sibilante brotó de mí.

Fiske echó a andar por el sendero en la misma dirección hacia la que nos habíamos dirigido el día anterior. Mis pies lo siguieron. Examiné la pendiente: la aldea se extendía hacia arriba, por encima nuestra, las casas estaban dispuestas hacia el lateral, unas detrás de otras, en hileras desiguales. En la cima de la colina se hallaba el templo, muy parecido al de nuestra aldea. El humo salía por la chimenea y se desvanecía en la niebla que envolvía las copas de los árboles.

Una vez más, los Rikis nos observaban. Dejaban las manos inmóviles sobre su trabajo para ver cómo seguía a Fiske como un perro a través de la aldea. Evité el contacto con sus ojos al pasar por delante de ellos. Me sentía deshonrada, débil. Y todos lo sabían.

La casa estaba enclavada en la ladera de una colina, cerca de la hilera de árboles. Era más grande que algunas de las otras, con techo de paja y largos troncos delgados apilados unos sobre otros para formar las paredes. Fiske no

esperó a que yo entrara: abrió la puerta y desapareció en el interior, dejándome fuera.

No había nada que me impidiera caminar hacia los árboles cubiertos de nieve. Y tampoco había nada que impidiera que un Riki hundiera su cuchillo en mi cuerpo. Con total seguridad había matado a varias personas de esta aldea. Y, probablemente, tendría que matar otras antes de abandonar este lugar.

Crucé la puerta despacio, mi mano buscó de forma instintiva el cuchillo que hacía días que ya no estaba allí. Iri se hallaba sentado e inclinado sobre una mesa de madera, con un martillo y una pila de pieles de animales. Me echó una mirada por el rabillo del ojo antes de regresar a su trabajo, pero pude ver la tensión que había en él, los músculos rígidos y retorcidos debajo de la túnica. Quería coger uno de los leños calientes del fuego y arrojárselo.

—Ah. —Una mujer mayor se encontraba junto a la mesa en el centro de la sala principal, con las manos metidas en una bola de masa sobre una tabla de amasar. Se limpió la harina en el delantal tiznado que cubría su falda roja de lana sin dejar de mirarme. Su cabello oscuro tenía canas cerca de la frente y estaba peinado en una larga trenza alrededor de la cabeza, pero sus ojos eran de un azul brillante como los de Fiske—. ¿Así que tú eres la joven Aska? — Su mirada descendió para inspeccionar el brazo que seguía vendado contra mi pecho y apretó los labios—. ¿Qué te ha pasado ahí?

Mis ojos se desviaron hacia Fiske, que estaba apoyado contra la pared, comiendo.

—Yo le disparé. —No levantó la mirada del cuenco.

—¿Y luego la compraste? —preguntó la mujer con los ojos muy abiertos.

Inclinó el mentón a modo de contestación, sin molestarse en dirigir la mirada hacia nosotras.

—Soy Inge. —La mujer ladeó la cabeza hacia un lado, pensativa—. Debería echarle un vistazo a tu brazo. ¿Tienes hambre?

Meneé la cabeza a modo de respuesta y aparté la vista.

Sonó un crujido sobre mi cabeza y dos grandes ojos se asomaron por el borde de un entretecho, observándome por debajo de una mata de pelo oscuro.

Inge extrajo la cuchara de madera de la olla y dio unos golpecitos contra el borde mientras sonreía burlonamente.

—Halvard, baja de ahí.

Unas pisadas repiquetearon sobre nosotros y un niño pequeño bajó saltando por una escalera de madera que daba a una planta superior. Se movió por la habitación sin despegar sus ojos del collar que rodeaba mi garganta.

Inge le dio unas palmadas en la espalda y le entregó una cuchara.

—Ven a revolver esto mientras yo le echo un vistazo al brazo de la muchacha Aska.

Di un paso hacia atrás en dirección a la puerta.

Fiske terminó, apoyó el cuenco e Iri se levantó para ir tras él. Salieron, dejando la puerta abierta. A través de la abertura, vi a Fiske meter la mano en un balde y colocar un gran pescado plateado sobre una mesa de madera. No apartó su atención de mí mientras sacaba su cuchillo y le cortaba la barriga. Al otro lado de la mesa, Iri hacía lo mismo.

Inge puso un cuenco en la mesa, preparó un atado de hierbas y las remojó como había hecho Runa. Cuando se dirigió hacia mí, apreté la espalda contra la pared.

—Solo pretendo limpiarla por ti —explicó deteniéndose y dejando caer las manos.

Realmente lo necesitaba. Yo no podía hacer nada con el brazo en esas



condiciones.

Caminé hacia la mesa mientras echaba un vistazo alrededor de la sala. La casa parecía tener mucha vida, probablemente había albergado a un par de generaciones. Algunos de los listones de las paredes eran de madera más nueva, reemplazada recientemente, pero la mayor parte estaba gris y envejecida debido a muchos inviernos y lluvias. Una larga barra corría a lo largo de la pared derecha y había comida guardada debajo en barriles y vegetales colgados de ganchos. Más allá del fuego, había tres baúles cerrados, seguramente el lugar donde guardaban las armas.

Yo me senté despacio. Inge quitó las vendas de mi brazo mientras yo lo mantenía inmóvil en su sitio. Hundí los dedos en el borde de la banqueta mientras ella lo bajaba gradualmente hasta apoyar la mano en mi regazo. La piel que cubría mi hombro era de un color violeta oscuro aún inflamado, pero ya no estaba tan rojo como había estado dos días atrás. Traté de respirar más despacio y reprimí el cosquilleo que inundaba mis ojos. Por la manera en la que me atendía, podía ver que se trataba de una curandera. Tal vez Runa era su aprendiz. Estaba muy concentrada mientras limpiaba con suavidad la piel antes de llenar la herida con algo que parecía ser cera de abeja. Bajé la cara para olerla.

—Es lo que está en la olla. —Señaló hacia el fuego.

El muchacho estaba encima de las llamas, revolviendo despacio y observando.

—Él es Halvard. —Se inclinó más cerca de mi brazo y me eché hacia atrás. Su cercanía me resultaba incómoda.

Cuando saqué el brazo de la túnica, sus dedos recorrieron mi piel hasta el cuello, que era el lugar hacia donde yo podía sentir que se irradiaba el ardor. Caminó hacia la puerta y sacó un pie fuera para poder arrodillarse y juntar un

puñado de nieve en un paño, en el que la envolvió.

—Así. —Lo apretó sobre la quemadura y levantó mi mano para que lo sostuviera mientras ella se ocupaba del corte—. Runa no me ha dicho que te había atendido. —Miró la sutura—. Parece que está bien. Quitaremos los puntos la próxima semana. Para entonces, tu cara tendrá mejor aspecto. —Cogió mis manos entre las suyas, les dio la vuelta y observó mi piel magullada por haber estado atada al carro—. Y ellas también. Pero el hombro llevará más tiempo.

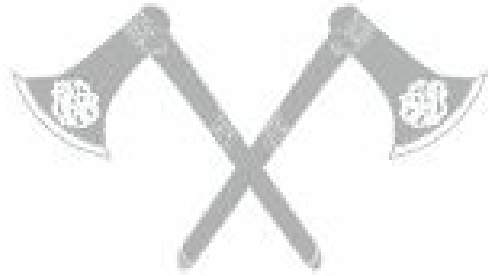
Como no dije nada, se inclinó hacia abajo para mirarme directamente a los ojos. Yo quería extender la mano y aferrar unos mechones de su cabello. Quería golpear su cara contra la mesa.

Deslizó mi brazo dentro de la túnica y lo colocó contra mi cuerpo antes de volver a vendarlo.

—Te quedarás aquí con nosotros; voy a preparar un catre para ti en la planta de arriba. Si yo estuviera en tu lugar, me mantendría lejos de cualquiera de los que están fuera de esta casa. —Se puso de pie y se dirigió hacia una gran olla de hierro, que estaba en el otro extremo de la mesa, y sirvió algo en un cuenco de madera. Levantó la vista hacia mí mordiéndose la parte de adentro del labio antes de echarle una mirada a Fiske por encima del hombro, que continuaba observándonos desde fuera mientras limpiaba el pescado. Cuando volvió a hablar, bajó la voz—. No sé por qué Fiske se ha hecho cargo de ti, pero, en mi opinión, pronto te venderán. Hasta entonces, me ayudarás aquí en la casa. No tienes que hablar. Pero, si te voy a alimentar, sí tendrás que trabajar.

Apoyó el cuenco delante de mí y colocó las manos en sus sinuosas caderas, debajo de su pequeña cintura, y esperó a que la mirara.

—Si nos traes problemas, Aska, nunca saldrás de estas montañas.



Levaban mucho tiempo viviendo con un Aska. Observé el catre que Inge había preparado para mí en la planta superior, en la pared opuesta a la que dormían los demás. Yo pensaba que dormiría con los animales. Tal vez querían que supiera que no me tenían miedo, o tal vez querían tenerme cerca para vigilarme. De cualquier manera, eran tontos. Yo no era Iri.

Subí apenas se dispusieron a cenar. No podía sentarme en la misma mesa que mi hermano y fingir que no lo conocía. No podía fingir que no estaba pensando a cada momento en matarlos a todos. Me puse de lado y miré la pared, donde había una grieta por donde entraba el frío. Levanté la mano y metí los dedos dentro de ella.

—¿Has visto hoy a Kerling? —comentó Iri, rompiendo el silencio.

—Sí. —La voz delicada de Inge era lo único femenino de la casa—. Vidr ha hecho lo correcto al cortarle la pierna. Lo soportará y sanará. Su orgullo, en cambio...

—Ha perdido una pierna. —Se elevó la voz de Fiske a modo de reprimenda.

—Pero no el honor. —Las palabras de Inge se endurecieron—. Gyda lo necesita. El bebé llegará pronto.

—¿Qué va a hacer sin una pierna? Ya no puede pelear. No puede cultivar —señaló Halvard con suavidad.

—Criará cabras —contestó Fiske—. Estarán bien.

Se produjo otro silencio prolongado antes de que Inge hablara de nuevo.

—Siéntate y deja que te revise, *sváss*.

—Ya me he ocupado yo —respondió Fiske con un suspiro.

—Siéntate —insistió nuevamente, y escuché el roce de un taburete en el suelo de piedra, seguido del sonido de Inge desatándole el chaleco de la armadura.

En apariencia, el esposo de Inge había muerto y no era difícil adivinar cómo. La mayoría de los hombres del clan morían en la temporada de lucha, pero otros morían en redadas o de alguna enfermedad. Era obvio que Fiske era el hombre de la casa, pero Inge no era una mujer indefensa si manejaba su hogar y trabajaba de curandera mientras él estaba lejos, peleando. La diferencia de años entre Fiske y Halvard podía implicar que habían existido más hijos. O tal vez Halvard no era de ella, al igual que Iri.

—¿Eso son marcas de dientes?

Me oculté debajo de la manta al recordar la sensación que había experimentado al hundir los dientes en la carne de Fiske. Aún podía sentir su sangre en la boca.

—La última vez no regresaste a casa en muy buen estado. —Su tono se elevó en una sonrisa—. ¿Estás seguro de que has peleado mucho?

Halvard e Iri rieron y yo me tragué el nudo que se retorció dentro de mi pecho para contener las náuseas que trepaban por mi garganta.

—He peleado muchísimo —espetó Fiske.

—¿Es de ahí de donde viene la Aska? —Halvard habló y los otros se quedaron en silencio. La casa se llenó del ruido de la leña crepitando en el fuego y las explosiones de la savia en los surcos de la madera.

Alcé la cabeza y me desplacé con sigilo hasta el borde del catre para mirar a través de los listones de madera hacia abajo, adonde ellos estaban sentados. Halvard llenaba tinajas de barro con el ungüento que habían estado preparando sobre el fuego y miraba a su madre esperando una respuesta.

Inge estaba sentada a la mesa junto a Fiske, que se había quitado la túnica y ella le limpiaba el brazo donde yo lo había mordido. El resto de su piel estaba cubierto de rasguños, cortes y magullones.

—Sí —respondió Fiske.

Halvard levantó la mirada hacia él y aseguró la tapa de la tinaja.

—¿Por qué no la has matado?

Inge se inclinó sobre su hijo para limpiarle un corte en el cuello. Parecía pequeña al lado del cuerpo grande y sólido de él. Fiske le echó una mirada a Iri e Inge observó disimuladamente el intercambio silencioso entre los dos.

—A veces los traemos con nosotros. Tú lo sabes.

—Bueno, me alegra que no la hayas matado. Es guapa.

Al otro lado de la habitación, una sonrisa se dibujó en el rostro de Iri. Yo me estremecí y fruncí el entrecejo: no quería pensar en reconocirme a mí misma en su rostro. No quería pensar en nuestra madre, en lo que ella pensaría de Iri en este momento.

—Su pelo es parecido al tuyo, Iri.

Mi corazón pegó un salto por encima de mi respiración y la línea de los hombros de Iri se endureció. Fiske se levantó y cogió la túnica.

—No te acerques a ella, Halvard —advirtió Inge mirando a Fiske.

—¿Por qué? —El niño apoyó la tinaja y arqueó las cejas—. Es solo una

*dýr*.

—No es solo una *dýr*. Es Aska —corrigió Fiske.

—Iri es Aska —masculló Halvard, dejando caer los hombros.

—Ella es peligrosa, Halvard. No te acerques a ella. —Fiske esperó a que el niño lo mirara.

Halvard asintió, de mala gana.

Inge continuaba mirando a Fiske mientras guardaba las provisiones en la cesta que estaba en la mesa.

—Y por eso es interesante que la hayas traído aquí.

Él no contestó. En su lugar, se pasó la túnica por encima de la cabeza y cogió su hacha antes de abrir la puerta y salir a la noche. Los ojos de Inge se dirigieron a Iri, pero él tampoco alzó la vista. Unos pocos minutos después, resonaron contra la casa el golpe hueco de un hacha y el crujido de la madera astillándose.

Cuando en la hoguera solo quedaban cenizas ardiendo, me alejé del borde del catre y me acosté nuevamente. Halvard trepó la escalera y me acurruqué bajo la manta, ocultándome en la oscuridad. Se desplomó en la planta de arriba y se movió, nervioso, durante unos pocos minutos antes de que su respiración se volviera más larga y profunda. Se quedó dormido con la mano asomando por fuera de las mantas, las yemas de los dedos tocando el suelo.

Unos minutos más tarde, la puerta de abajo se abrió y se cerró. Luego Iri se asomó por el borde del entrepiso y pasó por encima de Halvard. Se puso en cuclillas, lo miró, le pasó la mano por el pelo y luego se levantó y vino hacia mí.

—Inge ha salido —susurró sentándose al lado de mi catre.

Bajó la vista hacia el collar de mi cuello y sus ojos se desviaron para evitar encontrarse con los míos.

—Pensaba que teníamos más tiempo. Lo siento.

No dije nada. Lo último que quería de él era su compasión.

—Es solo hasta el deshielo, Eelyn. Después podemos encontrar la manera de llevarte a tu hogar. Con Aghi.

Me puse boca arriba para quedar frente a él. El resplandor de la hoguera era muy tenue para ver sus ojos.

—Hylli es el hogar de *ambos*, Iri.

—Fela es ahora mi hogar —afirmó, apartando la mirada.

Me sentí asfixiada por la tensión de mi pecho y me alegró que no pudiera ver mi rostro. Lo único que podía ser peor que perder a Iri era saber que él había *decidido* marcharse. Era como si se muriera de nuevo. Yo estaba sola otra vez, pero de una forma diferente.

—¿Qué te ha sucedido? —susurré—. ¿Qué pasó aquel día en Aurvanger?

Me miró durante un largo rato hasta que la puerta se volvió a abrir. Entonces se levantó y se dirigió a su catre. Estiré las mantas hacia arriba y observé el contorno de su semblante mientras se acostaba boca arriba. El arco de sus cejas y el ángulo de su nariz eran los mismos de cuando éramos niños.

Fiske subió la escalera y se instaló en el catre que se hallaba más cerca del mío. Se quitó las botas y se quedó sentado en la oscuridad. Inhaló una gran bocanada de aire, se frotó la cara con las dos manos antes de quitarse la túnica y se levantó el pelo hacia arriba y se lo amarró.

Se acostó y se quedó mirando el techo durante un largo rato, las manos apoyadas en el pecho. Observé cómo sus pensamientos atravesaban su rostro uno por uno hasta que sus ojos se cerraron.

Mis dedos buscaron el collar y traté de imaginarme el rostro de mi padre si pudiera verme en este momento. Parpadeé y el terror se desbordó e inundó la calma. Porque lo único que podía ser peor que saber que era una *dýr*, era

pensar que mi padre también lo supiera.



# 12



**A**brí los ojos en la oscuridad mucho antes de que los demás despertaran y escuché la voz de Iri en mi mente. La voz de un hombre. Cerré los ojos intentando ver al niño con el que había corrido por la playa cuando era pequeña. Traté de recordar el sonido de su voz en ese momento, pero no logré evocarlo. De pronto, los recuerdos se parecieron más a los sueños, a esos momentos en los que te encuentras atrapado entre el sueño y la vigilia.

Cuando escuché que Inge se movía abajo, bajé la escalera enganchando mi brazo sano en cada peldaño, y me quedé junto a la chimenea. Mis ojos se desviaron hacia el pan duro que se hallaba sobre la mesa.

—Buenos días. —Colocó el iniciador de fuego en la palma de mi mano y yo me quedé mirándolo. Mi otro brazo seguía vendado a mi cuerpo.

—Oh. —Se dio vuelta al darse cuenta—. Lo siento. Supongo que no puedes hacerlo.

Extendió la mano para cogerlo, pero yo cerré el puño, me aparté de ella y me encaminé hacia la pared de al lado de la puerta para juntar la leña. Me miró y levantó una ceja antes de regresar a la mesa, donde estaban los granos. Coloqué la leña con una mano junto a la chimenea en vez de colocarla en el

centro. Golpeé el iniciador de fuego contra la piedra hasta que chispeó, pero la madera no se encendió. Acerqué los leños y lo intenté de nuevo. Esta vez prendió y cogí el manajo de leños ardiendo y lo coloqué en su lugar antes de que se apagara.

—¿Puedes enseñarme a hacer eso? —Halvard me observaba desde la segunda planta con ojos adormilados y el pelo desgredado. Se deslizó por la escalera solo con los pantalones, y el recuerdo de un Iri jovencito regresó a mi mente, descalzo y con la cara sucia.

Me frote la mano contra el pecho, como si pudiera borrarlo.

Aparté la vista y me volví hacia Inge, que estaba tamizando los granos en un cuenco, los ojos entornados sobre mí.

—¿Puedes calentar el agua, por favor?

Cogí la tetera y, al darme la vuelta, Halvard se encontraba a mi lado con la mano extendida. Inge nos observó mientras le daba la tetera y él bajaba de un salto de la chimenea. Metió los dedos en las ranuras de una de las piedras planas que formaban el suelo y la levantó con cuidado. Allí, debajo de la piedra, el agua corría bajo la casa por un canal excavado en la tierra.

Nunca había visto nada parecido. Mirándome con orgullo, usó una taza para llenar la tetera y me la extendió, sonriendo. Inge vertió los granos sobre una gran piedra caliente y los tostó con una pala de madera. La casa se llenó con un tibio aroma a nuez y sentí un pinchazo de hambre en el estómago.

Iri y Fiske se movieron en el piso de arriba, Inge sonrió y meneó la cabeza.

—Como osos en invierno —masculló.

Halvard trajo cuencos de madera e Inge los llenó de cereales antes de verter el agua caliente sobre ellos. Iri y Fiske bajaron la escalera, el pelo suelto y las caras todavía marcadas por el sueño. Iri se rascó el mentón mientras se sentaba, los ojos entornados ante la luz. Halvard se deslizó por el banco para

dejarme sitio, pero Inge cogió el quinto cuenco y me lo alcanzó.

—Allí. —Señaló con la cabeza hacia el rincón, junto a la puerta.

Miré el contenido del cuenco y el calor iluminó mis mejillas. Iri le echó una mirada penetrante, pero Inge lo ignoró. ¿Por qué tendría que permitir que una *dýr* se sentara a la mesa? Ella no confiaba en mí. No *debería* confiar en mí. ¿Y por qué me preocupaba? Yo no quería sentarme con ellos.

Cogí un taburete, lo apoyé con fuerza en la piedra y me senté con el cuenco en el regazo y probé los cereales. El labio aún me ardía ferozmente, pero tenía suficiente hambre como para que no me importara.

—Llevaré a Runa y a la Aska a recolectar milenrama para *Adalgildi*. Vosotros dos tenéis que ayudar a traer la cerveza de la bodega de la ladera de la montaña —comentó alzando la mirada hacia Iri y Fiske.

Fiske se quedó mirándola, la cuchara flotando encima del cuenco.

Inge me miró a mí antes de posar los ojos en su hijo.

—¿Crees que no puedo cuidar de mí misma?

—¿Y yo qué hago? —Halvard habló con la boca llena de comida.

—Tú puedes venir con nosotras, *sváss* —respondió Inge con una sonrisa.

Los escuché hacer planes para todo el día, dividir las responsabilidades. Cuando Inge se levantó, se inclinó para besar a Iri en la mejilla y pasó la mano por su pelo, lo que me llenó de fastidio e indignación. Una pequeña chispa que amenazaba con devorar las partes más reseca y más enfurecidas en mí. Al pasar junto a Fiske, hizo lo mismo, y ambos se relajaron ante su contacto y se inclinaron contra ella. Fiske e Iri eran adultos, endurecidos por las batallas, pero eran delicados con ella.

Incapaz de soportarlo, terminé de comer con la cara contra la pared. Yo no recordaba tanto a mi madre como Iri, vivimos la mayor parte de nuestras vidas solos con nuestro padre, pero no me agradaba que Inge lo tocara. No

me agradaba la ternura que existía entre ellos. Que Inge actuara como si fuera la madre de Iri era un insulto, pero que Iri actuara como si fuera su hijo era una blasfemia.

Cerré la mano con fuerza sobre la cuchara mientras terminaba mi comida y me puse de pie. Lavé el cuenco y lo devolví al cajón del que Halvard lo había sacado. Iri me miró a los ojos mientras se inclinaba y cruzaba la puerta detrás de Fiske: una advertencia para que me comportara.

Me dejé caer contra la pared mientras Inge levantaba dos enormes cestas con asas de cuero, las colocaba sobre la mesa y cogía dos tijeras de podar de hierro de la pared. Si ella quería que yo comiera como una cabra en un rincón, yo no me iba a desvivir por ayudarla.

Detrás de mí, la puerta se abrió de golpe y entró Runa, quitándose copos de nieve de su cabello oscuro y de su falda. Estaba envuelta en un chal de lana, las mejillas rosadas y encendidas.

Cuando sonrió, sus labios carnosos se estiraron sobre una dentadura blanca y recta.

—Buenos días.

—¡Runa! —Halvard corrió hacia ella y colocó los brazos alrededor de su cintura.

Su mirada subió hacia mí y se paseó de mi rostro a mi hombro. Apenas se detuvieron sobre el collar, sus ojos se apartaron con rapidez.

—Parece que te encuentras mejor. —Extendió una capa verde de lana, que llevaba en los brazos—. Te he traído esto.

La observé fijamente.

—Para el frío. —La empujó hacia mí.

Halvard la cogió y la puso en mis brazos.

—¿No vas a ponértela?

Inge rodeó la mesa con la capucha de su capa cubriéndole la cabeza. Me extendió una cesta a mí y colocó la otra en su cadera.

Caminaban una al lado de la otra; Halvard corría adelante y yo los seguía detrás. Mientras recorríamos el sendero que atravesaba las casas, yo observaba por el rabillo del ojo, tomando nota otra vez de la forma en que estaba diseñada la aldea. Entre la casa de Inge y el templo, una hilera de casas flanqueaba el camino, además de la tienda del herrero y lo que parecía ser el almacén de la aldea. La puerta de madera estaba colocada en la pared de roca de un peñasco.

En la última casa del sendero, había un hombre con su hijo y su hija ante un ciervo que estaba colgado de un árbol. Sus ojos negros y vacíos parecieron seguirme mientras caminaba, la lengua colgando de la boca. El hombre levantó el cuchillo y le mostró al chico dónde cortar. Detrás de ellos, una mujer que recogía huevos en su delantal sujetó con más fuerza el borde de su falda sin dejar de observarme.

Al ir alejándonos de la aldea, el sendero se fue volviendo más tupido, invadido por el bosque. Apoyamos con cuidado las botas en las pisadas que ya se encontraban en la nieve y continuamos ascendiendo. Desde arriba, la aldea parecía pequeña, las oscuras estructuras de madera apretadas unas contra otras, el humo saliendo de las chimeneas.

El sendero bajó abruptamente y seguimos caminando por él hasta que la nieve comenzó a volverse más escasa. Mientras el sol se elevaba sobre nosotros, el calor regresó a mi cuerpo, tal vez por primera vez desde mi llegada a Fela. Pero el invierno acababa de empezar y días como este estarían contados. Tal vez fuera el último.

Inge y Runa hablaban en voz baja y se turnaban para llevar la cesta, y yo escuchaba mientras cargaba con la mía apoyada sobre mi dolorida cadera.

Hablaron de una anciana con tos, un niño cojo y algunos hombres traídos de Aurvanger cuyas heridas de batalla probablemente no se curarían. Una vez más, mencionaron a un hombre llamado Kerling.

Yo observaba con atención, memorizando el camino. No nos encontrábamos lejos de la aldea, pero andábamos otra vez hacia arriba y no hacia abajo. De pronto, el sendero se estrechó entre dos empinadas laderas de roca, y tuve que colocar la cesta delante de mí para poder pasar. Cuando el camino volvió a abrirse, nos hallamos en un enorme claro cubierto de tallos de milenrama blanca y amarilla. Me llegaban hasta la cintura y se balanceaban unos contra otros con la brisa.

Inge y Runa apoyaron la cesta en el suelo y comenzaron a cortar los tallos que tenían más cerca. Colocaban las tijeras en forma de ángulo y tiraban hacia arriba para separar los tallos del resto de la maleza.

—Aquí. —Inge extendió la mano hacia la cesta que yo sostenía y la apoyé junto a ella—. Quítales las hojas. Las conservaremos —indicó mientras colocaba los tallos con cuidado dentro de la cesta.

—Son para *Adalgildi*. —Halvard se situó en el suelo cerca de mí—. ¿Los Askas tienen *Adalgildi*?

Lo ignoré y continué arrancando las hojas de las plantas y amontonándolas en medio de los dos. Él hizo lo mismo con los tallos de la cesta de Runa, donde las pilas de flores se entrecruzaban como árboles caídos. Acarició uno de los tallos y arrancó la flor, con cuidado de no aplastar los pétalos minúsculos. La sostuvo entre los dos. Como yo no hice nada, la empujó hacia mí.

—Es para ti.

Agarró mi muñeca y le dio la vuelta a mi mano para poder colocar la flor en la palma, como un huevo en un nido. La miró y sonrió.

Inge se levantó, se internó en el claro y Halvard la siguió. Observé la flor en mi mano hasta que sentí los ojos de Runa sobre mí. Me miraba con atención mientras sus ojos me recorrían lentamente.

—¿Qué? —No pude suavizar la dureza con que pronuncié la palabra y me guardé la flor en la capa.

—Nada. —Parpadeó—. Es que tú... con esa capa verde y ese pelo... te pareces a Iri. —La tristeza inundó su voz y las comisuras de sus labios se curvaron hacia abajo.

Así que sabía quién era yo. O, por lo menos, lo sospechaba.

Bajé los ojos y continué trabajando. No me importaba que ella pensara que me parecía a Iri. No me importaban sus ofrendas ni sus costumbres. Los Askas estaban en sus casas con sus familias, velando a sus muertos, y yo estaba en Fela cortando flores para el dios de los Rikis.

Miré las tijeras que Runa tenía en las manos. Si quería, podía matarlos a los tres en este mismo momento.

Podía prender fuego a este campo de milenrama y arder con él.

# 13



A la mañana siguiente, la casa ya estaba llena de montañas de milenrama y largas guirnaldas de cedro entretejidas. La puerta permanecía abierta, dejando entrar a raudales los colores de los primeros rayos del sol, y el aroma de las hierbas impregnaba el aire.

Desaté mi brazo y lo extendí con cuidado para intentar utilizarlo. Me dolía, pero se quedaría rígido si lo seguía manteniendo vendado. Coloqué las flores de la milenrama en unas cestas grandes y planas, tal como me había indicado Inge, y la observé desde la mesa mientras ella extraía ropa de uno de los baúles que se encontraba contra la pared. Fijé mi atención en los otros dos que se encontraban justo al lado, intentando adivinar cuál contenía las armas. Era imposible que no las tuvieran en la casa y ya había comprobado que no se encontraban en la planta de arriba. Fiske e Iri las llevaban encima durante todo el día y por la noche dormían con ellas junto a la cama, pero Inge también debía de tener armas. Y Halvard.

Inge sacó unas túnicas limpias, cosidas con hilos dorados y las extendió sobre la mesa. Eran prendas de vestir similares a las que usaban los Askas en las ceremonias.



—Tienes que limpiarlas y engrasarlas. Después quiero que le saques brillo a las hebillas. —Dejó caer los chalecos de las armaduras, las fundas y las vainas en el suelo frente a mí.

Terminé con la milenrama, lo recogí todo del suelo y me senté junto al fuego. Con un cepillo, limpié toda la suciedad y la sangre del cuero hasta que todo quedó reluciente. Después apliqué la grasa, la metí entre los pliegues con los dedos y froté, como hacía con la armadura de mi padre y con la mía. El movimiento me provocaba escozor y más dolor en el brazo, pero era agradable usar los músculos.

Cuando Iri se quitó la túnica y extendió la mano hacia la ropa para vestirse, mis manos se quedaron inmóviles sobre la funda que tenía en el regazo. La cicatriz que atravesaba todo un lateral de su cuerpo era gruesa y retorcida, rosada y brillante sobre su piel. Era la herida que yo había visto sangrar mientras él yacía en el fondo del barranco. Era raro ver cicatrices como esa. Eran heridas de las que la gente no solía sobrevivir.

—¿Va a venir Kerling? —Iri miró por la abertura de la puerta hacia la pequeña casa que se hallaba al otro lado del sendero. Junto a ella, había postes metidos en la tierra para construir lo que parecía ser un establo, pero no estaba terminado. Había una pequeña porción de un huerto detrás de la verja llena de puerros y ruibarbos.

—No —respondió Inge meneando la cabeza. Sacó el taburete de debajo de la mesa y se dedicó a arreglar el pelo de Fiske. Le hizo una trenza pegada a la cabeza, y luego la enroscó y la ató con una tira de cuero—. Aska, ¿puedes trenzarle el pelo a Iri? —Hizo un gesto hacia él con el mentón y mis dedos se enroscaron alrededor de la correa de cuero.

Él se sentó y yo me puse de pie. Me coloqué detrás para coger su pelo entre mis manos. Iri no me miró, pero tampoco se estremeció ante mi contacto, y

de inmediato sentí que iba a echarme a llorar.

—¿Sabes cómo se hace? —preguntó Halvard, alzando los ojos hacia mí desde el suelo.

—Ella tiene pelo, ¿no? —comentó Inge entre risas.

—Yo solía trenzarle el pelo a mi hermano —respondí y se me cortó la respiración.

Inge y Halvard me miraron. Iri permaneció callado y se enderezó en el asiento.

—¿Qué le pasó? —La voz de Halvard se tornó cautelosa.

—Halvard —le regañó Inge, frunciendo el ceño.

Dividí el pelo en tres partes iguales.

—Está muerto —contesté secamente y Halvard se quedó callado.

Trencé los mechones gruesos y ondulados, apartándolos de su cara, y, cuando terminé, los amarré. Yo solía trenzar el pelo de Iri de esta manera, y después él me lo trenzaba a mí. Recordarlo era como si me tragara una piedra.

Iri sentado delante del fuego, riendo.

Iri tendido en la nieve, sangrando.

Parpadeé. Fiske se sentó frente a él, se apoyó hacia adelante sobre los codos y me observó, como si pudiera ver los recuerdos proyectados en mi mirada.

Aparté la vista, froté los hombros de Iri y dejé que las trenzas le cayeran por la espalda. Se puso de pie, cogió de la mesa el chaleco de la armadura de los Rikis y se lo puso encima de la delgada túnica. No me miró mientras me estiraba para sujetar las hebillas a sus costados, mantuvo los ojos tensos tras la fuerza que dibujada en su rostro.

Ajusté las correas alrededor de su fuerte torso mientras recordaba. Había

hecho lo mismo cinco años atrás, antes de la batalla, en la oscuridad de la tienda de mi padre. Unas horas después, Iri estaba muerto.

Cuando terminó de vestirse, cogió de la mesa una piedra plana, negra y redonda, y frotó el pulgar contra la superficie, donde había unas letras talladas y gastadas. La miró durante un instante antes de guardársela en el chaleco.

—Has hecho un buen trabajo —comentó Inge mientras ayudaba a Fiske con su armadura—. Están más limpias de lo que han estado en años.

Al oír su comentario, deseé no haberlo hecho.

Cuando ya estaban listos, Inge los observó detenidamente, los hizo girar y los examinó.

Halvard continuaba mirando desde el suelo, la cara adormilada.

—¿Cuándo podré ir a pelear?

—Nunca —respondió Iri sonriendo levemente.

En cinco años, tendría la edad suficiente. Pero lo único que hacen los más jóvenes es rematar a los caídos en el campo de batalla. Pasarían diez años antes de que le permitieran estar en primera fila.

Inge me extendió un trozo de tela doblada, amarrada con un cordel.

—Toma.

No estiré la mano.

—Es un vestido —me explicó, confundida.

—¿Para qué? —Bajé la vista hacia él.

—Para *Adalgildi*. —Halvard se puso de pie y lo estiró para que yo lo viese. Era un vestido sencillo de lana, color negro, con mangas largas y una falda completa. Pequeños botoncitos blancos de asta recorrían el centro en una línea simple y pulcra.

—No —mascullé tragando saliva y negando con la cabeza.

—Bueno, no puedes ir vestida *así*. —Los ojos de Inge cayeron sobre mi túnica, el chaleco de la armadura y los pantalones. La misma ropa con la que peleaba.

—No voy a ir.

—No te he preguntado si querías ir. —Su voz adquirió un dejo de impaciencia.

Miré a Iri, pero él estaba mirando a Fiske.

Me dio un vuelco el estómago, se me secó la boca. No podía ir a una ceremonia Riki. Especialmente a una que honrara a sus guerreros. A Sigr no le gustaría.

—Eso ofenderá a su dios —Iri expresó mis pensamientos en voz alta.

—Todos los *dýr* van, así que vas a tener que servir. Y no puedes ir al templo con esa ropa.

—No —dije dando un paso hacia atrás.

—Aska. —La estruendosa reprobación de Fiske atravesó la habitación, sus ojos clavados en mí, y me estremecí.

Los demás también se quedaron mirando. La boca de Halvard estaba abierta y la sangre se esfumó de mi rostro.

Fiske tenía las manos apoyadas en el cinturón, el pecho tenso debajo de su ajustada túnica.

—Irás a la ceremonia. Servirás. Y te pondrás ese vestido.

Apreté los dientes mientras escuchaba cómo mi alma bullía dentro de mi cabeza. Porque a mí no me importaba si tenía un collar alrededor del cuello: yo no era su *dýr*.

—¿Y si no lo hago? —Le devolví la mirada firme mientras se me dilataban la nariz.

Sus ojos fríos y duros me taladraron con su respuesta: sería castigada. Por

él. Y si no me castigaban por desobedecer deliberadamente, Inge sabría que algo no iba bien. Todos los Rikis lo sabrían.

Detrás de Fiske, Iri me observaba con ojos tensos, suplicándome que obedeciera.

Retorcí el vestido en mis sudorosas manos y me tragué el nudo que tenía en la garganta antes de dirigirme a la planta de arriba.

Inge me observó subir.

—Ya te lo advertí, Fiske —susurró—. Ella tiene fuego en la sangre.

Me quité la ropa, la arrojé sobre el catre y me puse el vestido. No había vuelto a ponerme uno desde antes de la temporada de lucha, cuando nuestro clan envió a los guerreros al combate. Abroché los botones y lo enlacé a mi cintura, ajustando la tela alrededor de mi cuerpo. El cuello era amplio y abierto, lo que permitía que el collar quedara completamente a la vista.

Lo miré con desprecio. Al menos abrigaba.

Cuando bajé la escalera sujetando la falda entre las manos, Iri y Fiske ya se habían marchado y Runa estaba enrollando en círculos las guirnaldas de cedro y apilándolas unas sobre otras. Me sonrió con suavidad.

—Runa, arréglale el pelo —pidió Inge mientras me apartaba de camino a la planta de arriba.

Runa dejó las guirnaldas a un lado, se dirigió a la mesa y esperó a que yo llegara. Le eché una mirada asesina antes de sentarme. Cuando me tocó, la tensión se extendió por todo mi cuerpo. Cerré los ojos y sentí sus manos entre mi cabello, tirándolo de él y desanudando mis viejas trenzas enredadas con sus dedos. Luego lo peinó, cogiendo los extremos con las manos y cepillándolo con el peine mientras yo miraba el fuego.

Cuando dejó de moverse, le eché una mirada por encima del hombro. Estaba observando la zona que tenía rapada por encima de la oreja en el lado

derecho de mi cabeza.

—¿Así es como lleváis el pelo las mujeres Aska? —preguntó.

Levanté la mano y me froté la zona por costumbre.

Desordenó los mechones de mi pelo hasta que este quedó tupido y salvaje en la parte de arriba y luego lo trenzó detrás de mi oreja izquierda, pasándolo por detrás de mi cabeza y luego por encima de mi hombro derecho. Lo hizo despacio y de forma precisa, esforzándose por trenzarlo correctamente con mechones finos y elaborados. Cuando terminó, ató el extremo y dio unos pasos atrás para mirarme.

Cogió de la mesa la vasija de *kol*, el polvo delineador, y lo abrió.

—¿Los Askas usáis esto, verdad?

Alcé la mirada de la vasija hacia ella, intentando comprender qué estaba haciendo. Por qué me trataba con tanta amabilidad. Pero su rostro no delataba sus pensamientos. Hundió los dedos en la vasija, los deslizó alrededor de mis ojos oscureciendo la piel y luego arrastró los pulgares desde el centro de mis mejillas trazando una línea. Algo de lo que hizo provocó que mis músculos retorcidos cedieran un poco. Me resultó familiar. Cerré los ojos y recordé a Mýra en la oscuridad de nuestra tienda pintando mi rostro con *kol*. Y luego los abrí, la visión me hizo tanto daño que no pude retenerla en la mente.

Runa retomó su trabajo con las guirnaldas y yo me coloqué junto a ella, cogiendo una entre mis manos y enrollándola como ella lo había hecho. Halvard abrió la puerta de un empujón, entró corriendo y luego se detuvo en seco, con la boca muy abierta.

Inge bajó la escalera con un vestido violeta oscuro.

—Mírala, mamá. —Halvard continuaba observándome.

Detrás de él, Fiske e Iri atravesaron la puerta y ellos también se detuvieron y me miraron estupefactos. Mantuve la mirada baja, trabajando con las

guirnaldas e intentando disimular el enrojecimiento de mi piel. Permitir que me vistieran de manera elegante para su fiesta era humillante. Y ver que me miraban como si les gustara hacía que quisiera cortarme las manos.

Inge les alcanzó unas cestas a Fiske y a Halvard y los empujó por la puerta. Luego señaló las otras que quedaban en la mesa.

—Llevarlas arriba.

Iri cogió una de las cestas y me la extendió.

—Estás muy guapa. —La sonrisa de su rostro hizo que pareciera un niño pequeño.

Lo observé de arriba abajo antes de mirarlo directamente a los ojos, la furia que había en mi interior se despertó nuevamente.

—Y tú pareces un Riki.



Con la cesta rebosante de milenrama en las manos, me detuve en la entrada del templo, bajo la nieve. La enorme arcada era una elaborada talla de la montaña, los árboles grabados en posición inclinada y la cara de Thora con la boca llena de fuego. Sus grandes ojos penetrantes me observaron desde arriba, mostrando los dientes. En cada mano extendida, sostenía la cabeza de un oso.

Las paredes estaban construidas con enormes troncos, más grandes que los árboles que rodeaban la aldea. Al otro lado de la puerta, el fuego crepitaba y ardía en el centro de la sala y, del techo, colgaban cornamentas de ciervos a modo de candelabros. El calor que brotaba de la puerta me calentaba la espalda mientras de mi vestido aún se desprendían algunos copos de nieve. A lo lejos, una nevada aún más intensa parecía esconderse detro de unas nubes negras que no tardarían en llegar a Fela en forma de tormenta. Esa era nevada que me mantendría encerrada en la aldea durante todo el invierno.

Otra *dýr* sostenía una cesta igual de milenrama al otro lado de la entrada. Sus ojos permanecían fijos en el suelo, su cuerpo se encontraba completamente inmóvil. Llevaba un vestido gris de lana similar al mío, el



cabello recogido hacia atrás en unas tirantes trenzas. El collar que tenía alrededor del cuello estaba completamente liso debido a los años de uso y su cara vacía e inexpresiva decía lo mismo.

Los Rikis comenzaron a ascender por la pendiente bajo la nieve y mi mirada se dirigió con rapidez hacia el bosque. Una horda de enemigos se dirigía hacia mí, con las armas amarradas al cuerpo y yo estaba allí, sosteniendo una cesta de flores. ¿Qué podría impedir que cualquiera de ellos me arrojara al fuego?

El hombro me dolía por el peso de la cesta, podía sentir cómo mis débiles músculos se crispaban bajo la piel. Me moví para intentar colocar la cesta de otra forma.

Las familias comenzaron a llegar, hombres y mujeres caminando con sus hijos o junto a los ancianos. El primer grupo se detuvo antes de entrar, cada uno cogió una flor de milenrama y la colocó delante suya, ahuecando la mano para protegerla. Traté de no levantar la mirada hacia todos los ojos airados que me observaban, ardiendo en odio y en algo que parecía ser satisfacción, como si ver el collar que rodeaba mi cuello les proodujera la sensación de que se había hecho justicia.

Ellos me despreciaban a mí tanto como yo los odiaba a ellos. Pero ellos habían ganado, y lo sabían.

—Gudrick. —Escuché una voz suave a mi espalda. El hombre que tenía frente a mí alzó la vista y una sonrisa se dibujó en su endurecido rostro.

Al girarme, vi a una mujer mayor con un vestido color naranja, sosteniendo una jaula de juncos trenzados. Desde dentro, me observaba un gran búho blanco de ojos amarillos. Las largas vueltas de cuentas de madera que colgaban alrededor del cuello de la mujer indicaban que ella era la Tala, la intérprete de la voluntad de Thora para el clan.

Los niños corrieron hacia ella y metieron sus dedos en la jaula, y ella los guió hacia el interior del cálido templo. Las familias fueron entrando de una en una, caminando por un pasillo que conducía hacia el fuego, donde permanecían juntos y en silencio durante un momento, antes de arrojar las flores a las llamas. Las ofrendas que ardían llenaban el aire con un aroma floral y ahumado, que se deslizó hacia fuera y me logró envolverme.

Los *dýrs* se desplazaban de un lado a otro llenando mi cesta cuando se acababan las flores y ayudando a llevar cosas al interior para los Rikis que iban llegando, hasta que el sendero quedó despejado. Abajo, la aldea se veía vacía, excepto la casa que se encontraba justo enfrente de la de Fiske, donde el humo continuaba saliendo de la chimenea y la luz relucía en la ventana.

Inge apareció, cogió mi cesta y me indicó con un gesto de su mentón que la siguiera hacia la puerta. Vacilé mientras miraba hacia el interior: entrar en su templo parecía una grave traición.

—Aska. —Inge me empujó y seguí a los demás *dýrs* por debajo de la arcada, dentro había mucho ruido y el aire era tan caliente que me estremecí cuando este entró en contacto con mi piel fría. Las puertas se cerraron con el crujido de sus grandes bisagras de hierro y los Rikis se quedaron en silencio. Los hombres y las mujeres se sentaron en las largas hileras de bancos, colocadas en círculos alrededor del fuego, que llegaban hasta el fondo de la sala, y los niños avanzaron todos juntos hasta el centro y se situaron en el suelo. Yo encontré un espacio contra la pared del fondo con los demás *dýrs* y mantuve la mano apoyada sobre el brazo donde el dolor continuaba siendo intenso y punzante. De nuevo pude sentir como las miradas endurecidas de más Rikis se clavaban en mí.

El silencio inundó la sala cuando la mujer del vestido de color naranja se levantó, pasando los dedos por su largo cabello dorado, que le llegaba a la

cintura, salpicado de mechones plateados.

—Vidr, ven.

Un hombre corpulento con una tupida barba negra se puso de pie y la sala lo imitó. Con la mano sobre la empuñadura de la espada, sonrió al colocarse junto a la Tala. Cuando los rostros de los Rikis se alzaron hacia él, me quedó claro que se trataba del líder de la aldea.

—Bienvenidos —bramó el hombre—. Bienvenidos a casa. —Les hizo un ademán de que volvieran a sentarse y ellos obedecieron, hundiéndose en los bancos casi al unísono.

La Tala le alcanzó la jaula, él la aceptó y la colocó en el altar delante del fuego. Luego levantó la tapa y metió la mano dentro para coger al búho. Mientras el ave batía las alas, la mujer colocó frente a ella un gran cuenco de madera y una daga de bronce.

Alzó el arma mientras miraba directamente al búho.

—Te damos las gracias, Thora, por traer a nuestros guerreros a casa. —Su voz resonó sobre los Rikis y llegó hasta el fondo, donde yo me encontraba.

Vidr sostuvo al ave sobre el cuenco mientras la mujer situaba la punta de la daga en el pecho del búho y la empujaba con cuidado entre los huesos del animal. Un chillido rompió el silencio mientras el ave se quedaba inmóvil y la sangre comenzaba a gotear en el cuenco.

Los Rikis golpearon los bancos, aporreando la madera con los nudillos. El ruido era como el batir de las alas del animal en mi pecho. Cuando la sangre terminó de caer, colocó el pájaro inerte en el altar y volvió a su asiento.

—Bienvenidos a *Adalgildi*. —La voz de la Tala reverberó a través de todo el templo. Pero en lugar de dirigir su atención a los hombres y mujeres que se encontraban sentados en los bancos, se dejó caer sobre el altar de piedra, se inclinó hacia adelante y observó los rostros de los niños. Ellos se enderezaron

y se sentaron sobre sus talones mientras susurraban.

—Nos hemos reunido esta tarde para honrar a nuestros guerreros Rikis. — Echó una mirada por encima de ellos, con los ojos brillantes de orgullo—. Quemamos la milenrama en memoria de aquellos que no han podido regresar. Le damos las gracias a Thora por sus vidas y su coraje. —El sonido de los puños golpeando los bancos de madera resonó otra vez, provocando que la sala pareciera más pequeña—. Para comprender el honor merecido, debemos recordar la historia de Thora. Debemos recordar *por qué* peleamos.

»Thora nació de la montaña, en la gran erupción que creó nuestro hogar — comenzó a relatar y extendió las manos alrededor de su pequeña figura—. Ella surgió de las llamas y de las cenizas. De la roca fundida creó a su pueblo y situó sus moradas en la montaña. Los llamó Riki por su fuerza y su poder. Pero la paz resultó efímera —bajó la voz—. Sigr, el dios del fiordo, vio lo que Thora había creado y su corazón se llenó de envidia. Envió a su gente a la montaña para derribar lo que Thora había construido. Nació una sangrienta rivalidad y Thora le juró a Sigr venganza eterna. Alentó a los Rikis a que bajaran de la montaña y los envió a las ensenadas del gran mar para destruir a los Askas. Desde ese día, cada cinco años, nos hemos enfrentado a ellos en el campo de batalla para llevarle gloria a Thora. —Unió sus manos delante de ella.

La historia era diferente para los Askas, pero el final era el mismo. Llevábamos escrito en la sangre nuestro odio por los Rikis, infundido en nosotros por Sigr. Pero lo que había comenzado como una disputa entre dos dioses se había convertido en una infinita sed de venganza: una enemistad mortal. Cada cinco años, perdíamos a nuestros seres queridos. Y durante los cinco años siguientes vivíamos contando los días para que llegara el momento en el que podríamos volver a enfrentarnos a los Rikis y hacerlos

pagar por nuestro dolor. En mi interior, ardía un fuego ancestral.

—En esta temporada de lucha, nuestros guerreros han honrado a Thora y han eliminado a los enemigos de nuestra diosa. Lo mismo que vosotros haréis algún día. Todos vosotros. —Se enderezó y el borde de su falda flotó sobre la piedra—. Y Thora se siente honrada y complacida.

Los gritos estallaron en la sala y me apreté contra la pared, observándolo todo con los ojos entreabiertos.

—Sí, hemos complacido a Thora y ahora debemos honrar a los guerreros que han traído este gran favor a nuestro pueblo. Acercaros.

Los niños se levantaron y se escurrieron por los pasillos para reunirse con sus familias.

El altar se fue despejando y los guerreros Rikis comenzaron a adelantarse bajo la mirada de sus familiares. Mis ojos buscaron a Iri, que se encontraba junto a Fiske, al otro lado de la sala. Fueron llenando el pasillo mientras la gente los observaba, muchos con lágrimas en los ojos. Desde el fondo, los *dýrs* llevaron las cestas con guiraldas de cedro y las colocaron a los pies de la Tala. La mujer se inclinó, cogió una guirnalda y la extendió hacia adelante con las manos abiertas.

—Riki, te honramos a ti, de la misma forma en que tú honraste a Thora. *Lag Mund*. —La mano del destino.

El hombre que se encontraba delante de Tala se inclinó para que ella pudiera pasar la guirnalda por encima de su cabeza y depositarla sobre sus hombros. Mientras él se levantaba, ella hundió el dedo en el cuenco de la sangre del búho y lo apoyó justo en el centro de las clavículas del guerrero. Él le hizo una reverencia, abandonó la fila y se dirigió a su asiento, otros Rikis lo tocaban al pasar por su lado. Debajo de su garganta, resplandecía la pincelada de sangre roja.

La Tala repitió las palabras mirando a la mujer que venía a continuación, colocando al mismo tiempo la guirnalda sobre sus hombros. Cuando terminó de bendecirla con la sangre del sacrificio, le llegó el turno a Fiske. Ella le tocó el rostro y le habló con suavidad.

—Riki, te honramos a ti, de la misma forma en que tú honraste a Thora. *Lag Mund.* —Fiske bajó la mirada hacia la Tala y se inclinó para que pudiera colocarle la guirnalda, y ella lo bendijo con la sangre del animal justo donde se abría el cuello de su túnica. En lugar de regresar a su asiento, Fiske se apartó hacia un lado y dejó que Iri se adelantara.

La sonrisa de la Tala creció al observar el rostro claro de Iri.

—Riki, te honramos a ti, de la misma forma en que tú honraste a Thora. *Lag Mund.* —El sonido de sus palabras me atravesó profundamente como si el filo de un hacha se clavara sobre mí.

Porque Iri no era Riki sino Aska.

No era suyo, era mío.

Contuve la respiración y retorcí las manos hasta que pude sentir como me ardía la piel.

Recordé la manera en que mi padre nos miraba a Iri y a mí cuando realizábamos los ritos fúnebres por el alma de mi madre. Recordé la forma en que sus ojos confesaban que lo éramos todo para él. Lo éramos todo hasta que Iri murió. Y como después de eso, el sol dejó de brillar de nuevo para mi padre, pero continuó saliendo y poniéndose para mí. Ahora yo era su hijo y su hija, y me correspondía a mí llevar su nombre y su honor. Era una carga pesada, pero yo era la única que podía llevarla. Y sabía que, aunque nunca lo dijera, una parte de él me consideraba responsable de la muerte de Iri. Porque lo era.

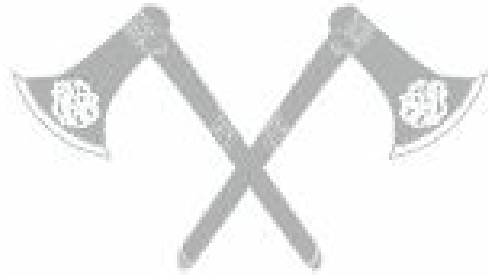
Yo era su compañera de batalla y eso lo convertía en mi responsabilidad.

Era mi obligación mantenerlo con vida. Yo debería haber entregado mi vida antes de que pudieran arrevatar la suya: la culpa rondaba las sombras de todos mis sueños. Él estaba ahí, en todas mis pesadillas. Había ido a pelear dispuesta a vengar a mi hermano, pero Sigr tenía otros planes para mí en Aurvanger, había descargado toda su ira sobre mí. Y ahora me castigaba por mi debilidad.

Había fracasado. Lo supe en el momento en que Iri había caído por esa grieta.

La Tala apartó un mechón de pelo de su cara antes de que él se diera la vuelta y caminara por el pasillo. Lo observé, el orgullo extendido por su rostro como un rayo de sol. Me sequé una lágrima de la mejilla y parpadeé ante la sensación de mi propio contacto. Alcé la mirada hacia la Tala y, por un momento, tuve la sensación de que me observaba a mí.

# 15



**T**ras acabar la ceremonia, todos los Rikis se reunieron al fondo, en el salón del templo. Inge vino a buscarme, me colocó junto a un barril de cerveza y me dejó allí para que sirviera. Mantuve la mirada baja, intentando resultar invisible mientras la gente formaba una fila delante de mí. Cualquier resto de orgullo que pudiera haber conservado dentro de mí, parecía inalcanzable. Cogí sus copas, las llené y se las devolví con un movimiento repetitivo, ignorando las maldiciones que brotaban de sus labios.

Las voces llenaron el lugar mientras los Rikis se sentaban en las largas mesas para degustar un banquete de venado asado y estofado, y comer todos juntos. Iri se sentó con Inge, Fiske y Halvard, al otro lado de la habitación. Runa se sentó al el otro extremo de la misma mesa con un hombre y una mujer, que parecían ser sus padres, y tres niños más jóvenes.

—Hola. —La Tala se detuvo frente a mí con la copa en la mano y me observó con una mirada penetrante—. Tú eres la joven Aska que trajeron de Aurvanger, ¿verdad? —Me observó con curiosidad mientras echaba la cabeza hacia un lado.

Los demás se detuvieron a escuchar lo que pasaba y se fueron acercando,



con las manos sobre sus armas. Me puse tensa.

—Eres muy hermosa, a pesar de eso. —Dirigió la mano hacia a los moratones de mi rostro que ya estaban curándose y una sonrisa se dibujó en sus labios—. ¿Cómo te llamas?

Cambié el peso del cuerpo de un pie al otro mientras cogía la copa de su mano, sin contestarle. Sus ojos me estudiaron mientras la llenaba. Cuando le devolví la copa, se quedó allí junto a mí, inmóvil, sin dejar de mirarme.

—Tala. —Una mujer corpulenta y redonda se acercó a ella, le susurró algo al oído mientras la Tala asentía, rompiendo su concentración en mí y desviándola en otra dirección. Me echó una última mirada antes de alejarse, pero los Rikis que se encontraban cerca continuaron observándome.

—Aska. —Halvard se abrió paso entre los cuerpos que se hallaban frente a mí y me extendió una copa, sonriendo ampliamente—. ¿Has visto a Fiske y a Iri?

Yo continuaba atenta y centrada en los Rikis que no apartaban su mirada de mí.

—Cuando tenga la edad suficiente para pelear, a mí también me honrarán.  
—Cruzó los brazos por encima de la barra.

Yo le había dicho esas mismas palabras a mi padre. Cuando Iri y yo éramos pequeños, nos sentábamos en la entrada de la aldea a mirar a los guerreros que se marchaban a pelear. Nos moríamos de ganas de unirnos a ellos. Teníamos once y doce años cuando finalmente se cumplió nuestro deseo. En solo cinco años, se cumpliría el de Halvard.

Cogió la copa de mi mano y salió corriendo, derramando la cerveza por el camino. Cuando llegó a su mesa, trepó al banco, al lado de Fiske y le susurró al oído. Los ojos de Fiske me buscaron por la sala hasta encontrarse con los míos mientras Halvard le pasaba la cerveza. Bebió un largo sorbo,

mirándome por encima de la copa.

Otro *dýr* ocupó mi lugar cuando Inge me pidió que recogiera las mesas. Cogí una cesta vacía y la fui llenando con las cucharas y los cuencos sucios. Me moví con cuidado por el salón, asegurándome de no tocar ni mirar a nadie. Cuando llegué a la mesa de Iri, Fiske estaba solo, sentado contra la pared y su copa estaba vacía.

Recogí todo el desorden, arrojé los huesos en un lado de la cesta y apilé los platos en el otro. Iri se encontraba un poco más lejos, estaba con Runa y me detuve sorprendida cuando lo vi, tenía un cuenco apretado entre las manos. Estaba tan cerca de la muchacha que su falda lo rozaba. Con los ojos desorbitados continúe observándolos y me tuve que tragar la bilis que me quemaba la garganta: la mano de Iri caía junto a su cuerpo, ambos tenían sus dedos entrelazados.

Bajé la mirada hacia la mesa, la imagen me quemaba tanto por dentro como el collar caliente de *dýr* contra la piel. Cuando mis ojos volvieron a cruzarse con ellos, Runa estaba riéndose y lancé el cuenco en la cesta, dejando que repiqueteara contra los demás.

Me alejé lo más rápido que pude de la mesa, atravesé la sala enfadada y zigzagueando entre los Rikis, crucé violentamente las puertas y tiré la cesta sobre la nieve. Los platos salieron volando por el aire. Cerré los ojos con fuerza, intentando mantener el equilibrio mientras el mundo giraba a mi alrededor. El aire frío me quemó la garganta seca y se me contrajeron los músculos.

Me había preguntado qué podía romper el vínculo que unía a un Aska con sus compañeros del clan y hacer que se volviera contra su propia gente, qué lo haría abandonar a su familia. Siempre pensé que Iri era fuerte, inteligente. Pero mi hermano era un idiota: nos había abandonado por una joven Riki. Y

si Iri podía hacer algo así, ¿entonces qué hacía yo aquí? Lo había seguido por el bosque, había ido tras él, lo había arriesgado todo... para esto.

No solo se había convertido en uno de ellos, Iri se había *enamorado* de una de ellos.

—¿Qué estás haciendo aquí afuera?

Un Riki se encontraba allí fuera, en la entrada del templo, tenía la mano alrededor de la empuñadura del hacha. Los copos de nieve que caían se quedaban atrapados en su barba roja. Bajé la mirada a la cesta, que estaba boca abajo a mis pies.

—¿Qué estás haciendo aquí afuera, Aska? —gruñó.

Me agaché para recoger los platos y los huesos, y volví a colocarlos con cuidado en la cesta. Sus botas crujieron en la nieve mientras se dirigía hacia mí. Me erguí y mantuve la cesta entre de los dos. Cuando dio otro paso hacia mí, tuve que retroceder.

Bajó la mirada hacia los botones de mi vestido.

—No sabía que había una dama debajo de esa armadura.

Traté de pasar alrededor de él, pero se movió y me bloqueó el paso. Mis ojos fueron directamente hacia el cuchillo que tenía en la cadera.

—Si lo hubiera sabido, puede que yo mismo te hubiese comprado. — Sonrió mientras sus dedos se cerraban alrededor de la empuñadura del hacha —. Tal vez Fiske acepte un buen precio por ti.

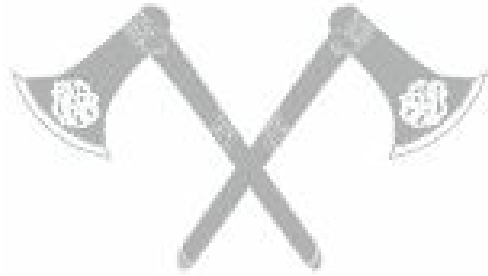
Acercó la cara a la mía y, cuando sentí su aliento caliente sobre mi piel, estiré la mano, saqué su cuchillo de la funda y apoyé el metal frío contra su cuello. Apreté la punta de la hoja debajo de su mandíbula y lo miré a los ojos mientras trataba de tranquilizarme. La situación me trasladó de nuevo a la sensación que me producía la batalla. Escuché el sonido de su violenta respiración que subía y bajaba por la sorpresa y empujé la hoja la hoja del

cuchillo un poco más.

La diversión había desaparecido de sus ojos, levantó las manos y su cuerpo se tensó contra el cuchillo. La calma inundó todos los espacios oscuros que había dentro de mí. Quería seguir apretando hasta que la piel suave cediera ante el cuchillo, hasta sentir el calor de su sangre en mi piel entumecida. Quería sentir cualquier cosa menos la traición de mi hermano. Esta era mi esencia: derramar sangre Riki. Y ahora Iri era un Riki.

—Aska. —Alcé la vista abruptamente y mis ojos se encontraron con Fiske en la puerta del templo. Sus ojos nos observaron, y luego echó a andar hacia nosotros, parecía enfadado.

Los ojos del Riki continuaban atravesándome, su respiración era aún pesada. Apretó los dientes y su semblante enrojeció cuando Fiske llegó hasta nosotros. Me apretó el brazo con fuerza, me retorció la mano y me quitó el cuchillo. Luego lo tiró al suelo antes de arrastrarme hacia los árboles.



**T**rastabillé al intentar caminar al mismo paso que él, pero Fiske no aminoró la marcha. La fuerza que ejercía sobre mi brazo provocó un dolor intenso en mi hombro y me sentí mareada. Cuando ya nos habíamos adentrado tanto en el bosque que no se podía ver la casa ritual, se detuvo y me soltó.

—¿Acaso *quieres* que te maten? Será mejor que te mantengas alejada del resto de los Rikis.

Dejé el brazo apoyado sobre mi cadera y le eché una mirada fulminante.

—Si lo que pretendás es que me mantuviera alejada de ellos, ¿por qué me has obligado a venir aquí?

Miró hacia el camino por el que habíamos venido y bajó la voz.

—¿Qué te ha dicho la Tala hace poco, cuando estábamos en el salón?

—Admiraba lo que le hiciste a mi cara —respondí apretando los dientes—. Debería haberme quitado el vestido y haberle enseñado el resto de tu trabajo.

Se estremeció ante mis palabras y dio un paso atrás.

—Si no empiezas a comportarte como una *dýr*, seguirás llamando la atención sobre ti. Hacia los dos.

—¿Qué quieres decir con eso de *comportarme* como una *dýr*? —Levanté el collar y lo dejé caer otra vez contra mi piel—. Yo soy una *dýr* y no voy a fingir que me gusta serlo. Si quieres castigarme para paliar tu vergüenza, puedes arrastrarme de los pelos hasta el templo y golpearme hasta que muera. Estoy segura de que todo tu clan lo disfrutará muchísimo. Prefiero mil veces un final así a pasarme todo el invierno quitando la sangre de mis compañeros de las armaduras de los Rikis, porque mi hermano es idiota —susurré con voz ronca mientras mi pecho subía y bajaba por debajo del vestido ajustado.

Me miró con furia, su cuello palpitaba bajo la mancha de sangre reseca con la que había sido bendecido en el ritual. El azul de sus ojos brilló bajo la tenue luz.

—¿Quieres marcharte? —Me lanzó hacia los árboles—. ¡Vete!

Me di la vuelta y no vi más que árboles cubiertos de nieve.

Toda la furia que había estado acumulando en mi interior explotó y descargué mis puños sobre su pecho, pero no se movió. Lo golpeé de nuevo, más fuerte, y aferró mis muñecas con las dos manos y me sostuvo frente a él mientras yo intentaba liberarme.

—No debería haber escuchado a Iri —masculló—. Su preocupación por ti hará que lo maten.

—No me importa. Él me ha traicionado y ha deshonrado a los Askas. Merece morir —espeté.

Su rostro se transformó y un destello de oscuridad iluminó sus ojos. Sus dedos apretaron mis muñecas mientras me empujaba hacia atrás, inmovilizándome contra un árbol. Sacó con suavidad el hacha de su funda y colocó la fría hoja sobre mi garganta.

—Si vuelves a poner en peligro a mi familia, te mataré —susurró—. Te mataré y luego esperaré hasta el deshielo, bajaré al fiordo y acabaré con tu

padre mientras duerme.

Los ojos se me agrandaron y abrí la boca. Observé su rostro, intentando medir el odio. Pero era otra cosa: algo más fuerte incluso que el odio.

Era amor, por Iri.

—Iri nunca te perdonaría —gruñí.

—Me importa más mantenerlo con vida que su perdón. Te mataré, enterraré tu cuerpo en el bosque y le diré a Iri que has huído. —Se acercó más.

—Entonces hazlo. —Me incliné sobre la hoja y clavé mis ojos en los suyos mientras mis palabras se quebraban en un sollozo. Y, por un momento, pensé que lo haría. Casi deseé que terminara con el intenso dolor que me abrasaba y me desgarraba por dentro.

Levanté el mentón desafiante mientras las lágrimas resbalaban por mis mejillas. No iba a suplicar por mi vida. Pero unos segundos después, sus ojos perdieron el fuego y recorrieron mi rostro. Le mantuve la mirada y permanecí quieta mientras él se inclinaba más hacia mí. Su respiración rozó mi piel y me estremecí, pero no parpadeé.

—No es necesario. —Levantó el filo de mi garganta súbitamente y retrocedió—. Antes de que se derrita la nieve, tú misma encontrarás tu propio final, porque tu orgullo y tu furia son más importantes para ti que tu propia supervivencia.

Di un paso atrás, sentí como sus palabras me taladraban el corazón. Porque eran ciertas, más ciertas de lo que yo quería admitir.

—Antes del deshielo ya me habré ido.

—Muy bien. —Me observó durante un momento con las cejas juntas, y luego se dio vuelta y se marchó. Continuó apretando el hacha en su puño mientras ascendía por la colina a través de la nieve profunda, hacia el humo

del templo que se elevaba por encima de las copas de los árboles.

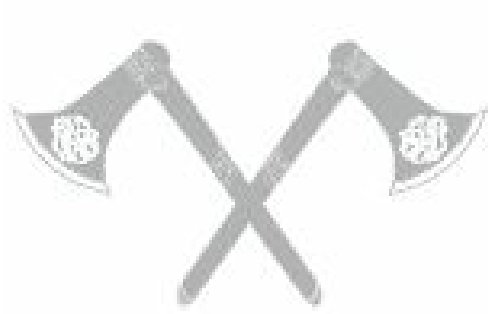
Traté de respirar con normalidad y de contener las lágrimas mientras caminaba detrás de él, apoyando los pies en sus huellas, hasta que llegué a las puertas del templo. Thora me miró desde arriba con los ojos llenos de furia.

Entré con la cesta de platos rotos en la cadera y me abrí paso hacia la pila de piedra, donde estaban trabajando los demás *dýrs*. Tiré los cuencos sobre el agua y la esclava que estaba a mi lado levantó la vista y se alejó, mientras echaba una cautelosa mirada a su alrededor.

Al otro lado de la sala, vi a Fiske sentado en la mesa junto a Iri y Runa. La Tala estaba junto a ella, peinándole el cabello con los dedos. Junto al fuego, el hombre de la barba roja me observó desde debajo de unas astas de ciervo. Sus dedos oprimían el hilo de sangre que caía por su barba y por su cuello.

Me alejé de ellos, sumergí las manos en el agua caliente y fregué los platos. Fiske tenía razón. No sobreviviría hasta el final del invierno en esta aldea. No podía esperar al deshielo, tenía que encontrar la forma de irme a casa.





**I**nge se marchó al bosque antes del amanecer para recoger ajo y salvia, dejándome la tarea de preparar el desayuno. Halvard insistió en ayudar. Se despertó casi tan pronto como yo y me impidió registrar la casa en busca de armas.

—¿Puedes enseñarme ahora? —Se situó cerca de mí y me extendió el iniciador de fuego.

Eché un vistazo hacia un cuenco lleno de moras que se encontraba encima de un armario.

Siguió mi mirada y se echó a reír al ver lo que yo quería. Cogió el cuenco y lo colocó frente a mí.

—¿Por favor?

Cogí una de las moras y me la llevé a la boca.

—Así. —Apilé la leña junto al fogón.

Observó atentamente, encaramado en la piedra más cercana.

—Nunca había conocido a un Aska.

Cogí el iniciador de fuego y lo levanté para frotarlo.

—Iri dice que vives en el fiordo.

El iniciador resbaló y me raspé los nudillos contra la piedra.

Halvard se agachó para recogerlo y me lo devolvió.

—Nunca he visto el mar.

Froté de nuevo el iniciador sobre la piedra y, esta vez, saltó una chispa. Halvard ahuecó las manos alrededor de la leña para protegerla del aire frío. Una vez que comenzó a arder, la trasladó a la pila de madera y yo me dirigí hacia la olla. Me comí algunas moras más mientras él intentaba encender el fuego.

—Mi padre decía que los Askas colgaban caracolas en las puertas. — Volvió a deslizar el iniciador contra la piedra.

Dejé de hacer lo que estaba haciendo por un momento y lo observé.

—¿Por qué lo hacen? —A la tercera, la leña se encendió y me miró, satisfecho consigo mismo. Se subió a la mesa, se sentó con las piernas cruzadas y me observó mientras yo removía lo que había en la olla.

—Se agitan con el viento y producen música —respondí mirando hacia el interior de la olla.

Sus ojos brillaron al intentar imaginarlo.

El ruido de las espadas al chocar sonó fuera, en el exterior de la casa, donde Iri y Fiske estaban practicando movimientos de combate mientras salía el sol. Sus jadeos y resoplidos nos llegaban a través de la ventana abierta.

Si estuviera en Hylli, Mýra y yo estaríamos haciendo lo mismo, manteniendo la fuerza y la habilidad hasta la siguiente temporada de lucha o cualquier peligro que amenazara nuestra aldea. Pasábamos las mañanas en los botes de pesca y las tardes realizando ejercicios en la colina. Para cuando la nieve comenzara a derretirse y me marchara de Fela, probablemente estaría muy débil para blandir mi espada. Siempre había sido una combatiente muy hábil, aun siendo más pequeña que muchos guerreros Askas. Cuando

regresara al fiordo, tendría que comenzar de cero.

Iri entro en casa solo. Se acercó al fuego y ayudó a cocinar, dándole la vuelta a los granos en la piedra. Nos observó conversar a Halvard y a mí mientras sonreía.

—¿Todos los Askas tienen el mismo aspecto que Iri y que tú? —Halvard paseó la mirada entre los dos.

—Algunos —respondí dándole la espalda a Iri—. Todos somos distintos, como los Rikis.

—¿Y cómo lo hacéis para distinguiros los unos de los otros en el campo de batalla?

—A veces, no puedes. —Le lancé una mirada a Iri, esperando que entendiera el significado de mis palabras.

Y así fue. Me miró y su rostro se endureció.

—La armadura de los Askas es de bronce y cuero rojo. La de los Rikis es de hierro y cuero marrón —respondió.

Halvard se deslizó por la mesa, cogió la cuchara de mi mano y le dio vueltas al pescado que se cocinaba en la olla que colgaba sobre el fuego.

—Prometo no matarte si alguna vez nos cruzamos en la batalla. —Dejó de remover el guiso y alzó los ojos hacia mí.

Lo miré fijamente, incapaz de evitar la sonrisa que curvaba mis labios. Traté de imaginarlo en el campo de batalla y luego me pregunté cuántos años viviría. En cinco años, sería suficientemente grande como para participar en la temporada de lucha. Pero había algo suave en él, algo que no resistiría bien una batalla. Me pregunté qué haría yo si lo viera ahí, al otro lado.

La sonrisa se esfumó de mi rostro y tragué saliva.

Dispuse los cuencos sobre la mesa, cogí el mío y me retiré al taburete del rincón. Iri levantó el cuarto cuenco y echó su contenido de nuevo a la olla.

—Fiske no va a venir.

—¿A dónde a ido? —Halvard se mostró decepcionado.

Iri se inclinó sobre su cuenco y se llevó la cuchara a la boca.

—Ha ido a comprobar el ganado.

Apreté los dedos alrededor de la cuchara, mi corazón se detuvo. Si Fiske había ido a revisar el ganado, tenía que haber un río cerca. Y los ríos bajan de las montañas, hasta desembocar en un valle o en el mar. Si era capaz de encontrar el río, podría encontrar el camino de vuelta a casa.

Inge cruzó la puerta y dejó un gran cajón en el suelo antes de volver a salir.

—Iri, necesito que salgas a ayudarme con Kerling.

Iri se puso de pie, cruzó la puerta y caminó por el sendero hasta donde se encontraba un hombre con una larga barba rubia junto a una mujer embarazada. Me di cuenta de que debía tratarse de Gyda, la mujer de la que habían hablado. El hombre tenía el brazo apoyado sobre el hombro de la mujer que se inclinaba contra él, ayudándolo a mantenerse erguido. Iri se encontró con ellos en el sendero, cogió el otro brazo del hombre y caminaron lentamente hasta la puerta.

—¡Menos mal que estabas aquí para ayudarnos! —Inge sonrió y se apartó para que Iri y Kerling pudieran entrar.

Kerling mantenía la mirada baja, la cara retorcida por el dolor y la frente perlada de sudor. Llevaba la tela de la parte baja del pantalón atada a la rodilla y le faltaba la mitad inferior de la pierna. No era la primera vez que veía algo así. Podría haber sido una caída que le había triturado los huesos, un hacha o ser la consecuencia de una infección.

La mujer entró y se quedó detrás de Kerling. Cuando apoyó las manos en sus hombros, él las apartó y se dirigió con rapidez hacia el borde de uno de los bancos, levantó la pierna amputada y la apoyó en el asiento. Inge se sentó

junto a él, le desató despacio la pierna del pantalón y la levantó dejando a la vista la piel roja, inflamada y fruncida por las zigzagueantes líneas de la sutura.

—Compresa, Iri. —Inge se inclinó hacia abajo para examinar la herida mientras Iri sacaba la tetera del fuego y abría una gran caja de madera llena de hierbas, que se encontraba en el estante.

—¿Cómo te encuentras? —Levantó los ojos hacia el rostro de Kerling.

Él la miró mientras apretaba con fuerza los puños sobre su pierna.

—Como la mitad de un hombre.

Inge desvió la vista hacia Gyda, cuya cara estaba vuelta hacia el suelo.

—No sé cómo has sobrevivido a esta herida. Thora te ha favorecido.

—O maldecido —corrigió Kerling con los ojos clavados en el fuego.

Iri extrajo la tela del cuenco de agua hirviendo sin dejar de mirar a Kerling. A su lado, Gyda desvió la mirada hacia mí. Sus ojos furiosos estaban llenos de lágrimas, los dientes apretados de irritación. Cogí las telas desdobladas que estaban al otro lado de la mesa y me senté junto al fuego, plegándolas una por una y apoyándolas en mi regazo bajo la atenta y escrutadora mirada de Gyda.

Iri cubrió la pierna de Kerling con vendas limpias y lo ayudó a salir. En cuanto cruzaron la puerta, Inge apoyó las manos en la barriga de Gyda y la apretó con suavidad.

—Llegará pronto.

Gyda no respondió, pero su rostro se ensombreció, las comisuras de su boca se curvaron hacia abajo.

—Yo estaré contigo. No hay nada que temer —agregó Inge con una sonrisa.

Pero eso no era cierto, y si yo lo sabía, entonces Gyda también. Era tan

probable que una mujer muriera en el parto como que muriera en una batalla. Y parecía que Gyda ya había visto antes una pelea.

—Él ya no quiere al bebé —susurró.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó Inge con un suspiro.

Las manos de Gyda se deslizaron hacia abajo sobre la curva de su barriga.

—Él ya no quiere nada.

Inge echó una mirada hacia fuera: Iri y Kerling se dirigían hacia la casa que estaba al otro lado del sendero. Antes de que pudiera decir nada más, Gyda dio media vuelta y salió tras ellos.

Inge permaneció en la puerta observándola. La tensión de sus ojos se unió a la línea recta de su boca. Sus dedos estaban retorcidos unos sobre otros. Yo ya lo había visto antes en Hylli: los heridos perdían las ganas de vivir. Seguramente ella también.

—¿Ya has aplastado ajo antes? —preguntó Inge después de aclararse la garganta. Luego se arremangó el vestido y cerró la puerta.

—Algunas veces —respondí—. Para cocinar. —La observé mientras bajaba del estante un recipiente lleno de pequeños bulbos blancos.

Colocó un enorme mortero con su mazo en la mesa frente a mí.

—Hay que pelarlos y aplastarlos. Luego los guardamos en vasijas. — Cuando apoyó un cuchillo de hierro en la mesa, una de mis manos se sacudió junto a mi cuerpo—. Yo pelo y tú aplastas. —Esbozó una sonrisa burlona. Sabía que no era conveniente darme un cuchillo—. ¿Cuántos años tienes, Eelyn?

Traté de interpretar su expresión, pero sus ojos estaban puestos en la tarea de pelar los ajos. Era la primera vez que pronunciaba mi nombre y no me gustó.

—Diecisiete.

—¿Tienes familia en Hylli? ¿Eres de allí, verdad? ¿De Hylli?

Asentí mientras examinaba su rostro. ¿Cómo sabía de dónde era? Iri no le había contado nada.

—Solo mi padre.

Se quedó callada unos minutos y cuando el olor penetrante del ajo comenzó a llenar la casa, se levantó, fue hacia la puerta y la abrió para dejar entrar el aire, colocando una piedra para sostenerla.

—¿Sabías que Iri es Aska? —preguntó sentándose de nuevo.

Cogí un puñado de dientes de ajo y los coloqué en el mortero, intentando deducir lo que ella no estaba diciendo. Lo que estaba sepultado cuidadosamente bajo sus palabras.

—Hace cinco años que él y Fiske casi se matan en una batalla.

Mis ojos se levantaron bruscamente de la mesa.

—Fue en la última temporada de lucha. Estaban peleando y se cayeron por un barranco profundo.

Tragué saliva mientras parpadeaba.

»Fiske se rompió un brazo y una pierna, y su espada abrió un gran tajo en uno de los laterales del cuerpo de Iri. Mi esposo buscó a Fiske durante dos días hasta que finalmente lo encontró. Pensó que estaba muerto. —Inge respiró profundamente—. Pero quería quemar su cuerpo. Así que bajó por la pared del barranco y, cuando llegó hasta él, descubrió que estaba vivo. —Sus ojos se clavaron en los míos—. Y también lo estaba el muchacho contra el que había peleado, le quedaba apenas un soplo de vida. Fiske se negó a abandonar a Iri y le rogó a su padre que lo salvara. —Se secó una lágrima del ojo—. Iri estaba tan gravemente herido que nadie pensó que sobreviviría.

Traté de contener el ardor que se acumulaba en mis ojos.

—¿Cómo lo salvásteis?

Apoyó el cuchillo en la mesa y me miró.

—Lo trajeron al pueblo. El corte era tan profundo que los órganos se salían por la herida. Yo estaba segura de que no iba a sobrevivir, pero no fue así. De alguna manera, la piel y el músculo estaban cortados, pero sus órganos y arterias habían quedado intactos. Cosí la herida y llevó mucho tiempo, pero se curó. Y mientras él se curaba, Fiske también lo hacía.

—¿Y entonces por qué no es un *dýr*? —pregunté. Las duras palabras atravesaron la mesa que nos separaba.

—Iba a serlo —respondió después de otra pausa—. Pero estaba tan malherido que tuvimos que mantenerlo aquí, en nuestra casa, y cuidarlo día y noche. Y no estoy segura de cómo ocurrió, pero se convirtió en parte de nuestra familia. El amor que Fiske le profesaba se convirtió en nuestro amor. —Sus ojos brillaron otra vez.

—¿Entonces Iri ahora es un Riki?

—Lo es —asintió—. Iri dejó atrás su pasado. Llevó tiempo, pero los Rikis lo aceptaron. Los dioses tienen esas rarezas.

—¿Qué quieres decir? —pregunté entornando los ojos.

—Quiero decir que, a veces, crean familias peculiares. —Se puso de pie y sacó más ajo del recipiente—. *Fjotra* —pronunció en voz baja.

—*Fjotra* es el vínculo de sangre, pero ellos no son hermanos —la corregí.

—Eso es *munstrond fjotra*. *Sál fjotra* es un vínculo entre almas —aclaró mientras yo la miraba atentamente—. Este tipo de vínculo se forma cuando un alma se rompe. Se forma a través del dolor, la pérdida y la pena. Están unidos por algo más profundo de lo que nosotros podemos ver. Y eso convirtió a Iri en parte de la familia.

Dejé de contener las lágrimas que estaban pugnando por salir porque sabía perfectamente de qué estaba hablando. Era la relación que yo tenía con Mýra:



un lazo hecho de lágrimas.

Iri e Inge no tenían la misma sangre, pero Iri la miraba como si fuera su madre. Ella sentía que él era su hijo. Y yo no necesitaba preguntarle cómo había llegado a quererlo. Iri tenía un corazón puro como yo nunca había tenido. Y era valiente, no tenía miedo a amar y a entregarse. La gente siempre se había sentido atraída por él y yo me había sentido orgullosa de ser su hermana. Por las mismas razones que Inge lo quería.

Una sombra cruzó la puerta y, al alzar la vista, me encontré con Runa que entraba con la capa cubriéndole la cabeza. Me miró con algo de recelo mientras colocaba un pequeño atado de madera sobre la mesa. La reconocí de inmediato: madera sagrada. Mis manos se quedaron inmóviles sobre el mortero antes de bajar otra vez los ojos hacia el ajo al recordar la forma en que ella tocaba a Iri en *Adalgildi*. La forma en que miraba su rostro, las mejillas rosadas y los ojos cálidos.

Cogió una cesta de salvia de la mesa y lavó las ramas en un cuenco de agua. Cuando terminó, las secó cuidadosamente con un paño, las ató en manojos y las colgó en la pared junto al fuego.

—¿Para qué es todo esto? —pregunté.

—Para curar —respondió Runa—. El ajo es para enfermedades, heridas... ese tipo de cosas. La salvia se utiliza para la piel, los dientes, el estómago...

—¿Y esas? —Señalé los tallos de frambuesas, las bayas habían desaparecido.

—Son para Gyda. Las usaremos cuando llegue el bebé. —Ató más ramas de salvia al cordel y lo colgó—. ¿En Hylli tienen curanderas?

Asentí con la cabeza sin mirarla a los ojos.

—Hace casi cuatro años que soy aprendiz de Inge.

—Ya está lista para trabajar por su cuenta —comentó Inge sonriendo con

orgullo.

Runa se sonrojó. Cuando se volvió hacia el fuego, levanté lentamente la mano para coger un trozo de madera sagrada de la mesa.

—Necesitamos más recipientes —suspiró Inge.

Dejé caer la mano en el regazo con rapidez.

—Ahora vuelvo.

Seguí machacando el ajo, manteniendo el brazo junto a mi cuerpo para no tener que usar la articulación.

—Entonces tú e Iri sois... —comencé a decir, pero no estaba segura de qué palabra utilizar.

—Sí. —La dulzura ya había desaparecido de su voz. Estaba dispuesta a defenderse.

—Y esa es la razón por la que él...

—Puede que fuera una de las razones. No lo sé.

Me incliné sobre la mesa y la miré.

—¿Y entonces por qué no os habéis casado todavía?

—Lo haremos. Mi padre quería esperar hasta que él volviera de Aurvanger —su voz cambió, las palabras brotaron con un tono más suave—. Él iba a decírtelo.

Proseguí con mi trabajo. No quería saber cuáles eran los planes de Iri. Él se había marchado, había adoptado a una nueva familia y ya no me debía nada.



A la mañana siguiente, junto a mi cama, había un trozo de madera sagrada y una pequeña herramienta desafilada para tallar madera. Inge debió darse cuenta de que había intentado coger una y las había dejado allí para mí. No era la primera vez que me daba cuenta de que ella solía ver más de lo que parecía que veía.

Me senté cerca del huerto con las piernas cruzadas y observé las tiras de madera finitas y curvas que brotaban del bloque en bruto mientras deslizaba la herramienta para tallar sobre él. Las virutas caían al suelo, delante de mí y se dispersaban por la nieve. Fiske estaba con Halvard junto a la casa observándolo practicar lanzamiento de hacha. Había mantenido una actitud reservada desde *Adalgildi*, dedicándose a sus obligaciones de una manera que había comenzado a reconocer como propia de él. Se mantenía en las sombras, como si fuera invisible, aunque su presencia era notoria. Era fuerte y grande, silencioso pero animado. Y parecía estar siempre en todas partes.

Fiske retrocedió y observó detenidamente a Halvard mientras este se adelantaba, llevaba el hacha hacia atrás y luego la dejaba salir volando, lanzando el brazo con violencia hacia adelante.

La hoja chocó contra el tronco de un pino con un estruendoso ruido. El sonido me resultó tan familiar que tiró del enmarañado nudo de recuerdos que había dentro de mí. Me mordí el labio y continué observándolo repetir el tiro una y otra vez mientras Fiske le daba instrucciones en voz baja. Cuando pasaron a la otra mano, me di cuenta que no era tan fuerte por la forma en la que la sujetó el arma esta vez.

Halvard suspiró y dejó caer la cabeza hacia atrás mientras el mango del hacha golpeaba el árbol con un suave sonido metálico y caía al suelo.

—Otra vez —ordenó Fiske caminando hacia el árbol para recogerla.

*Otra vez.*

La voz de Iri resonó en mi mente.

*Otra vez, Eelyn.*

Halvard agitó los brazos antes de levantarla nuevamente, pero no se quejó. Dejó caer el codo y arrojó el hacha. Falló, esta vez la hoja chocó en ángulo y resbaló hacia la izquierda.

Fiske caminó hacia Halvard con el hacha en mano, sus ojos miraban por encima de mi cabeza hacia algo que estaba detrás de mí. Al girarme, vi a Gyda en medio del sendero. Su largo cabello negro estaba peinado en dos trenzas que caían sobre sus hombros y terminaban en sus manos, que abrazaban su barriga hinchada. Me miró fijamente, entornando los ojos con el mismo odio que el día anterior.

Me sacudí las virutas del regazo y deslicé el metal curvado por encima de la madera para redondearla. La estatuilla de mi madre que tenía mi padre estaba tan gastada que la madera se había vuelto grisácea y resbaladiza. Él la sostenía todas las noches entre sus manos callosas y susurraba plegarias por el alma de mi madre, y yo hacía lo mismo por Iri. Luego nos las intercambiábamos y nos arrodillábamos ante el fuego de nuestro hogar, en la

oscuridad del fiordo. Me llevé la madera a la nariz y respiré su aroma rústico y fresco. Siempre había creído que el alma de mi madre había llegado a *Sólbjörg*, que Iri y ella estaban juntos.

Fiske hizo que Halvard arrojase el hacha hasta dar en el blanco tres veces seguidas y, cuando finalmente dio por finalizada la lección, el niño echó a correr hacia mí, resbaló por la nieve y aterrizó a mi lado. Sus rodillas tocaron las mías mientras se inclinaba hacia adelante y examinaba la estatuilla.

—¿Es tu hermano? ¿El que murió? —Sus gruesas pestañas parpadearon mientras levantaba la vista hacia mí. Sus ojos eran tan azules como los de Fiske, pero diferentes. Oscuros, como una tormenta.

—Mi madre. —Se la alcancé y observé cómo la giraba suavemente entre las manos mientras sonreía—. ¿Qué pasa?

—Me gusta —respondió encogiéndose de hombros, y me la devolvió.

—¿No tienes una de tu padre?

Negó con la cabeza y torció la boca hacia un lado.

—¿Por qué no?

—No es nuestra costumbre —interrumpió Fiske, acercándose a nosotros y observándonos desde arriba.

Mis ojos bajaron a la estatuilla a medio terminar. Ya había hecho la cabeza y los hombros, pero el resto solo era un trozo de madera. Halvard buscó en su chaleco y se escondió algo en la mano. Cuando la abrió, había una piedra redonda y plana, que tenía unas palabras grabadas que yo no entendía, igual a la que Iri había guardado en su chaleco antes de *Adalgildi*.

—¿Qué dice?

—*Ala sál*. Portador del alma —respondió orgulloso—. Es mi *taufr*.

La cogí y le di la vuelta.

—¿Qué es?

—Me protege.

—¿Cómo?

—Se la das a alguien a quien quieres proteger. Es una forma de decirles a los dioses que llevas el alma de otra persona. La hizo mi madre para mí.

La sombra de Fiske se deslizó sobre mí al dirigirse hacia la casa. Cogió la red que estaba colgada en un gancho de hierro. Iba al río.

—Yo... —La palabra escapó de mi boca justo cuando él echaba a andar por el sendero. Apreté los labios con fuerza y cerré el puño alrededor de la estatuilla.

Pero él ya se había dado la vuelta y me miraba, la red balanceándose junto a su pierna.

—¿Qué quieres? —Las palabras carecían de la furia que solían tener.

—Puedo ayudarte con los peces —dije mordiéndome el labio.

Se mostró sorprendido y, por un momento, tuve la sensación de que podía ver a través de mí, que sabía cuáles eran mis intenciones. Cambió el peso del cuerpo hacia atrás y bajó los ojos al suelo antes de que su mirada se alzara hacia los árboles. Sus manos se retorcieron sobre la red.

—De acuerdo.

Halvard emitió un chillido, cayó hacia atrás y aterrizó boca arriba en la nieve con los brazos extendidos.

—Ven con nosotros. —Me puse de pie y guardé la estatuilla en el chaleco.

—Tengo que quedarme con Gyda. Por si viene el bebé. —Sus ojos se desviaron hacia su casa, pero ella ya se había marchado.

Le di una patada suave en la pierna y, cuando me miró, esboqué una amplia sonrisa. Me levanté la capucha de la capa y salí detrás de Fiske, intentando alcanzarlo.

No disminuyó el paso por mí. Cuando lo alcancé, acorté el paso y

permanecí detrás de él mientras el camino salía de la aldea y los árboles se multiplicaban. Los pinos eran tan altos que no podía ver dónde terminaban. Se movían con el viento y los troncos crujían, las ramas de un árbol se fundían con las de los otros. Mantuve la mirada al frente sin mirar hacia abajo, dibujando las siluetas de los árboles y delineando un camino en mi mente que reconocería incluso en medio de la nieve profunda.

El sendero serpenteó por el bosque hasta que pude oír el murmullo del río. Al observarlo desde el risco, parecía tallado en la tierra como una vena bajo la piel. Circulaba deprisa, el rocío del agua se elevaba en el aire que nos rodeaba. Me bajé la capucha y lo observé con atención. Descendía sinuosamente por la ladera, cruzaba frente a nosotros y desaparecía. Tarde o temprano, el agua tendría que desembocar en el mar. Si lo seguía, me llevaría montaña abajo hasta el valle.

—No es la forma de bajar —comentó Fiske y mis ojos se levantaron bruscamente—. Inténtalo si quieres, pero no lo conseguirás.

Volví a mirar hacia el río. Tenía que estar mintiendo, el río debería conducir montaña abajo.

Caminó por la orilla hasta que llegó a una zona donde había dos grandes rocas planas en el agua y cruzó. Sujeté en alto la capa y caminé con cuidado mientras el agua pasaba rugiendo a mi lado. Cuando llegué a la segunda roca, Fiske extendió su mano. La acepté, salté y aterricé al otro lado hudiéndome en la nieve.

Continuamos caminando hasta que llegamos a un gran poste de madera clavado en la tierra con una cuerda amarrada alrededor y que desaparecía en el agua congelada. Fiske extrajo el hacha y rompió el hielo, luego se puso en cuclillas y la desató, sus dedos forcejearon con el nudo de la cuerda mojada.

En el fiordo, usábamos redes constantemente, pero nunca de esta manera.

Se encontraba extendida de lado, amarrada a través del ancho del río como una piel tendida al sol.

—¿Es una red?

—Sí —resopló, soltando la cuerda y enrollándola con firmeza alrededor de su mano mientras la elevaba lentamente contra el curso de la corriente. Su cara se puso tensa, los músculos del cuello se le estiraron y los hombros se endurecieron al levantarla, pero la cuerda parecía haberse enganchado en las ramas de un árbol caído.

—Está atascada.

Miró hacia abajo, aún sosteniendo la red contra la afluencia del agua.

—¿Puedes ayudarme a cogerla?

Me desabroché la capa, la arrojé sobre la nieve y me acerqué a sus piernas para arrodillarme entre él y el tronco del árbol, que desaparecía bajo el agua.

Respiré profundamente y metí el brazo hasta que el agua me llegó al hombro. Encontré el extremo y tiré, apretando los dientes.

La cuerda se aflojó y Fiske cambió el peso de su cuerpo hasta que la red llena de peces plateados emergió del agua. Sujeté el otro extremo de la red, la transportamos hasta la orilla y dejamos los peces sobre la nieve.

Se quedaron tendidos en el suelo, con sus grandes ojos levantados hacia mí y boquendo en busca de aire mientras Fiske se ponía de rodillas para colocar la red que habíamos traído en el mismo sitio que la que acabábamos de extraer.

—Significa pez.

Levantó su mirada hacia mí, frunciendo el entrecejo al ponerse de pie.

—Tu nombre. Significa pez, ¿verdad?

Un fuerte crujido sonó detrás de nosotros y me di la vuelta. Con el crazón en la garganta retrocedí hacia el agua. En los árboles que teníamos delante,



un oso enorme nos observaba sentado sobre sus patas traseras. Mi mano buscó el brazo de Fiske y me agarré a él con fuerza, mis uñas se clavaron en su túnica. Miró por encima de su hombro, soltó los extremos de la red y los peces resbalaron por la nieve.

El bombeo hueco de la respiración del oso resonaba entre los árboles, enviando nubes blancas que nublaban el aire alrededor de su hocico. Apoyó las patas delanteras y dio un paso hacia nosotros, olfateando el aire. Todo el cuerpo de Fiske se puso rígido, sus ojos se encendieron con algo que yo conocía muy bien. Era lo mismo que palpitaba en cada centímetro de mi cuerpo: la cercanía de la muerte, susurrándome al oído. Había conocido esa sensación desde que era una niña al observar a los Herjas emergiendo del bosque hacia nuestra aldea.

La mano de Fiske rodeó mi brazo y tiró de mí despacio mientras el oso se iba acercando.

—No corras. —Lo dijo tan suavemente que apenas lo escuché por encima de los latidos de mi corazón.

De todas maneras, estábamos atrapados. El río cubierto de hielo corría por detrás y el oso se encontraba justo adelante, acercándose. Fiske me echó hacia atrás y mis talones se hundieron en el agua mientras él se colocaba delante de mí para cubrirme con su cuerpo. Me incliné hacia un lado para mirar y contuve la respiración. El oso estaba tan cerca de nosotros que Fiske podía estirarse y tocarlo. Los rayos del sol daban toques dorados a su pelaje castaño y se desplegaban alrededor de su cara en forma de corazón, su brillante nariz estaba mojada en la punta del hocico. Se inclinó y olfateó el pecho de Fiske y yo me aferré con más fuerza al chaleco de su armadura, los dedos entumecidos contra el cuero. Me asomé por encima de su hombro y mi corazón se detuvo de golpe.

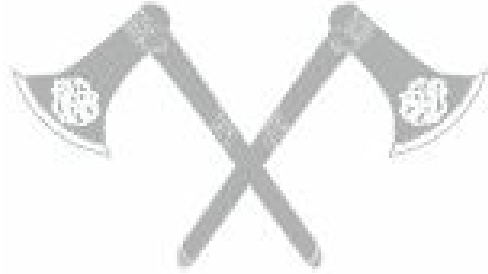
Los ojos del oso estaban clavados en mí. Grandes, profundos y abiertos, me miraban directamente.

Se acercó más, olfateando a Fiske. Cogí aire mientras el oso se quedaba inmóvil, sus enormes patas hundidas en la nieve, la espalda de Fiske apretada contra mí. Apoyé la boca contra su hombro y miré al animal. Parecía como si fuera a hablar, como si tuviera algo que decirme. Sus ojos negros resplandecieron y perforaron los míos, y un escalofrío me atravesó la espalda, produciéndome un cosquilleo en las yemas de mis dedos.

De repente, bajó la cabeza, cogió un pez con la boca y se dio la vuelta. No miró hacia atrás mientras caminaba, los colores de su grueso pelaje cambiantes bajo la luz.

Fiske se relajó contra mí, pero yo continué aferrada a él, sintiendo como si fuera a desplomarme, como si los temblores de mis piernas fueran a lanzarme sobre el hielo. Esperamos a que el oso desapareciera de nuestra vista antes de movernos, antes de respirar. Cuando Fiske finalmente me soltó el brazo, se dio la vuelta y bajó la mirada hacia mí. Se quedó quieto, sus labios se separaron mientras daba un paso hacia atrás, con una pregunta en los ojos.

Los peces agitaron sus colas en la nieve entre nosotros y, cuando volví a mirar hacia la orilla del río, el bosque estaba vacío. Solo quedaban las huellas, dibujando un rastro sinuoso entre los árboles.



**E**n mi mente, dibujé el sendero que atravesaba el bosque y llevaba hasta el río.

Me senté en el rincón y comí, mirando la pared.

Me mantuve apartada.

Hice las tareas sin recibir instrucciones de Inge.

Obedecí, como una *dýr*.

Iri trataba de permanecer cerca de mí, salía de la casa en muy pocas ocasiones, pero yo continué ignorándolo. Cuando Inge y él se pusieron a hablar de su compromiso, me fui a alimentar a las cabras. Cuando me ofreció su ayuda para llevar la leña hasta la casa, pasé rápidamente junto a él y la llevé yo misma.

Me arrodillé en el huerto que había junto a la casa y me dediqué a trabajar la tierra con una pequeña pala y a arrancar las raíces secas del otoño, que todavía estaban atrapadas bajo el suelo. La tierra rocosa y fría se quebraba debajo de mis golpes y limpié los restos del huerto, cada planta de una en una. Estaba cerca la temporada de volver a sembrar. Mi padre estaría haciendo lo mismo, poniendo fertilizante en el nuestro y preparando el

terreno para los nabos y las zanahorias. Me senté sobre los talones, me froté los ojos y alcé la vista hacia a la mancha de nubes blancas que se extendían a través del fondo azul. Parecía imposible que fuera el mismo cielo que ahora mismo estaría también sobre el fiordo: mi casa parecía estar en otro mundo. Pero solo la nieve y el hielo me separaban de Hylli.

Al otro lado del camino, Gyda estaba tendiendo la ropa sobre el cerco que rodeaba su huerto. Frente a ella, Kerling estaba sentado en un tocón de madera con una mano en la rodilla de la pierna amputada. Elevó su pálida cara hacia el cielo y la luz iluminó los pelos rubios de su barba, que brillaron como hilos de oro. Había estado toda la mañana sentado allí, mirando los árboles. Justo en ese momento, al verlo con los ojos cerrados y el sol en la cara, recordé que lo había visto durante nuestro viaje de regreso de Aurvanger. Era uno de los heridos que iba uno de los carros que precedía al que me traía.

La sombra de Iri cayó sobre la tierra removida cuando se acercó a mí.

—¿Es amigo tuyo? —pregunté, mirando a Kerling. Iri siguió mi mirada a través del sendero.

—Lo es —respondió. Como no levanté la vista, se puso en cuclillas y esperó, las manos juntas—. Eelyn.

Bajé la pala con ambas manos y el borde chocó contra una piedra enterrada.

—Mírame.

Una vez que levanté la roca haciendo palanca, la arrojé hacia un lado, casi como si lo golpeará.

—Sé que estás enfadada.

Pero no estaba enfadada: estaba ardiendo por dentro de la furia. Algo muy oscuro me estaba envenenando por dentro. Levanté la pala otra vez y la

apunté hacia él.

—¿Cómo has podido hacerlo? ¿Cómo has podido estar aquí todo este tiempo viviendo una nueva vida con una nueva *familia*?

Bajó la mirada hacia la tierra que había entre nosotros.

—No puedo explicarlo...

—Sé lo de Fiske —lo interrumpí abruptamente—. Sé que estaba allí ese día, que se cayó por el barranco contigo.

Eché una mirada cautelosa a su alrededor. Si había alguien cerca, me habría escuchado. Pero no me importaba.

—Cuéntame lo qué ocurrió. —Las lágrimas volvieron a brotar de mis ojos y eso me enfureció todavía más. Porque, aunque lo intetara con todas mis fuerzas, no podía fingir que no me afectaba. No podía ocultar que me hería profundamente lo que él había hecho. Se arrodilló junto a mí, cogió la pala y empezó a cavar.

—Ese día, nos separamos en medio de la batalla. Fiske salió de entre los árboles detrás de mí y me hirió con el primer movimiento de su espada. Tú peleabas a lo lejos. Apenas lograba verte por la niebla.

Clavé la mirada en el suelo, recordando el brillo de su sangre y la piel suave y blanca donde se extendía la cicatriz, a lo largo de uno de los laterales de su cuerpo.

—Tiré el hacha y caminé tropezando hacia adelante, intentando mantener la herida cerrada. Y, antes de que pudiera darme cuenta de lo que pasaba, me estaba cayendo por el barranco. Estiré el brazo, me agarré al chaleco de la armadura de Fiske y caímos los dos juntos. Recuerdo haberte escuchado gritar, pero no podía moverme. No podía proferir un solo sonido. —Haciendo palanca, extrajo otra piedra de la tierra—. Cuando me desperté, Fiske estaba intentando trepar con un brazo y una pierna. Con el cuchillo intentaba

impulsarse hacia arriba, insertándolo en las grietas de las rocas, pero siempre se caía. Pensaba que yo estaba muerto. Y yo también. Podía *sentir* que mi alma se moría. Lo recuerdo. Recuerdo cada uno de los pensamientos que pasaron por mi cabeza y cada sentimiento. Cuando llegó la noche y finalmente cerré los ojos, pensé que era el fin. —Hizo una pausa y se quedó mirando la tierra—. Pero no lo era. Me desperté de nuevo a la mañana siguiente. Por un momento pensé que estaba soñando o que tal vez ya estaba en *Sólbjörg*. Pero Fiske se encontraba arrodillado junto a mí, cubriendo mi herida con nieve. —Aspiró por la nariz y se secó los ojos con la parte de atrás del brazo—. Me miró. Su rostro estaba pálido, los ojos rojos e hinchados, y dijo: «No vamos a morir, Aska».

»Durante dos días, él me mantuvo con vida. Su padre nos encontró y, cuando oímos sus voces desde lo alto del acantilado, él me juró que no me abandonaría. Y cumplió su promesa. Cuando nos sacaron de ese barranco, éramos hermanos. Sigr me abandonó ese día, Eelyn; Thora me salvó la vida. Yo había renacido. Vine aquí, a Fela, y tarde mucho tiempo en darme cuenta, pero poco a poco me fui convirtiendo en uno de ellos. Inge se convirtió en mi madre, me enamoré de Runa. Thora me honró, me otorgó sus favores.

Y aunque no podía imaginármelo, de alguna manera sí entendía lo que me estaba diciendo, porque podía verlo. Él había encontrado su sitio aquí, el lugar apropiado para él.

—Todavía tienes sangre Aska en las venas. Todavía perteneces a *mi* familia.

—Siempre seré tu hermano. Nací Aska, pero he cambiado, ahora soy otra cosa.

—Eres Riki o Aska, Iri. No puedes ser las dos cosas a la vez. Le has contado a Runa la verdad sobre mí.

—Sí —respondió rehuendo mi mirada.

—¿Cuánto tiempo va a tardar en contárselo a alguien? Nos matarán a los dos.

—Ella nunca haría eso.

—Bueno, yo no voy a quedarme el tiempo suficiente como para averiguarlo. Me iré a casa, contigo o sin ti. No esperaré al deshielo.

—Entonces morirás —comentó pasándose la mano por el pelo.

—*Vegr yfir fjor*, Iri. El honor por encima de la vida —mi voz se tornó débil—. ¿No has pensado en mí en todo este tiempo?

—He pensado en ti todos los días. —Me observó mientras yo me secaba las lágrimas—. El padre de Fiske me dio la opción de venderme a los Askas, Eelyn.

—¿Qué? —Sus palabras me desgarraron por dentro.

—No podía irme. No podía abandonar este lugar. —Se estiró para cogerme la mano—. El camino de mi alma dio un giro, igual que el tuyo.

—Esto *no* es lo mismo —afirmé con los ojos echando chispas—. Yo quiero irme a casa.

—Lo sé. Pero nunca volverás a ser la misma. Nunca volverás a ser la persona que eras.—Hizo una pausa—. Estás viendo la verdad. Veo que lo estás pensando, todos los días.

—¿Qué verdad?

—Que ellos son iguales que nosotros.

Apoyé la cara en las manos, intentando huir de sus palabras. Porque me hacía sentir como si el mundo estuviera al revés, que todo lo que me habían enseñado no encajaba con la forma con la que debía ver el mundo.

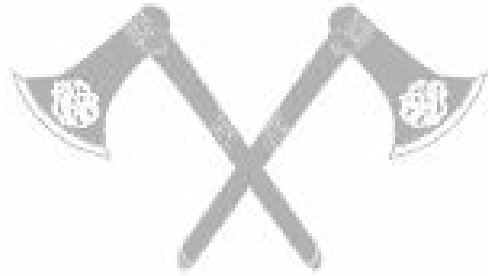
—¿En qué piensas?

El peso de lo que hervía en mi cabeza se deslizó hacia el resto de mi

cuerpo. Las palabras eran breves pero ciertas.

—Estoy pensando que desearía que hubieras muerto aquel día.





Fiske no regresó hasta que se hizo de noche. Cruzó la puerta con Iri, llevaba las manos ocupadas por una cesta de pescado limpio y mantuvo los ojos alejados de mí. No me había dirigido ni una sola mirada desde que fuimos al río y, por alguna razón, no les había contado a los demás lo que nos había pasado.

Iri también estaba distante y frío conmigo. Podía ver cómo la furia lo envolvía con fuerza. Pero yo estaba convencida de lo que había dicho... más de lo que habría deseado.

Inge cogió la cesta de las manos de Fiske y me señaló con la cabeza.

—Necesito que quites los puntos del brazo de Eelyn. —Llenó otra cesta con las vasijas de ajo que habíamos estado preparando—. Tenemos que llevar esto al almacén y Runa nos espera después.

Fiske le dirigió una mirada tensa a Inge.

—Lo has hecho un centenar de veces. Comenzaremos el establo al amanecer. —Ella pasó junto a él y Halvard e Iri la siguieron hacia fuera.

Permanecí contra la pared mirando a Fiske mientras la puerta se cerraba. Se quitó la funda de la espada por encima de la cabeza y la apoyó junto al fuego.

No me gustaba estar a solas con él. Deseé que Halvard se hubiera quedado.

—¿El establo de Kerling? —pregunté.

—Sí. Él dejó preparados los postes para la estructura antes de que nos marcháramos a luchar. Necesitan que esté terminado para poder comprar cabras antes de que llegue el bebé. —Parecía cansado, las palabras se deslizaban entre su respiración profunda—. Si te sientas, te quitaré los puntos.

Se dirigió hacia una caja de madera que estaba en uno de los estantes, levantó la tapa y extrajo una pequeña herramienta de metal. Yo me senté lo más cerca posible del fuego para mantenerme caliente. Cada día hacía más frío y mi ropa no era adecuada, no estaba hecha como la de los Rikis.

Se sentó a horcajadas sobre el banco de madera y se deslizó para quedar frente a mí. Saqué el brazo de la manga y lo metí dentro de la túnica, pero, cuando quise sacarlo por el cuello, no pude. Los músculos que rodeaban al hueso todavía estaban muy débiles y me resultaba muy doloroso levantarlo tanto. Cuando alcanzó mis dedos, me estremecí y me eché hacia atrás. Dejé que me ayudara con su mano hasta que pude sacar todo el brazo y entonces lo solté, pero su contacto se quedó ardiendo en mi piel.

Me giré hacia un lado para que pudiera acceder a la sutura. Quería recordarle que había sido su espada la que me había hecho aquello, pero opté por observar el fuego. No quería mirarlo, no quería sentir cómo me tocaba. Cogió la herramienta y presionó los dedos contra mi piel antes de deslizarla por debajo del primer punto y tirar con cuidado hasta que se rompió.

—Eras tú, aquel día —dije—. Eras tú el que estaba en el barranco con Iri. Inge me lo ha contado todo.

—Sí —admitió después de cortar el siguiente punto y yo hice un gesto de dolor.

—¿Dónde está tu padre?

Apoyó la mano sobre una de sus piernas y me miró.

—Está en *Friðr*.

Conocía la palabra y lo que significaba: paz. Allí iban los Rikis cuando morían.

—Murió el año pasado de fiebre. —Y aunque su voz no cambió, algo sí lo hizo en la posición de su boca y en el brillo de sus ojos.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunté—. ¿Por qué le salvaste la vida a Iri?

Se sentó más erguido dejando que el silencio se extendiera entre nosotros y empujara, como los pensamientos en mi mente, intentando encontrar un lugar donde aterrizar.

—Porque estábamos muriéndonos. Porque era el final. Y cuando ves el final, la vida se vuelve valiosa.

Me miró durante un largo rato, sus ojos recorrieron mi rostro, y pude sentir su mirada deslizándose por mi piel. Como si allí pudiera ver a Iri. O tal vez otra cosa. Sentí que me ardía la piel debajo de las mejillas.

Soltó el último punto.

—Iri... —Pero luego se detuvo.

—¿Qué? —pregunté pasándome la trenza por encima del hombro.

—Iri no planeaba quedarse aquí —concluyó—. No al principio.

—Lo sé. —Retorcí las puntas de mi cabello alrededor de los dedos—. Pero lo hizo.

Me ayudó a colocar otra vez el brazo dentro de la túnica y me estremecí, asaltada repentinamente por el frío.

—Yo no te pertenezco —le dije.

—No, no me perteneces. —Bajó la mirada hacia el suelo—. Pero no sobrevivirás al invierno sin mí.

—Ya te había dicho que no tengo ninguna intención de quedarme. —Lo miré directamente a los ojos de nuevo y, esta vez, no aparté la mirada. Esperaba ver algo que despertara mi odio, algún indicio del hombre al que había intentado matar en Aurvanger. Pero no pude ver más allá del alma que le había salvado la vida a Iri. El alma que había cubierto de nieve su herida y que se negó a abandonarlo.

—Deberíamos dejar esa herida al aire. —Miró el vendaje que cubría la piel irritada de mi cuello.

Estiré la mano y lo toqué.

Me quitó el vendaje despacio y sentí un cosquilleo cuando el aire frío tocó mi piel.

—¿Te duele? —preguntó mientras se inclinaba más hacia mí.

El estómago me dio un vuelco arrastrándome consigo a mi corazón, y el pulso de mis venas golpeó de manera errática. Estaba muy cerca de mí.

Me puse de pie y el banco de madera chocó contra la piedra. Levantó su mirada hacia mí y yo traté de encontrar algo que decir, pero era demasiado. Todo lo que sentía dentro de mí estaba demasiado profundo, me resultaba inalcanzable.

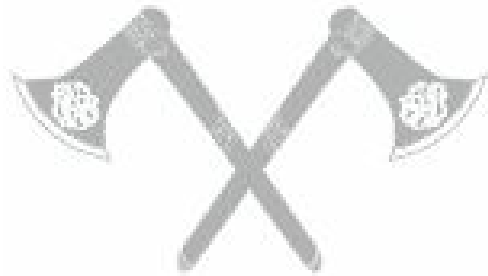
—Me duele todo —susurré.

Subí las escaleras a toda prisa y me metí en mi catre, las lágrimas me nublaron la vista. Quería regresar a mi casa. Quería escuchar la voz de mi padre y ver el fiordo. Quería borrar las cicatrices que brotaban en mi piel debajo del collar y volver al momento en que vi a Fiske en el campo de batalla. Quería convencerme a mí misma que debía escapar.

Me senté en el catre, me acurruqué de lado y traté de llorar en silencio. Pero lo que se retorcía dentro de mí tenía demasiada furia como para calmarse. Estaba demasiado herido como para silenciarlo. Era algo vivo que

trataba de devorarme por completo. Y a este paso lo conseguiría. Lloré hasta que ya no me quedaron más lágrimas y solo se pudo escuchar el sonido del fuego.

Abajo, Fiske estaba sentado junto al fuego en la casa vacía. Su sombra se proyectaba sobre la pared, mientras me escuchaba llorar hasta quedarme dormida.



**E**l sol salió sobre la aldea mientras Fiske regresaba del río. Halvard cogió un baúl de herramientas de la pared, lo abrió y las colocó una al lado de la otra sobre una tira de piel. Una vez que Fiske las revisó todas, se las enrolló sobre el hombro y caminó con la espalda algo ladeada por el peso. Al salir, abrió la puerta de par en par y pude ver que los Rikis ya habían empezado a reunirse al otro lado del camino, saludándose unos a otros en el frío matinal.

Inge me alcanzó la cesta llena de pescado, todavía helado por el agua del río.

—Están limpios. Cuando el sol esté en lo más alto, puedes cocinarlos y traerlos.

Me enfurecí, mis ojos se desviaron hacia la casa de Kerling, donde el número de miembros del clan Riki se iba multiplicando.

Inge, Fiske e Iri salieron detrás de Halvard. Envueltos en sus pieles, los Rikis ya se habían puesto a trabajar. Los niños corrían por el sendero persiguiendo a las gallinas y yo me apoyé contra la pared y los observé por la ventana. Los hombres acarreaban troncos gigantes desde el bosque y las

mujeres se acomodaban en el suelo y los cepillaban. Se inclinaban sobre los árboles caídos y alisaban la madera con movimientos largos y uniformes.

Mientras las escuchaba, limpié la olla de hierro en el fuego y saqué con la pala las cenizas de la chimenea. Cuando las profundas carcajadas de algunos hombres resonaron en la aldea, mis manos se paralizaron sobre el duro borde de la mesa y el corazón se me encogió dentro del pecho. Todo me resultaba muy familiar. Muy parecido a mi hogar.

Me dirigí a la parte de atrás de la casa, donde no podían verme, y lavé la ropa que Inge había apilado en una cesta. Mis manos adquirieron un tono rosado a causa del agua fría y mis nudillos se tensaron mientras frotaba las prendas contra la tabla de lavar. Estaría haciendo lo mismo si estuviera en mi casa: pescando con mi padre o realizando tareas domésticas con Mýra. Me pregunté qué estaría haciendo ella ahora mismo. Me pregunté si se estaría entrenando con un nuevo compañero de batalla.

El invierno era mi estación preferida del año en el fiordo, cuando todo estaba cubierto de una resplandeciente capa de hielo. Cada brizna de hierba brillaba bajo los rayos del sol. Siempre había pensado que *Sólbjörg* sería así. Casi todas las noches, había imaginado a mi madre sentada allí, en la ladera de una colina con la falda extendida a su alrededor.

Colgué las prendas en la valla y estiré las telas mientras se agitaban con el viento. Cuando regresé a la casa, los Rikis ya habían colocado varios tablones a lo largo de una de las paredes del establo. La estructura se extendía más allá de la casa, con el tamaño suficiente como para albergar a diez o quince cabras. Si eran capaces de gestionar bien sus recursos, Kerling y Gyda podrían salir adelante vendiendo lo que cultivaran en su huerto y lo que producirían las cabras. Estaba claro que Kerling no era herrero ni curandero: había sido criado como guerrero. Gyda también. Tal vez ella pelearía en su

lugar en la próxima temporada de lucha. Tal vez yo me encontraría con ella.

Cogí la cesta de pescado de la mesa y encendí el fuego. Estaban perfectamente limpios, la piel suave y sin escamas. Los rellené con hierbas y sal, y los coloqué sobre las brasas calientes para que se cocinasen.

El aroma sabroso e intenso llenó la casa y sentí de nuevo una punzada en el pecho. Esto también era igual que mi hogar. Miré por la ventana, hacia donde colocaban más tablas y las apilaban sobre las más bajas para levantar las paredes. En Hylli, a menudo trabajábamos en los botes de los Askas que eran muy ancianos. Cuidábamos sus animales y mi padre me hacía comprobar que sus redes de pesca estaban en perfecto estado cuando revisaba las nuestras en el muelle. Los Rikis también se ocupaban de su propia gente.

Saqué el pescado del fuego, cuando comprobé que la piel estaba crujiente y se separaba de la carne, y lo apilé en un gran cuenco de madera. Me armé de valor antes de abrir la puerta y salir al sol del mediodía con el cuenco en la cadera. Busqué a Inge con la mirada, que se encontraba junto a otra mujer, enrollando una cuerda. El sendero se ensanchaba al pasar la verja y, con el rabillo del ojo, vi una figura que me hizo retroceder. Tropecé y estuve a punto de dejar caer todo el pescado, pero una mano se extendió para sujetarme.

Kerling.

Se encontraba al lado de la verja de Inge, apoyado contra el poste. Cuando recuperé el equilibrio, me enderecé y levanté los ojos hacia él. Pero su atención estaba dirigida hacia el establo que se estaba levantando desde suelo, tablón por tablón. Observaba trabajar a los Rikis, oculto bajo la sombra del árbol.

El dolor y la humillación de su lesión se reflejaban con claridad en su rostro. Ahora dependía de sus compañeros del clan de una forma que era



difícil de asimilar. Si fuera mi padre, sentiría lo mismo.

—Gracias —susurré, intentando no demostrar la piedad que sentía por él.

Sus ojos se desviaron hacia mí, como si de repente fuera consciente de que yo estaba allí. Me di la vuelta y crucé el sendero hasta que pasé la verja de su casa. Los golpes y los ruidos de las sierras se detuvieron cuando los Rikis notaron mi presencia y todas las cabezas se giraron para mirarme mientras yo me dirigía hacia Inge. De pronto, alguien cruzó el sendero delante de mí. Me detuve y me quedé mirando el rostro de una mujer de cabello tan rojo como el de Mýra.

El cuenco se deslizó de mi cadera y, al alzar la vista, vi que Fiske lo agarraba entre sus manos. Luego hizo un gesto con la cabeza para indicarme que me retirara. Me mordí el labio mientras enfrentaba la mirada de los Rikis que continuaban observándome. Me di la vuelta mientras el dolor se enroscaba dentro de mi pecho. Me lo tragué y me abrí paso hacia la verja. Los sonidos del trabajo fueron regresando lentamente, seguidos de una suave canción que brotaba en la voz de una mujer. Los demás se unieron y cantaron mientras descargaban sus martillos y cepillaban la madera. Antiguas palabras de una antigua melodía.

El labio me tembló y las lágrimas brotaron de mis ojos justo cuando llegaba a la verja de Inge. Y allí, aún escondido en las sombras, seguía Kerling.



**M**ientras Iri hablaba, me quedé mirando la ladera de la montaña.

Dentro, Inge enrollaba mantas para Iri y para Fiske. La mañana era fría y el fuego todavía calentaba la casa, pero Iri se había levantado antes que los demás y me estaba esperando cuando bajé.

Se inclinó hacia mí, atando las fundas de las hachas en su espalda.

—Regresaremos mañana.

Se iban a cazar con algunos de los hombres de la aldea. Me dejaba, otra vez. Y yo no estaría aquí cuando regresara. Esperaría a tener una oportunidad para llegar al río y no la dejaría pasar. Me marcharía sin mirar atrás.

—Quédate en la casa. —Apoyó la mano en mi hombro, pero me aparté.

No iba a pedirle que se quedara. Hacía mucho tiempo que había aprendido a cuidarme sola.

Ayudé a Inge a preparar sus alforjas mientras Halvard refunfuñaba junto a la puerta.

—¿Por qué no puedo ir? —Se asomó hacia afuera para coger algunos copos de nieve.

—El año que viene. —Fiske le echó una mirada desaprobatoria y Halvard

se desplomó contra la pared—. Alguien tiene que revisar las redes mientras nosotros no estamos.

El niño asintió de mala gana, contento de tener una tarea, pero igualmente cruzó los brazos sobre el pecho.

Iri ya tenía los caballos listos cuando salimos con las alforjas. Fiske y él besaron a Inge y ella les acarició la cara.

—Tened cuidado, *sváss*.

Iri clavó sus ojos en mí una vez más antes de subir al caballo, pero yo le devolví una mirada fría, dura. No pensaba decirle adiós en silencio, de la misma manera que él no iba a rogarme que lo hiciera. Giró el caballo y echó a andar por el sendero hacia los demás. Cuando desaparecieron al doblar por el camino, me froté la palma de la mano contra el pecho.

Sería la última vez que lo vería... en esta vida o en la próxima.

Levanté el cubo de la leche y me encaminé hacia el corral de las cabras, llevando los hombros hacia atrás, avergonzada por el dolor que aún se retorció detrás de mis costillas. No lo necesitaba.

Iri era un traidor.

Pero estábamos unidos de una manera que ni siquiera yo era capaz de entender. Y la peor parte había sido descubrir que tal vez no había nada que él pudiera hacer para cambiar eso. Quería olvidarlo, pero tal vez nunca podría. Quería dejarlo ir, pero probablemente nunca sería capaz de hacerlo.

Me senté, ignorando el dolor en mi garganta, y una cabra metió la cabeza a través del corral, empujándome hasta que pasé la mano por su frente. Solo habían pasado dos semanas desde que me habían traído a Fela. Todavía quedaban por lo menos otras seis antes de que la nieve dejara de caer y comenzara a derretirse. Podría llegar a tiempo a casa para ayudar a mi padre a plantar. Nunca tendría que enterarse de lo de Iri. Y si Sigr se apiadaba de mí,

tal vez yo también me olvidaría de él.

—¿Qué has hecho? —Gyda se encontraba detrás de mí con una pila de leños en los brazos—. ¿Qué has hecho para conseguir que te perdonen la vida?

Me volví hacia las cabras y llené el cubo. No quería inventar una excusa, no quería mentir. Sentía pena por ella y por Kerling, y me odiaba por eso.

—Thora descargará su venganza sobre ti —profirió—. Por todos nosotros.

Se alejó sujetándose la falda entre los dedos y yo me quedé mirando la tierra, sintiendo el peso del collar y pensando que, tal vez, ya lo había hecho. Tal vez era Thora quien me había traído a Fela, como dijo Iri. Tal vez era Thora quien había colocado el hierro alrededor de mi cuello.

Eché una mirada hacia los árboles. Si me dirigía al río perseguida por los Rikis a través de un bosque desconocido, no tendría tiempo de llegar a la montaña antes de que me atraparan. Tendría que esperar hasta que no notaran mi presencia... y entonces abandonaría este lugar.

Cuando Halvard se quedó dormido, me senté con la madera sagrada junto al fuego que ardía despacio y deslicé la herramienta lentamente hacia mí para darle forma a los pies.

—¿Para quién la estás haciendo? —preguntó Inge con calma desde el otro lado del fuego.

—Mi madre —respondí y soplé el polvo de mis manos.

Lo que mejor recordaba de mi madre era su cabello. Cuando le daba el sol, parecía que se estaba moviendo, aunque no fuera así.

—¿Cuándo murió? —Inge se inclinó hacia adelante, apoyando el mentón en las manos mientras observaba cómo la herramienta cortaba la madera.

Por un momento, pensé que debería mentir. No sabía lo que Iri le habría contado acerca de nuestra madre. Pero no estaba bien mentir acerca de ella.

Yo quería que Inge supiera acerca de la mujer que había reemplazado.

—Yo tenía seis años. Mi madre no era guerrera —respondí la pregunta que yo sabía que ella se estaba formulando en su mente—. La mataron durante una redada de los Herjas.

—¿Los Herjas? —Abrió los ojos muy grandes y se quedó rígida.

—Sí.

—He oído esas historias. Pensaba... la gente piensa que son un mito.

Arrastré lentamente la punta del metal a través de la base del bloque de madera.

—Son ciertas.

La noche que los Herjas nos atacaron fue la primera noche que vi a mi padre romperse. Iri y yo conseguimos escapar, porque él nos dijo que lo hiciéramos. Nos condujo hasta la puerta y nos empujó hacia fuera, en medio de la oscuridad. Trepamos la colina y nos adentramos en el bosque. No dejamos de correr hasta que se hizo de día y, cuando regresamos, agotados y con los pies desnudos y sangrantes, lo encontramos en la playa abrazando a mi madre, las manos enredadas en su cabello. Nunca olvidaría ese sonido: el rugido primitivo y desgarrador que brotaba de su garganta y resonaba por la aldea.

—Lo siento —dijo Inge observando mi expresión.

—No la recuerdo bien. —Me encogí de hombros, pero todavía podía escuchar los aullidos en la oscuridad, el olor de los cuerpos quemados. Todavía podía sentir el escalofrío que recorrió mi piel la primera vez que vi a los Herjas.

—Sí la recuerdas. —Se incorporó en el asiento—. Aunque no puedas verla cuando cierras los ojos, el cuerpo y la mente recuerdan cosas que nosotros no podemos recordar. Se aferran a las cosas. Y volverás a verla, cuando llegues

a *Sólbjörg*.

Dejé de tallar sobre la madera, sorprendida.

—Ahí es donde va tu gente después de la muerte, ¿verdad? —comentó con una sonrisa.

La miré a los ojos y me pregunté qué estaría pensando, qué querría de mí.

—No estoy segura de si podré alcanzar el *Sólbjörg*. —Decirlo en voz alta hizo que volviera a despertarse el miedo que había en mi interior y deseé haber mantenido la boca cerrada.

—¿Por qué lo dices? —Ladeó la cabeza y la apoyó en el hombro.

—Porque soy una *dýr*. —Bajé la vista hacia la estatuilla. No quería ver si ella sentía pena por mí o no—. He perdido mi honor.

Se quedó callada durante un largo rato, observándome tallar la estatuilla. Escuché los crujidos y el crepitar del fuego y traté de olvidar que ella se encontraba allí. Imaginé el rostro de mi madre, sus ojos oscuros y hundidos, sus dientes cuadrados y derechos.

—Perdemos y encontramos cosas continuamente, Eelyn. —Inge se puso de pie—. Si has perdido tu honor, ya volverás a encontrarlo.

Me mantuve de espaldas a ella mientras se dirigía a la escalera y subía a la segunda planta. No podía intentar explicárselo. No podía contarle que yo había abandonado a los compañeros de mi clan en el campo de batalla para perseguir a un hermano que ni siquiera me quería. O que había sido yo quien había abandonado a Iri en ese barranco.

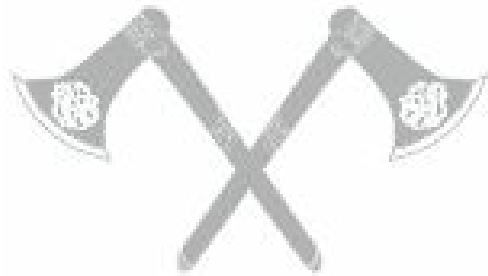
Sostuve la estatuilla frente a mí. La forma en bruto era simple, era mi padre quien sabía tallar. Pero aun así era ella. Aun así, era algo.

Alcé los ojos hacia arriba donde Inge y Halvard dormían. Si mi padre estuviera aquí, me diría que cogiera la herramienta para tallar, subiera las escaleras y los matara a los dos. Levanté el pequeño gancho de hierro, lo hice

girar delante del fuego antes de apoyarlo en el suelo, y luego toqué la cara de la estatuilla con los dedos.

—Sigr, cuida el alma de mi madre en *Sólbjörg*. Protege a mi padre y no me quites tu favor. —Las palabras se enredaron y giraron unas alrededor de las otras, y las alineé con un resoplido —. No te olvides de mí.

## 23



**I**nge llenó su cesta y se puso la capa mientras Halvard se preparaba para ir a dormir.

—Quiero que vayas al depósito de la montaña. Tenemos que almacenar la salvia y necesito que traigas un poco de vinagre del tonel. —Cogió mi capa del gancho de la pared y me extendió una vasija vacía.

—¿No vienes conmigo? —pregunté levantando la frente.

—Tengo pacientes que atender. El almacén está debajo del templo, verás la puerta en la pared de piedra. —Inge cogió una antorcha pequeña que estaba junto a la entrada y la encendió en la chimenea antes de abrir la puerta. Luego se detuvo y me miró. Apretó los labios mientras un pensamiento se reflejaba con claridad en sus ojos—. Adiós, Eelyn. —Se dio la vuelta antes de llegar a pronunciar mi nombre y se encaminó hacia la aldea, en la que empezaba a oscurecer.

Me levanté y miré hacia la puerta, mi mente saltaba de un pensamiento a otro. Estaba dándome permiso para que me marchara, estaba dándome la oportunidad. Mi corazón se agitó ante la idea y fui corriendo a buscar las botas. Me las calcé torpemente antes de colocarme la capa.



La puerta crujió al abrirse y eché un vistazo hacia el camino vacío, girando la vasija en la mano mientras mi pulso se aceleraba. Podía coger un poco de comida del almacén e internarme sigilosamente en el bosque. Todavía quedaba un poco de luz y, si me daba prisa, podría llegar al río. Nadie se daría cuenta de que no estaba hasta mañana por la mañana.

Cogí los atados de salvia y presté atención. La aldea estaba en silencio, pero los Rikis todavía permanecían despiertos en el interior de sus casas. Encendí la otra antorcha y crucé la puerta rápidamente. Inge se encontraba en la puerta de Gyda, alumbrada con velas.

Me dirigí hacia el templo, manteniéndome a un lado del camino, y evité la mirada de los que pasaban junto a mí. El herrero estaba en su tienda golpeando su martillo contra el yunque y lanzando chispas anaranjadas en la creciente oscuridad. Me estremecí ante el recuerdo de la quemadura que el collar dejó en mi cuello cuando escuché el sonido de las brasas crepitando sobre la nieve. Levantó la mirada al verme pasar antes de continuar con lo que estaba haciendo.

El almacén estaba esculpido en la ladera de la montaña, y la puerta estaba hecha con una tabla de madera que se encontraba encastrada en la piedra. Sujeté la salvia con una mano, tiré del frío pomo de hierro y abrí la puerta empujando la nieve. Coloqué todo mi peso sobre ella hasta que conseguí entrar por la abertura. Estaba oscuro y húmedo, el sonido de la nieve derretida reverberaba en el espacio mientras caía del techo de piedra. Las paredes estaban repletas de toneles y cajones: comida, cerveza y medicinas. Los depósitos de invierno de la aldea estaban muy bien abastecidos. El grano se encontraba guardado en sacos tejidos y colocados sobre plataformas de madera para que no tocaran el suelo.

En la pared del fondo, había carne salada que colgaba de unos ganchos de

metal. Coloqué la antorcha en un soporte que se encontraba en la pared, abrí mi bolsa y metí un pequeño saco de grano y vendas limpias. Cuando traté de estirarme para alcanzar la carne, tropecé contra una cesta de jengibre y los trozos salieron rodando por el suelo. Maldije por lo bajo mientras me apoyaba sobre las puntas de los pies, cogía una larga rodaja de carne de venado y tiraba de ella.

El sonido de la puerta me detuvo, mis manos se paralizaron sobre la bolsa. Un hombre de barba roja se encontraba en la entrada, apoyado contra la pared de piedra con un hacha en la mano. El hombre de *Adalgildi*.

—¿Qué estás haciendo aquí dentro, Aska? —Apenas podía ver el movimiento de sus labios bajo su tupida barba.

Deslicé la carne en la bolsa y saqué la vasija. El tonel de vinagre estaba abierto justo detrás de mí y el cucharón de madera estaba colgado en la pared. Le di la espalda, le quité la tapa a la vasija y la llené hasta arriba.

—Te he preguntado qué estás haciendo aquí. ¿Robando?

Coloqué la vasija en la bolsa y atravesé el almacén, cogí la antorcha de la pared y esperé a que me permitiera salir.

—¿Acaso Fiske te ha cortado la lengua? —Enganchó un dedo en mi collar y me atrajo hacia él.

—No me toques. —Me alejé de él.

Sonrió y arqueó una ceja.

—Necesito algo de ti antes de que te vayas. —Estiró el brazo y puso la mano en mi cintura. Sus dedos rugosos y manchados se curvaron sobre mi cadera y sus ojos se clavaron en los míos.

Yo conocía esos ojos. Los había visto en la batalla y también en otros sitios.

Cuando habló, su voz era suave.

—Tú eres una *dýr*, Aska. Harás lo que te diga o serás castigada.

—Le pertenezco a Fiske. Si quieres algo, tendrás que pedirselo a él. —Las palabras sonaron amargas en mi boca.

Esperé su furia, que me presionara. Pero se limitó a mirarme con una expresión que parecía de alivio. Y cuando quise darme cuenta de lo que estaba a punto de ocurrir, vi cómo su mano atravesaba la distancia que nos separaba y se estampaba contra mi mejilla. Me desplomé contra la pared y solté la antorcha. La bolsa que colgaba de mi hombro se me cayó, pero la atrapé; cogí la vasija con una mano y lancé el brazo con fuerza, sentí como el hombro me estallaba de dolor cuando le golpeó en la cara. La vasija se hizo añicos, el vinagre explotó y él aulló mientras se llevaba las manos a los ojos. Salté por encima de su cuerpo mientras corría hacia la puerta, pero me atrapó el pie. Choqué con fuerza contra el suelo y traté de alejarme gateando mientras su otra mano se cerraba alrededor de mi tobillo.

Lanzó una maldición y tiró de mí hacia atrás. Pateé hasta que mi talón dio contra su mentón y tiró de nuevo, más fuerte, hasta que consiguió encerrarme bajo su cuerpo. Cogió mi cara entre sus manos y la apretó. Tenía los ojos rojos y vidriosos por la quemadura del vinagre.

—Pagarás por esto, Aska.

Enganchó los dedos por debajo de mi collar y me arrastró por el sendero. Luché arañándole los brazos, pero me asfixiaba y mis pies se resbalaban sobre la nieve. Pasamos por delante del templo y nos adentramos en el bosque. Más adentro. Más lejos. Cuando finalmente se detuvo, intenté ponerme de pie, pero me empujó hacia abajo mientras sujetaba otra vez el collar y enlazaba una gruesa cuerda a través de él.

—Levántate —escupió, tirando hacia adelante.

Eché otra mirada a mi alrededor, pero todo estaba muy oscuro. No sabía a

qué distancia nos encontrábamos del pueblo. Pero aunque nos hubieran visto, nadie me habría ayudado. Aunque gritara, nadie vendría.

Me quedé inmóvil, temblando, con el cabello frío y mojado y, de pronto, necesité a Iri tan desesperadamente que me dolieron las entrañas. Podía verlo alejarse a caballo, intentando que nuestras miradas se encontraran, intentando volver a conectar conmigo.

Me llevó hasta el tronco de un árbol enorme, ató la cuerda a su alrededor y tiró con fuerza. Me quedé totalmente inmovilizada en el sitio, con la cara contra la corteza rugosa.

—¿Qué estás haciendo? —Forcejeé para soltarme.

Levantó mis manos por encima de mi cabeza y las ató con firmeza. Luego sujetó también la parte superior de mis piernas para que no pudiera moverme. La nieve comenzó a caer sobre nosotros. Extrajo el cuchillo del cinturón y me retorció, forcejeando para intentar liberarme de las cuerdas.

—¡No! —aullé.

Retrocedió y miró cómo luchaba, una sonrisa se elevó por las comisuras de su rostro. Cuando se acercó a mí, gruñí al sentir que la piel de mis muñecas, que había empezado a curarse, se abría de nuevo contra la cuerda. Apoyó la punta del cuchillo en mi espalda, la mantuvo ahí y me observó. Traté de no respirar, el corazón se me detuvo dentro del pecho.

—No estamos en Aurvanger, Aska. Aquí no eres una guerrera. —Enganchó mi túnica con el cuchillo y la levantó, cortando la tela.

Desgarró la túnica de arriba abajo y luego deslizó la hoja del cuchillo sobre las mangas de la misma, tiró de los trozos de tela y los arrojó al suelo justo delante de mí, dejándome desnuda de la cintura para arriba.

Luché contra el agarre de la cuerda, apretando los dientes, pero apenas podía moverme y me arañaba con la corteza del árbol.

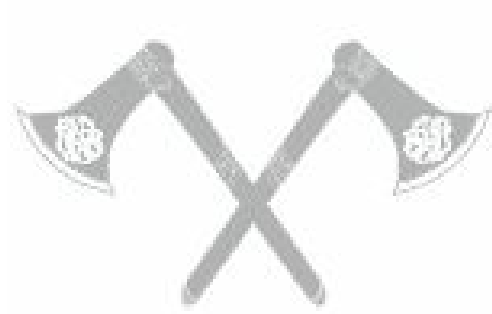
—Morirás congelada. Lentamente. —No podía ver su rostro bajo la luz de la luna mientras retrocedía y me miraba. Permaneció allí, en silencio, respirando tranquilo—. Cerrarás los ojos y no volverás a despertarte. Si lo haces, será solamente para desear haber muerto. —Arrojó el extremo de la cuerda al suelo y se alejó por el sendero, en medio de la oscuridad.

Tiré de la cuerda con más fuerza, intenté retorcer las piernas para liberarme, pero solo conseguí hacerme más daño. No cedía. Gruñí y escupí, luché contra los nudos hasta que algo se movió entre los árboles y me quedé inmóvil, intentando identificar qué era. Esperé a que mis ojos se adaptaran a la oscuridad mientras mi respiración se condensaba a mi alrededor en forma de nubes blancas. Una mujer. Curvó los dedos sobre su collar y me miró.

La Tala.

Permaneció inmóvil en la oscuridad.

Esperé que dijera algo, que hiciera algo. Pero lo único que hizo fue mirarme a los ojos, tan quieta que podría haber estado esculpida en hielo. Dejé de luchar, me apoyé contra el árbol y la miré. Un hilo de sangre se deslizó por mi mejilla. Y luego ella parpadeó. La expresión de su rostro no cambió mientras se daba la vuelta y echaba a andar por el camino, dejándome amarrada al árbol bajo la nieve.



**M**e encontraba en el fiordo.

Podía ver el agua de un azul gélido, las nubes moviéndose en el reflejo, mis pies sobre los guijarros lisos y negros, los brazos alrededor de mi cuerpo para defenderme del viento. La visión me embistió como una ola fría: la ladera del acantilado que brotaba del agua como una pared, el musgo verde que la cubría con cintas largas y brillantes. Podía verlo con claridad.

Me dejé caer contra el árbol, intentando mantener en mi mente la imagen de Hylli. El extremo del bosque junto a la aldea, una sombra moviéndose entre los árboles. Entorné los ojos, intentando enfocar mi vista borrosa.

La figura acechaba en la distancia, observando. Vi las gruesas pieles, el destello de la plata, los ojos blancos y vacíos de un Herja. Parpadeé.

—Eelyn.

Estaba allí, entre los árboles. Me observaba. El Herja había venido a por mi madre y ahora venía a por mí.

—¿Eelyn? —Sentí que algo me pinchaba la mejilla—. ¡Eelyn!

La luz del sol desapareció de pronto. El negro se movió sobre el negro y unas manos tiraron de mí. Mi piel estaba entumecida sobre la nieve del suelo.

Cerré los ojos de nuevo, intentando marcharme, intentando regresar al fiordo.

El rostro de Fiske estaba sobre el mío, sus manos me tocaban, pero yo no podía sentir las.

—Herja —dije con voz ronca, mirando hacia los árboles, pero no había nadie.

Sobre su cabeza, la luna parpadeaba a través de las ramas.

—¿Qué?

—Quiero irme a casa, Fiske. —Mis palabras tropezaban las unas con las otras y percibí la debilidad que había en ellas, la frágil tristeza que emanaba de ellas.

Y después sentí que caía. El mundo chocaba y se mecía a mi alrededor mientras él me levantaba del suelo. Podía escuchar su respiración, podía sentir su piel, sus brazos alrededor de mi cuerpo débil, sosteniéndome.

Abrí nuevamente los ojos y los árboles pasaron flotando sobre nosotros. El crujido de la nieve resonaba en mi cabeza dolorida. Me acurruqué contra Fiske y cerré los ojos con fuerza hasta que pude volver a ver el fiordo. La niebla sobre los acantilados, el olor del agua de mar. Pero el Herja había desaparecido.

Una puerta se abrió y de pronto estábamos dentro. El fuego tan familiar de la casa me devoró, pero no podía sentir su calor.

—¿Qué ha pasado? —Halvard vino corriendo hacia nosotros.

—Pon agua en el fuego. —Fiske me acostó y me examinó bajo la luz tenue. Yo estaba envuelta en su capa.

—¿Dónde está Iri? —susurré.

—Buscándote. —Extrajo una manta del baúl y me acercó al fuego—. Tráelo. —Fiske empujó a Halvard hacia la puerta para que saliera. Cuando regresó, se arrodilló delante de mí—. ¿Quién ha sido?

Ajusté la manta alrededor de mi cuerpo mientras estudiaba su rostro. Parecía diferente, había algo brillante en sus ojos que antes no había estado ahí. O tal vez sí, nunca los había visto de tan cerca.

—¿Quién? —preguntó otra vez.

Pero lo único que podía pensar era que seguía estando demasiado cerca de mí, que quería que se alejara.

—Fue el hombre de *Adalgildi* —susurré.

—¿Qué te ha hecho?

Cerré los ojos y traté de desaparecer.

—¿Él te...? —La pregunta se cortó y sus ojos se apartaron de los míos.

Sacudí la cabeza de un lado a otro a modo de respuesta, enroscando los brazos alrededor de mi cuerpo desnudo.

Se puso de pie, sus botas golpearon contra la piedra mientras caminaba hacia la pared. Cogió un hacha que colgaba de uno de los ganchos y abrió la puerta.

—No les digas adónde voy. —Y desapareció.

\* \* \*

Abrí los ojos cuando la puerta chirrió y sentí el peso de más mantas sobre mí. Iri estaba dormido junto al fuego, con la cabeza apoyada en las alforjas.

Fiske entró en silencio. Alcé los párpados lo suficiente como para verlo colgar el hacha otra vez en la pared. Se quitó el chaleco de la armadura y la túnica, y se dirigió a la jofaina para lavarse la cara, pasándose los dedos por el pelo. Los cortes y las magulladuras de la temporada de lucha estaban sanando, dejándole la piel suave sobre su cuerpo, ancho por arriba y estrecho en el centro, como el de Iri. Apoyó las manos en la mesa, se inclinó hacia abajo y observó la palangana mientras una gota se deslizaba por su nariz y



caía en el agua.

Me quedé mirando la túnica que estaba en el suelo, arrugada y manchada de sangre.

—¿Fiske? —Inge bajó las escaleras con el cabello largo y suelto sobre los hombros—. ¿Dónde has estado? —susurró.

Al no recibir respuesta, lo sujetó por el brazo y tiró de él para que quedara frente a ella.

—Thorpe. —Él no la miró.

—¿Qué has hecho? —preguntó bajando la voz.

Fiske se ató el pelo, se sentó junto al fuego y se quitó las botas.

—Recordarle que no toque lo que no le pertenece.

Inge lo observó durante un momento antes de asentir brevemente, pero la preocupación ensombrecía su rostro.

—Mañana hablaré con la Tala.

—Yo hablaré con la Tala. —La habitación se quedó en silencio.

—Fiske...

Él se tranquilizó y levantó los ojos hacia ella.

Pero Inge no habló, se limitó a mirarlo. Su mirada bajó desde su cabeza hasta sus pies y luego volvió a clavar los ojos en los de su hijo, como si estuviera intentado desvelar algo.

Fiske se levantó, pasó por delante de su madre y se dirigió hacia la escalera. Ella lo observó hasta que desapareció de su vista y luego desvió la mirada hacia el fuego. Se quedó quieta durante mucho tiempo y, cuando finalmente cerró los ojos, una silenciosa plegaria salía de sus labios.

Me hundí más bajo las mantas, porque Inge no sabía que yo era el pasado que Iri había dejado atrás. Que sus plegarias deberían estar dirigidas contra mí.

Y era solo cuestión de tiempo que eso ocurriera.

\* \* \*

Permanecí acostada en la planta de arriba mientras los demás realizaban sus tareas diarias.

Nadie me hablaba.

Nadie me pedía que hiciera nada.

Atraje las piernas hacia el pecho y las apreté con fuerza, intentando que el calor llegara mis congelados huesos, donde me sentía vacía.

Cuando el sol brilló con más fuerza, estiré las mantas por encima de mi cabeza y escuché los latidos de mi corazón. Iri subió las escaleras y se quedó de pie a mi lado, inundando la estancia con su preocupación. Fingí estar dormida y cuando volvió a bajar, me permití volver a respirar. Clavé la mirada en la oscuridad de las mantas intentando recordar qué sentimiento era ese: el que me atormentaba mientras me encontraba en la oscuridad del bosque, desnuda y amarrada al árbol.

Nunca me había sentido tan vulnerable, tan llena de miedo.

Y nunca me había odiado a mí misma hasta ese momento.

Recordé el reflejo de la luz en la nieve, el sonido de mi respiración acelerada en el silencio, pensando que si moría no llegaría a *Sólbjörg*. Luego, la angustiante vergüenza de tener *miedo* de morir por primera vez en toda mi vida.

Podía ver los rojos, los anaranjados y los amarillos del campo de batalla. El fuego y la punzada del dolor, el ardor de un alarido de guerra en la garganta. Podía verme viva, fuerte.

Parpadeé.

Y entonces, no había más que un bosque blanco, frío y silencioso; no había

más que soledad; no había más que una mínima parte de mí esperando que llegara el final. Y la idea se deslizó sigilosamente hacia mí en la oscuridad, vino a buscarme. Y cuando se apoderó de mí, mi último pensamiento fue *No quiero morir*.

Yo no sabía lo que era el verdadero miedo hasta que vi a Iri en Aurvanger. Nunca había considerado que hubiera en la vida algo más que la explicación básica: que los dioses ejercían su voluntad sobre nosotros, que ellos daban y quitaban sus favores.

Pero yo no tenía a mi clan.

Estaba sola en ese bosque.

Sigr había dejado de mirarme. Lo sentía. Y solo podía pensar en Iri, tan joven, muriendo lentamente en el frío. En mi madre, en su cuerpo sin vida, en su pelea concluida.

Y en el Herja, flotando en la oscuridad como un heraldo, observándome.

Abajo, alguien golpeó la puerta y mis ojos recuperaron la nitidez.

—Inge. —Una voz cálida subió hasta mí y me arrastré hasta el borde del catre para espiar por las rendijas de la planta de arriba.

Al ver a la Tala en la puerta, todos se pusieron de pie. Inge cogió sus manos entre las suyas y las apretó, pero la preocupación seguía allí, como una sombra sobre ella. Parecía más pesada.

—Tengo buenas noticias. —La Tala atravesó el umbral y entró en la casa —. El padre de Runa ha aceptado la petición de Iri para casarse con ella. — Cogió el brazo de Iri y sonrió.

El alivio inundó el rostro de mi hermano, que levantó la mirada y sus ojos se encontraron con los de Inge.

—Te lo mereces, Iri. —Inge sonrió.

—Los dos haréis una muy buena pareja —asintió la Tala.

La dulzura de los ojos de Iri me atravesó y despertó el dolor visceral de perderlo de nuevo. Las ganas de llorar se acumularon en mi garganta.

—Gracias —exclamó.

—Tienes que ponerlo todo en orden, por supuesto. Comenzaremos con los preparativos cuando quieras.

La Tala volvió a sonreír y la observé con detenimiento. Parecía genuinamente feliz y los demás la miraban con cariño, con confianza. Pero lo único que yo podía pensar al mirarla era en la forma en que me había observado en el bosque. Cómo se había alejado de mí, dejándome morir.

Se sentó a la mesa, cruzó las manos sobre el regazo y su actitud cambió ligeramente, ante lo que todos permanecieron en silencio.

—Es necesario que hablemos sobre lo que sucedió anoche. —Sus ojos se dirigieron hacia Fiske, que se encontraba al otro lado del fuego—. ¿Hay algo que quieras decir?

Fiske no parecía nervioso como Inge. Se enderezó y miró a la Tala a los ojos.

—Anoche fui a hablar con Thorpe cuando regresé de la cacería y me enteré de que había intentado matar a mi *dýr*.

—¿*Hablaste* con él?

El rostro de Fiske se mantenía inexpresivo. A su lado, Iri miraba el fuego, retorciendo la mano sobre su cinturón. La Tala continuó hablando:

—Thorpe abusó de lo que era de tu propiedad y no tenía ningún derecho a coger lo que te pertenecía. Él llevó a cabo los hechos y tiene que sufrir las consecuencias.

Los Askas actuaban de la misma manera. Si quebrantabas la ley, tenías que pagar. No había jueces ni encargados de hacer respetar la ley: solo la intención del Tala de mantener la paz en la aldea. Cuando alguien te hacía

daño, tenías que enfrentar la situación. Si no lo hacías, eras un blanco para que otros intentaran aprovecharse de ti.

—Gracias —dijo Fiske.

—Gracias —repitió Inge suavemente.

—De todas maneras, me gustaría darte un consejo, Fiske. Es la primera vez que tienes una *dýr*. Y no elegiste a cualquiera, escogiste a una Aska. ¿Puedo preguntar por qué?

—Mi madre necesitaba ayuda en la casa —respondió Fiske moviendo el mentón y estirando el hombro.

—¿Qué sucede? —Inge se mostró preocupada.

La Tala miró a Fiske durante un momento.

—He soñado con ella. No estoy segura de lo que significa, pero siento que Thora tiene su mirada puesta en esta Aska.

Iri tensó la mandíbula.

—Pareces muy molesto por la forma en que Thorpe la trató.

—Necesito que ella trabaje. Si Thorpe la hubiera matado, habría tenido que pagarme por ella, de la misma manera que tendría que hacerlo si matara a una oveja o a un caballo.

El agujero que había comenzado a formarse en mi estómago se agrandó hasta convertirse en un espacio por donde podría caerme, por donde podría desaparecer.

La Tala alzó la vista hacia Inge.

—Yo os sugeriría que la vendiérais a otra aldea después del deshielo. A algún lugar donde no sepan quién es. Llama demasiado la atención como Aska para resultar útil. Y también tengo que recordarte que se espera que elijas una esposa, como lo ha hecho Iri. Esperaba que fuera este invierno, pero parece que eso no va a suceder.

Fiske vaciló antes de menear la cabeza.

—No.

—Muy bien. El próximo invierno. ¿De acuerdo?

—Sí —Fiske e Inge respondieron juntos.

—Me alegra mucho escuchar eso. —Se puso de pie y alisó su falda—.

Inge, me encantaría ayudarte a encontrar otra *dýr*. Sé que necesitas ayuda.

—Gracias. —Inge la abrazó y su mentón se apoyó en el hombro de la Tala.

Caminaron del brazo hasta la puerta y yo me hundí nuevamente en el catre, sepultándome bajo las mantas.

Cerré los ojos y le di la bienvenida a la oscuridad.



**M**e senté en silencio junto a Inge en la pradera y nos dedicamos a desenterrar bulbos de hinojo. El sol estaba alto y no calentaba, pero se reflejaba en el suelo congelado. Empujé la pala, levanté la tierra y la recogí con las manos.

La piel que rodeaba mi muñeca estaba otra vez en carne viva, y la magulladura que tenía en la cara me dolía cada vez que movía la boca.

Inge levantó un bulbo y le quitó la tierra con los dedos.

—Lamento mucho lo que ha pasado.

Me recliné sobre las rodillas, cogí el bulbo y lo coloqué en la cesta que tenía a mi lado. Ella no tenía la culpa, pero igualmente yo necesitaba estar enfadada con ella. Había tenido la oportunidad de ir al río y ahora la había perdido.

Me observó mientras apoyaba las manos en el regazo.

—Creo que deberíamos hablar. —Me observó mientras se limpiaba un poco las manos—. Sobre Iri. —Alzó la mirada y sus ojos volvieron a situarse sobre mí—. Yo sé quién eres, Eelyn.

Retrocedí mientras mi mente iba tan rápido que me resultaba difícil

seguirla. Eché un vistazo a nuestro alrededor buscando instintivamente alguna amenaza, pero estábamos solas.

—No se lo he contado a nadie —agregó, inmóvil, observándome.

Los latidos de mi corazón golpearon dentro de mi pecho. Traté de interpretar su expresión, intenté descifrar qué pensaba hacer al respecto. Cuánto sabía.

—¿Cómo?

—Cuando Fiske te trajo a casa, supe que había algo más detrás de lo que me estaba contando. Cuando mencionaste tu edad y a tu familia, tuve mis sospechas. Pensé que podías ser la hermana de la que que Iri nos había hablado, pero no estaba segura. —Cogió una larga bocanada de aire y luego la dejó salir.

Me levanté y caminé cierta distancia hasta que tuve una buena vista de la pradera. Si ella había planeado hacer algo contra mí, este sería un buen lugar. No tenía dónde esconderme.

—¿Te ha hablado de mí?

—Sí, pero no era necesario. Te pareces mucho a él.

—¿Te ha contado que yo era su compañera de batalla? —Mis ojos continuaban fijos en la hilera de árboles.

—No, no me lo ha contado. —Una sonrisa triste curvó sus labios.

Me coloqué frente a ella, que estaba sentada sobre la hierba con la falda extendida a su alrededor. Me tragué el nudo que tenía en la garganta.

—Lo perdí en la batalla. Me di la vuelta y... ya no estaba. Empecé a buscarlo. —Respiré hondo—. Y lo vi justo cuando caía por el barranco. No pude hacer nada. —Me senté nuevamente a su lado—. ¿Qué piensas hacer?

—Pensaba que si te dejaba escapar, el peligro desaparecería. Pero estaba equivocada. Tuvieron que pasar muchos años para que la aldea confiara en



Iri. Si los Rikis supieran que Fiske y él están mintiendo sobre quién eres o que están intentando ayudarte, los matarían. No se lo voy a contar a la Tala ni a nadie más. Después del deshielo, te escaparás. Regresarás con los Askas y no te perseguiremos. —Continuó cavando y el dolor se reflejó en su rostro. El miedo.

—Él no se marchará. No regresará conmigo —dije.

—Lo sé.

—Yo... —Reprimí el sonido ahogado de mi voz.

—¿Qué? —Se enderezó.

—Gracias... por todo lo que has hecho por Iri.

Cuando la miré de nuevo, sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—De nada.

—¡Mamá!

Halvard vino corriendo hacia nosotras a través de la pradera e Inge se levantó rápidamente, sujetando la falda entre las manos.

—¿Halvard?

—¡Es Gyda! —Pegaba saltos mientras agitaba la mano indicándole que fuera.

—Llegó la hora. —Inge esbozó una amplia sonrisa y me ofreció la mano.

La miré, la línea suave y fina de sus dedos extendidos y expectantes. Bajó la mirada hacia mí, con una amplia sonrisa en el rostro.

Levanté la mano y aunque me hubiese gustado retirarla, dejé que la cogiera. Me impulsó hacia arriba hasta quedar junto a ella y me quitó la hierba de los pantalones como haría una madre con su hija.

—Vámonos. —Levantó la cesta y echó a andar hacia los árboles.

Mientras corría detrás de Halvard, su vestido separaba los pastos altos y secos, el brazo se balanceaba junto a su cuerpo. Su largo cabello oscuro le

caía por la espalda en una elaborada trenza.

No importaba el empeño que yo pusiera para no verlo o el esfuerzo que hacía para recordar lo que siempre me habían enseñado: Inge era como una madre para mi hermano. Y por más que su sangre no fuera la misma, ella quería a Iri como si lo fuera.

\* \* \*

Eché una mirada a través de la puerta hacia la casa de Gyda, donde se encontraban Inge y Runa. El parto duraba ya varias horas, pero era el primer bebé de Gyda: podían pasar allí toda la noche.

Halvard terminó de comer y subió las escaleras, dejándonos a Fiske, Iri y a mí junto al fuego. Coloqué unos pantalones de Halvard en mi regazo y comencé a remendar el agujero que tenía en la rodilla.

—Me quedaré hasta el deshielo —anuncié pasando la aguja por la lana.

Iri se enderezó y se inclinó hacia adelante. A su lado, Fiske puso sus ojos sobre mí solo por un instante.

—Me quedaré hasta el deshielo y luego me iré a casa.

—De acuerdo —asintió Iri con una sonrisa.

Si Inge no iba a contárselo a nadie, no tenía sentido que yo me arriesgara ahora. Me mantendría alejada de los problemas y de todos. Luego regresaría a casa, me enfrentaría a la vergüenza e intentaría encontrar la manera de recobrar lo que había perdido a los ojos de Sigr.

Runa entró, con el rostro enrojecido por el frío, y cogió una caja de madera del estante. Llené un cuenco con el guiso que habíamos preparado para la cena y se lo di.

Vaciló mientras echaba un vistazo a la comida y a Iri, que se encontraba sentado detrás de mí. Después cogió el cuenco y sonrió.

—Gracias.

Avergonzada, me senté y retomé la costura. Lo había hecho sin pensarlo.

—¿Ha llegado ya el bebé? —Iri le cogió la mano a Runa cuando pasó y la atrajo hacia él.

Ella sonrió y acercó su nariz a la de él.

—Todavía no. —Escurrió los dedos por la mano de Iri y se marchó.

Los ronquidos de Halvard resonaron en la planta de arriba y Fiske e Iri se sentaron delante del fuego y remendaron los extremos de una red. Los escuché mientras hablaban de la próxima cacería, de la próxima temporada de lucha, de la próxima visita de los comerciantes Rikis. Mientras hacían planes.

Cuando me marchara, sus vidas continuarían y yo me desvanecería como una magulladura o un recuerdo.

Fiske frotó el ungüento en la piel lastimada de sus nudillos, las heridas habían aparecido después de haber ido a visitar a Thorpe. Deslicé los dedos por encima de la herida de mi brazo y experimenté de nuevo el mismo ardor que se había extendido sobre mí cuando él me tocó, y el calor del fuego me resultó sofocante.

Fuera, un chillido atravesó el aire. Todos nos enderezamos y Fiske e Iri se quedaron callados. Me levanté y miré por la puerta hacia la aldea oscura, pero no vi nada. Todo estaba en silencio otra vez.

—Tal vez ha sido Gyda. —Me incliné contra el marco de la puerta.

Iri se acomodó en el asiento y arrojó otro trozo de leña al fuego.

—Eelyn es muy hábil con las redes.

—¿Qué? —pregunté volviendo la vista hacia ellos.

—Necesitamos hacer otra red. ¿Puedes encargarte?

Eché otra mirada a través de la puerta mientras me invadían los recuerdos: estar sentada en el muelle con una cuerda salada entre las manos, haciendo

nudos y reparando el tejido roto mientras Iri limpiaba el pescado a mi lado. Asentí.

Escuchamos otro grito e Iri se levantó de golpe y permaneció inmóvil, atento.

Luego otro. Y otro.

Yo sabía a qué se debía ese sonido. Todos lo sabíamos. Gritos en medio de una noche clara, madera que se rompía, repiqueteo de metal.

Eran los sonidos de un ataque inesperado.



**A** penas lo pensé, la campana de advertencia repicó en el templo. Iri y Fiske se movieron como si fueran uno y descolgaron las armas de la pared.

Empujé la puerta y la dejé entreabierta para poder espiar. Lo único que alcancé a ver fue el resplandor del fuego de la casa de Gyda, al otro lado del sendero. Cuando me di la vuelta, Fiske sostenía mis armas en sus manos, entre los dos: mi espada, mi hacha y mi cuchillo.

Me quedé mirándolas con la boca abierta.

—¿Fiske? —la voz dormida y temblorosa de Halvard descendió desde la planta de arriba.

Puso las armas en mis manos y las aferré contra el pecho mientras me inundaba una calma silenciosa. Esa sensación segura e inalterable que tan bien conocía: la lucha que llevaba dentro de mí. El silbido sonó nuevamente y el bullicio aumentó y se fue acercando. Fiske miró hacia la puerta y luego a Halvard.

—Ve —exclamé mientras deslizaba la funda por encima de la cabeza y me ajustaba las correas—. Yo me quedaré con él.

Me miró y luego alzó la vista hacia Halvard.

—Cuando esté despejado, quiero que vayáis a casa de Gyda. —Y esperó a que yo asintiera.

Iri se dirigió hacia la puerta deslizando su cuchillo en el cinturón y con un hacha en cada mano. Me tragué el nudo que tenía en la garganta y me volví hacia el fuego. Ellos se perdieron en la oscuridad mientras los lamentos resonaban por la aldea.

Ajusté el hacha en mi espalda y eso me colocó en mi eje, volvió a centrarme en mí misma. El peso familiar de la espada en la cadera me daba seguridad.

Arriba, Halvard se asomó desde arriba.

—¿Qué está pasando? —Las lágrimas brillaban en sus ojos.

No tenía sentido tratarlo como a un niño pequeño. Él sabía lo que era un ataque inesperado.

—¿Dónde están tus armas?

Desapareció y, unos minutos después, bajó las escaleras con la funda colgada a su espalda. Fue hasta el baúl que se encontraba contra la pared, extrajo un cinturón con un cuchillo y me lo dio.

—Era de mi padre.

Se lo coloqué alrededor de la cintura e hice un nudo con el cuero porque le quedaba muy grande, pero serviría. Él podía cogerlo y eso era lo único importante.

Me arrodillé frente a él y lo miré a los ojos.

—¿Has matado a un hombre alguna vez?

Meneó la cabeza tímidamente.

—¿Sabes cómo hacerlo? ¿Dónde asestar el golpe?

—Eso... creo.

—Muéstramelo.

Alzó su pequeña y temblorosa mano y la apoyó contra mi cuello. Asentí. Luego la bajó hacia mi estómago, mi costado y el comienzo de mi espalda.

—Muy bien. —Intenté sonreír—. ¿Eres mejor con la espada o con el cuchillo? —Sabía que no era muy bueno con el hacha. Lo había visto.

—Con la espada. —Levantó el mentón y trató de contener los nervios.

—De acuerdo. Respira profundamente y presta atención a lo que voy a decirte.

Obedeció. Inhaló lentamente y se situó recto frente a mí.

—En cualquier momento, alguien entrará por esa puerta. Intentarán matarnos o hacernos prisioneros, pero yo los mataré antes de que nada de eso suceda.

Halvard asintió.

—Si me matan o me raptan, tú tendrás que matarlos. ¿Entendido?

—Sí.

Repetí las palabras que alguna vez mi padre nos dijo a Iri y a mí, la noche en que mi madre murió.

—Corre hacia el bosque y no te detengas hasta que sea de día. Pase lo que pase.

Los gritos retumbaron en mi cabeza y me trasladaron a aquella noche en Hylli, cuando corríamos descalzos entre los árboles. Iri delante, la voz áspera y profunda de mi padre detrás.

*¡Corred!*

—De acuerdo —dijo Halvard, sus ojos revoloteando sobre mi rostro.

—No trates de ayudarme ni regreses a buscar a Inge, Fiske o Iri. *Corres*. Te olvidas de ellos.

Aquella noche, tantos años atrás, mientras Iris me empujaba hacia el

bosque, me convertí en la guerrera que soy hoy. Si sobrevivía, esta también sería esa misma noche para Halvard.

Las lágrimas volvieron a quemar sus ojos.

—No llores —le ordené poniéndome de pie—. Si mueres esta noche, verás a tu padre en *Friðr*, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —una sonrisa se dibujó en su rostro cubierto de lágrimas.

La puerta crujió y el rostro de Halvard se ensombreció, manteniendo los ojos muy abiertos. Me giré para quedar delante de él mientras desenfundaba lentamente la espada.

Había una figura enmarcada en la puerta.

Y lo supe de inmediato. La espada casi se me cae de la mano y el corazón se me detuvo. El miedo me asaltó como un fuego incontrolable, traté de llenar los pulmones de aire y parpadeé.

Reconocí las pieles brillantes y resbaladizas, el destello de la plata, los ojos blancos y vacíos.

Herja.

Mis ojos se deslizaron sobre él. Su pelo largo y grasiento le caía alrededor de la cara y me observaba desde arriba con el rostro inexpresivo. Miré la espada en su mano y retrocedí lentamente.

—Es solo una *dýr* —gritó por encima del hombro, con los ojos puestos en el collar que rodeaba mi cuello.

Detrás de él, apareció otro hombre, miró hacia el interior y se marchó.

—Aléjate, Halvard —dije con calma y mi corazón recobró su ritmo.

Me obedeció y se movió hacia la pared, hacia el otro lado del fuego con su pequeña espada en la mano.

El Herja dio un paso hacia nosotros y la sangre fluyó más rápido bajo mi piel, extendiéndose por todos los músculos de mi cuerpo. Observé sus



movimientos atentamente, me estabilicé sobre mis pies y encontré mi equilibrio. Echó una mirada alrededor de la casa, sus ojos evaluaron la situación: lo que quería llevarse, a quién quería matar.

Me quedé mirando, esperando a que actuara.

Un segundo.

Extrajo el cuchillo.

Dos segundos.

Dio otro paso.

Tres segundos.

Saltó hacia mí y me lancé hacia la olla que estaba en el fuego. La cogí por el asa y se la arrojé. El golpe le dio justo en el pecho y lo derribó. Aulló cuando el guiso caliente quemó su piel cubierta de tierra. Resbaló en la piedra mojada y me observó desde abajo, con la cara iluminada por la conmoción.

De inmediato, se estaba moviendo de nuevo. Aparté la espada y extraje el hacha mientras él se levantaba, cogí impulso para blandirla y asestarle en el chaleco de la armadura. Pero el Herja permaneció de pie, con la espada sobre mi cabeza. Le asesté un nuevo golpe, esta vez en las piernas y se abalanzó sobre mí. Choqué contra el suelo, perdí la espada y el hacha se me resbaló, golpeándose contra la pared donde se encontraba Halvard. Me lancé hacia ella mientras escuchaba más gritos en la oscuridad.

Podía ser Runa. Podía ser Inge.

—¡Eelyn! —Halvard gritó a mis espaldas y rodé justo antes de que la espada cayera en la piedra, junto a mí, lanzando chispas a mi alrededor. Aferré el hacha, me incorporé y la arrojé por encima de mi cabeza. El intenso dolor de mi hombro regresó mientras el hacha volaba, rasgando el aire y hundiéndose en el muslo del Herja. Su espada cayó al suelo con un repiqueteo metálico.

Me levanté abruptamente y levanté la espada antes de que él pudiera hacerlo. La llevé hacia atrás y se la clavé en el costado. Se enroscó sobre sí mismo gritando. El otro Herja a pareció en la puerta y paseó la mirada entre su compañero, que se retorció de dolor en el suelo, y yo.

Echó a correr hacia nosotros con la espada preparada junto a él. Cogí el hacha que aún estaba en la pierna de su compañero y se la arrojé. El arma giró en el aire hasta caer pesadamente en sus costillas. Fue un mal tiro, pero conseguí golpearlo. Se desplomó sobre una rodilla e intentó levantarse, pero me lancé contra él, levanté la espada del suelo y la deslicé por su cintura.

Mientras la sangre brotaba de su boca, se aferró a mí y sus dedos nudosos tiraron de mi túnica. Cuando cayó sobre mí, Halvard corrió hacia la puerta, la cerró de un golpe y volvió junto a mí para ayudarme a apartarlo hacia un lado. Me levanté mientras mi pecho jadeaba y su sangre aún corría por mis manos.

Levanté mi hacha y mi espada.

—¿Te encuentras bien? —Halvard me miró con los ojos muy abiertos.

Asentí mientras me dirigía de nuevo hacia la puerta. La aldea estaba iluminada por el fuego, que ascendía consumiendo las casas que estaban debajo. Al otro lado del sendero, la puerta de Gyda continuaba cerrada. El bosque estaba completamente oscuro, pero se distinguía la hilera de árboles. Traté de pensar. Podía correr hacia los árboles y llegar hasta el río. Estaba oscuro, pero merecía la pena intentarlo. Nadie me perseguiría, nadie lo notaría.

El terror empalideció el rostro de Halvard mientras echaba una mirada por encima del fuego hacia las casas del sendero. Seguramente conseguiría llegar a casa de Gyda: era pequeño y difícil de distinguir en la oscuridad. Con suerte ni siquiera lo verían. Pero la idea hizo que la lengua se me pegara al paladar y

un escalofrío me recorriera la espalda. Lancé un gruñido mientras mi mano aferraba la espada. Aunque Halvard llegara sano y salvo, Kerling no podría defenderlos.

No podía marcharme ahora.

—Vamos. —Lo rodeé con el brazo y lo atraje hacia mí mientras abría la puerta bruscamente y echamos a correr en la oscuridad, blandiendo nuestras espadas.

La luz del fuego que provenía de la casa se derramaba sobre la nieve frente a nosotros cuando una sombra emergió de entre los árboles. Me separé de Halvard y lo empujé hacia la luz que venía de la casa de Gyda. Llevé el brazo hacia atrás, lo lancé abruptamente hacia adelante y clavé mi espada en la guerrera Herja. La empujé de inmediato hacia el suelo, sin dejar de observar a Halvard por el rabillo del ojo.

—¡Eelyn! —gritó mientras sonaban más pisadas detrás de mí.

Me di la vuelta, hice girar mi espada en círculo y otra mujer cayó al suelo mientras la luna se reflejaba en su armadura plateada. Extraje la espada y la descargué otra vez en su espalda justo cuando apareció Halvard, casi estampándose contra mí.

El niño echó a correr hacia adelante y cuando surgió otro hombre casi pisándonos los talones, me detuve en seco y me agaché para que cayera por encima de mí. Rodó por la nieve y su espada salió volando. Otro Herja me golpeó desde atrás. Descargué la espada sobre él y le di en el estómago, pero su compañero ya estaba de pie y yo no tenía tiempo.

Vino corriendo hacia mí y cerré los ojos, enroscándome sobre mí misma.

Pero el golpe nunca llegó. Escuché que chocaba contra el suelo, delante de mí y, al abrir los ojos, lo vi cabeza abajo en la tierra, con un cuchillo clavado en la nuca. Detrás de él, se encontraba Halvard, con la mano todavía en alto

por el lanzamiento.

—¡Corre! —aullé poniéndome nuevamente de pie.

Halvard se dio la vuelta cuando una figura arremetió contra él. Un Herja lo atrapó, lo alzó y echó a correr mientras el niño se agitaba entre sus brazos.

—¡Halvard! —Corrí tras ellos, pero mis pies se hundieron en la nieve profunda.

El Herja iba unos pasos por delante de mí y se movía con rapidez. Cuando llegó a los árboles, me impulsé con los brazos con más fuerza. Lo estaba perdiendo en medio del caos al mismo tiempo que más guerreros Herjas se retiraban hacia el bosque.

Me volví hacia la aldea, mis ojos se movían frenéticamente hacia derecha e izquierda mientras los cuerpos pasaban corriendo a mi lado.

—¡Iri! —grité. No podía oírme. No debía estar lo suficientemente cerca—. ¡Fiske! —grité otra vez, hasta que sentí que mis pulmones sangraban.

A mis espaldas, los gritos de Halvard resonaron en la noche.

Algo estalló en lo más profundo de mi pecho. Algo que se estaba rompiendo, que se resquebrajaba dentro de mí, como el crujido de una avalancha. Algo tan furioso y desesperado que amenazaba con partirme en dos.

Unas manos me sujetaron. Me di la vuelta blandiendo el hacha y Fiske se inclinó.

Respiré hondo, dejé caer el hacha y me aferré al chaleco de su armadura.

—¡Halvard! ¡Se lo han llevado!

—No —exclamó, mirándome a los ojos, intentando comprender, intentando descifrar mis palabras.

No me quedaba suficiente aire en los pulmones para explicarle lo que había pasado y apunté hacia los árboles.

Volvió a colocar el hacha en mis manos. Sin vacilar, salió corriendo y lo seguí. Serpenteamos a través de los árboles mientras la nieve se iba haciendo más fina bajo nuestros pies al descender por la colina. Detrás de nosotros, no venía ningún Riki y yo sabía lo que eso significaba: que lo que estuviera sucediendo en la aldea era lo suficientemente malo como para permitir que los Herjas se escaparan con vida.

Con paso sigiloso, nos acercamos a los que habían escapado en último lugar, manteniéndonos agazapados contra el suelo. Fiske arrojó el cuchillo y derribó a uno de ellos clavándoselo en la garganta, y yo me encargué de otro, resbalando por el suelo congelado mientras su cuchillo planeaba sobre mi cabeza. Retrocedí y le asesté una puñalada entre los omóplatos. Se arqueó, echó la cabeza hacia atrás y cayó de lado. Cuando me di la vuelta, Fiske ya había derribado a uno más.

Unos minutos más tarde, nos fuimos acercando a la multitud de guerreros Herjas que descendían por la ladera arbolada y nos mantuvimos en medio de la espesura, fundiéndonos con la oscuridad. Caminaban formando una larga fila y los chalecos de las armaduras brillaban bajo la luz de la luna.

Nos detuvimos, nos agazapamos detrás de un árbol caído y espiamos por encima de él. Los Herjas tiraban de la cuerdas que habían amarrado alrededor del cuello de los prisioneros Rikis, como si fueran animales. Maldije por lo bajo intentando distinguir el cuerpo de Halvard, pero había tantos Herjas que me resultaba imposible verlo. Un caballo resopló y mis ojos se dirigieron rápidamente hacia el último de la fila. Detrás del animal, había tres figuras, una de ellas renqueaba y se arrastraba con dificultad. Me levanté sobre las rodillas y mis ojos se abrieron desmesuradamente.

—¿Puedes verlo? —preguntó Fiske, jadeando junto a mí.

Hundí los dedos en la corteza del árbol.

—Creo que es el más pequeño de los que van detrás del caballo. Pero no estoy segura.

—No puedo verlo —masculló como tragándose las palabras—. Tal vez ellos...

—Si hubieran querido matarlo, lo habrían hecho en Fela. Los Herjas hacen prisioneros en sus ataques. Ya lo sabes.

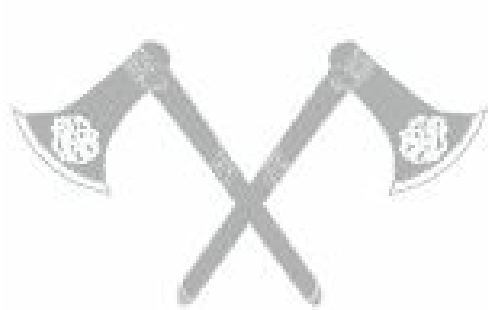
Pero él también sabía por qué. Si las historias eran ciertas, los Herjas sacrificaban a los que capturaban. Habíamos encontrado los cuerpos desangrados tras su paso por Hylli.

Me miró, el mismo pensamiento arrasó su rostro como una tormenta. Una larga bocanada de aire brotó entre sus labios, apoyó la frente contra el árbol y cerró los ojos.

—Podemos liberar a Halvard, pero no podremos llevarnos a los demás —susurré—. Son demasiados.

—Nos llevaremos a Halvard —dijo, mientras pensaba qué hacer con los ojos clavados en la nieve—. Volveremos por los demás.

—Y después mataremos hasta el último Herja —afirmé.



**N**os mantuvimos pegados al suelo, moviéndonos hacia el este y bajando por la ladera de forma paralela a los Herjas, que continuaban adentrándose en las profundidades del bosque. El frío logró penetrar mi armadura mientras nos acercábamos furtivamente hacia ellos y yo mantenía los ojos puestos en Halvard, que iba en la parte posterior, conducido por un caballo negro. Cuando la fila se fue extendiendo y se fueron quedando rezagados, me detuve y señalé hacia la dirección correcta.

La luz de la luna se asomó entre los árboles e iluminó súbitamente el rostro de Halvard. Su nariz parecía rota, un chorro de sangre caía por su túnica. Me encogí de dolor y me ardieron los ojos. Seguramente era su primer hueso roto, tal vez su primer vistazo fugaz a la violencia y a la vida que llevábamos los demás.

En cuanto Fiske divisó a su hermano, se puso tenso y prácticamente se lanzó hacia adelante. Lo sujeté por el brazo y lo obligué a ocultarse de nuevo, pero su expresión estaba rígida y marcada por las líneas angulosas de su rostro. Con los ojos atentos, la tensión se reflejaba en su cara, haciendo que se me oprimiera el corazón. Tenía miedo. Y eso era algo muy extraño en él.

Cerré mis dedos alrededor de su brazo y le di un apretón. Recobró la compostura, apartó la vista de la figura de Halvard y puso sus ojos sobre mí. Se agachó, respiró más despacio y le sostuve la mirada hasta que supe que no bajaría corriendo por la ladera agitando su espada.

Nos encontrábamos lo suficientemente cerca como para ver a Halvard luchando por mantener el mismo ritmo que el caballo, tropezando por el sendero con los dedos enganchados en la cuerda que tenía alrededor del cuello para impedir que el nudo se ajustara más. Si se caía, lo ahorcaría.

Había una mujer amarrada a su lado y ambos caminaban junto a un cuerpo ensangrentado que se arrastraba por el sendero. Fuera quien fuese, ya estaba muerto.

No nos movimos ni hicimos ruido.

Busqué una piedra en el suelo y, cuando encontré una del tamaño de mi mano, me levanté.

La mano de Fiske me sujetó por la muñeca y me detuvo.

—Debería ir yo.

—Puedo hacerlo, Fiske —murmuré. Yo era más pequeña y más rápida, más difícil de ver. A él lo detectarían apenas emergiera de la maleza.

Me miró unos segundos más antes de dejarme ir. Me deslicé lentamente, eludiendo las zonas iluminadas. Fiske venía detrás, con una mano apoyada en mi espalda.

Sobre nosotros, las nubes se movieron y oscurecieron el bosque al mismo tiempo que el caballo se acercaba a nosotros. Fiske sacó el cuchillo de su cinturón, se agazapó y yo levanté la piedra. Tan pronto como pasó el siguiente grupo de guerreros Herjas, llevé el brazo hacia atrás, sacudí la muñeca y la roca salió volando por encima de los matorrales que estaban entre los árboles, como si saltara sobre el agua. Cruzó por delante del caballo



y el animal se levantó sobre las patas traseras, dilatando la nariz.

Halvard se protegió tras un árbol y el caballo golpeó el suelo nervisos mientras el otro Herja continuaba andando por el sendero. Extraje el cuchillo de la funda.

Los dos Herjas que venían detrás aligeraron el paso, uno de ellos cogió las riendas y chasqueó la lengua para calmar al animal.

—Suéltalo. —Señaló con el mentón hacia el Riki que yacía muerto en el suelo.

Di un paso mientras el segundo hombre obedecía y se inclinaba para cortar la cuerda con la hoja de su hacha. Las correas repiquetearon y doblé hacia la izquierda, rodeando al caballo, y crucé el sendero que seguía envuelto en la oscuridad. Adelante, el grupo Herja continuaba desplazándose colina abajo.

Me acerqué con rapidez al primer hombre. Para cuando me escuchó, ya era demasiado tarde. Pegué un salto, enganché el brazo alrededor de su cuello y deslicé el cuchillo por su garganta hasta que la sangre brotó en un chorro palpitante. Fiske dejó caer al otro hombre junto a él y los ojos de Halvard nos encontraron en la oscuridad. De inmediato se echó a llorar.

Se acercaban más Herja por el sendero.

—Shh. —Llegué hasta él y corté la cuerda con un solo movimiento. Luego lo empujé hacia Fiske, que lo levantó, y los brazos y las piernas de Halvard se envolvieron alrededor del cuerpo de su hermano mientras este comenzaba a trepar la cuesta.

Entonces la vi.

Se había detenido en el sendero y llevaba una cuerda alrededor del cuello, la Tala me miró. Me detuve y eché una ojeada a mi alrededor. El bosque estaba en silencio, a excepción de las pisadas de tres Herjas que se acercaban. Y ella se quedó allí, como si supiera lo que yo iba a hacer. Quería dejarla

amarrada a ese caballo como ella me había dejado a mí, hasta que fuera el próximo cuerpo en arrastrarse por el suelo del bosque. Quería castigarla. Pero había una expresión de sabiduría en su mirada, de calma. Como si hubiera estado esperándome.

Sin pensarlo, le di la vuelta al cuchillo en mi mano y se lo lancé, la empuñadura hacia adelante, y ella lo atrapó. Su mirada continuaba clavada en mí mientras giraba sobre mis talones. Unos pocos segundos después, la escuché detrás de mí, y ya se encontraba a mi lado cuando alcancé a Fiske en la pendiente.

Volvimos a ocultarnos cuando los Herjas notaron la presencia del caballo. Mientras sus voces aumentaban de volumen, extendí la mano hacia atrás, hacia la Tala, y ella colocó el cuchillo en mi mano. Me enderecé sobre las rodillas, respiré y erguí los hombros antes de levantar el cuchillo justo a la altura de mis ojos. Apunté —me tomé mi tiempo—, dejé que mi brazo cayera hacia atrás y luego lo arrojé hacia adelante.

Voló como el viento, silencioso hasta que se hundió en la espalda de uno de ellos, que se desplomó contra el suelo. El otro se quedó inmóvil, alzó la vista hacia nosotros y luego echó a correr.

Resbalé por la cuesta, extraje el cuchillo de la espalda del primer hombre y levanté los ojos para localizar al segundo.

Luego todo se detuvo.

Todo se quedó quieto. El sonido de mi propia respiración retumbó en mis oídos y los árboles oscilaron a mi alrededor. Entorné los ojos, intentando enfocar la vista, tratando de asegurarme que lo que estaba viendo era algo distinto. Pero no había forma de confundir la empuñadura de una espada Aska, el cuero teñido de rojo de una funda Aska. Y eso solo podía significar una cosa: que los Herjas habían estado en el fiordo.

No pensé. No respiré. Eché a correr.

Extraje la última gota de energía que tenía en mi interior y lancé mi cuerpo hacia adelante entre los árboles, hacia la sombra que huía. Echó una mirada hacia atrás mientras corría y observó que yo iba ganando terreno el tiempo suficiente como para perder el paso y estamparse contra un árbol. Cuando caí sobre él, rodó, pero lo inmovilicé con las rodillas, sujetando su pelo con las manos para que me mirara.

—¿De dónde has sacado esa espada? —Mi voz aterrada era un susurro ronco.

Levantó la mirada, apretando los dientes.

—¿De dónde la has sacado? —Golpeé su cabeza contra el suelo y lanzó un gemido.

Fiske y la Tala se acercaron a nosotros. No había nadie a la vista, pero, si él gritaba, era probable que los Herjas lo oyeran.

No podía matarlo. Todavía no.

Estiré el cuerpo y dejé que todo mi peso cayera sobre el mango del cuchillo y lo golpeé en la cabeza. Se quedó inmóvil debajo de mí, su cabeza se desplomó hacia un lado.

—Es... este es el cuero de los Askas —espeté, con la garganta tensa.

—Lo sé. —Fiske apoyó a Halvard en el suelo y la Tala deslizó un brazo alrededor de sus hombros, atrayéndolo hacia ella—. Nos lo llevaremos.

Lo cogió por una pierna y yo me limpié la cara antes de sujetar la otra. Lo arrastramos por el bosque, la Tala y Halvard iban adelante.

—Han estado en el fiordo. —Lancé un gruñido por el peso del Herja, que debilitaba mis piernas.

—Es probable.

Antes de que pudiera volver a hablar, el sonido de Fela brotó entre los

árboles.

La primera luz de la mañana se elevó sobre la montaña, coloreando la aldea de un violeta tan intenso como el de una magulladura recién hecha. El humo ascendía de las casas que aún estaban ardiendo y, en el camino principal, había cuerpos colocados en fila. Cada pocos pasos, la nieve se encontraba salpicada de rojo.

La Tala miró a Fiske por encima del hombro y sus labios se abrieron.

Arrastramos al Herja hasta llegar a la casa y respiré hondo. Estaba tranquila y no sabía qué significaba eso, cómo me afectaría. El cielo y la tierra tiraban de cada parte de mí, haciéndome sentir que me diluía, como si fuera a desgarrarme.

Solté la pierna del hombre y crucé la puerta. El grito de Inge rompió el silencio. Se lanzó hacia adelante, sujetó a Halvard entre sus brazos y cayó al suelo, la cara tan retorcida y deshecha que casi no podía reconocerla.

Mis ojos recorrieron frenéticamente la habitación hasta que lo encontraron.

A Iri.

De pie en el extremo de la mesa, con la cara roja, los ojos húmedos y el pelo pegado al rostro.

Un sollozo escapó de mi pecho y corrí hacia él. Caí contra su pecho y sus brazos me rodearon con fuerza, levantándome del suelo. Traté de respirar, aspirando lentamente y deseando que mi corazón se calmara.

Me soltó, sujetó a Fiske y le dio un beso en la mejilla. El aire escapó de su pecho en un susurro mientras lo abrazaba.

—Pensaba... pensábamos... —Meneó la cabeza—. No encontrábamos vuestros cuerpos.

Detrás de él, Runa estaba apoyada contra la pared con las rodillas levantadas contra el pecho. Miraba el fuego con una expresión vacía, un

reguero de lágrimas descendía por su rostro cubierto de hollín.

Inge continuaba sentada en el suelo. Abrazaba a Halvard y lloraba, con la cara apretada sobre su pelo. Le susurraba al oído, aferrándolo contra ella, y él asentía mientras contenía las lágrimas. La sangre seca formaba una costra debajo de su nariz y un círculo de piel en carne viva rodeaba su cuello justo donde había estado la cuerda. Cuando se apartó de él, observó la herida y apretó los pulgares a ambos lados de su nariz mientras Halvard miraba hacia el techo. Ya se había formado una oscura magulladura debajo de cada ojo.

—¿Qué significa esto? —Iri observó al Herja, que permanecía tendido al otro lado de la puerta.

La respiración de Inge se agitó, y atrajo a Halvard hacia ella de nuevo.

—Han estado en territorio Aska —respondí pasándome la mano por el cabello y las uñas rasparon mi cabeza rapada.

El rostro de Iri cedió y sus ojos se abrieron con atención, adoptando la misma expresión que yo había visto al cruzar la puerta, formulando la pregunta que yo no podía contestar.

Me incliné sobre la mesa, me froté la cara con las manos ásperas y llenas de ampollas, luego recorrí la habitación, con los músculos todavía en tensión. La sangre me fluía rápido. Era la forma que tenía mi cuerpo de calmarse poco a poco después de la batalla. La manera en la que mi mente se disparaba en un millón de direcciones, intentando encontrar algo a lo que aferrarse. A medida que mi respiración se fue calmando, comenzó a aflorar el dolor en mi hombro y aparté el chaleco de la armadura para mirar la herida.

—Déjame ver. —Inge soltó a Halvard y se puso de pie.

Runa continuaba sentada contra la pared, en silencio.

—Su padre. —Inge me miró a los ojos y habló despacio.

Mi estómago se agitó, mi mente no paraba de dar vueltas sobre el único

pensamiento que había en mi cabeza. *Mi* padre, los Askas.

Fiske apoyó la mano en el hombro de Inge.

—Deberíais subir al templo. Los heridos estarán allí.

Mis ojos continuaban clavados en las botas del Herja.

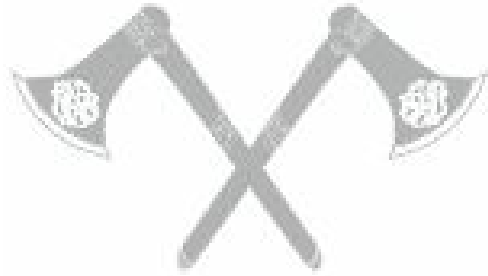
—Tienes razón —asintió Inge mirando a Runa.

Runa se levantó, los ojos aún vacíos. Cogió la cesta de la mesa, se la colgó del brazo y esperó a Inge con la mirada ausente apoyada sobre la puerta. Pero Inge no se movió hasta que la miré. Esperó a que mis ojos la miraran y, cuando eso ocurrió, cogió mi cara entre las manos y apretó su mejilla tibia contra la mía, su respiración acarició mi rostro. Me abrazó y me apretó fuerte contra ella.

—Gracias —susurró.

Y el hielo glacial que había en mi interior se resquebrajó. Rugió mientras se rompía y se desplomaba en las aguas heladas que rodeaban a mi corazón.

—De nada.



**S**ostuve la cabeza de Halvard en mi regazo para que Fiske pudiera volver a colocar su nariz. Cuando las lágrimas cayeron por su rostro, las sequé con el dorso de mi mano.

Iri lo ayudó a levantarse y le pasó la túnica por la cabeza. Yo regresé a la puerta y conté los cuerpos que los Rikis separaban y arrastraban hacia el sendero. Había más cuerpos Riki que Herja. De eso estaba segura.

Me acerqué al Herja que habíamos capturado en el bosque y esperé. Era un hombre grande de aspecto duro, tenía la ropa muy sucia y desgarrada. Viajaban de forma constante, viviendo siempre en movimiento, pero el cuero Aska no estaba tan gastado. Si habían estado en Hylli, había pasado poco tiempo.

—Mi madre no lo quiere aquí. Tiene miedo. —Fiske intentó desabrochar el chaleco de su armadura e hizo un gesto de dolor mientras mantenía el brazo levantado sobre el fuego.

—Déjame a mí. —Me acerqué a él.

Se dio la vuelta, poniéndose de lado, le sujeté la muñeca y coloqué su antebrazo sobre mi hombro para mantenerlo en alto. tiré suavemente de las

hebillas, abrí el chaleco por uno de los laterales y me incliné para levantarle la túnica por encima de las costillas.

Respiró con dificultad y pude comprobar que tenía una enorme mancha de sangre oscura que emergía bajo su piel. Levanté la mano para palpar los huesos con las puntas de los dedos y echó la cabeza hacia atrás, apretando los ojos con fuerza. Yo había pasado un mes en Aurvanger curándome una herida como esa.

—Están rotas.

—Lo sé —exclamó riéndose y me sorprendió.

Me enderecé y alcé los ojos hacia él. Nunca antes lo había visto sonreír. Estiró el rostro revelando un hoyuelo en la comisura de la boca y aparté la vista al sentir que mis mejillas enrojecían. Bajé su brazo, desabroché el otro lado del chaleco y lo ayudé a quitárselo con los ojos puestos en el suelo.

—La noche que te encontré en el bosque... —Su voz se convirtió en un susurro.

—¿Qué? —pregunté sosteniendo el chaleco.

—Dijiste «Herja».

Se escuchó un gruñido a través de la puerta y mis ojos se desviaron abruptamente hacia las botas que se movían.

Dejé el chaleco sobre la mesa y caminé despacio mientras sacaba el cuchillo del cinturón. Cuando salí a la nieve, el sol incidió directamente sobre mi rostro y bajé la mirada. El Herja se dio la vuelta y se sujetó la cabeza justo por el lado que sangraba.

—¡Iri! —grité hacia adentro de la casa y los ojos del hombre se abrieron súbitamente.

Iri cruzó la puerta, agarró al hombre del chaleco, lo deslizó por el suelo y lo hizo sentarse.



Esperé a que me mirara. Tenía la cabeza caída y sus ojos examinaron lo que lo rodeaba. Observaba el collar en mi garganta justo cuando Fiske salía de la casa, con una mano sobre sus costillas magulladas.

—¿De dónde has sacado la armadura Aska? —Me hincó frente a él y le hablé con calma.

Sus ojos siguieron de largo y continuaron observando todo lo que se encontraba a su alrededor: intentaba evaluar sus posibilidades.

—¿De dónde has sacado la armadura? —insistí, aferrando el cuchillo con más fuerza.

Apretó los labios y dejó caer la cabeza hacia atrás. Una leve sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios.

Levanté los brazos y los bajé de golpe hundiendo la hoja del cuchillo en su muslo, justo en el centro. Profirió un alarido y se retorció cuando extraje el arma. Alzó la vista, mirándome boquiabierto y un escupitajo brotó de su boca.

—¿Por qué tienes una armadura Aska? —grité, desplazando el cuchillo hacia un lado para sacudir la sangre en el suelo.

Su respiración entraba y salía de sus pulmones estrepitosamente mientras apretaba los dientes y me fulminaba con la mirada.

Lo apuñalé de nuevo, penetrando con más profundidad en la carne de la otra pierna. Chilló con más fuerza y retorció la hoja. Extraje de nuevo el cuchillo, rasgando la piel y el músculo, y arremetió contra mí. Iri lo sujetó del chaleco, lo giró boca arriba y me arrodillé por encima de él. La ferocidad de su rostro se acrecentó.

Lo sujeté por el pelo, mantuve su cabeza contra el suelo y arrojé mi cuchillo a los pies de Fiske. Iri lo mantenía inmovilizado y él se retorcía debajo de mí y lanzaba patadas. Escuché el sonido de mi corazón por encima

del sonido de las botas que crujían contra el suelo detrás de mí. Una creciente multitud comenzó a congregarse en el camino y se quedó mirando, los rostros desencajados por el horror. Habían escuchado muchas historias sobre ellos, pero nunca habían visto a un Herja, hasta la noche anterior. Para los Rikis, no eran más que una leyenda. Para mí, eran los demonios que habían matado a mi madre y destrozado a mi padre.

Antes de que pudiera moverse de nuevo, presioné con el pulgar cerca del lagrimal del ojo y lo hundí hasta que pude sentir la tibieza y la humedad del músculo y del tejido. Cuando se sacudió, apoyé todo mi peso sobre él y levanté el pulgar haciendo que el globo ocular saltara de la cavidad. Cuando lo tuve en la mano, se lo arranqué.

Abrió muy grande la boca y el grito quedó atrapado en su pecho.

—¿De dónde sacaste la armadura Aska? —aullé, apretando el pulgar en el otro ojo.

—¡Asaltamos a los Askas! —gimió atragantándose.

—¿Cuándo? —Me levanté y me aparté de él—. ¿Cuándo estuvisteis allí?

Se enderezó, cubriéndose la sangre de la cavidad ocular con las manos amarradas.

—Hace algunas semanas.

—¿Qué habéis hecho? —El control retornó a mi voz.

Cuando vaciló, cogí mi cuchillo y lo deslicé a través de la carne de su brazo. Cayó de lado y trató de escaparse gateando mientras las voces se elevaban a mis espaldas.

—Asaltamos seis de sus aldeas a lo largo del fiordo.

Sus palabras atravesaron profundamente mis entrañas. Me clavaron contra el suelo y ralentizando los latidos de mi corazón.

—¿Y de los Rikis? ¿Cuántas aldeas? —Era la voz de la Tala.

Se encontraba junto a Vidr, el líder de la aldea, delante de una creciente muchedumbre. El cielo se balanceaba sobre nosotros. Sacudí la cabeza, intentando acallar el sonido que rugía dentro de ella.

El Herja se miró las manos cubiertas de sangre.

—Cuatro aldeas Riki. Fela es la quinta.

La Tala miró a Vidr, la gravedad de la situación se evidenciaba en su cara. Si habían sido capaces de atacar tantas aldeas en tan solo unas semanas, eso quería decir que eran muchos. *Demasiados*. El pánico que inundaba mi mente ahogó el sonido de su voz ronca que enumeraba el nombre de las aldeas en las que habían estado y las que no habían asaltado aún.

—Enviad jinetes. Tenemos que advertir a las demás —Vidr gritó las órdenes con un bramido y escuché cómo varias pisadas echaban a correr hacia el sendero. Se adelantó, sus pies junto a los míos—. ¿Dónde está tu campamento? —Bajó la vista hacia el guerrero Herja.

Me puse de pie e intenté pensar rápido, tratando de poner en orden mis ideas. Pero estaban atascadas, amarradas a la imagen de mi padre cubierto por su propia sangre, flotando en las aguas azules grisáceas del fiordo. Me di la vuelta y enfrenté a los Rikis, que se habían congregado detrás de mí para observar. Mis manos se retorcieron junto a mi cuerpo y me di cuenta de que todavía tenía el ojo del Herja en la mano. Estaba caliente y era resbaladizo. Lo arrojé sobre la nieve y el cuchillo se me cayó de la otra mano. Iri lo recogió y regresó donde se encontraba el Herja.

Retrocedí tropezando antes de que alguien me sujetara del hombro. Al alzar los ojos, Fiske estaba a mi lado, su mano me cogió del brazo y me condujo con cuidado hacia la casa. El aire frío ardió contra el calor de mi piel. Parpadeé otra vez, intentando enfocar la vista, frotándome los ojos con mis manos entumecidas. Fuera, los Rikis gritaban furiosos, sedientos de sangre y

de venganza. E imaginé que Iri estaba arrastrando al Herja hasta el templo. Averiguarían a dónde se encontraba el campamento y luego lo colgarían. Lo harían sufrir.

Fiske me quitó las fundas de las armas mientras yo tenía la mirada clavada en el fuego. Su mirada me hizo sentir como si fuera a romperme en pedazos, como si fuera lo que él esperaba ver.

—Tengo que ir a la aldea —susurré—. Ahora. No puedo esperar al deshielo.

El bullicio del exterior se alejaba cada vez más.

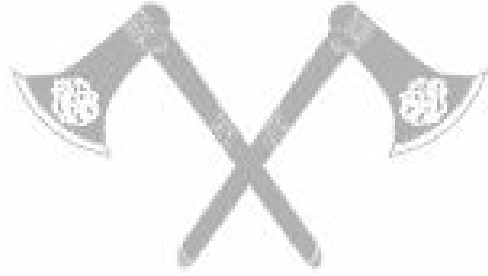
—Tengo que ir —insistí.

—Lo sé. —No apartó la mirada ni parpadeó—. Iré contigo.

Lo miré fijamente.

—No puedes atravesar la montaña antes del deshielo a menos que alguien te muestre el camino. Yo iré contigo, te llevaré a Hylli.

Tenía razón, pero yo quería decir que no, preguntar por qué. Quería correr lo más lejos posible de Fela. Lo más lejos posible del profundo susurro que brotaba en mi interior cuando Fiske me miraba como me estaba mirando ahora. De la misma forma en la que me había mirado en el río, como si supiera algo que yo no sabía.



—Fiske. —Podía escuchar la advertencia en la voz de Inge.  
Se encontraban uno frente al otro, ambos con los brazos cruzados. Escudriñé la semejanza de sus rostros. No me había dado cuenta de lo mucho que se parecía a su madre. Los ojos, las pestañas oscuras, las caras cuadradas. Iri se inclinó sobre la mesa y observó a Runa, que dormía apoyada contra la pared con la espalda hacia el fuego.

—La llevaremos a Hylli —repitió Fiske—. Y luego regresaremos a casa.

—Os necesitan aquí. —Inge los miró a los dos.

—Volveremos para pelear.

Inge se quedó mirando el fuego durante varios minutos, respirando con suavidad. Aún llevaba el mismo vestido manchado de sangre, la falta de sueño grabada profundamente en el rostro y tenía el cabello hecho un revoltijo a su alrededor.

Fiske se quedó inmóvil, esperando.

Ella estiró la mano y se pasó los suaves dedos por los labios, como solía hacer cuando pensaba. No miraba hacia ningún lugar concreto, pero yo sabía que sus pensamientos estaban dirigidos hacia mí. Se hacía preguntas,

reflexionaba.

Pasé junto a ellos, subí a la planta de arriba y los dejé solos. Halvard continuaba durmiendo en el catre, con una piel de oso por encima y, cuando puse las manos en el último peldaño, me detuve. Gyda se encontraba tumbada de lado con el cuerpo curvado alrededor de un pequeño bulto que no dejaba de moverse, y Kerling estaba agachado detrás de ella, mirando por encima de su hombro. Ella sostenía al bebé contra su cuerpo, lo apretaba contra su piel desnuda y le besaba la cabeza.

El rostro de Kerling había cambiado. La aridez de sus ojos había desaparecido. El peso que llevaba sobre los hombros ya no estaba. Cuando Gyda levantó la mirada hacia mí, me quedé paralizada e hice el amago de volver a bajar. Pero en lugar de la amargura que había visto en sus ojos en los últimos días, su rostro estaba sereno. Cuando volvió a mirar al bebé, deslizando los dedos sobre su suave pelo oscuro, Kerling apoyó la cara en su espalda y cerró los ojos.

Me agarré la trenza con la mano, enredándola alrededor de los nudillos y los observé. Era como si nada hubiera ocurrido: el ataque, la batalla de Aurvanger en la que había perdido la pierna, la enemistad que ardía en su corazón por mí y por mi pueblo. En este momento, no había lugar para todo eso. Solo existía un nuevo comienzo y su luz ocultaba todo lo demás. Era tan hermoso que dolía, removía todas las heridas abiertas que había dentro de mí.

Bajé de nuevo las escaleras en silencio, dejándolos allí bajo la tenue luz de la segunda planta, y salí para lavarme la sangre de la cara y de los brazos. Podía escuchar a Inge y a los demás discutiendo dentro, las voces susurrantes se abrían paso a través de las grietas de las paredes.

Sumergí las manos en el tonel de nieve derretida, me estremecí ante el pinchazo que me produjo en la piel y froté hasta que el agua empezó a

volverse rosa. El reflejo de mi imagen ondeó en la superficie. Los círculos debajo de los ojos, el brillo de la magulladura sin curar que atravesaba mi mejilla.

Podía ver a Inge a través de la puerta, atareada preparando las alforjas sobre la mesa. Su rostro estaba contraído y se mordía el labio inferior. Había cedido y, aunque era lo que yo quería, una parte de mí se estremeció.

—He venido a darte las gracias.

Me di la vuelta, aún aferrada a los bordes del tonel. El agua caía de mi cabello.

La Tala se encontraba en el sendero con las manos cruzadas sobre su vestido limpio. Se había recogido el cabello y sus ojos verdes parecían más brillantes en su cara enrojecida. Las mismas quemaduras que rodeaban el cuello de Halvard rodeaban el de ella.

—¿Por qué me has ayudado? —Ladeó la cabeza y me miró de arriba abajo. Al ver que no contestaba, se acercó más—. Sé que me viste aquella noche, cuando Thorpe te abandonó en el bosque.

No sabía qué decir porque no sabía la respuesta. No tenía motivos para ayudarla, simplemente lo había hecho. Y por un momento deseé no haberla ayudado. Si la hubiera dejado allí, nadie se habría enterado nunca.

Sus labios se desplegaron en una amplia sonrisa.

—Thora tiene su mirada puesta en ti, Aska. Me dí cuenta en cuanto llegaste y te vi por primera vez.

—Yo no sirvo a Thora —le recordé—. No me importa su voluntad y no quiero su favor.

—Tampoco lo quería Iri —comentó y su sonrisa se hizo más grande.

Mis ojos se desviaron hacia la casa, con las defensas listas.

—Inge me lo ha contado esta mañana.

Abrí la boca y la amargura invadió mi corazón: Inge había prometido que no se lo contaría a nadie.

—Me di cuenta en cuanto regresamos del bosque, cuando cruzaste la puerta. En realidad, me he sentido como una idiota por no haberlo visto antes. Te pareces mucho a él, Eelyn.

Intenté desentrañar el tono de su voz, intenté unirlo a la expresión tranquila de su rostro.

—No tienes que preocuparte por Iri —Agitó la mano delante de mí—. Ya hemos superado eso, creo. Hablaré con Vidr, te has ganado nuestra confianza. Tal vez ahora nosotros podamos ganarnos la tuya.

—¿Para qué quieres mi confianza? —pregunté entrecerrando los ojos.

—Eres una guerrera. Y algo me dice que vamos a necesitar de nuestro lado a todos los guerreros desde aquí hasta el fiordo para impedir que los Herjas vuelvan a subir y terminen lo que empezaron.

—¿Los Askas? —Reí—. ¿De *vuestro* lado?

—Dependiendo de lo que encuentres en Hylli, es probable que ya no haya dos lados.

Eché una mirada por encima del hombro hacia la puerta.

—¿Cómo sabes que voy a Hylli?

—Es tu gente. —Me miró y me transmitió algo de la calidez que había visto que solía dar a los demás.

Pude verlo en sus ojos. Pensaba que los Askas habían desaparecido. O casi.

—Por la mañana, enviaremos las almas de los Rikis a *Friðr* y luego nos marcharemos hacia la próxima aldea. Si quieres ir a Hylli, podemos llevarte hasta Möor. —Se estiró hacia mí, apoyó su mano en mi hombro y yo me puse tensa al mirarla.

—Iri y Fiske vendrán conmigo. —Levanté el mentón.



Sus ojos se apartaron de mí, se dirigieron hacia la casa y deseé no haberlo dicho. Pude ver como el pensamiento se formaba detrás de sus ojos antes de asentarse en su mirada.

—Tal vez encuentres el camino de regreso a la montaña una vez que hayas encontrado lo que estás buscando. —Me apretó el hombro con suavidad antes de apartar la mano.

La furia volvió a hacer acto de presencia dentro de mí. No podía pretender que yo le entregara mi lealtad a los Rikis. Y mi confianza. Solo a cambio de una sonrisa y su ofrecimiento de generosidad. Yo no era Iri.

—Cuéntamelo. —Le sostuve la mirada—. Cuéntame el sueño que tuviste.

Sus ojos verdes se encenrieron de nuevo y echó una mirada hacia la casa.

—Te vi. —Sus ojos se entrecerraron mientras reflexionaba—. Con un oso en el bosque. —Volvió a ladear la cabeza, escrutando la expresión de mi rostro.

Me quedé inmóvil, intentando evitar que mi cara me delatara, que revelara lo que fuera que ella estaba buscando.

—Tú no lo sabes. —Introdujo la mano en el escote de su vestido y sacó un colgante de bronce con una larga cadena. Abrió la mano y lo extendió frente a mí. Tenía grabada la cabeza de un oso, como la que había en las puertas del templo—. Para Thora, los osos son sagrados. Ella los creó antes de hacer a su pueblo de la roca fundida de la montaña.

Esperé.

—Son sus mensajeros.

—Si crees que gozo de los favores de Thora, ¿entonces por qué me dejaste aquella noche en el bosque? ¿Por qué te alejaste?

Alzó los ojos al cielo, pensando.

—Era la única manera de saber con seguridad si estaba en lo cierto con

respecto a ti. Y lo estaba. Thora te salvó la vida.

—Fiske me salvó la vida, no Thora.

—Puedes creer lo que quieras, Eelyn —comentó con una sonrisa de suficiencia—. El oso es un presagio. —Las palabras brotaron con lentitud de sus delgados labios—. Y los presagios a menudo traen cambios.



**L**os Rikis se congregaron por la mañana temprano, apiñados contra el frío cortante mientras la nieve caía suavemente. Los pequeños copos se balanceaban de un lado a otro mientras descendían hacia el suelo, donde eran devorados por la gran hoguera que ardía frente al templo.

Escuché a la Tala rezar por los Rikis caídos, pidiéndole a Thora que los aceptara, que los retuviera hasta que sus familias se unieran a ellos en el más allá. Mientras hablaba, no había emoción en su rostro. La luz de sus ojos era tenue, pero su voz seguía teñida de una gran seguridad. Hablaba de manera firme y constante. Y yo podía sentir cómo los Rikis se aferraban a su fortaleza, esperando que la Tala impidiera que ellos se desaparecieran arrastrados por el viento de la tristeza.

El calor del fuego nos obligó a permanecer juntos unos contra otros, y el rugido de las llamas encontró los gritos amargos del duelo y los devoró. Yo había escuchado muchas veces ese sonido cuando regresábamos a casa después de luchar y las familias buscaban entre los rostros a sus seres queridos desaparecidos.

No existía otro sonido semejante... como si el alma se desgarrara.

—*Heill para* —clamó, alzando los ojos al cielo.

—*Heill para*. —Las palabras repetidas en los labios de cada Riki y la voz profunda de Fiske sonaron justo detrás de mí.

Buen viaje.

La Tala cruzó el altar y se detuvo ante un hombre que lloraba con los hombros encorvados, debajo de una gruesa piel. Le susurró al oído y los sollozos ahogados disminuyeron. Él se tranquilizó y ella lo miró a los ojos antes de pasar al siguiente.

Yo prefería no saber qué había perdido, a quién había perdido.

Los cuerpos de los Rikis ardieron, cubriendo el aire de humo negro. Las almas iban camino a *Friðr* a encontrarse con los seres queridos que habían abandonado antes este mundo. Cerré los ojos, intentando aplastar el terror que todavía bailaba por mi mente, preguntándome si en dos días sería yo la que estuviera llorando por el alma de mi padre.

La gente fue abandonando el grupo y yo busqué a Iri con la mirada. Se encontraba con Runa, que miraba las llamas con las mejillas rojas por el llanto. Iri la rodeó con sus brazos mientras la hermana pequeña de Runa se abrazaba a la pierna de Iri y la apretaba con fuerza.

Los Rikis siguieron dispersándose, caminando con lentitud por el sendero hacia la aldea, y yo me encaminé hacia ellos. La luz intensa de las llamas se reflejaba en los ojos cansados de Runa.

—Lo siento —dije, aún con la mente en mi padre.

Ella asintió y se tragó el nudo que tenía en la garganta con fuerza antes de inclinarse para coger en brazos a su hermana y seguir a su madre por el camino. Iri las observó.

—Deberías quedarte —afirmé.

—No puedo —respondió meneando la cabeza.

—Yo puedo llegar a Hylli sola. Tu lugar está aquí, con ella. —Hice un gesto hacia Runa—. Pronto tendrás que volver a luchar. Es probable que no tengas mucho tiempo para estar a su lado.

Sus ojos se clavaron en mí y examinaron mi rostro intentando ver lo que no le estaba diciendo.

—¿Qué pasa?

Me rodeé el cuerpo con los brazos, tenía frío y el fuego se encontraba ya muy lejos.

—Me preocupa lo que puedan hacerte... los Askas. Debería hablar primero con ellos.

Asintió, entendiendo el significado de mis palabras. Era imposible saber cómo reaccionarían al descubrir la verdad sobre iris.

—De acuerdo.

\* \* \*

Esperé a Iri y a Fiske fuera del templo observando las últimas brasas del fuego, que ardían lentamente en el altar. Los cuerpos ya no eran más que cenizas, su carne y sus espíritus ya se habían marchado de este mundo.

Los guerreros se habían reunido para escuchar el plan de Vidr, pero cuando quise entrar, dos Rikis me cerraron la puerta en la cara. Me senté contra la pared, con los dedos entrelazados y escuché. Podía oírlos elevando la voz para discutir o dar su aprobación, pero, en general, la reunión era tranquila y no me gustaba la sensación que se había instalado sobre la aldea. Los Rikis siempre habían sido enemigos competentes. Eran fuertes. Si no estaban seguros de qué dirección tomar, eso quería decir que estaban asustados.

Cuando las puertas finalmente se abrieron, me levanté y eché a caminar junto a Iri, cuando Fiske y él cruzaron las puertas.

—¿Qué habéis hablado?

Estaba cansado y comenzaba a notársele en la cara. Se filtraba en la ronquera de su voz.

—Van a reunirse con los líderes de las demás aldeas para averiguar a cuántos hemos perdido, cuánta ayuda podemos necesitar.

—De los Askas —murmuré.

Iri se detuvo.

—Los Herjas son muchos, Eelyn.

Me volví hacia él, la garganta oprimida.

—Tú sabes que eso jamás va a pasar. —Desplacé el peso de mi cuerpo de un pie a otro—. Tal vez se marchen, como la última vez.

—Esto no es como la última vez —comentó casi con tristeza.

Y yo sabía que tenía razón. La anterior incursión de los Herjas había sido solo un ataque y no había dejado tantos muertos. No causaron tantos daños. Esto era diferente.

Caminamos en silencio el resto del camino, yo iba asimilando el peso de lo ocurrido. Los Herjas que había atacado Fela debían ser solo un pequeño grupo, debían ser muchísimos más de lo que ambos clanes suponían.

Fiske abrió la puerta, entró y, un momento después nos dejó solos a Iri y a mí para ir a hablar con Inge.

—¿Qué te ha dicho? —pregunté. Fiske estaba sentado en la mesa al lado de Halvard, comprobando de nuevo su nariz.

—Irás conmigo.

—¿Por qué? —susurré.

—Eelyn, ¿por qué tienes que complicar tanto las cosas? —Meneó la cabeza—. Necesitas que te acompañe. Él irá contigo.

Inge le tocó el brazo a Iri cuando pasó junto a ella, luego me miró cuando

entré y sus ojos se dirigieron a su hijo mayor.

—Ya se están preparado para partir. Deberíamos irnos. —Y Fiske se puso de pie.

Recogí mis armas del banco de madera y las coloqué sobre mi espalda. Halvard bajó de la mesa de un salto y echó a correr hacia afuera, los pies golpeando contra la piedra.

—Ten mucho cuidado, *sváss*. —Inge levantó el mentón de Fiske para que la mirara—. Y prométeme que regresarás.

Él no pronunció ni una sola palabra, se limitó a mirar a su madre en silencio mientras ella se aferraba a sus hombros y musitaba una plegaria por lo bajo. Cuando terminó, Fiske intentó sonreírle.

—¿En qué estás pensando? —preguntó.

Ella le devolvió la sonrisa, pero apenas era un triste esbozo.

—Estoy pensando que siempre me sorprendes. —Sus ojos se dirigieron de nuevo hacia mí, luego lo soltó y Fiske se dirigió hacia Iri y lo abrazó. Mi hermano le habló, en voz baja.

—*Qnd eldr*. —Y lo soltó.

—*Qnd eldr*.

Ya había escuchado esas palabras antes: respira fuego. Los Rikis se las decían mutuamente en el campo de batalla.

Inge se acercó a la puerta y me acarició el pelo.

—¿Me permites? —preguntó a mis espaldas.

Un escalofrío me recorrió la piel mientras asentía y me sentaba en el taburete del rincón, donde había comido, mirándolos reunidos en la mesa como una familia.

Extendió todo el cabello por mi espalda, lo dividió en mechones gruesos, lo trenzó por encima de mi hombro y anudó el extremo. La sensación me hizo

temblar, los borrosos recuerdos de mi madre resurgieron de las profundidades de mi mente. Recuerdos que yo creía perdidos.

—¿Existe algo que Fiske no haría por Iri? —pregunté, con la mirada clavada en el suelo.

—Él lo quiere más que a sí mismo, pero no está haciendo esto por Iri. — Observó mi rostro durante un rato largo antes de colocar las manos con suavidad sobre mi cabeza. Estaba rezando otra vez.

Contuve la respiración muy dentro de mí, porque sabía lo que pasaría cuando la dejara salir: volvería el dolor intenso y punzante en el pecho. Me sequé los ojos mientras ella terminaba, se ponía de pie y caminaba hacia la puerta sin mirar atrás. Halvard sostenía las riendas de los caballos, manteniéndolos en el sendero. No levantó los ojos hacia mí cuando me acerqué.

—¿Regresarás? —preguntó, golpeando suavemente la nieve con las botas. Cogí las riendas del caballo de Iri y deslicé la mano por su hocico.

—No lo sé.

—Podrías. Podrías regresar si quisieras.

Metí la mano en el chaleco y sujeté su mano.

—Gracias.

—¿Por qué? —Me miró y su rostro cambió.

—Por ser bueno conmigo.

Coloqué el obsequio en su mano, una simple estatuilla. Yo no sabía cómo era su padre y no era muy talentosa con estas cosas, pero la había tallado con el resto de la madera que me había dado Inge.

—¿Es mi padre? —preguntó, la voz débil.

Asentí mientras tiraba de su túnica y lo envolvía entre mis brazos. Hundió la cara en mi chaleco, se apretó contra mí. Traté de apartar el pelo de su



rostro, pero estaba demasiado desgredado. Las manchas violetas que tenía bajo los ojos a causa del ataque hacían que el azul pareciera más brillante.

Iri, Fiske e Inge salieron de la casa e Iri se detuvo frente de mí. Observé su pecho, la armadura Riki ya no me resultaba tan extraña. Ahora el cuero de los Askas parecería inapropiado en él.

—*Elska ykkarr* —dijo, y me sentí envuelta por el calor de sus palabras.

Te quiero.

Me apoyé contra él y dejé que me abrazara. Yo también lo quería, más que a nada. Pero me pregunté si sería capaz de admitirlo de nuevo algún día. Me pregunté si una parte de mí siempre estaría enfadada.

—¿Qué quieres que le diga a nuestro padre?

—La verdad —respondió con un suspiro.

Yo no quería hablarle de Iri, pero nunca había podido mentirle.

Me dio un beso en la coronilla y sostuvo las riendas mientras yo montaba. Los Rikis nos estaban esperando un poco más adelante. Una vez más, no miré hacia atrás cuando la curva del camino nos hizo desaparecer. Yo iba detrás de Fiske, en el caballo de Iri y mantuve los ojos fijos en su espalda. En más de una ocasión había creído que no volvería a ver a mi hermano. Había estado segura y no quería sentir lo mismo de nuevo.

—¿Cuántos días? —pregunté envolviendo las riendas con más fuerza alrededor de los puños.

Pero antes de llegar al templo, Fiske desmontó y agarró a mi caballo por las riendas.

—¿Qué haces? —Intenté retroceder, pero el caballo lo seguía.

No me contestó, nos apartamos del camino principal, lejos de los demás, hasta que nos detuvimos delante de la tienda del herrero. La forja resplandecía en las sombras.

—¿Qué estás...? —Arrugué la frente.

El herrero dejó de golpear y me miró, tenía el martillo en una mano y el delantal de cuero oscuro ajustado alrededor de la cintura.

Deslizó la mirada entre los dos.

—Quiero que se lo quites —indicó Fiske—. El collar —le habló al herrero y le dijo algo que no pude escuchar, envuelta en el fragor de mis pensamientos.

—De acuerdo —respondió el hombre encogiéndose de hombros.

Me aferré con fuerza a la montura.

—Muy bien. —Arrojó el martillo sobre la mesa.

Bajé del caballo mientras él cogía una herramienta con un mango largo y un gancho.

—Por aquí.

Cuando entré en la tienda, sujetó el collar y me empujó hacia abajo para enganchar una parte de él a una barra de hierro que estaba incrustada en el tronco de un árbol grueso.

—Quédate quieta —gruñó.

Aseguró la herramienta al otro lado del collar y respiró hondo antes de inclinarse hacia atrás y tirar con toda su fuerza. El collar se fue abriendo despacio mientras yo me quedaba quieta, intentando evitar que rozara las quemaduras. Cuando se levantó y se echó hacia atrás para tirar de nuevo, cerré los ojos con fuerza y sentí un arañazo en la piel.

Apartó el collar de mi cuello y lo arrojó al suelo: un círculo negro y roto hundido en la nieve.

Deslicé los dedos por la piel de la garganta, liberada del peso y el frío del collar.

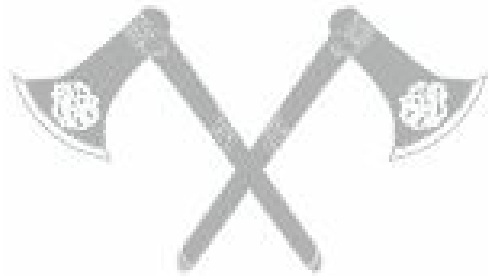
—¿Por qué lo has hecho?

—Si te vas a tu casa, no será como una *dýr*. —Descruzó los brazos y regresó a su caballo. El herrero retomó su trabajo y los golpes del hierro en la forja resonaron a nuestro alrededor.

—No me debes nada. —Podía oír a los Rikis moviéndose otra vez por el camino—. Me salvaste la vida, más de una vez. Estamos en paz.

Bajó la mirada hacia el suelo y esperé que pronunciara las palabras que habían empezado a formarse detrás de sus labios.

—Nunca estaremos en paz.



Cabalgamos a través del bosque en una larga fila y finalmente entendí lo que Fiske había querido decir cuando afirmó que no lograría atravesar la montaña sola. No había ningún camino trazado en la nieve. Nos movíamos hacia izquierda y derecha por senderos que habían quedado enterrados y alrededor de las laderas de las colinas siguiendo caminos erráticos, aparentemente sin sentido. Me llevó medio día darme cuenta de que estábamos evitando las pendientes de la montaña, por la amenaza de las posibles avalanchas.

Cada movimiento era específico. Mantenían el paso lento, iban en silencio cuando nos encontrábamos fuera de la protección de los árboles. Muy por delante nuestra, Vidr conducía el grupo, observando los alrededores y examinando la subida de la montaña.

Los Rikis ignoraban mi presencia, lo que me parecía lo mejor para todos, ya que muchos de ellos habían visto cómo le arrancaba el ojo al Herja. Me estremecí al recordar la textura suave y caliente en mi mano temblorosa. Puede que incluso supieran que yo le había salvado a la Tala, tal vez me había ganado su confianza, como ella me había dicho. Pero ahora nada de eso

me importaba. Quería cruzar la montaña. Solo deseaba llegar a casa.

Viajamos a través de la noche. Me senté sobre el caballo todo lo derecha que pude, tratando de estirar la espalda y mi hombro dolorido. Todavía estaba irritado y me dolía, le estaba costando curarse, ya que me lo lastimaba una y otra vez. Levanté el brazo despacio, extendí los músculos con cuidado y le eché una mirada a Fiske, que ahora cabalgaba detrás de mí. La luna de invierno apareció temprano en el cielo, gigante y deforme. Situada sobre el bosque como una boya en el agua y el frío iba aumentando a medida que el sol se ponía. Con cada curva del camino, el terror que se escondía en mis pensamientos se hacía más denso, mi imaginación enloquecía ante lo que podría encontrar en el fiordo.

Se oyó un silbido justo delante nuestra, largo y grave, y los caballos se detuvieron. Las botas de Fiske golpearon el suelo y esperó a que yo desmontara y amarrara mi caballo junto al de él.

—Dormiremos unas horas y después continuaremos viaje. —Levantó las monturas de los caballos y extrajo las pieles de osos que llevábamos debajo.

—¿Vamos a dormir al aire libre? —No había más que nieve profunda.

Apuntó hacia la pared de piedra que había detrás de mí, por donde los Rikis habían empezado a desaparecer. Colgué la alforja sobre mi hombro sano y nos encaminamos hacia esa dirección. Al deslizarme dentro de una ancha grieta que ascendía por la roca, retrocedí, sintiendo la necesidad de llevar el cuchillo en la mano.

El sonido del iniciador de fuego iluminó la cueva cuando alguien encendió una hoguera, y después una más se iluminó a nuestras espaldas. Fueron encendiéndose una por una hasta que pude ver el interior de la cueva resplandeciendo con la luz anaranjada. Era enorme, con un techo que caía en puntas de piedra, como dedos que venían a atraparnos y arrastrarnos hacia

adentro de la barriga de la montaña. Y era silenciosa, tan silenciosa que podía escuchar el crujido de cada bota deslizándose por la tierra, debajo de nosotros.

Fiske me condujo hacia una de las hogueras al fondo de la cueva y pasamos junto a los Rikis que ya se estaban preparando para dormir. Me apoyé contra la pared, me deslicé hasta que quedé sentada en el suelo y eché una mirada a mi alrededor. Los Rikis se habían reunido junto a las otras hogueras, dejándonos a Fiske y a mí al final del grupo. Todavía resultaba extraño verlos así: cansados y débiles... afligidos. Su espíritu estaba dormido en su interior, en algún lugar profundo, pero estaba allí. Era como la calma que antecede a una furiosa tormenta. Y no me agradaba la idea de dormir en medio de ella.

Una cabeza de un intenso pelo rojizo me obligó a detener la mirada y me estremecí al reconocer a Thorpe. Estaba sentado junto a una de las hogueras al otro lado de la cueva, extendiendo una manta de lana sobre su pecho. Tenía la cara cortada, magullada y los ojos hinchados.

Fiske introdujo un tronco seco debajo del fuego para avivarlo. Sus manos todavía tenían costras en los nudillos, producto de las heridas que le había infligido a Thorpe tan solo unos días atrás.

—¿Querrá vengarse por lo que le hiciste? —pregunté en voz baja.

—No volverá a tocarte.

Volví a mirar a Thorpe. También lo había visto cuando quemaron los cuerpos de los Rikis y él ni siquiera me había mirado.

Fiske me acercó las alforjas con el pie y saqué el pan que Inge nos había guardado. Lo partí en dos, le di una parte a él y me llevé las rodillas al pecho. El gusto del pan me recordó a su casa y me lo tragué, porque pensar en Inge y en Halvard me producía una sensación extraña. El dulce recuerdo de Fela se retorció en mi pecho. No como si fuera mi hogar, sino como algo distinto.

—¿Tú crees en lo que dice Inge acerca de Iri y de ti? —Observé su rostro con atención.

Levantó las cejas, sorprendido por la pregunta.

—¿El *sál fjotra*?

Asentí y le di otro mordisco al pan.

—No lo sé. —Se reclinó contra la pared y se quedó mirando el pan que tenía entre las manos.

—¿Qué crees que pasó?

Se quedó pensando durante un rato antes de contestar.

—Creo que me vi a mí mismo en Iri.

—¿Qué quieres decir?

—Durante toda nuestra vida nos han enseñado que somos distintos los unos de los otros. —Sus ojos se encontraron con los míos—. Pero somos iguales. Creo que eso me asustó.

Me hundí en las sombras, lejos de la luz del fuego. No quería que él viera nada de lo que mi rostro pudiera reflejar, porque yo sabía de qué estaba hablando. Era lo mismo que palpitaba en mi corazón cuando miraba a Halvard. Era lo que había estallado en mi mente al observar a los Rikis levantando las paredes para construir el establo de Kerling. El sonido de sus voces, de sus cantos.

—Si piensas eso, ¿entonces qué hacías peleando en Aurvanger?

Se pasó la mano por el pelo.

—Porque seamos iguales o no, somos enemigos. Mi gente murió en la temporada de lucha a manos de los Askas.

Deseé no haber preguntado, porque pensar que éramos iguales hacía que muchas cosas resultaran posibles. Hacía que los caminos se bifurcaran donde antes no lo hacían. Era aterrador.

—¿Todavía somos enemigos? ¿Tú y yo?

—No —respondió sencillamente.

Levanté los ojos y vi que Fiske continuaba observándome. Su mirada se deslizó sobre mi cabello y volvió a mi rostro, haciéndome temblar. Bajé los ojos hacia el fuego, la cara me ardía.

Los Rikis se callaron y el silencio se instaló en la cueva. Fiske estiró la piel de oso en el suelo húmedo y yo me acurruqué contra la pared, de frente al espacio abierto entre los dos. El fuego daba calor, pero no me gustaba la idea de quedar de espalda. Me cubrí con una manta hasta el mentón mientras Fiske movía los algunos trozos de leña alrededor de las llamas para que ardieran durante más tiempo. No se quejaba del dolor en las costillas, pero mantenía el brazo más cerca de lo habitual de su cuerpo y trataba de no levantar demasiado peso con ese lado. Cuando terminó, se instaló junto a mí.

Respiró profundamente, luego se tendió en el suelo y se tapó con la manta. Traté de imaginarme Hylli. Los sinuosos caminos de tierra que rodeaban la aldea como los brazos de un río. Cómo todo se veía más fresco y diáfano cuando el sol la iluminaba desde arriba. Los pájaros en el cielo del fiordo, que descienden en picado con sus alas desplegadas y las garras extendidas para sacar peces del agua.

Comencé a respirar de manera entrecortada y encajé las manos entre los muslos intentando llevar algo de calor hacia el centro del cuerpo. Me estremecí. No era solo por el frío. Era por los Herjas, por Hylli, por lo que podía encontrar en el fiordo.

La tierra se movió delante de mí y abrí los ojos. Fiske me estaba mirando por encima del hombro, sus ojos recorrían mi manta, y se deslizó hacia atrás, cubriendo el espacio que había entre nosotros.

Esperé a que su respiración se calmara antes de desplazarme hacia él,



apoyando mi cuerpo contra el suyo, sintiendo el calor que emanaba de su piel. Metí la cara en el espacio cálido donde su espalda descansaba sobre la piel de oso y me quedé mirando el cuero trenzado del chaleco de su armadura, siguiendo el dibujo con los ojos hasta que los párpados me pesaron tanto que no pude mantenerlos abiertos. Me quedé dormida con el sonido de su respiración, su espalda subiendo y bajando contra mí, como el sonido del agua del mar deslizándose por el fiordo.



**E**l primer cuerpo que encontramos en el camino estaba tendido y semienterrado en una bola de nieve fresca. El cabello largo se extendía alrededor de la cabeza de la mujer, las pieles brillantes y endurecidas por el viento frío. Era una guerrera Herja.

Más adelante, una sucesión de cadáveres congelados se dispersaban a lo largo bosque y Fiske se dio la vuelta para mirarme. Nos encontrábamos cerca de Möör, la primera aldea Riki y la más grande de todas.

Mientras descendíamos, apareció ante nosotros el tejado del enorme templo, frente a la ladera de la montaña. Un sector del techo estaba hundido y ennegrecido por el humo, pero aún se mantenía en pie. Las casas no habían corrido la misma suerte: la mayoría de ellas no era más que una pila de madera carbonizada. Algunos Rikis ya habían comenzado a reconstruirlas, cepillando madera para reparar las paredes, y el sonido de sus herramientas deslizándose sobre la madera se elevaba hasta la cresta de la montaña, donde nos encontrábamos.

Se detuvieron cuando descendimos por el camino y, unos minutos después, un grupo emergió desde el interior del templo. Las enormes puertas talladas,

como las de Fela, se abrieron de par en par y un hombre de pelo blanco los condujo hacia nosotros. Tenía una sutura en la cara de un profundo corte de espada que le llegaba por encima del ojo. Los demás hombres también tenían heridas, los rostros y los cuerpos mostraban las consecuencias del ataque. No a todos les había ido tan bien como a Fela.

—Vidr —exclamó el hombre de pelo blanco y se detuvo para esperarnos.

—Latham. —Vidr se bajó del caballo, sujetó la mano de Latham y lo hizo acercarse para darle una palmada en la espalda.

Los demás desmontaron y yo me mezclé con el grupo, intentando integrarme. Si los Rikis de Möör me observaban detenidamente, se darían cuenta de que yo no era uno de ellos. Pero echando un vistazo a lo que quedaba de la aldea, pensé, por primera vez, que quizás eso ya no tuviera tanta importancia.

Fiske desató la alforja que Inge había llenado de medicinas y vendas, y los seguimos hasta el templo. Nos inclinamos para pasar por debajo de la viga caída de la puerta y entramos al interior de la sala fría, húmeda y llena de humo. Se me cortó la respiración.

De una pared hasta la otra, la habitación estaba repleta de niños Riki, alojados temporalmente con mantas y entre bancos de madera, unas pocas pertenencias apiladas aquí y allá. Los niños se encontraban amontonados en la fría estancia. Sucios y con heridas abiertas. El curandero debía haber muerto o estaba ocupándose de lesiones más serias.

En el altar, había un cuerpo tendido sobre la tarima y la luz del techo roto caía sobre él. Era un hombre estaba envuelto en una capa azul, tenía una hebilla de hierro ajustada en el cuello. Lo habían limpiado y tenía las manos cruzadas pulcramente sobre su pecho, de donde colgaban collares de cuentas de madera. El Tala.

—¿Cuándo os atacaron? —Vidr echó una mirada por la sala, pensando, probablemente, lo que mismo que yo: Fela había tenido suerte.

—Hace cinco días, durante la noche. —La voz de Latham era hueca y ronca—. Surgieron de los árboles, como fantasmas.

El silencio se volvió denso en el aire cargado de humo. La palidez seguía instalada en sus rostros y el temblor continuaba allí bajo sus palabras. Había sucedido lo mismo tras el ataque de los Herjas en Hylli, cuando yo era una niña.

Vidr observó el cuerpo del hombre en el altar.

—Murió ayer a causa de una infección —explicó Latham después de inclinar la cabeza de forma vacilante. Cogió un taburete de la pared, se sentó y le ofreció un asiento a Vidr. Traté de acercarme para escuchar—. Somos la quinta aldea Riki que han asaltado en las últimas dos semanas. La vuestra ha sido la sexta. Y regresarán.

—¿Cuántos habéis perdido?

—Ciento cuarenta y ocho.

El silencio se hizo denso: Fela solo había perdido cincuenta y cuatro. Pero Möor era mucho más grande. Si las demás aldeas habían tenido la misma cantidad de víctimas, los Rikis no tenían ninguna posibilidad de vencer a los Herjas. Mis pensamientos regresaron a Hylli. Si los Herjas habían sido capaces de causar tanto daño en la montaña, ¿qué podían haber llegado a hacer en el fiordo? Las aldeas de abajo estaban más expuestas, eran más accesibles. Me tragué el nudo que tenía en la garganta cuando el temblor comenzó a aflorar de nuevo.

Vidr se sentó, se quitó la piel de oso de los hombros y se la colocó sobre las rodillas.

—Hemos sabido que también han atacado a los Askas, antes de subir a la

montaña.

—¿A los Askas? —Latham se enderezó, su cara torcida se estiró por la sorpresa.

—Todavía no sabemos qué ha pasado. Uno de los nuestros bajará para ver qué ha sido de ellos. —Le echó una mirada a Fiske.

—Son muchos, Vidr. No sé de dónde han podido salir tantos.

—Sí, lo sabes. —Le echó una mirada a Latham y un escalofrío provocó que todo el grupo se estremeciera.

Siempre habían corrido rumores acerca de los Herjas. Nadie sabía dónde vivían o a dónde se retiraban. Hacía mucho tiempo que se decía que no eran completamente humanos, que eran más espíritu que carne y que traían la cólera de un dios iracundo. Si era cierto, tal vez no había nada que pudiéramos hacer para vencerlos.

—Algunos de los supervivientes se reunirán con nosotros en Fela. Deberían llegar en uno o dos días. Cuando eso ocurra, decidiremos qué hacer. Juntos. —Vidr se inclinó hacia adelante para mirar a Latham a los ojos.

—Tendremos que pelear. —Pero esa mirada feroz que se escondía tras los ojos del líder de los Riki no se percibía en el rostro de Latham.

Mientras hablaban, rodeé al grupo y encontré un camino en el improvisado campamento del templo. Los niños Rikis alzaban los ojos hacia mí con las caras sucias, envueltos en las mantas, algunos aferrados a sus cuencos de comida fría. El fuego que iluminaba la estancia desde el centro de la sala ardía con fuerza, el calor nos oprimía y me detuve cuando Fiske se me acercó.

La tensión que atravesaba todo su cuerpo estaba cuidadosamente oculta, pero podía verla en la expresión de sus ojos. La noticia de haber perdido a tanta gente era un duro golpe y enfrentar a los Herjas implicaba una muerte

segura. Estaba pensando en Inge, en Halvard y en Iri.

—¿Cuándo saldremos hacia Hylli? —le pregunté.

—Por la mañana. Hasta entonces, atenderé a todos los que pueda. —Eché un vistazo alrededor de la sala—. Pero no soy mi madre.

Pasé por delante del fuego y me dirigí hacia una tetera que se encontraba al otro lado del altar, estaba llena de agua. La apoyé sobre las brasas y empecé primero por la niña que tenía más cerca. Me miró con recelo mientras la sentaba en un banco de madera junto al fuego. Cuando el agua se calentó, le limpié la cara y le quité la tierra y la ceniza de su piel blanca y pecosa, mientras ella me miraba con sus ojos del color del cuero engrasado de los Rikis. Su largo cabello rubio caía por su espalda en una maraña.

Fiske sujetó su pierna y observó el orificio que tenía en la pantorrilla. Parecía hecho por la hoja de un hacha y seguía abierto, rojo e inflamado por los bordes. Le limpié la piel para quitar la suciedad mientras Fiske cerraba el agujero. Pasó lentamente una aguja a través de su piel, sosteniendo el hilo entre los dientes. La niña se negó a llorar y lo observó mientras unía su piel con las manos. Cuando Fiske terminó, pasó al siguiente: un niño rubio con el brazo envuelto en un cabestrillo improvisado. Yo continué limpiándoles las caras mientras él curaba las heridas que les habían producido durante el ataque. Nunca, durante toda mi vida, había pensado en los Rikis como niños pequeños. Solo había conocido los rostros feroces de los guerreros durante las batallas. Pero ahora habían empezado a tener pasado, nombre y alma para mí..

Njord.

Idunn.

Aila.

Frigg.

Los miré a los ojos. Eran jóvenes y tenían miedo, pero era fuertes, como les habían enseñado. Apretaban los dientes y soportaban la aguja al suturar y el ardor de las heridas infectadas. Detrás de la bruma de las lágrimas y de las narices rosadas, eran como el fuego y el acero.

Les arreglé el cabello en trenzas ordenadas y despejé sus caras. Fiske sonreía sin mirarme, con los ojos concentrados en el corte que un niño tenía en el hombro.

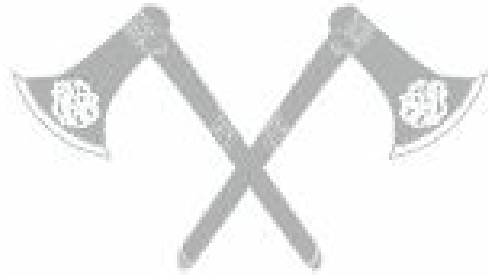
—¿Qué?

Alzó los ojos con el mentón dirigido hacia los niños.

—Parecen Askas.

Y tenía razón. Casi me eché a reír. Nunca había sido muy buena para esto, pero si algo sabía era hacer bien las trenzas de los Askas, las había hecho desde que era una niña. Se reunieron a nuestro alrededor con los brazos cruzados sobre el pecho, y nos observaron.

Como pequeños guerreros, como habíamos sido Iri y yo y como seguíamos siéndolo.



**E**speré sobre caballo y algo alejada mientras Fiske hablaba con Vidr y Latham. El sol comenzaba a salir y la aldea todavía estaba en silencio, pero yo ya estaba lista incluso antes de que nos hubiésemos ido a dormir. Podía sentir la llamada en mi interior. Hylli extendía sus brazos hacia la montaña, envolvía sus dedos alrededor de mí y me atraía hacia el fiordo. Era algo que nunca antes había sentido. Los Askas habían muerto en la batalla o en ataques inesperados, pero en ningún momento había llegado a pensar que el clan Aska pudiera desaparecer.

Fiske montó su caballo y pasó junto a mí para encabezar la marcha y retomar el sendero por el que habíamos venido. Vidr nos observó mientras el viento le agitaba el pelo po delante de la cara.

—¡Qnd eldr! —Su voz resonó a través del bosque.

Los caballos conocían el camino, aunque yo seguía sin entender cómo lo hacían. Estaba acostumbrada a orientarme por puntos de referencia, pero como todo estaba cubierto de nieve, me resultaba imposible. Los ojos de Fiske estaban puestos sobre las copas de los árboles y en la inclinación de la montaña, no en el suelo. El sol estaba cada vez más alto y el terreno se volvía



cada vez más escarpado. Los caballos resbalaban, sus patas temblaban y provocaban que las piedras rodaran en las zonas donde no había nieve. Fiske se echó hacia atrás para compensar el cambio de ángulo y yo lo imité mientras descendíamos por la parte más peligrosa del camino. Cuando llegamos a la base de la montaña, la vista se amplió dejando ver el valle más abajo, donde se divisaba una distante extensión de verde más allá del vasto paraje blanco.

A medida que avanzábamos la nieve comenzaba a derretirse, el día se volvía más cálido, y el suelo se tornaba más resbaladizo. Cuando el sendero comenzó a descender de nuevo, desmontamos y tiramos de los caballos caminando, detiéndonos para que pudieran descansar cada cierto tiempo. Caminé hasta el saliente de un acantilado y eché una mirada por encima de la arboleda: las copas de los árboles se parecían a la espuma batida de la superficie del mar, esponjosa y espesa por la nevada.

—¿Qué piensas que pasará cuando os enfrentéis con los Herjas? —le pregunté a Fiske.

—Pienso que nos vencerán —Él ajustó la montura de su caballo. No había nada en su voz que evidenciara miedo.

—¿Pero de todas formas pelearéis?

—Por supuesto. —Alzó la mirada hacia mí con desaprobación.

Un águila planeó por encima de los árboles, inclinándose hacia la izquierda y luego hacia la derecha.

—Pero si no podéis ganar...

—Si no peleamos, los Herjas nos matarán de todas maneras. Morimos peleando o morimos ocultándonos. ¿Qué elegirías?

Conocía mi respuesta tan bien como yo. Yo nunca esperaría escondida en la aldea que los Herjas volvieran a por mí, aun cuando significara la muerte.

Pero no soportaba la idea de que Iri se enfrentara a una batalla inútil. No podía tolerar la idea de que los Herjas mataran a Inge y a Halvard. Al imaginar a Fiske, con los ojos abiertos y vacíos, mirando al cielo mientras su alma abandonaba su cuerpo, un escalofrío me recorrió la piel.

—Los Rikis podrían reasentarse. —Señalé hacia arriba, al horizonte, pasando el fiordo—. Más allá del valle.

—¿En territorio Aska? —Inclinó la cabeza hacia un lado.

—Los Herjas cambian las cosas —respondí, encogiéndome de hombros—. De cualquier manera, los Askas y los Rikis no pelearán entre sí si los Herjas están en el valle. Ellos son ahora nuestro principal enemigo

—Son un enemigo común —corrigió.

Crucé los brazos sobre el pecho. Yo había estado pensando lo mismo, pero no podía imaginármelo. No podía imaginarme un mundo donde el clan Aska y el clan Riki estuvieran del mismo lado. El enredo ancestral de cueros marrones y rojos, de bronce y hierro en el campo de batalla, pero luchando *juntos*.

—¿Y si nosotros ganáramos? ¿Qué pasaría después? —pregunté mientras el águila giraba, inclinando las alas hacia un lado y regresando hacia nosotros.

Soltó la montura y acarició la melena del caballo.

—No lo sé.

Reanudamos la marcha, tomando un declive más suave y cabalgamos más despacio para que los caballos no se cansasen. El cuerpo me temblaba por la tensión de tener que controlar al animal, la mandíbula dolorida de morderme mientras me concentraba para no resbalarme. Una vez que estuvimos nuevamente en la ladera, eché una mirada hacia atrás, hacia la imponente cara de la montaña, cubierta de una densa capa de nieve. Podía sentir su fuerza,

que flotaba sobre nuestras cabezas como si estuviera esperando la oportunidad de abalanzarse sobre nosotros. Y me imaginé, solo por un instante, cómo sería quedar sepultada debajo de ella. Ir cediendo lentamente al frío y cerrar los ojos entregándome a la muerte, como la noche en que Thorpe me dejó en el bosque. Como los días que Iri pasó tendido en el barranco, muriéndose. Pero ahora, había algo en esa idea que me resultaba reconfortante. Significaba no tener que cuestionarme más. No tener que preguntarme si los Askas habían sobrevivido, si yo volvería a casa y qué le sucedería a Iri. Cuestionarme sobre el hilo que parecía unirnos a Fiske y a mí, que iba estrechándose entre lo dos cada vez más.

El sol comenzó a descender haciendo que el mundo se volviera otra vez frío y azul mientras nos adentrábamos en la arboleda. El bosque estaba en silencio, la respiración y los cascos de los caballos eran los únicos sonidos. Cuando llegamos a un claro que se abría paso en la espesura, la luz casi había desaparecido.

Delante de mí, Fiske salió de entre los árboles y la luz blanca de la luna se derramó sobre él al bajarse del caballo. Traté de no quedarme mirando el dibujo de su silueta en la noche helada.

Emergí de los árboles y mi caballo se detuvo a la orilla de grava de un enorme lago congelado. La superficie se extendía en ambas direcciones como si fuera de cristal negro y traslúcido.

—¿Cómo lo rodeamos? —Desmonté, caminé hasta la orilla y golpeé el tacón de mi bota contra el hielo grueso.

—No vamos a rodearlo. —Cogió la alforja de la montura y se la colgó del hombro—. Vamos a cruzarlo.

—¿Estás *seguro*? —Lo miré fijamente.

—Muy seguro.

La montaña se cernía sobre nosotros, observándonos.

—¿No hay forma de rodearlo?

—La hay, pero hacerlo nos llevaría un día entero. —Se acercó a mi alforja y comenzó a tirar de las correas.

—¿Y si nos caemos? —inquirí, los ojos fijos en el lago.

—No nos caeremos. —Sonrió y yo aparté la mirada cuando sentí que de nuevo el calor encendía mi piel.

Me pasó la alforja y me la colgué mientras él giraba los caballos hacia la montaña y les daba una palmada en las patas traseras. Salieron galopando, los golpes de los cascos parecían truenos lejanos en el bosque oscuro.

—Conocen el camino de vuelta a casa.

Se internó en el hielo, que crujió bajo sus pies, haciendo que mi corazón se retorciera. Por un momento, contuve el aire en mi pecho y alcé los ojos hacia el otro lado, invisible en la oscuridad. Eché a andar detrás de Fiske, caminando de lado como me había enseñado mi padre, para mantener mi peso sobre el hielo. La nieve fresca resbalaba bajo mis botas al internarnos en la superficie y luego se disipó, dejando el hielo liso y pulido.

El viento silbaba a nuestro alrededor y lancé un grito ahogado cuando miré hacia abajo. Me detuve en seco y giré en un círculo con los ojos muy abiertos. El cielo nocturno se reflejaba en el hielo, nítido en formas y colores, las estrellas giraban unas alrededor de las otras en la oscuridad, y una luna enorme, redonda y manchada me observaba desde abajo.

Pendía sobre su reflejo, como si el cielo estuviera doblado sobre sí mismo. Y nosotros estábamos caminando sobre ella: el mundo parecía estar del revés.

Me toqué los labios con las yemas de los dedos, mis ojos bailaron sobre la superficie. Fiske se detuvo y me miró, tenía el pulgar enganchado en la correa que le atravesaba el pecho. La luz rebotaba sobre el hielo e iluminaba la

mitad de su rostro.

—Esto solo ocurre durante una o dos semanas. El hielo comienza a enturbiarse al volverse más delgado —explicó alzando los ojos hacia la luna.

Me puse en cuclillas, apoyé la mano en el hielo y observé cómo se empañaba alrededor de mis dedos. Cuando los levanté, el contorno difuso de mi mano continuaba allí, congelado en la superficie.

—Cuando éramos pequeños, estuve a punto de ahogarme en el fiordo. Me caí a través del hielo. —Miré mi imagen reflejada en el lago—. Iri y yo estábamos jugando a ver quién llegaba más lejos cuando escuché el crujido, levanté la mirada y vi sus ojos justo antes de que el suelo cediera bajo mis pies.

Fiske dio un paso hacia mí.

—Estaba tan oscuro que no podía ver casi nada. Y luego sus manos me sujetaron, tiraron de mí y me lanzaron sobre el hielo. —Recordaba el aspecto que tenía: el agua era del azul más oscuro que había visto en toda mi vida—. No sé cómo no caímos los dos. Me enfadé muchísimo con él por haberse acercado al borde de esa manera.

Mis palabras se apagaron. Alguna vez, me había querido tanto como para saltar en el hielo por mí, pero luego se marchó.

—Hacemos lo que tenemos que hacer. —Fiske rompió el delgado silencio que nos separaba—. Si él no se hubiera arriesgado, habrías muerto. —Hizo una pausa—. Si yo no te hubiera derribado esa noche en Aurvanger, ese Riki te habría matado.

Me levanté y lo miré.

—Lo sé.

—Si yo no te hubiera clavado la flecha en el hombro, otro te habría clavado una flecha en el corazón. Si no te hubiera elegido como *dýr*, podrías estar en

cualquiera de esas aldeas que han ardidido en la montaña.

—Lo sé —repetí.

—Volvería a hacerlo —dijo—. Todo.

Pero, aun así, todo eso me hacía daño. Un momento más y la espada de Fiske hubiera sido mi fin. Y esa noche, yo lo habría matado sin pensarlo dos veces. Ahora, la idea me hacía sentir como si estuviera atrapada bajo el hielo, hundiéndome en la oscuridad.

—¿Por qué has venido conmigo? —le pregunté.

Se soltó la correa del pecho y pasó el peso de su cuerpo de un pie al otro.

—¿Por qué estás aquí?

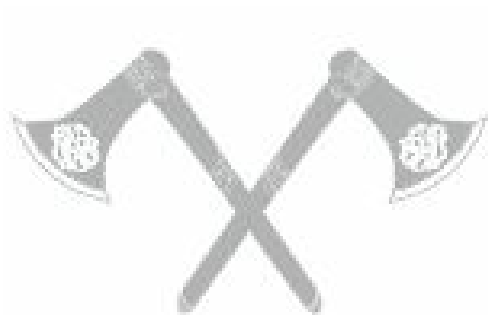
Y cuando sus ojos se encontraron con los míos, estaban abiertos y me dejaron entrar.

Di un paso hacia atrás.

Mi boca se abrió para decir algo, pero las palabras no lograron salir. Estaban atascadas en mi garganta, apretadas en el interior de la tráquea. De pronto, volví a ser consciente de las profundidades gélidas y opacas que fluían bajo nuestros pies, esperando la grieta más pequeña para empujarnos hacia el fondo, esperando para alimentarse con nosotros. Mi corazón palpité en mis venas mientras el miedo me aplastaba, haciéndome sentir más pesada. La sensación era aterradora, como si hubiera algo que me amarrara a él. Porque si uno de los dos caía en la oscuridad, el otro iría detrás.

Me desplazé alrededor de Fiske y caminé deprisa hacia el otro lado, hacia tierra firme y hacia la seguridad. El lago crujió bajo mi peso. Rugió, hambriento. Cerré los ojos y traté de no ver... de no mirar hacia la profundidad que había en mi interior, sellada debajo de la superficie. Mantuve la mirada al frente y dejé a Fiske entre los dos cielos nocturnos, rodeado por la luna y las estrellas. El único ser vivo y cálido sobre el hielo; lo

único que yo podía sentir.



No nos detuvimos, porque yo no podía.

Atravesamos el bosque en mitad de la noche mientras el cielo se oscurecía y se iluminaba con las nubes que pasaban por sobre nosotros. La luna desapareció más allá del valle mientras el sol se levantaba por encima de la montaña, a nuestras espaldas.

Me mantuve delante de Fiske, cada paso más rápido que el anterior al sentir que el fiordo estaba cada vez más cerca. Los árboles fueron volviéndose más escasos a medida que nos acercábamos al valle, distanciándose unos de otros mientras el suelo se asomaba bajo la nieve. La sombra de los árboles dejó paso a un mar de hierba verde bañado por un sol tan brillante que me hizo parpadear. Era la primera señal de que el deshielo se acercaba e iría abriéndose paso hacia la montaña en las próximas semanas.

Nos mantuvimos dentro el bosque, lejos de la exposición del valle. Podía oler el mar. El aroma frío y salado se deslizó por mi lengua y me suplicó que olvidara dónde estaba y lo que estaba haciendo. Que olvidara la noche en que había visto a Iri, el dolor de mi hombro y el ataque. Que olvidara a los Herjas. Recorrí el camino que había recorrido toda mi vida, a través del valle y hacia



el fiordo, y tuve la sensación de que no había ocurrido nada.

Pero el recuerdo se filtró sigilosamente de nuevo, escurriéndose por de mi mente mientras el terreno se levantaba delante nuestra y nos conducía al acantilado que daba a mi aldea. La hierba comenzó a desvanecerse en la roca que se calentaba bajo los rayos del sol y, cuando mis pies la tocaron, se detuvieron. Me retuvieron allí mientras aparecía ante mis ojos la franja de mar azul. Se encontraba bajo un cielo gris de invierno, tranquilo y límpido, y las pisadas de Fiske se detuvieron junto a mí, a la espera de próximo movimiento.

Me miré las botas, respiré y luego caminé en línea recta hacia el acantilado. Alijé el paso al subir al peñasco y mi mirada fue descendiendo hasta que pude ver el mar. Una alarma sonó dentro de mi cabeza: todo estaba demasiado tranquilo.

Di un paso más y la aldea apareció ante mis ojos, mi hogar, y sentí que me arrancaban el aire de los pulmones.

Abajo, Hylli no era más que ceniza, masacre y destrucción.

Eché a correr. Mis ojos no apartaron la mirada de los tejados destrozados y mis pies resbalaban por las rocas sueltas. La aldea parecía vacía y, a lo lejos, un halo negro manchaba la tierra donde alguna había estado el templo.

Mis manos se precipitaron hacia adelante y me las llevé hacia la nariz para evitar el olor nauseabundo. Llegué al final del camino, tropezando con mis propios pies, y eché a correr saltando por encima de los cuerpos que se descomponían bajo el sol del atardecer.

—¡Aghi! —grité, pero apenas podía oír mi propia voz por encima del ruido atronador que rebotaba dentro de mis oídos.

Corrí más rápido, pasé deprisa junto a las estructuras derruidas y calcinadas. Cuando llegué a nuestra casa me doblé sobre mi propio cuerpo

con las manos en las rodillas. Apenas se sostenía en pie, las paredes sobresalían del suelo por secciones. Mi pecho se oprimía y se hinchaba bajo el chaleco de la armadura, los ojos me ardían.

En la puerta, había un cuenco de arcilla roto sobre el umbral.

Entré justo cuando Fiske descendía por el sendero y eché una mirada a mi alrededor, seguía sin poder respirar. Había más platos rotos, dispersos por el suelo alrededor del fogón y mi catre estaba volcado en el suelo, la manta medio quemada y mojada por el agua que goteaba del techo. Las moscas zumbaban encima de una olla de hierro con comida en mal estado que se derramaba por los lados.

—Eelyn —la voz de Fiske sonó a mis espaldas.

Pero lo ignoré mientras levantaba la mesa y la ponía en su lugar y levantaba del suelo las piezas de cerámica. Las junté en mis manos con cuidado mientras mi mente pensaba frenéticamente.

—Eelyn —dijo otra vez, más fuerte—. Las armas y las herramientas no están y los cuerpos de fuera son Herja. Los Askas se han marchado.

Coloqué los fragmentos con cuidado dentro de la olla, ahuyentando a las moscas, y levanté el catre. Rodeé la manta con mis brazos: mi madre la había tejido cuando no era mucho más grande que yo. Ahora no era más que un revoltijo deshilachado, los dibujos rojos y anaranjados estaban deshechos.

—Si han decidido marcharse, es que él está muerto. —Me atraganté. El sonido estrangulado de mi voz, perforó de nuevo mi garganta, apoyé el rostro en la manta mojada y sollocé—. Están muertos —grité—. Todos están muertos.

Su calor me envolvió, me desplomé contra él y dejé que sus brazos me sostuvieran. Me tambaleé con los puños apretados contra el pecho, y sentí que me arrancaban la pequeña y frágil esperanza que había mantenido viva

mientras descendía la montaña. La fe en que los Askas tenían la fuerza suficiente.

Pero habían muerto.

Los brazos de Fiske me apretaron con fuerza y mis piernas cedieron al imaginarme el cuerpo de mi padre ardiendo en el altar con su barba ardiendo por el fuego y la piel ennegrecida. Y si él estaba muerto, entonces todos estábamos muertos, porque él era el más fuerte de todos, y, sin él, mi mundo perdía lo que lo mantenía unido.

La voz de Fiske sonó suave en mi oído.

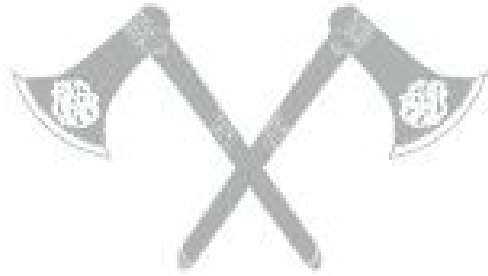
—Los cuerpos Askas han sido quemados y han limpiado las casas. Ha tenido que haber supervivientes, Eelyn.

No podía permitirme creerlo. No podía albergar esa posibilidad en mi mente. No había lugar para eso en la angustia que consumía cada parte de mi cuerpo. La pena de perder mi hogar, de perder a mi gente.

—Piensa. ¿A dónde pueden haber ido? —Me soltó y me alejó para que lo mirara. Sus manos apartaron el pelo de mi rostro—. ¿Dónde hay un lugar seguro? ¿Otra aldea Aska?

Cerré los ojos e intenté pensar. Yo sabía adonde podían ir, pero era algo que nunca le habría contado a nadie que no fuera Aska. Era un secreto. Y yo ni siquiera conocía el lugar. Cuando alcé la vista, sus ojos me observaban fijamente, escrutándome. Instándome a que dominara mis pensamientos frenéticos y desesperados. Eran como antorchas encendidas en la oscuridad.

—A Virki. —Me sequé la cara con las mangas—. Deben haber ido a Virki.



**F**iske hizo una hoguera mientras yo recogía y ordenaba los restos de mi hogar. Si alguna vez volvíamos a vivir aquí, habría que reconstruirlo. Casi todo estaba destruido. Pero yo necesitaba colocar las cosas en su sitio, aun cuando no regresara jamás.

Cuando terminé, cogí la piel del catre de mi padre y me la acerqué a la nariz. Olía a especias, a tierra y a mar. El ardor que me quemaba los ojos me hizo parpadear y apreté los labios intentando contener las lágrimas.

Me senté en la piedra delante del fuego y Fiske se dejó caer a mi lado, alcanzándome lo que quedaba del pan. Lo acepté y lo hice girar entre las manos. Se inclinó hacia las llamas, extendió los dedos hacia el calor y luego los encerró entre las palmas de sus manos. Fiske siempre cambiaba con la luz del fuego. La expresión de su rostro era dura, como la primera vez que lo había visto en Aurvanger. Pero tenía la sensación de que aquello había ocurrido mucho tiempo atrás. La expresión que alguna vez había logrado despertar a la guerrera que llevaba en mi interior, ahora me destrozaba. Me dejaba en carne viva.

—¿Qué crees que habría ocurrido si me hubieras matado aquella noche? —

Mis manos jugaron con la corteza del pan.

Masticó y sus ojos se desviaron del fuego hacia mí.

—No lo sé. No sé si Iri se habría enterado. Puede que yo nunca habría sabido quién eras.

—¿Y si él lo sabía? ¿Qué habría pasado si no hubiera logrado llegar a tiempo?

—Creo que jamás me lo hubiera perdonado. —La profundidad de su voz hizo que sonara asustado—. Él es como tú.

Me deslicé sobre la piedra para quedar frente a él, repentinamente desesperada por oír lo que no me estaba diciendo.

Sus ojos cambiaron de nuevo y se situaron en el pequeño espacio que nos separaba.

—¿Qué quieres decir?

—La familia lo es todo para ti.

Dio otro mordisco.

—¿A cuántas personas has matado? —pregunté.

Se dio la vuelta para mirarme y casi deseé deslizarme hacia atrás otra vez.

—No lo sé. —Se quitó la funda del hacha por encima de la cabeza y la dejó sobre la mesa, detrás de nosotros—. ¿Cuántas personas has matado tú?

Traté de pensar, aunque ya sabía la respuesta: no tenía la menor idea. Meneé la cabeza de un lado a otro como respuesta.

—¿Quién fue el primero?

El aire cambió, el lugar se volvió más pequeño.

—Un hombre, durante mi primera temporada de lucha —respondió y se rascó el mentón—. Estaba peleando con mi padre y él lo derribó. Luego lo levantó y me dijo que le cortara la garganta. Y eso hice. —Volvió a mirarme.

—¿Cuántos años tenías? —Mi voz se volvió más débil en la oscuridad.

—Doce. ¿Y tú?

—Once.

No preguntó quién era ni cómo sucedió, y se lo agradecí. Era la única vez que recordaba haber matado a alguien y sentir algo que no fuera solo la supervivencia. Había tenido mucho miedo, y eso me había avergonzado profundamente.

Esa noche, me había quedado dormida en la tienda mientras las lágrimas calientes resbalaban por mis mejillas, y mi padre no había dicho nada. Rezó conmigo por el alma de mi madre y luego se sentó junto a mi catre hasta que me quedé dormida. Al día siguiente, maté a cuatro. Y al siguiente a otros tres. Y no volví a llorar nunca más. Pero ahora podía volver a sentir esas mismas lágrimas que habían rodado por mis mejillas cuando era pequeña. Eran nuevas y genuinas, y se escurrían por el mismo sitio en mi interior. Lágrimas calientes contra la noche fría.

—¿Qué te pasa? —Fiske me miró.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla y la dejé.

—Es una sensación rara —susurré.

—¿A qué te refieres?

—A estar tan sola. Nunca me había sentido así. —Eché una mirada alrededor de la oscuridad de mi hogar—. Aun cuando estaba en Fela, tenía a los Askas. —Me soné la nariz—. Cada día que pasaba, me acercaba a ellos. Pero... se han ido. Me siento como... —Retuve el sollozo en el pecho y lo me tragué, súbitamente avergonzada.

—¿Como qué? —Se acercó más a mí.

Mis ojos recorrieron su rostro: la incipiente barba de su mandíbula, las pestañas oscuras alrededor de sus ojos azules.

—Como si fuera una llama a punto de apagarse. —Mi voz era tan débil que

parecía que podría romperla con mis propios dedos—. Como si fuera a desaparecer.

La habitación se quedó en silencio, el espacio que nos separaba absorbió todo lo que nos rodeaba. Sus ojos cayeron sobre mi boca y el fuego de mi pecho se extendió por todo mi cuerpo hasta llegar a todos los lugares que yo había mantenido oscuros y escondidos, y los encendió.

Traté de respirar, pero el aire no me llegaba a los pulmones. Estaba debajo del agua, atrapada bajo aquel lago congelado. Cuando Fiske se acercó un poco más, todo se liberó y el sonido de mi respiración estalló en mis oídos con tanta fuerza que todos los pensamientos huyeron como un ejército en retirada. Su calor me llegó justo antes de que sus labios tocaran los míos y me quedé inmóvil, intentando sentir ese pulso agudo y palpitante que latía bajo mi piel.

Levanté las manos lentamente y abrí los ojos para mirarlo. Toqué con los dedos las líneas del contorno de su rostro y él separó su boca de la mía y me miró como si no estuviera seguro de que yo todavía continuase allí.

Su respiración me tocó.

En un lugar que no sabía que podía sentir.

En un lugar que no sabía que existía.

—Fiske —pronuncié su nombre con una voz que no era mía y que se quedó flotando entre los dos y a través del silencio que nos envolvía.

—¿Qué? —Apretó los labios.

El pensamiento que me había perseguido sobre Fiske y que había tratado de mantener encerrado en un rincón oscuro de mi mente se avivó. Permanecí ahí, preguntándome si debía saltar o no. Me asomé y escudriñé en la oscuridad. Me llamaba, gritaba mi nombre.

Y salté.

Nuestras bocas se encontraron de nuevo, ambos con la respiración agitada como las olas de una tormenta, rompiendo contra nosotros y arrastrándonos bajo el agua. Aferré el chaleco de su armadura y sus manos me apretaron, atrayéndome hacia adelante. Me deslicé por la piedra y me acerqué más a él.

El agujero que se retorció y sangraba dentro de mí, se cerró.

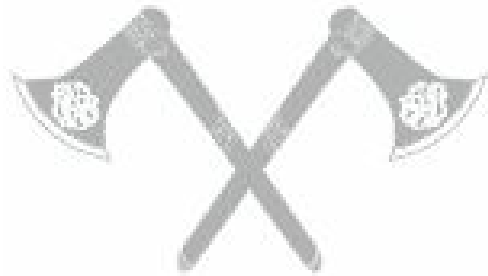
Dejé que él lo borrara, que lo hiciera desaparecer.

Sus labios descendieron hasta el hueco de mi cuello y cuando respiró, mientras su pecho subía y bajaba contra mí, el silencio regresó. Y duró el tiempo suficiente como para que estallara de nuevo. Ese dolor.

Me desplomé contra él, con tanta fuerza que se me cortó la respiración. Sus brazos se deslizaron alrededor de mí, apoyé la cara contra su hombro y lloré. Un sollozo oscuro y sagrado emergió desde mi pecho. Él me sostuvo, evitando que los pedazos cayeran y se desparramaran a nuestro alrededor. Y lloré hasta que ya no pude sentir. Y lloré hasta que ya no pude pensar.

La luna se elevó sobre mi hogar quebrado y yo me quebré con él.





**M**e desperté en la cama de mi padre envuelta en una manta. Las aves marinas chillaban sobre el agua y el olor de los muertos llegó de nuevo hasta mí. El olor me trajo rápidamente de vuelta, de vuelta a Hylli.

Me incorporé, bajé las piernas al suelo y me retumbó la cabeza. Me froté la cara hinchada y eché un vistazo alrededor de la pequeña casa. Estaba vacía.

El sol ya estaba bastante alto y sus rayos caían a través de la casa en una bruma de polvo y ceniza. Me coloqué la funda y el cinturón y recorrí el camino hasta el muelle con las armas ajustadas alrededor del cuerpo.

La tierra se transformó en grava y, cuando llegué al agua, el crujido familiar de mis botas sobre las piedras redondas y negras rompió el silencio de la aldea. Llené mis pulmones con el aire limpio del mar y me agaché, ahuequé las manos, las llené de agua y me salpiqué la cara. Me peiné el cabello hacia atrás con los dedos y miré hacia el horizonte.

El verde del agua que se deslizaba sobre la costa se iba poniendo azul a medida que el mar se volvía más profundo. Cerré los ojos y los volví a abrir. Todo estaba igual. El mismo mar, la misma playa. Pero luego miré hacia la aldea y la verdad afloró en mi mente: ya nada volvería a ser lo mismo.

Un chapoteo sonó por encima del susurro del viento y, al levantar los ojos, vi a Fiske. Se encontraba en el muelle, al el otro extremo de la playa, sacando del agua una red llena de peces. Con el cuchillo entre los dientes y los brazos flexionados por el peso de la red, se echó hacia atrás hasta que la red se deslizó sobre el muelle. Los peces eran como cristales y resplandecían cuando se movían de un lado a otro bajo los rayos del sol.

Alzó los ojos hacia mí y me sonrojé, sintiendo su calor en mis labios. Recordando cómo me tocaba, recordando que me hacía sentir tan pequeña que podía desaparecer dentro de él. Era como una flecha en mi pecho.

Caminé hasta el muelle por la orilla y observé cómo sacaba cuatro peces de la red y lanzaba el resto al agua. Dio unos pasos para encontrarse conmigo a mitad de camino y se detuvo frente a mí con el cuchillo en una mano y un cubo en la otra.

El viento agitó mi cabello y tuve que sujetarlo con una mano y colocármelo por encima del hombro.

—Perdóname. —Entorné los ojos por el sol.

Sus ojos examinaron los míos.

—¿Por qué?

Bajé los ojos al agua, intentando encontrar las palabras.

—Por lo de anoche.

Sonrió y el calor subió otra vez a mi rostro.

—Yo...

—¿Cuánto tiempo nos llevará llegar a Virki? —me interrumpió, ahorrándome la vergüenza de terminar la frase.

—Si salimos ahora, podríamos estar allí mañana por la mañana.

Asintió y echó una mirada por encima de mí hacia la aldea.

—Entonces vámonos ya.

Debería haberle dicho que no había ninguna razón por la que tuviera que acompañarme, que ya había pagado la deuda que pensaba que tenía conmigo al menos dos veces. Pero, en mi interior, era débil y no podía engañarme.

No quería estar sola. No quería que él se marchara.

—Gracias.

Asintió. Giré en contra del viento y observé cómo su sombra se movía junto a la mía en el suelo mientras caminábamos. Subimos por la playa y nos dirigimos hacia mi casa. Yo entré primero y sentí que un escalofrío me recorría la espalda al inclinarme por la puerta para buscar las alforjas. El grito se congeló en mi garganta cuando la cabeza de una flecha atarvesó el aire cerca de mi rostro. Una melena de cabello rojo brilló en la oscuridad y se escuchó el chasquido del arco estirándose con fuerza.

Mýra.

Apuntaba hacia Fiske.

—¡No! —susurré, lanzándome hacia adelante. Choqué contra ella mientras sus dedos se deslizaban por el arco.

La flecha salió volando y la aparté para mirar. Fiske se encontraba en la puerta con los ojos muy abiertos. La flecha había atravesado el cubo de pescado que se balanceaba por delante de él entre sus dedos.

Pude ver cómo su mente se movía con rapidez y la mano buscaba la espada en su cadera.

Mýra me empujó hacia un lado y rodé contra la piedra que rodeaba el fogón. El músculo de mi hombro volvió a desgarrarse y proferí un gemido al tiempo que Mýra se levantaba bruscamente del suelo con el hacha en la mano. La ceniza enturbió el aire mientras ella gruñía y dirigía el hacha hacia el cuello de Fiske, que se echó hacia atrás y cayó contra la pared. Toda la casa tembló a nuestro alrededor.

—¡Mýra! —Intenté sujetarle por la pierna, pero apenas podía ver y el polvo me asfixiaba.

Me ignoró y blandió el hacha de nuevo, pero Fiske se separó de la pared y la cogió del cuello. Ella dejó caer el hacha y le agarró la mano mientras él la empujaba contra la pared opuesta. Su cuerpo pequeño se sacudió bajo la fuerza del brazo de Fiske.

—Detente —Lo empujé, pero no se movió—. ¡Suéltala!

Me miró por el rabillo del ojo antes de que sus dedos soltaran el cuello de Mýra y los reemplazara con el cuchillo aferrado en el puño.

Ella se quedó inmóvil, paseando la mirada entre los dos.

—Fiske.

—¿Hay alguien más aquí? —Se inclinó sobre ella con la hoja todavía apoyada contra su piel.

Los ojos de Mýra se dirigieron hacia mí y apretó la mandíbula.

Me estiré despacio y coloqué mi mano sobre la de Fiske.

—Suéltala.

—¿Quién es?

—Es mi amiga.

Mýra me miró con los ojos muy abiertos mientras él bajaba el cuchillo, y las lágrimas brotaron antes de que yo pudiera llegar a ella. Me echó los brazos al cuello y sus sollozos se ahogaron en mi cabello mientras yo la abrazaba, mirando a Fiske por encima de su hombro. Con la mitad del cuerpo oculto entre las sombras, él volvió a deslizar el cuchillo en su cinturón.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —Sus palabras se tropezaron unas con otras—. ¿Qué haces aquí? —Me empujó hacia atrás y levantó la vista hacia mí. El *kol* desvaído de sus ojos caía por sus húmedas mejillas.

Me mordí el labio, intentando decidir qué iba a contarle, si ella me

entendería.

—Me capturaron en Aurvanger. He venido porque escuché lo que ha pasado.

—¿Cómo has conseguido atravesar la montaña antes del deshielo?

Hice un gesto con la cabeza hacia Fiske.

Mýra se pasó las manos por la cara y su respiración se calmó.

—¿Por qué?

Pero nada de eso importaba. Alineé los ojos con los suyos, me armé de valor y lancé la pregunta.

—¿Está muerto?

—No. —Me cogió por muñeca y me dio un apretón—. Está vivo. En Virki. Eché una mirada a Fiske, una sonrisa se dibujó en mi rostro mientras me inclinaba y colocaba las manos en las rodillas para estabilizarme.

—¿Cuántos? ¿Cuántos han sobrevivido?

Su expresión se tornó grave y la casa se quedó en silencio.

—Casi todos murieron. Habrán sobrevividos unos cuarenta de nuestra aldea. Y a algunos los capturaron.

Me desplomé en la piedra, el mundo giraba a mi alrededor y se movía en líneas borrosas y descoloridas. Sacudí la cabeza, intentando negar sus palabras.

—¿Y tu familia?

No respondió, el rostro pétreo.

Me levanté y fui hasta la puerta. De pronto, necesité aire desesperadamente. Mýra vino detrás de mí.

—Eelyn, ¿qué estás haciendo con un Riki?

—Tengo que ir a Virki.

—¿Qué hace él aquí? —Me empujó y yo retrocedí, con un resoplido de

dolor—. ¿Qué pasa? —Tiró de mí y abrió el cuello de mi túnica para mirar la herida que supuraba en mi hombro—. ¿Una flecha?

Asentí. Luego revisó la parte de atrás de mi hombro y, súbitamente, sus manos quedaron inmóviles—. ¿Es un...? —Su mirada descendió hasta las quemaduras que rodeaban mi cuello—. ¿Acaso ellos...?

Bajé los ojos, la vergüenza me resultaba demasiado abrumadora.

Me apartó, se apostó delante de Fiske cuando él cruzó la puerta y lo empujó con fuerza.

—¿Qué *has* hecho?

Él miró hacia abajo con el rostro inexpresivo y el cuerpo erguido sobre ella.

—¿Por qué te está ayudando, Eelyn? —Se volvió hacia mí.

—Los Herjas subieron a las montañas. —Me apoyé contra el árbol que estaba junto a mi casa, al que solíamos trepar Mýra y yo cuando éramos pequeñas—. Están por todas partes.

La observé mientras pensaba. Juntó las manos y se llevó los pulgares al labio inferior.

—Los Rikis han perdido a mucha gente. Demasiada.

—Muy bien —masculló echándole una mirada fulminante a Fiske.

Él se puso tenso y apretó los labios en una línea fina.

—Nos matarán, Mýra. *A todos*. Tengo que ver a mi padre.

Sus ojos continuaban clavados en Fiske, que permanecía silencioso en la puerta.

—¿Y qué pasa con él?

—Viene conmigo.

—No. —Meneó la cabeza y dio un paso hacia atrás—. No lo llevaré a Virki. ¡Podría regresar con el resto de los Rikis y destruirnos a todos!

—No, no lo haré. Los Rikis han perdido ferza, no pueden pelear. —Tragué

con fuerza—. No por sí solos.

Mýra se quedó mirándome con la boca abierta.

—No hablas en serio. Los Askas *nunca* pelearán junto a ellos. Y Sigr nunca permitirá que hagamos la paz con Thora.

—¿Aunque eso implique sobrevivir? Los Herjas regresarán. ¡Mira a tu alrededor! —Extendí los brazos hacia la aldea—. El deshielo está a punto de llegar, Mýra. Y, cuando eso ocurra, ¡ellos regresarán!

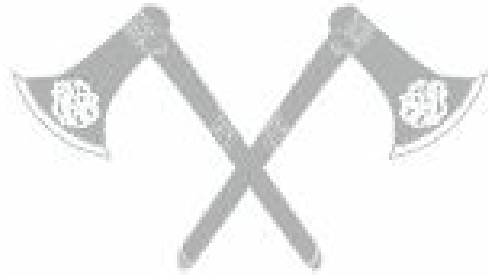
—*Vegr yfir ffor* —Se mordió el labio mientras se le dilataba la nariz—. No podemos confiar en ellos, Eelyn. Tú lo sabes.

Miré a Fiske. Aun cuando confiara en él, nunca confiaría en su gente. Jamás.

—Lo sé.

Fiske levantó el mentón y bajó la mirada hacia mí.

—De acuerdo, tráelo. De todas maneras, los Askas lo matarán cuando llegemos a Virki. —Mýra nos observó a ambos antes de darse vuelta. Deslizó el arco por encima de la cabeza y echó a andar sola por el camino.



Caminamos a lo largo de la costa uno de detrás de otro. Las ráfagas de viento se agitaban por las laderas de los acantilados, empujándonos hacia atrás en nuestra marcha hacia el sur. Apreté el brazo herido contra el cuerpo, sangraba y me mojaba la túnica.

A lo lejos, Hylli se fue volviendo pequeña y los árboles se fueron haciendo más tupidos, transformándose en el bosque costero en el que estaban enclavadas la mayoría de las aldeas Aska. Era un camino que Mýra y yo habíamos recorrido muchas veces, solíamos ir con mi padre a Utan y a Lund para intercambiar pescado por cosas que Hylli necesitaba, como madera para construir y especias que solo podían encontrarse en el bosque.

Mientras caminábamos, Mýra no se dio la vuelta para mirarme, pero la tensión en sus hombros era palpable. Mantenía una mano en el mango del cuchillo y la otra enganchada en la cuerda del arco. No dudaría ni un segundo en matar a Fiske y yo no estaba segura de si su lealtad hacia mí superaba su odio por los Rikis. Había perdido a su padre, que había muerto de fiebre cuando éramos pequeñas, y luego perdió a su hermana el día que yo había perdido a Iri. Ahora, había perdido a todos los que le quedaban a manos de



los Herjas y yo debería haber estado allí.

No quería imaginármela observando a los cuerpos ardiendo con las palabras rituales en los labios. No quería pensar en ella sosteniendo en sus brazos lo que quedaba de su familia. La conocía tanto como me conocía a mí misma. Sabía cómo era capaz de mantener en su sitio cada fragmento roto de su corazón, negándose a derrumbarse. Y había que tenido que enfrentarse a todo esto sola porque yo fui egoísta. La había abandonado en Aurvanger, igual que había abandonado a Iri.

No sabía si ella llegaría a perdonarme o no, pero sí sabía que yo nunca me lo perdonaría.

\* \* \*

Llegamos a una bahía que se encontraba enclavada entre los acantilados como una media luna. Sobre el mar aún podía distinguirse una fina capa de hielo en sus bordes, en las partes que eran poco profundas. Los bancos de peces nadaban debajo como una movediza columna de humo.

Fiske no había pronunciado ni una sola palabra desde que nos habíamos marchado de Hylli. Su atención estaba concentrada en el suelo rocoso y resbaladizo, y sus botas luchaban por encontrar puntos de apoyo. Este no era su terreno, así como la montaña nevada no era el mío. Me levanté la capucha de la capa cuando el viento se volvió más cortante y observé cómo la niebla se deslizaba sobre la tierra, inundando el suelo mientras el sol descendía. Abajo, el agua golpeaba con más fuerza contra las rocas y, cuando la perdimos de vista, nos detuvimos y acampamos tierra adentro, cerca del bosque.

Mýra observó a Fiske moviéndose entre los árboles mientras recogía leña.

—¿Cómo has podido hablarle de Virki? —gruñó con un furioso susurro.

Saqué el pescado de la alforja mientras elegía las palabras cuidadosamente.

—¿Qué hacías en Hylli?

—Regresé a buscar las pertenencias de mi familia. Lo que quedaba de ellos.

—Iri está vivo, Mýra —exclamé respirando profundamente.

Sus manos se se detuvieron sobre la empuñadura del hacha y sus ojos abandonaron los árboles y aterrizaron duramente sobre mí.

—¿Qué?

—Que Iri está vivo. Ha estado viviendo con los Rikis durante todo este tiempo. —Las palabras se fueron asentando y, mientras eso ocurría, yo escuché su sonido al proferirlas en voz alta. Decírselo a Mýra era una cosa, decírselo al resto de los Askas sería algo muy diferente. Iri era querido y admirado por todos en Hylli, pero ellos le quitarían la vida por lo que había hecho. Lo que repercutiría sobre mí y sobre mi padre.

—¿Cómo? ¿Por qué? —Se puso de pie.

—No estaba muerto cuando lo dejamos en Aurvanger. Los Rikis lo encontraron y le salvaron la vida. *Fiske* le salvó la vida.

—No. Yo lo vi. Las dos lo vimos. —Caminó de un lado a otro delante de mí, los ojos frenéticos.

—Es verdad.

—¿Y qué? ¿Ahora es uno de ellos?

—Sí. —Era la primera vez que al decirlo en voz alto realmente lo creía.

—¡No puedes cambiar tu sangre, Eelyn! ¡No puedes borrar de un plumazo a todos los Askas muertos a manos de los Rikis! —Su voz era áspera y supe que estaba pensando en su hermana.

—No podemos borrar nada de eso. —Y esa era la parte más aterradora de todo.

Fiske salió de entre los árboles con una pila de leña bajo brazo y encendió el fuego mientras Mýra lo observaba. La furia de sus ojos cayó con dureza sobre Fiske, pero él la ignoró.

Mýra volvió a colocarse el hacha en la espalda.

—Yo vigilaré.

—Duerme. Yo lo haré. —Me puse de pie.

—¿Para que él pueda cortarme la garganta? —resopló ofuscada mientras sacaba las estatuillas de su padre y de su hermana del chaleco—. Eres realmente ingenua si piensas que voy a *dormir* tan cerca de un Riki. —Dio media vuelta y se marchó enfadada en la oscuridad, dejándonos solos.

Fiske se dedicó a encender el fuego como si no la hubiera escuchado. Tenía la cara iluminada.

—No confía en ti. —Le alcancé otro trozo de leña—. Ninguno de ellos lo hará.

Detrás de nosotros, en la oscuridad, podía escuchar el tenue sonido de las plegarias de Mýra.

Fiske se sentó contra el árbol y se quitó el hacha de la espalda para poder apoyarse.

—¿Tú confías en mí? —Su rostro era duro, inescrutable, como siempre.

—Sí. —Levantó los ojos y me miró con intensidad, como lo había hecho en Hylli—. Pero no sé si los Askas nos escucharán.

—¿Crees que este es el final? —Se miró las manos.

—¿El final de qué?

—El final de todo. De los Rikis, de los Askas. —Las palabras quedaron flotando sobre nosotros, ardiendo con el fuego.

—¿Eso es lo que piensas?

—No. Pienso que los convencerás.

La quietud de la noche se tornó en algo frágil que amenazaba con quebrarse, porque yo no estaba segura.

—¿Cómo lo sabes?

Esbozó una sonrisa.

—Porque tienes fuego en la sangre.

Era lo que Inge había dicho sobre mí la aquella noche en la que los había estado espiando desde la planta de arriba, y él le había dicho a Halvard que yo era peligrosa.

—¿Tú confías en mí, Fiske?

—Estoy aquí, ¿verdad?

El recuerdo de sus labios sobre los míos inundó mi mente. Sus manos buscándome en la oscuridad, atrayéndome sobre la piedra. Apreté las manos, resistiendo el deseo de tocarlo.

—¿Y si los Askas se unen a los Rikis y juntos derrotamos a los Herjas? ¿Entonces qué pasaría?

Metió el hacha en el fuego y acercó algo más de leña a las llamas.

—Entonces las cosas cambiarán.

—¿Qué cosas?

Volvió a apoyarse contra el árbol mientras sus ojos se deslizaban por mi cara y su voz se volvió más suave.

—Todas las cosas.

\* \* \*

Nos acercamos por encima de la colina, muy lejos del mar como para verlo a través del bosque. Nos acostamos sobre la pendiente, boca abajo, y espiamos por el borde hacia el claro que se divisaba a lo lejos. Todo estaba quieto, en silencio.

—¿Cuántos Askas? —Yo no despegaba los ojos de los árboles.

—Por lo menos diez. Hagen debería estar con ellos —respondió Mýra.

Conocía a Hagen desde que era una niña, había peleado con él. Y sabía lo que pensaría sobre el hecho de que yo llevara a un Riki a nuestro campamento.

—Coge sus armas. —Mýra señaló a Fiske.

—No —exclamó él, deslizándose hacia atrás.

—Si ellos te ven aparecer armado, te clavarán una flecha antes de que tengamos la posibilidad de hablar. —Extendí la mano.

—No pieso entrar en un campamento Aska desarmado.

—¿Justo cómo hicisteis vosotros conmigo cuando me arrastrastéis hasta Fela con una flecha en el brazo? —Lo miré y levanté una ceja—. Ellos no te matarán. No permitiré que lo hagan.

—Al menos, no inmediatamente. Primero te torturarán. —Mýra se echó a reír con un tono sombrío. Me di la vuelta para ver la sonrisa malvada en su rostro—. *Después* te matarán.

Extendí la mano abierta hacia él.

—Mi padre está ahí abajo. Puedo hablar con ellos.

La observó con detenimiento antes de desabrocharse la funda y el cinturón, envolviendo las correas de cuero alrededor de las fundas en un bulto apretado. Me las extendió meneando la cabeza.

—Yo iré primero. —Mýra echó un último vistazo a los árboles antes de levantarse. Luego, comenzó a bajar la colina y se metió en el bosque lentamente con las manos junto a su cuerpo.

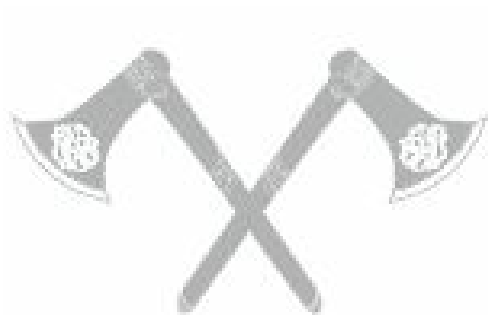
Apreté las armas de Fiske contra mí con el brazo sano y esperé unos segundos antes de salir tras ella.

Pero Fiske me cogió por la cintura y me detuvo.

—Si ellos... —Me echó una mirada mientras sus dedos buscaban la piel suave sobre de mi cadera y me sujetaban. Sabía lo que iba a decir—. Yo tengo que volver con mi familia. Si eso implica matar a un Aska para poder salir de Virki y regresar a la montaña, lo haré. ¿Lo entiendes?

Recorrí con los ojos todo su cuerpo musculoso: no necesitaba armas para ser una amenaza para mi gente. Y una vez que fuera a Virki, ya no habría vuelta atrás. Él podría conducir a los Rikis hacia un asalto contra los Aska más vulnerables, que pendían como las últimas hojas del otoño, esperando caer. Él haría lo que tuviera que hacer, y yo también.

—Lo entiendo.



Una bola de fuego resplandeció a lo lejos en la oscuridad. Pero cuando nos fuimos acencando se convirtieron en muchas, que se extendían hacia cada lado. La niebla nocturna se esparcía a nuestro alrededor como una exhalación hambrienta, hasta que mis pies desaparecieron bajo su grueso manto.

Nos detuvimos ante una señal de Mýra y esperamos. Mantuve los ojos en las antorchas hasta que una de las esferas comenzó a moverse. Un hombre saltó de un árbol al ver a Mýra, su mirada siguió de largo hasta llegar a Fiske y a mí.

—¿Eelyn? —Entornó los ojos en la oscuridad, levantando la antorcha entre nosotros.

—Soy yo —respondí.

—¿Quién es él? —Dio un paso adelante.

—Es un Riki, Hagen —pronuncié las palabras lo más calmadamente posible—. Está solo y ha venido para hablar con Espen.

Pero Hagen ya había desenfundado su espada antes de que yo hubiera concluido la frase y sus ojos escrutaban los árboles que nos rodeaban. Los

demás salieron de entre los matorrales, seguidos del sonido de las armas deslizándose de sus fundas.

—Estamos solos. —Levanté una mano hacia él.

—Revisadlos —gritó por encima del hombro mirándome con furia mientras los otros seguían sus órdenes. Se dispersaron por el bosque y el resplandor de las antorchas se extendió como un abanico a nuestro alrededor.

Controlaba que Fiske no tuviera armas con la espada preparada.

—No está armado. —Levanté las manos mientras los hombres regresaban de su inspección por el bosque.

Fiske estaba tenso a mi lado siguiendo cada movimiento con los ojos alertas.

—Todo controlado, Hagen —gritó uno de los hombres.

Me miró durante unos minutos moviendo la mandíbula hasta que finalmente alzó la mano y me sujetó el hombro derecho. Yo hice lo mismo y le sostuve la mirada.

—A Espen no le va gustar esto, Eelyn. A tu padre tampoco.

Le hice una seña a Fiske para que caminara delante de mí mientras yo permanecía a su espalda. Nos adentrándonos en la arboleda donde el zumbido del agua que fluía se imponía sobre la quietud. Las antorchas se detuvieron y el sonido de las pisadas se apagó ante una pared negra.

—Vamos a descender. —Mýra caminó entre los hombres hasta llegar a mí.

—¿Descender a dónde? —La seguí hasta donde se encontraban los demás y en cuanto mis pies alcanzaron la cornisa me di cuenta de que estábamos al borde de un barranco.

—Amárrala alrededor de tu cuerpo de esta manera —me indicó Mýra mientras me pasaba una cuerda.

La observé atentamente y seguí sus instrucciones. Cuando los nudos estuvieron firmes, Hagen sujetó su cuerda a los ganchos de metal a otra soga



que se encontraba en el suelo. Echó una mirada hacia el resto de sus hombres antes de agacharse y lanzarse por el barranco sin avisar. El corazón me dio un vuelco mientras observaba cómo la cuerda se tensaba y luego se aflojaba nuevamente.

Mýra fue la siguiente. Se acercó al borde del acantilado y me miró a los ojos antes de desaparecer. Miré hacia abajo, intentando verla, pero solo se divisaba el movimiento del agua bañada por la luz de la luna. Los demás subieron las cuerdas y con los ganchos de los extremos vacíos. Bajaron otros dos más, que se arrojaron desde el barranco sin vacilar.

Fiske se ató las cuerdas y yo sujeté un gancho de metal a los nudos que tenía alrededor de mi cuerpo. Él retrocedió y me sujetó con una mano mientras yo hacía lo mismo, intentando inmovilizar el brazo contra mí. De todas maneras, me dolería. Después alineó sus talones con el borde.

—¿Listo? —susurré.

Me miró y asintió.

Me agaché y lancé el peso de mi cuerpo hacia atrás con toda la fuerza que pude y me hundí en el aire. La cuerda ondeó delante de mí como una víbora contra el cielo nocturno. Las luces de las antorchas desaparecieron por encima del acantilado, pero la cuerda se enredó dejándonos colgados en un ángulo inclinado, justo cuando los demás volvieron a aparecer ante nosotros con las manos levantadas y los dedos extendidos para sujetarnos.

—¡Eelyn!

El grito se enroscó alrededor de mi corazón mientras me balanceaba hacia la pared del barranco. Mi bota se atascó y me hizo dar vueltas hasta que unas manos me contuvieron. Cuando me detuve, mi padre se abrió paso con los hombros entre la multitud.

Mis manos temblaron y se extendieron hacia él mientras continuaba

colgando de la cuerda. El grito se liberó de mi garganta y agité las manos en el aire hasta que sus grandes manos me alcanzaron y me atrajeron hacia él. Yo lloré sobre su hombro y él tembló contra mí. Un sollozo escapó de sus labios mientras el resto desenganchaban la cuerda que me rodeaba. Lo apreté con más fuerza. Me levantó en el aire y algunos de los fragmentos que se habían fracturado dentro de mí volvieron a colocarse en su lugar. Cuando llegué al borde del risco y vi que Hylli había sido atacada y destrozada, había estado segura de que no volvería a verlo nunca más. Pero él estaba aquí, había regresado de la muerte, como Iri. Como yo.

Cogió mi cara entre sus manos para mirarme y me acarició el pelo. Las lágrimas cayeron en su barba tupida y espesa y aterrizaron en la risa que trepaba por su garganta. Solo lo había visto llorar dos veces en mi vida: una cuando murió mi madre y otra cuando murió Iri.

La verdad ardió dentro de mí.

—Sabía que estabas viva. Sabía que volvería a verte —masculló entrecortadamente—. ¿Los Rikis te capturaron?

Asentí mientras reprimía el resto de las lágrimas. Pero solo le llevó unos segundos ver aquello que yo esperé que nunca vería. Sus dedos resbalaron de mi cara hacia mi cuello, deslizándose por la piel donde las quemaduras comenzaban a cicatrizar.

Su respiración se volvió más agitada, sus ojos enloquecieron. Sentí cómo su furia se estrellaba estrepitosamente contra mí, violenta y furiosa, porque mi padre nunca me había mirado de ese modo.

Los gritos retumbaron contra la roca y aparté los ojos intentando encontrar a Fiske. Pero solo había Askas por todas partes, arremolinándose a nuestro alrededor. Me puse de puntillas, solté a mi padre y empujé los cuerpos que nos rodeaban mientras el pánico crecía dentro de mí. Cuando atravesé la

multitud, Fiske estaba apoyado con la espalda contra la pared del barranco, rodeado. Tenía las manos junto a su cuerpo y los puños apretados. Esperé a que el instinto asesino que yacía debajo de su cara endurecida fuera invisible para los demás. Sus ojos se movían frenéticamente de izquierda a derecha, buscándome.

Mi padre se abrió paso y yo extendí la mano hacia él cuando vi la expresión de su rostro. Pero me apartó y se dirigió a Fiske.

—Aghi. —Eché a correr tras él intentando interponerme en su camino, pero era muy fuerte. Mis botas resbalaron en la arena mientras él avanzaba a grandes pasos.

Aferró a Fiske por el chaleco de la armadura y lo estampó contra la roca. Un rugido brotó de sus labios mientras sacaba la espada de la vaina.

Me interpuse entre ellos, la espalda apretada contra el pecho de Fiske y las manos empujando a mi padre.

—¡No!

Su respiración se agitaba furiosa en su pecho, el odio brillaba en sus ojos.

Espen apareció detrás de él con el hacha en la mano.

—¿Qué hace él aquí?

—Escúchame, por favor —rogué, Fiske respiraba contra mí. La tensión de su cuerpo irradiaba de él y se derramaba sobre el chaleco de mi armadura—. No ha venido aquí para luchar, él me ha ayudado a bajar de la montaña.

Mi padre retrocedió.

—¿Qué está *haciendo* aquí, Eelyn? —repitió las palabras de Espen, pero, en boca de mi padre, estaban sedientas de sangre.

—Los Rikis... —intenté decirlo, pero podía ver en sus rostros que todos estaban esperando la más mínima oportunidad para destrozar a Fiske—. Todas las aldeas fueron atacadas. Como Hylli.

La muchedumbre enmudeció, los Askas se volvieron unos hacia otros. Espen bajó el hacha, se la apoyó contra la pierna y miró a mi padre. Ellos no lo sabían.

—Los Herjas fueron a Fela. La aldea sufrió muchas bajas, pero no tantas como otras. Estuve en Möor antes de venir aquí, casi ha desaparecido por completo.

—Regresarán para liquidarnos. —Mi padre se volvió hacia Espen, que tenía los ojos clavados en la arena, pensando.

—Hemos enviado espías a su campamento. Son por lo menos ochocientos. Se me cayó el alma al suelo.

—Tienen un grupo que hace incursiones por la montaña. Son por lo menos unos cincuenta tras las pérdidas sufridas. —Todas las cabezas se giraron bruscamente hacia la voz de Fiske.

Espen se mordió el labio, se dio la vuelta y la gente se abrió para dejarlo pasar.

—Traedlo.

Lo seguimos, zigzagueando entre los Askas, que le gruñían a Fiske, le escupían y lanzaban maldiciones por lo bajo. Cuando logramos salir de debajo del saliente, finalmente miré hacia arriba. El barranco se extendía sobre la costa de arena de manera pronunciada, como un techo, y el agua circulaba en una corriente rápida y blanca. Seguimos la pared de roca hasta que llegamos a una hilera de cabañas hechas con ramas dobladas y techos de hierba. Todas tenían una hoguera al lado, excavada en la arena y el rugido del viento azotaba la pared con olor a lodo y a piedra mojada.

Espen se reunió con mi padre y con los líderes de la aldea frente a una larga mesa de madera y esperaron.

—¿Cuántos Askas quedan? —La respuesta me producía pavor.

Mi padre se comportó como si no quisiera decir nada delante de Fiske, sus ojos saltaban entre nosotros dos.

—Doscientos noventa capaces de luchar, entre todas las aldeas. ¿Cuántos Rikis?

Lo miré a Fiske. El número era bajo, muy bajo. Todos esos Askas... muertos.

—No estamos seguros —respondió mirándome a los ojos—. Cuando nos marchamos, el resto de los líderes de las aldeas todavía no se habían reunido. Yo diría que un poco menos de trescientos entre Fela y Möor juntas. Tal vez quinientos si incluimos a los supervivientes de las otras aldeas.

Mi padre alzó las cejas sorprendido.

—¿Entonces estás hablando en representación de los Rikis? —Espen se inclinó sobre la mesa.

Fiske se relajó un poco, aunque todavía vigilaba las sombras que provenían de la orilla.

—Sí. Los líderes Riki quieren que vosotros os unáis a nosotros para luchar contra los Herjas.

Espen y mi padre se miraron.

—Son demasiados para vosotros y demasiados para nosotros. Pero juntos, tal vez tengamos alguna posibilidad.

—¿Y después? —Espen cruzó los brazos sobre su ancho pecho.

—Eso tendréis que decidirlo vosotros junto a los Rikis. Yo no soy un líder.

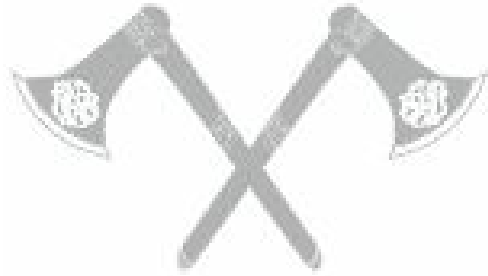
—¿Entonces por qué te han enviado? —Mi padre apoyó los puños en la mesa—. ¿Cómo sabemos que podemos confiar en ti?

—No lo sabéis. —Me adelanté y miré a mi padre a los ojos—. De la misma manera que ellos no saben si pueden confiar en nosotros. Pero nos necesitamos. Si no nos unimos, nuestro pueblo habrá llegado a su fin. Nuestra

forma de vida desaparecerá.

Se quedaron callados.

—He podido ver lo que ha quedado de Hylli —agregué en voz baja—. No tenemos otra opción.



Los hombres interrogaron a Fiske hasta bien entrada la noche y pasó mucho tiempo hasta que terminaron de hablar. Me di cuenta de que estaba incómodo al tener que darles todas las respuestas que querían, pero igualmente se las ofreció. Eran cuestiones que comprometían la defensa de los Rikis frente a los Askas. Cuestiones tras que ya no habría marcha atrás.

—Yo iré. —Mi padre fue el primero en estar de acuerdo.

Pero Espen parecía inseguro.

—No podemos enviar a otros contigo, Aghi.

—Yo iré con ellos. —Los ojos de Mýra estaban clavados en mí. Se encontraba sentada hombro con hombro junto a mi padre.

Fiske se había alejado del resto de nosotros, se encontraba de espaldas a la pared del acantilado. No iba a darle a nadie la oportunidad de pillarlo desprevenido.

—Entonces tú hablarás por los Askas —concordó Espen—. Y nos encontraremos en Aurvanger.

Inquieta, me pasé la mano por el cabello. Durante generaciones, nos habíamos encontrado en Aurvanger. Los Rikis y los Askas, pero era para

matarnos los unos a los otros. Esta vez, sería para salvarnos a todos. Me pregunté si podríamos ser guerreros que lucharan juntos, si eso nos haría más débiles o más fuertes.

Cuando nos despidieron, mi padre nos condujo a través del campamento hasta una pared del acantilado, que quedaba separado del resto por una saliente rocosa. Más adelante, en la orilla, los líderes Askas continuaban discutiendo bajo la luz de las antorchas. Sus susurros exhaustos y débiles se elevaban por encima del ruido del agua.

—Puede dormir aquí. —Mi padre le dio a Fiske una de las alfombras de lana enrolladas que traía consigo—. Partiremos al amanecer.

Se dio la vuelta para marcharse y caminé con él alrededor de la gran roca que se adentraba en el agua.

—Yo me quedaré aquí. —Tragué saliva intentando sonar segura, tranquila.

—¿Qué? —preguntó volviéndose hacia mí.

—No puede dormir aquí solo. Estará muerto antes de que salga el sol.

Sus ojos se deslizaron lentamente sobre mí, intentando descifrar mi expresión. Iri, Mýra y él eran los únicos que podían hacerlo.

—He estado viajando con él durante días, no es una amenaza para mí. Y si se convierte en una amenaza, sé cuidar de mí misma.

—¿Qué es esto, *sváss*? —preguntó vacilante.

—Lo necesitamos para regresar a Fela, para reunirnos con los Rikis. —Suspiré—. Por favor, confía en mí.

Extendió la mano y vi que sus ojos bajaban otra vez hacia las cicatrices de mi cuello antes de envolverme entre sus brazos.

—De acuerdo.

La irritada palpitación de mi hombro aumentó mientras él me abrazaba con más fuerza. Me incliné sobre su cuerpo corpulento y me dejé envolver por su



olor familiar. Me recordó a la temporada de lucha, los dos agazapados en nuestra tienda, en Aurvanger, todas las noches.

Me entregó la otra alfombra de lana que traía enrollada bajo el brazo y luego se perdió en la oscuridad, hacia las cabañas, sin mirar atrás. Él siempre había confiado totalmente en mí, pero podía sentir que su confianza vacilaba, amenazando con dejar lugar a la sospecha. Volví a rodear la roca y estiré la alfombra sobre la arena. El silencio que se había instalado entre Fiske y yo desde la noche en que nos quedamos en Hylli, continuaba allí, donde resonaba cada mirada y cada palabra no dicha.

—Deberías ir con él.

Busqué en la parte trasera de mi cinturón y extraje el cuchillo, que estaba oculto debajo de mi túnica, y se lo extendí.

—¿Lo voy a necesitar? —preguntó mirándolo.

—Espero que no. —Si por cualquier motivo Fisque se veía en la necesidad de matar a un Aska, yo sería la responsable. Y sería el fin de cualquier esperanza de unión entre los dos clanes.

Se acercó a mí, pero, en lugar de coger el cuchillo, su mano se deslizó sobre mi muñeca. Cuando sus dedos se cerraron alrededor de mi brazo, mi pulso se aceleró.

—Debes tener cuidado. —El calor que crecía bajo mi piel ardió justo donde su piel entró en contacto con la mía—. Si los Askas creen que me estás protegiendo, no confiarán en ti. —Sus dedos me apretaron con más fuerza—. Necesitas que ellos confíen en ti, Eelyn. Los dos lo necesitamos.

Bajé la mirada hacia la mano que me sujetaba y luego alcé los ojos hacia su rostro. Aquel momento en Aurvanger retornó vívidamente. El momento en que lo vi por primera vez, en medio de la niebla, blandiendo su espada.

—¿Por qué has venido? —le pregunté otra vez en un susurro.

—Por la misma razón que acabas de decirle a tu padre que ibas a dormir aquí. —Se acercó un paso más y todos los músculos de mi cuerpo se tensaron, esperando—. No quieres saber realmente por qué. —Su mano se deslizó por mi brazo hacia el cuchillo, lo cogió y se estiró hacia atrás para guardarlo en su cinturón—. Y en este momento no es importante.

Tenía razón, yo no estaba lista para escucharlo. Ni siquiera estaba lista para permitirme pensarlo. No tenía espacio en mis pensamientos para intentar dilucidar qué significaba y todo lo que implicaría, porque todos podríamos estar muertos en cuestión de días.

—No les has dicho nada de Iri. —Eché una mirada hacia el agua mientras yo me instalaba en mi alfombra.

—No he podido.

—Tendrás que hacerlo.

—Lo sé —susurré.

\* \* \*

Unas caras pequeñas se asomaron por la roca mientras me daba la vuelta y me despertaba. Cuando alcé la vista, se bajaron de un salto y echaron a correr por la orilla levantando arena a su alrededor.

Fiske se arrodilló y se echó agua en la cara mientras miraba hacia cada lado de la orilla. Aquella mañana, el agua estaba más tranquila y se podía ver que el río era ancho, más ancho que ninguno que yo hubiera visto antes. En cada orilla, las altas paredes de los acantilados se elevaban sobre angostas orillas de arena.

Al enderezarme e inclinarme hacia adelante, vi que el saliente era más largo de lo que había pensado y cada centímetro de arena que había debajo tenía algún uso. Refugios, redes, hogueras, mesas de trabajo. Habían tallado

un largo rectángulo en la pared y colgado arcos, flechas, espadas y cuchillos en filas ordenadas. Más abajo, pequeños botes de madera estaban suspendidos del techo por un sistema de cuerdas que recorrían la pared y estaba clavado al suelo con estacas. Era un sitio difícil de encontrar y, quienquiera que intentara atacar, tendría que cruzar el río o bajar el barranco. Era un escondite perfecto.

Y ese pensamiento me golpeó: los Askas estaban *escondiéndose*. Un pueblo fuerte y feroz ahora reducido a las sombras.

—Es impresionante lo que han hecho aquí. —Fiske se secó el agua de la cara mientras observaba el saliente de roca y me tendió la mano para ayudarme a ponerme de pie.

Por la orilla, un grupo de mujeres subía por la costa arrastrando sedales con peces, se quedaron mirándonos fijamente.

—Deberíamos irnos —dije, mi voz todavía ronca del sueño.

Cuando rodeamos la saliente rocosa, mi padre y Mýra venían caminando hacia nosotros por el borde del río con Hagen y otros dos hombres más. Uno llevaba una larga trenza y nos sonrió mientras nos extendía una pequeña hogaza de pan. Al ver que Fiske no la cogía, lo hice yo. La partí en dos y le di un trozo, y vaciló antes de aceptarlo.

—¿Cuánto tiempo nos llevará? —preguntó mi padre.

—Dos días. Tal vez tres, depende de la nieve —respondió Fiske.

Detrás de nosotros, Espen y Hagen ya estaban bajando un bote de los que habíamos visto hacía solo un momento enganchados al techo de roca.

—Nos encontraremos en Aurvanger. —Mi padre clavó sus ojos en los míos antes de volverse hacia los botes.

Fiske se enfureció.

Eché a correr detrás de mi padre y le hablé despacio.

—Iré contigo.

Bajó la mirada hacia mí con la frente arrugada.

—¿Por qué? Acabas de regresar, acabas de llegar a casa.

—Esto no es mi casa.

—Mýra irá. Tú te quedarás.

—Yo conozco a los líderes, conozco la aldea. Necesitáis que vaya con vosotros. —Le mantuve la mirada, intentando no revelar demasiado, pero él podía ver más allá. Siempre había podido. Y no sé qué fue lo que vislumbró, pero no le gustó en absoluto—. Por favor.

Eché un vistazo hacia el agua mientras reflexionaba y luego miró por encima del hombro hacia Espen.

—De acuerdo. —Decidió confiar en mí y me pregunté si sería la última vez.

Fiske se colgó las alforjas por encima del hombro y lo siguió hasta el bote, donde se encontraba Hagen con el agua hasta las rodillas, manteniendo la embarcación en el lugar mientras ascendíamos hacia ella. Mýra me observó mordiéndose en interior de la mejilla. Yo conocía esa mirada: estaba preocupada.

Le sonreí con dulzura, pero no pareció tranquilizarse. Sus ojos se desviaron hacia Fiske y luego regresaron a mí con una pregunta en la mirada que no contesté. Porque nunca conseguiría hacerle entender algo que ni yo misma comprendía.

Mi padre la cogió de las manos y la ayudó a subir.

—No es necesario que vengas —dije desplazándome para hacerle sitio.

Cogió un remo y se sentó mientras el bote se balanceaba.

—La única familia que me queda está en este bote.

Nos alejamos flotando en aguas profundas, dejando a Espen y a Hagen en

la orilla. Espen miró a mi padre y hubo un intercambio de miradas silenciosas entre ellos. Cuando los ojos de mi padre se deslizaron desde mí hacia el río, se me encogió el corazón. Sentí que se alejaba de mí. Sabía cuando me estaba ocultando algo.

Miré hacia atrás, buscando a Hagen y a Espen, pero ya se habían marchado. Fiske examinó a mi padre. Él también lo había notado.

Observamos los acantilados mientras navegábamos por el desfiladero y el río se estrechaba a nuestro paso. Mýra mantuvo un remo en el agua, guiándonos contra la corriente para alejarnos de las rocas mientras mi padre usaba el otro para mantener el bote en su rumbo. El río rodeó una curva tras otra hasta que llegamos a un tramo poco profundo y mi padre bajó para guiar la embarcación hasta la costa. Fiske y yo nos metimos en el agua para ayudarlo a subir el bote a un pequeño banco de arena, al pie de otro acantilado, y Mýra bajó detrás de nosotros.

Unas rocas resbalaron por el lateral del peñasco mientras una escalera de cuerda caía sobre nosotros. El extremo chocó contra el suelo mojado mientras que tres hombres se asomaban desde arriba. Fiske trepó primero y, cuando sus pies pasaron por encima del borde, mi padre sujetó la escalera. Coloqué las manos y las botas en los deshilachados peldaños de cuerda.

Sus ojos continuaban evitando los míos.

—¿Qué me estás ocultando?

Mýra salió del agua y le alcanzó un bolso a mi padre. Su mirada se paseó entre los dos.

Él alzó la vista hacia el borde del acantilado, por donde Fiske acababa de desaparecer.

—Nuestra lealtad es para los Askas, Eelyn. Ya lo sabes.

—Ella lo sabe, Aghi. —Mýra me miró, estiró los hombros y se colocó

detrás de mi padre.

—Lo sé —comenté estudiando su rostro—. Pero *necesitamos* a los Rikis. Puedes comprenderlo, ¿verdad?

Arriba, la cabeza de Fiske se asomó por el acantilado.

—Vamos, sube —me despidió mi padre.

Me impulsé hacia arriba y me estremecí ante el agudo dolor del brazo. Cuando llegué a la cima, Fiske me sujetó por el chaleco de la armadura y me levantó por encima del borde.

—Déjame que vea cómo está —dijo mirándome el hombro.

—Después. —Me di la vuelta para observar a mi padre y a Mýra que continuaban estando abajo.

Fiske se inclinó sobre mí y me habló por lo bajo para que nadie más escuchara.

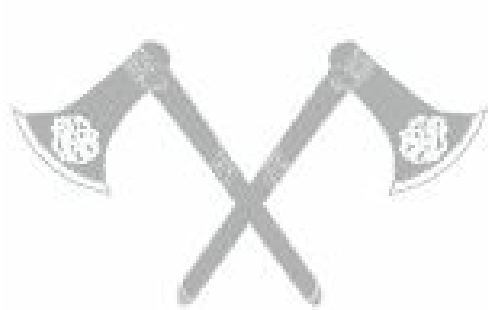
—No llevaré a tu gente a Fela si no puedo confiar en ellos. Tienes que contarles la verdad sobre Iri.

Sabía que tenía razón, pero también sabía cómo era mi padre.

—Podría destrozarlo.

Fiske clavó sus ojos en los míos.

—Podría persuadirlo.



**R**egresamos a Fela bordeando los acantilados del mar. Mýra y mi padre iban detrás de nosotros, inclinándose contra el viento que venía del agua, y Fiske lideraba la marcha sin mirar hacia atrás. Mi padre y Mýra no dijeron nada cuando le devolví las armas a Fiske, pero, por la forma en que lo miraron mientras se colocaba la funda en la cintura, me di cuenta de que no les gustaba.

La montaña apareció ante nosotros cuando la niebla se fue disipando. El sombreado contorno se alzó sobre nuestras cabezas como si pudiera vernos, como si Thora estuviera observándonos, escuchándonos. Fiske parecía pequeño ante ella y me imaginé el aspecto que debíamos tener desde allí arriba, cuatro minúsculas figuras moviéndose junto a un mar invernal.

Yo en medio de Fiske y de los demás.

En medio de los Askas y de los Rikis.

Acampamos antes de llegar al valle y nadie habló mientras encendimos el fuego y extendimos las capas sobre el suelo. Las noches eran más cálidas cada día, pero en cuanto llegáramos a Fela volverían a ser frías de nuevo. Al recordar el frío, me estremecí. Aún podía recordar el bosque azul en medio de

la noche en el que casi perdí la vida, cuando Thorpe me había dejado amarrada a un árbol.

Me quité la alforja del brazo con cuidado, intentando evitar el dolor.

—Déjame que le eche un vistazo. —Fiske extendió la mano para sujetar mi brazo, pero mi padre se adelantó y se interpuso entre nosotros. Fiske bajó la mano y dirigió el mentón hacia mi hombro—. Se lo desgarró.

Mi padre me miró, su mano pesada se apoyó sobre mi brazo y me encogí de dolor.

—¿Qué ocurrió?

—Una flecha me dio en el hombro. Se está curando —comenté restándole importancia.

—No se está curando —intervino Fiske—. Déjame que lo vea.

—¿Eres curandero? —preguntó mi padre mirándolo con cautela.

—Mi madre lo es. Hemos estado curándole el hombro.

Mi padre entrecerró los ojos y no los despegó de mi rostro. Una expresión de disgusto se dibujó en sus labios mientras pensaba con rapidez. La poca confianza que quedaba entre nosotros se agitó en el viento. Asintió con la cabeza y me desaté el chaleco de la armadura por debajo del brazo. Fiske lo levantó con cuidado por encima de mi cabeza y sacó mi hombro por la abertura de la túnica. Las viejas magulladuras estaban rodeadas de nuevos hematomas. La parte de atrás de la herida todavía permanecía cerrada. Pero la parte de delante estaba inflamada y sangraba.

—Siéntate. —Fiske fue a buscar su alforja y, cuando regresó, mi padre estaba inclinado sobre mí.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó.

Fiske se enderezó.

—Traté de escapar cuando me llevaban a Fela y uno de ellos me disparó.



Fiske abrió la vasija de ungüento que Inge nos había dado. En cuanto el olor llegó a mi nariz, la vi delante del fuego, en su casa, revolviendo la gran olla de hierro.

—Hay que drenarla. —Se inclinó para verla mejor.

Asentí mientras suspiraba, sabiendo lo que eso significaba.

—Hazlo. —Cogí el cuchillo de mi cinturón y se lo entregué.

Mi padre se puso tenso y se acercó un paso más.

Fiske puso el cuchillo sobre las llamas durante un instante, girándolo para que reflejara la luz. Cuando los bordes se pusieron al rojo vivo, lo levantó y dejó que se enfriara en el aire nocturno. Se colocó el mango del cuchillo entre los dientes mientras abría suavemente la herida con los pulgares. Apreté los ojos con fuerza mientras el calor de la infección descendía por mi brazo. El dolor se extendió desde el hombro hacia el resto del cuerpo, haciendo que me latiera la cabeza.

—Sujeta esto. —Colocó mi mano sobre un rollo de tela por debajo del hombro.

Introdujo la punta de la hoja en la herida y la deslizó hacia abajo con rapidez. Me mordí los labios con fuerza y exhalé una larga y sonora bocanada de aire. La sangre se derramó sobre mi piel y la tela la absorbió mientras él me apretaba el brazo intentando sacar la mayor cantidad posible de sangre envenenada. Lancé un gemido, me aferré a la pierna de mi padre, que se encontraba a mi lado, y apreté la cara contra ella y respiré.

Cuando Fiske terminó, colocó más ungüento en la piel abierta y la envolvió con un vendaje limpio. Sostuvo otra vez el cuchillo entre las llamas y mi sangre se evaporó del acero mientras el dolor hacía temblar todo mi cuerpo.

En cuanto se alejó de mí, mi padre se relajó, regresó junto a la hoguera y sacó un trozo de carne seca de su alforja. Me dio un trozo, pero las náuseas

me impedían comer. Me quedé quieta intentando que el dolor se calmara.

Mientras caía la noche, comieron rodeados por un pesado silencio, mirando el fuego. No saber lo que ocurría hacía que mis pensamientos se disparasen en medio de aquella tranquilidad. Mýra sabía lo que mi padre ocultaba, me di cuenta por la forma en que evitaban mirarse.

Cuando mi padre se internó entre los árboles para buscar más madera, me puse de pie. Mýra adivinó mis movimientos y me siguió hacia la arboleda, dejando a Fiske junto al fuego. Lo alcancé y me incliné para levantar la gruesa rama que acababa de cortar en dos con el hacha. La apreté contra el pecho, esperando a que él colocara el resto en los brazos de Mýra.

—¿Qué está pasando? —Él podía sentir la inquietud que brotaba de mí como el vapor en el frío.

Traté de sentir el peso de mi cuerpo sobre mis pies para ganar seguridad, para sentirme más fuerte. Como si al estar más apuntalada, las palabras que pronunciara no pudieran hacerme volar por los aires.

Se dio la vuelta, se apoyó contra el árbol que tenía al lado y enganchó los pulgares en el chaleco de la armadura. Detrás de él, Mýra apoyó las ramas en su cadera y esperó.

Tragué el nudo ardiente que tenía en la garganta.

—Iri está vivo.

Las palabras sonaron en mis oídos como un rugido gutural. Retumbaron por el bosque y se enrollaron a nuestro alrededor como una serpiente. El rostro de mi padre se endureció y dejó de respirar. Yo no aparté la vista, mantuve su mirada intentando darle algo a lo que aferrarse mientras la tormenta se desataba dentro de su cabeza.

—Está vivo. Yo lo vi en Aurvanger, era real —las palabras se fueron haciendo pequeñas conforme se escapaban de mis labios—. Estaba peleando

con los Rikis.

Mi padre se apartó del árbol y dejó caer las manos a los lados.

—No estaba muerto. Cuando lo abandonamos en el barranco, no estaba muerto. Los Rikis lo llevaron a Fela. Su curandera lo acogió.

—¿Qué quieres decir con que lo *acogió*? —mi padre finalmente habló, pero su voz parecía cansada. La ira se reflejó en sus ojos

—Alguien cayó con Iri por el barranco... era Fiske. Él le salvó la vida a Iri. Lo llevaron a Fela y lo curaron y... —Suspiré—. No sé. Acabó uniéndose a ellos.

Mi padre miró por encima de mi cabeza hacia el bosque oscuro.

—Volvimos a encontrarnos en la última batalla y me capturó para evitar que los Rikis me mataran. Pensaba retenerme en Fela hasta el deshielo y luego dejarme escapar.

Mi padre se cubrió la cara con las manos y respiró contra ellas.

—Iri ha estado viviendo con la familia de Fiske los últimos cinco años.

Se volvió hacia el reflejo de las llamas que se veía en la distancia a través de los árboles, donde Fiske continuaba sentado junto al fuego.

—¿Por qué no ha venido contigo? ¿Por qué no ha vuelto con los Askas? —Mýra se colocó delante de mí.

—Yo le pedí que se quedara. —Bajé la mirada—. Me preocupaba su seguridad. Quería decírtelo primero.

Mi padre se puso a caminar de un lado a otro.

—La familia de Fiske se convirtió en su familia. —No necesitaba verlo para saber lo que le producían mis palabras, porque aún podía recordar muy bien lo que habían causado en mí. Pero no podía apartar la vista. Su cuerpo reaccionó poniéndose rígido de la cabeza a los pies—. Yo no lo entiendo —agregué—, pero se ha convertido en uno de ellos.

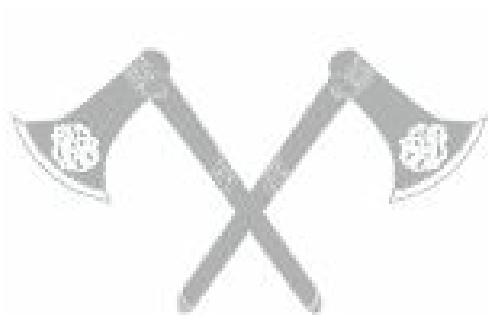
Los sonidos del bosque se acercaron en la noche y nos rodearon. Mi padre me miró durante un largo rato antes desviar los ojos hacia Mýra. Volvieron a cruzar sus miradas como lo habían estado haciendo todo el camino, pero, esta vez, la mandíbula de Mýra se puso tensa y sus brazos sujetaron la leña con más fuerza. La expresión inquisitiva de su rostro se transformó en furia. Juntó el resto de las ramas y echó a andar hacia el campamento, dejándonos solos a mi padre y a mí. Me quedé esperando, sin saber cómo podría reaccionar.

Pero cuando sus ojos volvieron a concentrarse nuevamente en mí, medio escondidos bajo las cejas tupidas, estaban brillantes y su nariz había enrojecido.

—Lo abandonamos —un susurro contenido, sofocado.

Asentí. Las lágrimas de mis ojos reflejaron las suyas.

—Pero está vivo.



S oñé con el oso.

Yo estaba en el sinuoso sendero que atravesaba Fela y tenía los pies enterrados en la nieve. Los copos caían sobre el pelaje dorado y oscuro que enmarcaba su cara, aferrándose unos a otros en grandes montones. Entonces levantó la mirada hacia mí, con esos mismos ojos grandes y negros. Eran como un cielo nocturno sin estrellas, infinitos.

Su mirada penetrante recorrió mi cuerpo y me hizo temblar mientras yo levantaba la mano y extendía los dedos hacia él. La miró y dio un pequeño paso hacia mí hasta que pude sentir su respiración en la palma de la mano.

Luego desapareció.

Di vueltas en círculo recorriendo la aldea vacía. El oso ya no estaba, pero sus huellas continuaban dibujadas en la nieve.

Cogí aire, abrí los ojos, y me encontré rodeada por ese mismo olor a frío que había sentido en el sueño. Parpadeé y metí de nuevo mis manos entumecidas en las pieles. Fiske yacía al otro lado de la hoguera, con un brazo metido por debajo de la cabeza y la tensión de su rostro apaciguada por el sueño.

El crujido de pisadas lentas y suaves acercándose me pusieron en alerta y mi mano buscó el cuchillo. Me quedé inmóvil y abrí más los ojos para que pudieran adaptarse a la oscuridad, justo cuando una sombra se deslizaba sobre mí y se agachaba en el suelo, delante de la hoguera. Para cuando la vi, ya era demasiado tarde.

Mýra se encontraba encima del cuerpo de Fiske con el hacha por encima de la cabeza.

—¡No! —grité, quitándome las pieles y lanzándome hacia adelante.

Las llamas rozaron mis piernas cuando salté por encima del fuego. Fiske ya se había deslizado hacia un lado. El hacha de Mýra golpeó contra el suelo en el lugar en donde, unos segundos antes, había estado su cabeza, y mi padre se puso de pie, blandiendo su espada. Me situé entre Mýra y Fiske con el cuchillo en la mano.

La mirada furiosa de Mýra estaba clavada sobre él.

—¡Apártate de mi camino! —Levantó el hacha.

—Mýra. —Detrás de ella, la voz de mi padre era una advertencia.

Pero no podía escucharla. No podía alcanzarla. Me adelanté y Mýra me atacó con el hacha casi a punto de golpearme en el pecho.

Fiske pasó deprisa junto a mí, le levantó violentamente la muñeca y la cogió por el cuello. Puse mis brazos alrededor de Fiske y tiré de él.

—¡Suéltala!

La lanzó contra el suelo y ella cayó de espaldas contra las piedras. De inmediato, estaba nuevamente de pie y volvía a arremeter contra Fiske. La sujeté del chaleco y la empujé hacia la arboleda.

—¿Qué estás haciendo?

Habló entre dientes, mirando por encima de mí, hacia mi padre.

—¡Lo mataré, como habíamos planeado!

—¿Qué? —Eché una mirada rápida hacia mi padre y su expresión respondió a mi pregunta—. ¿Ibais a traicionarnos?

—¿Traicionarnos? —repitió Mýra, la voz forzada.

—Hicimos un trato con él. —La empujé hacia atrás.

—Tú oíste lo que dijo Espen —señaló Mýra volviéndose hacia mi padre.

Mientras tanto, Fiske permanecía al otro lado de la hoguera, escuchando con la espada lista en la mano.

—Eso fue antes de que supiera lo de Iri. —Mi padre guardó el hacha en su funda.

—¿Qué os pasa a vosotros dos? —gritó Mýra paseando la mirada entre mi padre y yo—. Ellos son *Rikis*. ¡Nos matarán a todos en cuanto tengan la oportunidad!

—No. No lo harán —pronuncié las palabras con fuerza. Deseaba creer en ellas desesperadamente.

—Si permanecemos en Virki, los Herjas no nos encontrarán. Allí estaremos a salvo. Buscamos la aldea Riki, matamos a Fiske para que no pueda conducirlos hasta nosotros y vamos tras los demás para poder liquidarlos —escupió Mýra con odio—. *Ese* fue el trato. Y no me importa si Iri está vivo. ¡Él nos ha traicionado a todos!

Dio otro paso hacia Fiske blandiendo el hacha y yo levanté el cuchillo.

—No lo hagas —gruñí. Moriría antes de dejar que algo le sucediera a Mýra, pero no podía dejar que matara a Fiske.

Sus ojos se abrieron expectantes ante mis palabras y su mirada me atravesó.

—¿De qué estamos hablando? —Su voz se volvió más débil.

—¡De sobrevivir! —respondí. Pero eso era solo la mitad de la verdad. Había muchas más cosas en juego.

La observé pensar. Conocía a Mýra muy bien, sabía lo que tenía pensado

hacer antes de que lo hiciera. Giró sobre sus talones, pasó alrededor de mí y se dirigió hacia Fiske. Me lancé sobre ella, caímos al suelo con fuerza y rodamos hacia los árboles. Me rozó la pierna con el hacha, me desgarró los pantalones y me inmovilizó contra el suelo.

Fiske se dirigió sigilosamente hacia nosotras, pero mi padre lo sujetó y lo empujó hacia atrás.

—Déjalas.

Miré el rostro de Mýra, retorcido por la locura. Aquella mirada era la misma que le lanzaba al enemigo durante la batalla, y ahora caía sobre mí. Rodé, me coloqué sobre ella y descargué el mango del cuchillo en su muñeca, intentando forzarla a soltar el hacha. De una sacudida, me lanzó hacia un lado.

No le di la oportunidad de que blandiera su hacha de nuevo sobre mí. Lancé el cuchillo con todas mis fuerzas y lo observé girar en el aire más allá de su rostro antes de clavarse en el tronco de un árbol justo detrás de ella. Se quedó congelada y me miró conmocionada. Su rostro se debatía vertiginosamente entre la chica a quien yo conocía mejor que nadie y la de la peligrosa guerrera que luchaba a mi lado. Cuando sus ojos se clavaron sobre mí, unas lágrimas ardientes brillaron en ellos. Y luego echó a correr. Arrojó el hacha al suelo y, cuando la alcancé, descargó el puño contra mi rostro. Mi cabeza se sacudió hacia un lado, me arrojé sobre ella y la derribé.

La golpeé, con fuerza.

—¿Qué te pasa? —le grité, golpeándola de nuevo.

Me golpeó, luchó conmigo, pero no sirvió de nada. Toda la fuerza y la furia que emanaban de ella fueron reemplazadas por algo frágil y débil que inundó sus ojos hasta que las lágrimas se derramaron por sus mejillas y se cubrió el rostro con los brazos, temblando.



—Mýra. —Tiré de sus brazos intentando ver su rostro, pero me apartó.

Una vez que estuvo nuevamente de pie, se alejó tambaleándose hacia los árboles mientras sollozaba.

—¡Mýra! —Le sujeté el hombro intentando que se diera vuelta, pero logró liberarse y tropezó. La atrapé del chaleco y no la solté.

Se giró hacia mí, sus ojos delineados con *kol* estaban rojos e hinchados.

—¿Ahora tú también eres uno de ellos? —preguntó, con voz entrecortada—. ¿Quieres ser uno de ellos, como Iri?

—¡No! —exclamé mirándola a los ojos—. Mýra, yo soy Aska. Yo quiero que nuestro pueblo sobreviva. Eso es todo.

Se desplomó contra mí, sepultó la cara en mi hombro y la abracé con fuerza. Lloró apretándose contra mí y la contuve. Mi padre y Fiske nos observaban delante del fuego, como dos siluetas negras.

—Estoy sola —lloró—. Aghi y tú sois todo lo que tengo —su voz se estiró en un susurro—. Por favor, no te vayas. Por favor —suplicó.

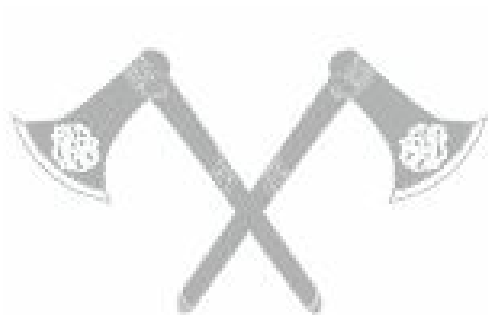
Retrocedí para mirarla.

—No estás sola —dije, con un nudo en la garganta por la emoción—. No me marcharé. Nunca.

Su cuerpo se volvió más pesado entre mis brazos y, cuando ya no pude sostenerla más, me deslicé hacia el suelo y la atraje contra mi regazo.

—*Elska ykkarr* —susurré entre su cabello—. *Elska ykkarr*.

Lloró como nunca la había visto llorar en toda mi vida y el sonido reverberó a través de los árboles. Lloró por su familia, por Hylli, por los Askas. Por todo. Y yo lloré con ella.



**M**ýra se quedó rezagada mientras Fiske nos guiaba hacia la subida de la montaña. No había pronunciado ni una sola palabra desde el amanecer y Fiske tampoco. Yo caminaba entre ellos, sin perderla de vista, mientras la nieve se volvía cada vez más profunda.

Mi padre caminaba con esfuerzo por el bosque cubierto de nieve. Su cuerpo voluminoso se balanceaba de un lado a otro delante de mí mientras ascendíamos por la pendiente. El silencio que había caído sobre él era como una carga que se arrastraba entre nosotros. No tenía claro cuáles eran sus sentimientos. Sabía que la noticia de que Iri estuviera vivo lo había hecho feliz, pero el guerrero que llevaba adentro probablemente quisiera matarlo. Y además de eso, la culpa nos seguiría a ambos por el resto de nuestras vidas: habíamos abandonado a Iri y ya no podíamos dar marcha atrás para cambiarlo.

El camino de ascenso hacia la montaña era muy diferente al que habíamos trazado para descender. Fiske nos condujo a través de unas cavernas de hielo azul mientras comenzaba a nevar nuevamente. El hielo se alzaba a nuestro alrededor como olas congeladas antes de romper y el sonido de nuestras

pisadas rebotaba a nuestro alrededor durante la marcha.

Supe que estábamos cerca cuando los árboles se abrieron en un claro cubierto de hierba y salpicado de tallos altos y congelados de milenrama. Sus hojas se habían puesto amarillas en la época de de frío más intenso y las flores se habían vuelto quebradizas en los días que habían transcurrido desde que me fui. Deslicé la mano por encima de ellas cuando cortamos camino a través de las tupidas plantas y recordé a Halvard ocultándose entre la hierba, espiándome mientras yo trabajaba arrodillada sobre la tierra. Tomé una flor entre los dedos, la corté y me la guardé en la capa.

Mientras el bosque se iba oscureciendo, surgió ante nosotros el sendero que conducía a la aldea y Fiske alzó la mano para que nos detuviéramos.

—Les haré señales. Ya saben que venimos.

Mýra echó una mirada por el sendero, alrededor de Fiske.

—Conservaremos nuestras armas. —Mi padre sujetó con fuerza su cinturón.

Fiske asintió, pero la inquietud de sus rostros era evidente. Era la misma inquietud que bullía dentro de mí. Estaba conduciendo a mi familia hacia territorio enemigo.

—¿Iri está allí? —Mi padre miró fijamente hacia la aldea.

—Así es. —Traté de suavizar la voz de duda que había en mi interior.

—Quiero verlo. Quiero verlo antes de hacer cualquier otra cosa.

Fiske asintió, dio un paso hacia adelante y silbó entre los árboles. Esperamos en silencio, el corazón golpeaba dentro de mi pecho, hasta que respondió otro silbido.

—Nos reuniremos en el templo.

—No. —El tono de mi padre fue cortante.

Miré a Fiske y sacudí la cabeza. Mi padre era un hombre supersticioso, no

habría nada que lo convenciera a entrar en un templo de Thora.

—Entonces en mi casa —acordó Fiske.

Mi padre y Mýra desengancharon sus hachas de las fundas y caminaron más despacio. Yo hice lo mismo: deslicé la mano hacia mi espalda y toqué el hacha con las puntas de los dedos. Cuando finalmente llegamos, mis pasos flaquearon y abrí aún más los ojos. Estaba oscuro, pero las casas estaban iluminadas como pequeñas hogueras en un sendero sinuoso y había más Rikis acampando en todos los espacios abiertos. Cubrían cada centímetro de la aldea.

Armados y listos para la batalla.

Disminuí el paso y las espadas de Mýra y de mi padre se desenvainaron. Instintivamente, apoyé la mano en la empuñadura de la mía mientras el instinto de defensa se despertaba dentro de mí. No había vuelto a ver a tantos Rikis juntos en un solo lugar desde que me capturaron en Aurvanger.

Nos quedamos en el límite de la aldea y nos desplazamos hacia los árboles, manteniéndonos fuera del alcance de su vista. Fiske se colocó junto a mi padre y sacó la espada de su espalda. Caminamos los cuatro en fila, hombro con hombro, las armas listas. Las cabezas giraban a nuestro paso, como las ondas en el agua, mientras nos acercábamos. Estaban callados y sus ojos brillaban.

Las miradas frías y los susurros alterados de los Rikis nos rodeaban, nos encerraron mientras subíamos por la pendiente y el entusiasmo de la batalla se encendió en mis huesos, lista para darme la vuelta y blandir el hacha. Hice contacto visual con ellos mientras pasaba, comunicándoles lo que no les estaba diciendo en voz alta.

Que no teníamos miedo.

Que los mataría.

Que todo lo que me quedaba por perder estaba justamente aquí, en esta aldea.

Fiske nos guió hacia la conocida casa de tablones de madera, que se encontraba justo al borde de la aldea, y silbó otra vez. Salió humo del techo y la puerta se abrió.

Inge se encontraba con las manos apretadas y las palmas juntas delante del pecho. Su largo cabello negro caía suelto sobre sus hombros como las alas de un cuervo.

—¡Fiske! —El tono agudo de la voz de Halvard rompió el silencio.

Apareció en la entrada, echó a correr hacia su hermano y se abrazó a su cintura. Fiske apoyó una mano sobre él, sin dejar de vigilar el lugar. Cuando Halvard abrió los ojos, lo soltó y vino corriendo hacia mí. Levanté el hacha con una mano y lo apreté contra mí con la otra, incapaz de reprimir la sonrisa que había en mi rostro. Extraje la flor de milenrama de la capa y se la di. Su sonrisa se hizo más amplia antes de cogerla y correr hacia la casa, hacia Inge.

Mýra y mi padre me observaban, la conmoción dibujada en sus rostros en líneas duras y profundas. Y luego mi padre se quedó mudo, dirigía su mirada hacia el interior de la casa, donde se encontraba Iri entre las sombras contra la pared del fondo. Tenía los hombros caídos y el cuerpo inclinado hacia delante para ver a través de la puerta.

Mi padre no se lo pensó. Se deslizó sobre la nieve, pisando con fuerza e Inge se apartó, dejándole el paso libre. Lo seguí, intentando no perderlo de vista, pero ya había atravesado la verja mucho antes de que yo pudiera alcanzarlo. Y luego cruzó la puerta y pasó por delante de Inge. Entré en la casa y me detuve abruptamente, el corazón me dio un vuelco en la garganta.

Los brazos de mi padre rodeaban a Iri como si fueran cuerdas, se inclinó sobre él y lloró en su hombro, el cuerpo quebrado en sollozos. El sonido

envolvió la casa y se derramó por la aldea. Iri estaba igual, con el rostro hecho pedazos mientras mi padre se aferraba a él. Cerré la puerta en cuanto entraron Fiske y Mýra, dejando fuera al resto de los Rikis. Runa se encontraba junto al fuego y los observaba con las manos en las manos sobre su regazo. Inge también estaba junto a la pared, mirando.

Contuve el llanto que subía violentamente por mi pecho. Mi padre era un hombre orgulloso y me pregunté qué sería más fuerte para él: su sangre Aska o su amor por Iri. El alivio me inundó, relajó todos los músculos tensos de mi cuerpo y calmó mi corazón. Yo ya sabía que la traición de Iri no era más fuerte que el hecho de que él fuera nuestro, pero ver que mi padre también lo sabía, lo volvió más real.

Mi padre dijo algo al Iri al oído, pero el pelo amortiguaba el sonido. Iri asentía mientras se secaba la cara y trataba de recobrar el aliento. Había superado a mi padre solo en anchura, pero los dos seguían teniendo la misma altura. Detrás de mí, Mýra observaba con sus ojos de guerrera, las armas aún aferradas en las manos.

—Eelyn. —La suave voz de Inge se alzó junto a mí y me tocó la espalda sonriendo—. Me hace muy feliz que hayas regresado —susurró.

Respiré el olor que había llegado a asociar con esta casa: granos tostados y hierbas secándose.

—Él es mi padre, Aghi —comenté—. Y ella es Mýra, mi amiga.

Inge inclinó la cabeza en señal de saludo y Halvard pasó junto a mí para mirar a Mýra inquisitivamente. Mi padre se secó la cara con la manga y se mostró más tranquilo y yo, de inmediato, me sentí más segura. Verlo perder el control era algo que me asustaba. Echó una mirada por la pequeña casa, contemplándolo todo, hasta que sus ojos llegaron a Inge y ambos se miraron en silencio.

Alguien golpeó la puerta e Inge se adelantó y levantó la cerradura. Al otro lado del umbral, se encontraba Vidr seguido de la Tala, cuyos ojos cayeron primero sobre mí. Entraron en la casa y nos dispersamos hacia la pared del fondo mientras los seguían en fila más Rikis que no reconocí. Mi padre me miró y su mano se cerró sobre su hacha. Mýra los observó desde el rincón. Sus rostros también estaban teñidos de sospecha.

Vidr se situó frente a mi padre y lo examinó de pies a cabeza.

—Nos alegra que hayáis venido.

Mi padre los observó detenidamente, de izquierda a derecha. Se encontraba a mi lado, con la espada junto a su cuerpo. El destello de las lágrimas todavía brillaba en sus mejillas, pero era un hombre peligroso. Cualquiera podía verlo.

A mi lado, Halvard continuaba inspeccionando a Mýra. Estiró la mano para tocarle el cabello, pero ella retrocedió y se acercó a la pared para alejarse de él.

—Bienvenidos a Fela. —La Tala se adelantó, rompiendo el silencio. Sus dedos se enroscaron en sus collares—. Sabemos que los Askas habéis sido asaltados por los Herjas. Como podéis ver, nosotros también hemos sufrido grandes pérdidas.

Mi padre no replicó.

Vidr lo observó con dureza.

—Estos son los otros líderes de nuestras aldeas: Freydis, Latham, Torin e Hildi. —Señaló a cada una de las caras de la sala llena de gente.

—Las aldeas Riki son *siete* —corrigió mi padre.

—Los demás líderes están muertos —repuso Freydis. Tenía la capa abierta sobre un hombro, de la que sobresalía un brazo herido.

—¿Qué es lo que queréis de nosotros? —Mi padre asumió el control de la

conversación como yo lo había visto hacer tantas veces. Él siempre sabía como controlar una situación.

—Tenemos un enemigo común, que podría significar el fin de nuestros dos clanes. —Vidr dio un paso adelante—. Queremos que los Askas os unáis a nosotros para derrotar a los Herjas.

—¿Y después? —Mi padre reveló su verdadera preocupación. Pronto averiguarían que los Askas eran más débiles que ellos—. ¿Qué impedirá a los Rikis volverse contra los Askas una vez que hayamos vencido a los Herjas?

Los otros líderes miraron a Vidr, como si ellos estuvieran esperando una respuesta tanto como nosotros.

—Una tregua. Ninguno de nosotros estará en condiciones de luchar una vez que hayamos vencido a los Herjas. Y, aunque lo estemos, no volveremos a pelear entre nosotros.

—¿Y generaciones de guerra se acabarán así sin más? —pregunté, mis ojos clavados en la Tala.

Dejó que el silencio se extendiera antes de contestar.

—Tal vez los dioses tengan un nuevo camino para nosotros.

—¿Un nuevo camino? —El escepticismo en la voz de mi padre era un reflejo de la expresión del rostro de Mýra, que se encontraba a mi lado dura como una piedra.

—No siempre entendemos los designios de los dioses, ¿verdad? Pero lo que sí sabemos es que los Herjas han vuelto a resurgir del infierno del que provienen. No sé cómo os ha ido a los Askas, pero han eliminado a más de la mitad de nuestro clan en cuestión de semanas. Un mes más y es probable que todos hayamos desaparecido. Bajarán de nuevo de la montaña y os harán lo mismo. —Nos miró a cada uno de nosotros—. O podemos unirnos.

Mi padre no estaba convencido, podía ver la duda en sus ojos. No confiaba



en que ellos respetaran la tregua. Y yo tampoco, lamentablemente.

—Los Askas viven y mueren respetando su palabra —afirmó.

—Lo mismo hacen los Rikis —se alzó la voz de Vidr a modo de defensa.

—Es probable que los Rikis que mataron a mi hermana estén ahí fuera, en este momento —masculló Mýra.

—Dos hijos —gruñó Freydis—. Dos hijos he perdido en Aurvanger en los últimos diez años. No quiero reunirme alrededor del mismo fuego que los Askas. No quiero tener uno a mis espaldas mientras peleo. Pero tengo dos hijos más. —La mujer levantó la mano y apuntó hacia la puerta—. Ahí fuera.

—Freydis, ¿puedes dejar a un lado tu enemistad mortal? —preguntó Inge atrayendo a Halvard contra ella.

—¿Para salvarlos a ellos? Sí.

—¿Pero podrán los demás? —Miré a la Tala antes de que mis ojos regresaran a Mýra—. ¿Nosotros podremos?

La Tala estiró la mano hacia el cinturón de Vidr y sacó el cuchillo. Con un rápido movimiento, deslizó la hoja a través de la palma de su mano, que se llenó de sangre.

—¿Tala? —exclamó Vidr.

Luego dio un paso hacia adelante, miró a mi padre y estiró la mano hacia mí.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté retrocediendo contra la pared.

—Estoy ofreciéndooos un juramento de sangre. —Su mano colgaba entre nosotras mientras la sangre goteaba hacia el suelo.

Todos se quedaron mirándola, pero sus ojos estaban clavados en mí. Era lo máspreciado que podía ofrecer y lo sabía. No podía romper un juramento de sangre sin sacrificar el más allá. Y si alguien quería oponerse a la Tala, tendría que matarla. Y asesinar a un Tala llevaría al mismo destino desolador.

Saqué el cuchillo antes de que nadie objetara, me corté la piel y cogí su mano. Sonrió mientras apretaba su palma contra la mía.

Vidr nos observó claramente preocupado. Al vincularse a mí, ella se había colocado en una posición vulnerable. Con esto, si en algún momento había pensado en traicionar a los Askas rompiendo la tregua, ahora ya no sería posible.

La Tala se volvió hacia mi padre.

—Si lo haces, tendremos una deuda mutua, una deuda que nunca podrá saldarse.

Fiske se mantenía en silencio junto a Iri y a Runa detrás de la mesa, que estaba llena de atados de salvia. Me miró.

Yo no quería pensar en lo que todo esto significaba. Lo que un futuro semejante *podía* significar. El mismo peso que me había acompañado desde aquel día en el río en el que miré al oso a los ojos, ahora me hundía más en el suelo. Llevé el hombro hacia atrás para estirarlo, para sentir algo más, aunque fuera dolor.

De pronto, la sala me pareció pequeña. El aire era demasiado caliente, no podía respirar.

Me desplacé por la habitación buscando un camino hacia la puerta. Salí en silencio y cogí una gran bocanada de aire mientras me dirigía hacia el huerto, donde Inge había arado y preparado surcos para plantar. Saqué el hacha de la funda y abrí el cuello de la túnica intentando refrescarme la piel. El árbol que estaba junto al borde del bosque conservaba las marcas de los lanzamientos de hacha. Levanté el brazo por encima de la cabeza, luego lo bajé con fuerza y lancé el hacha hacia adelante. Aterrizó en el tronco del árbol provocando un fuerte crujido.

Escuché el sonido de la puerta al abrirse, pero no me di la vuelta para

mirar: sentirlo era suficiente. Era algo que ahora reconocía. Me quedé mirando mi hacha, incrustada en la madera.

—Se marcharán a Virki con las primeras luces del día —habló Fiske detrás de mí.

Caminé hacia el árbol y extraje el hacha del tronco haciendo palanca con el pulgar.

—¿Y después qué?

—Después regresarán con los Askas. Nos encontraremos con ellos dentro de dos días en Aurvanger.

Presioné el pulgar en el metal con más fuerza.

—¿Y después todos moriremos?

—Tal vez. —Se mantuvo a cierta distancia de mí—. ¿Irás con ellos? ¿A Virki?

Miré la casa, donde mi padre continuaba hablando con los Rikis. ¿Cómo habíamos llegado hasta aquí? ¿Cómo lo íbamos a hacer para regresar alguna vez? Quería meter la cabeza en la nieve, quería gritar.

Se acercó a mí y cogió mi mano entre la suya. Le dio la vuelta antes de enrollar una tira de tela alrededor de ella y atarla en la palma. Respiré para controlar del sentimiento que fluía a través de mí, como la cera de una vela derritiéndose.

—No te vayas. —Las palabras me golpearon el pecho.

Me mordí los labios hasta que me lloraron los ojos, no podía hablar. Tenía miedo de lo que podía decir.

—Quédate conmigo y ven con nosotros al valle. Allí nos reuniremos con los Askas.

Cerré los ojos cuando una lágrima descendió por mi cara enrojecida, intentando escapar. Intentando abandonar este momento y fingir que no había

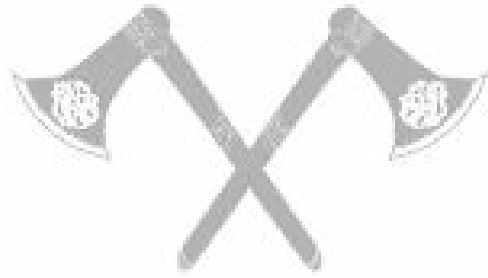
elegido un camino que me trajera hasta aquí. No era una orden sino una petición, una petición que no creía que pudiera rechazar. Él había dejado a su familia y había bajado conmigo la montaña mientras su gente seguía conmocionada por las secuelas del ataque. Me había llevado a mi casa, me había ayudado a buscar a mi padre. Ahora era mi turno de elegir.

De elegirlo a él como él me había elegido a mí.

Me volví hacia los árboles mientras él se marchaba, las botas crujieron hasta llegar a la puerta que volvió a cerrarse de nuevo. Me puse en cuclillas, coloqué la cara en las manos y sentí que la aldea giraba a mi alrededor. Traté de recordar quién era.

Fuerte, valiente, feroz, segura.

Traté de llamarla, a *esa* Eelyn que elegiría a su gente por encima de todo. La busqué en mi interior, pero ella había cambiado. Ahora yo era distinta. Y era algo que ya estaba hecho, algo que ya no podía cambiar.



**H**ablaban de cantidades.  
La cantidad de Askas.

La cantidad de Rikis.

La cantidad de Herjas.

Después de horas de debate, los líderes de las aldeas Riki abandonaron la casa en silencio. El fuego crepitaba en el fogón entre la vieja familia de Iri y la nueva. Respiré hondo y me pregunté a cuál de ellas pertenecía yo ahora.

Mi padre hizo preguntas, pero no muchas. No quería muchas respuestas, solo quería disfrutar de que el corazón de Iri siguiera latiendo. Pero, tarde o temprano, Iri tendría que responder por lo que había hecho, y todos lo sabíamos.

Mi hermano bajó las escaleras con dos alfombras para mi padre y para Mýra.

—Tu catre sigue estando arriba.

Sabía que no les llevaría mucho tiempo sacar conclusiones. La comprensión de lo ocurrido quedó expuesta en el rostro de Mýra y luego en el de mi padre. Y la confusión que estaba escrita allí, pronto se transformó en

indignación.

—¿Eras *su dýr*? —espetó Mýra poniéndose de pie.

Suspiré y me pasé la mano por el cabello. Estaba exhausta. No tenía ganas de dar explicaciones y ninguna explicación podría satisfacerlos. Jamás. Si yo fuera Mýra, sentiría lo mismo.

Mi padre le lanzó a Inge una mirada dura y fría antes de quitarle las alfombrillas de las manos y cruzar la puerta. Mýra salió detrás de él dando un portazo e Inge se estremeció.

—Lo siento. —Su semblante se desfiguró.

No le contesté. No dije que no importaba, porque no era cierto. En su lugar, cogí los atados de salvia recién hechos de la mesa y descolgué una antorcha de la pared. Me incliné sobre el fuego, la encendí y luego me encaminé hacia la puerta. Necesitaba ver el cielo que se extendía sobre mí y ahogaría el remolino de todo lo que sucedía en la aldea.

Mientras caminaba en la oscuridad, pude sentir cuántas personas se encontraban tras cada puerta cerrada y entre los árboles. Fela se había convertido en un santuario, que hervía con la furia de los Rikis. Las casas resplandecían con los fuegos nocturnos que ardían para dar calor a las familias que estaban de duelo.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta a causa de todo.

Por los muertos Askas. Por los muertos Rikis. Por todo.

El sendero dobló hacia la pendiente hasta llegar al almacén. Aparté la nieve de la puerta para poder abrirla y coloqué la antorcha en el soporte de la pared. El aroma de la salvia dulce hizo que mi cabeza diera vueltas con el recuerdo de la primera vez que entré en casa de Fiske. Y no pude entender el sentimiento que vino a continuación. Quería que las cosas encajasen en su sitio y que volvieran a tener sentido. Quería odiarlos a todos por todo lo que

había ocurrido.

Pero cuando seguí el rastro hasta el principio, me di cuenta de que todo había comenzado conmigo.

Había sido yo quien había visto que herían a Iri durante la batalla. Yo lo había abandonado. Y había sido yo quien lo había seguido por el bosque la noche en que me capturaron.

Todo comenzó conmigo. Yo había elegido este camino.

Como cuando Fiske eligió salvarle la vida a Iri.

Las bisagras de la puerta crujieron al abrirse e instintivamente cogí el cuchillo.

Fiske estaba en la entrada. Cerró la puerta tras él y se apagó la luz de la luna, dejando solamente la luz de la antorcha que yo había dejado en la pared. Mis manos apretaron la salvia con más fuerza, el aroma todavía intenso en mis pulmones. Me miró y se disipó la dureza que siempre ocultaba su rostro. Pude verlo otra vez como lo había visto en el río, como en Hylli. La parte abierta y tierna de él que conectaba conmigo. Se deslizó por el suelo del almacén, me tocó y el fuego volvió a encenderse dentro de mí.

Las lágrimas me quemaron los ojos y traté de contenerlas, pero quería verlo. Quería sentirlo. Y como si pudiera escuchar mis pensamientos, atravesó lentamente el espacio que nos separaba. Las puntas de sus botas casi tocaron las mías mientras cogía los atados de salvia de mis manos, levantaba los brazos y se inclinaba sobre mí para colgarlos de la cuerda.

—¿Qué estás haciendo? —susurré.

Pero no respondió. Bajó la mirada hacia mí antes de que sus manos me sujetaran la cara y se acercó más. Sus dedos se entrelazaron en mi pelo hasta que llevé la cabeza hacia atrás y respiré con fuerza.

—Perdóname. —Su voz era profunda.

—¿Por qué? —pregunté examinando su rostro.

Dejó caer la cabeza y sus labios rondaron sobre los míos.

—Por todo.

Sus dedos se enroscaron con más fuerza entre mis trenzas y me besó. Se zambulló en lo más profundo de mi ser, llenándome del calor que el invierno me había arrebatado, derritiendo todos los fragmentos congelados y cubiertos de escarcha en mi interior.

Sus manos calentaron mi piel, descendieron por el cuello, por encima de la clavícula, se deslizaron alrededor de mi cintura y me atrajeron contra él. Me puse de puntillas, intentando acercarme aún más a él. Intentando atravesar la oleada densa y turbia de pensamientos que me inundaban la cabeza, tratando de eliminarlos. Abrió el escote de mi túnica y, cuando sus labios se movieron hacia abajo y llegaron a mi hombro, lancé un gemido. Porque dolía, más que la herida de la flecha, más que el día en que creí que había perdido a Iri. Era una clase de dolor diferente.

Sus manos abandonaron mi cintura y se detuvieron en la cicatriz que había provocado el collar y que aún rodeaba mi cuello, que todavía no había sanado del todo. Se echó hacia atrás y la dureza volvió a dibujarse en las líneas de su rostro.

Sujeté el chaleco de su armadura y lo atraje hacia mí. Pero él volvió a levantar la guardia, asaltado por sus pensamientos.

—No te pertenezco —repetí las palabras que le había dicho la noche que me había quitado los puntos del brazo. Esta vez, para eliminar el peso que lo oprimía y acallar las palabras que susurraban en su mente.

Y porque una pequeña parte de mí todavía quería que fueran ciertas.

—Sí, me perteneces. —Me apartó el pelo del rostro para poder mirarme—. Como yo te pertenezco a ti.

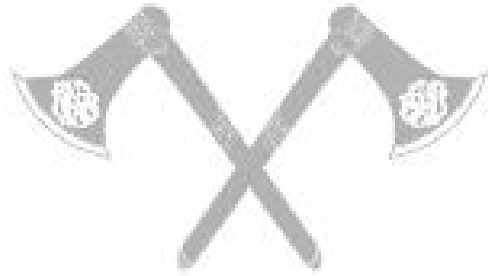


Y en ese momento dejé sentir las lágrimas que salían de mis ojos y descendían por mis mejillas. Dejé de sentirlo todo excepto a él, a las partes de nuestro cuerpo que estaban en contacto. Sin apartar mis ojos de los suyos, levanté la mano hacia las hebillas de su chaleco. Las abrí y lo aflojé hasta poder meter las manos por debajo de su túnica y apoyar las palmas contra su piel. Deslicé los dedos por encima de sus costillas y se estremeció bajo mi contacto. Su respiración se tornó más agitada.

Empujé la incertidumbre y la duda hacia la parte más profunda de mi ser. Las sepulté allí junto con las creencias y las tradiciones que me habían convertido en quien era. Pasé la túnica de Fiske por encima de su cabeza y la arrojé al suelo junto al chaleco de la armadura. Toqué las cicatrices que surcaban su piel en líneas ásperas y caóticas, las manchas de un azul intenso de los hematomas que tenía en el costado, su contorno. Secó las lágrimas de mi rostro, extendiendo los pulgares por mis mejillas y sonreí.

Desabrochó las hebillas de mi chaleco y levanté los brazos para que pudiera quitármelo junto con la túnica. Y cuando me besó de nuevo, los segundos se volvieron más lentos, se estiraron, dándonos más tiempo. Sentí su cuerpo contra el mío, desenredando todo lo que aún se interponía entre nosotros, y mi alma se desbloqueó y se entrelazó con la suya.

Y dejé que ocurriera. Me entregué a él, porque ya era suya.



**I**ri abrazó a Inge y me miró por encima de su hombro. No necesitaba pedirlo porque yo sabía lo que estaba pensando. Acompañaríamos a Runa para que llegara sana y salva a Aurvanger mientras él iba con mi padre a territorio Aska.

La soltó y no estiró los brazos hacia mí. No tenía que decirlo. Que lo sentía. Yo también lo sentía. Dejé que mi padre me abrazara y se despidiera de mí mientras Mýra se apoyaba contra la casa y hablaba con Fiske. Él se cernía sobre ella, pero Mýra se mantenía erguida, mirándolo con una expresión agresiva que la caracterizaba. Así era Mýra: pequeña pero feroz. Yo la había visto derribar hombres del doble de su tamaño. Podría haberlo matado aquella noche camino a Fela, así como Fiske podría haberla matado a ella.

Caminó hacia mí con la mirada baja y los pulgares enganchados en el cinturón. Puse mi mano en su hombro derecho y ella hizo lo mismo.

—Lo siento —murmuró acariciando el cardenal de mi rostro, donde me había golpeado.

No le dije que la perdonaba porque no era necesario. Yo la comprendía. Yo conocía ese miedo a que te lo arrebataran todo y a verte ante la amenaza de

perder lo último que amabas. Éramos guerreras. Y ella estaba dispuesta a luchar por mí de la misma manera en que yo estaba dispuesta a luchar por ella. Eso nunca cambiaría.

La realidad me golpeó de pronto cuando comenzaron a descender la nevada ladera de la montaña y me di cuenta de lo que había hecho. Durante todo este tiempo había deseado regresar a casa, con ellos, y ahora los estaba enviado de vuelta a nuestro hogar sin mí. Si existía una última oportunidad, era esta. Pero mis pies permanecieron clavados en el lugar.

—Solo serán dos días. —Fiske intentó calmar la inquietud que veía renacer en mí.

—¿Qué te ha dicho Mýra? —pregunté, mirándola desaparecer por encima de la colina.

—Que me mataría si te sucedía algo. —Se echó a reír—. Y la creo.

Apenas desaparecieron de nuestra vista, nos pusimos a trabajar. Escuché la conversación entre Fiske e Inge sobre hacer planes, provisiones y el viaje a Aurvanger. Ignoré a mi corazón, que me empujaba montaña abajo, y dejé que el sonido de la voz de Fiske me acariciara y llegara hasta ese lugar dentro de mí que todavía era vulnerable. El recuerdo de sus manos sobre mí me hizo temblar. Evoqué el sabor de su boca sobre la mía. Ya no podía deshacer el vínculo que nos unía. Y no quería.

Preparamos todo lo que Inge y Runa necesitaban para curar a los heridos. Revisamos las armas, los arreos de los caballos, llenamos las alforjas y envolvimos el pan. Cuando terminamos, fuimos a casa de Runa y ayudamos a su familia. Su madre iba a luchar por primera vez en veinte años. Extrajo la funda de su espada de un baúl cubierto de polvo en las sombras de su casa y se sentó fuera a remendar el agujero del chaleco de su armadura. Mientras observaba cómo los demás cargaban sus caballos, me sentí realmente

invisible entre ellos por primera vez. Como si se hubieran olvidado de mí.

A la mañana siguiente, descendimos la montaña por el sendero unos detrás de otros formando una larga fila. Yo iba con Halvard, junto al caballo de Inge. Fiske cabalgaba con Vidr y Freydis delante de nosotros y de vez en cuando miraba hacia atrás para asegurarse de que estuviéramos bien. Inge los observaba por el rabillo del ojo. No era la primera vez que la veía haciendo eso. Tras el ataque, Vidr y la Tala parecían haber demostrado un especial interés en Fiske. A mí tampoco me gustaba. Y no me gustaba lo que eso podía significar en una batalla.

Acampamos en el bosque, apiñándonos alrededor de pequeñas hogueras para mantener el calor. A Fiske le tocó ir a explorar el terreno con un grupo que se marchó con Latham. Los Herjas continuaban abajo, al pie de la montaña, en el valle del norte. La luz de sus hogueras nos permitían hacernos una idea de lo grande era su campamento y me alegré de que no pudiéramos ver cuántos eran. No quería saberlo cuando llegara al campo de batalla. Quería pelear como siempre lo había hecho, sin pensar en las probabilidades.

Inge, Halvard y yo dormimos uno al lado del otro en el suelo del bosque. Cuando me desperté en mitad de la noche, Fiske estaba deslizándose debajo de mi manta en la oscuridad. Metió su cara entre mi cabello y entrelazó sus brazos con fuerza alrededor de mi cuerpo. Dormí hasta que él se apartó para reunirse con Vidr a primera hora de la mañana. Me dio un beso entre los ojos y escuché cómo sus pisadas se apagaban mientras se perdía entre los árboles.

Al darme la vuelta, vi a Inge envuelta en una piel de oso de cara hacia mí. Sus ojos cansados estaban entreabiertos y me miraban por encima del cuerpo dormido de Halvard. Se me oprimió el corazón. Esperé que el miedo o la desaprobación se abrieran paso en su rostro, pero eso no ocurrió. En su lugar, me extendió la mano. Cuando la cogí, levantó la piel de oso, me atrajo hacia

Halvard y me envolvió con ella. Sonrió antes de volver a quedarse dormida y los observé respirar apaciblemente hasta que el campamento volvió a ponerse en marcha. Halvard se estiró y sus pies chocaron contra los míos por debajo de la manta.

Continamos por el camino largo que rodeaba el lago, porque éramos muchos. Vigilé atentamente a Runa y me mantuve cerca de ella durante la segunda noche de marcha. Cuando rodeamos la última curva de la montaña, pudimos divisar a los Askas en el valle del este, reunidos detrás de los caminos serpenteantes. Su campamento parecía muy pequeño comparado con el de los Herjas.

Eran los últimos que quedaban. Los últimos de mi clan.

Fiske se detuvo a mi lado, al borde del barranco, y miró hacia abajo. Permanecimos en silencio durante un largo rato mientras desfilaba la hilera de guerreros Rikis. Fuertes ráfagas de viento se precipitaban sobre nosotros, el rugido resonaba en mis oídos.

—¿En qué piensas? —Me cogió de la mano.

—En que no quiero pelear más.

Apretó sus dedos alrededor de los míos. Ahora parecía una tontería, tanta pelea. Todas las muertes, todas las pérdidas, todo el duelo. La enemistad entre los dos clanes no era nada a la sombra de la pena que había caído sobre nosotros.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó, la voz grave—. Después.

Lo miré, pero sus ojos se mantuvieron sobre el campamento, sin entrar en contacto con los míos.

—Mi padre y Mýra están en Hylli. —Era la única respuesta que podía darle. Intenté imaginarme la posibilidad de regresar a casa y dejarlo en Fela. Pero no tenía sentido intentar imaginarme lo que tal vez nunca llegaría a

suceder. Ambos podíamos morir peleando contra los Herjas.

Sus labios se separaron como si fuera a hablar, pero no lo hizo. Me rodeó con sus brazos y me atrajo hacia él.

El sol se estaba poniendo cuando llegamos al valle y los Rikis establecieron su campamento al otro lado del río. Los líderes acordaron que lo mejor era mantener a los clanes separados para evitar conflictos. Los Askas permanecieron en fila al borde del agua, observándonos. Pero, esta vez, no nos enfrentaríamos.

Atravesé el río y recorrí el sendero entre las tiendas blancas, buscando a mi padre y a Iri. Hagen apuntó hacia la tienda de reuniones y los encontré sentados alrededor del fuego con Espen. Iri se puso de pie y vino a recibirme. Al verlo en medio de ellos, aún llevando la armadura Riki, me resultó extraño y poco familiar. Pero así es cómo iríamos a la batalla: los Askas y los Rikis juntos.

—¿Y Runa?

—Está con Inge. —Asentí—. ¿Dónde está Mýra?

—Ayudando a Kalda a prepararse para atender a los heridos. —Hizo un gesto con la cabeza hacia la tienda de los curanderos, donde las sombras se movían detrás de las lonas, iluminadas por el fuego.

—Vidr quiere que nos reunamos por la mañana. Esta noche, ellos terminarán de montar su campamento y vigilarán el borde del valle para asegurarse de que los Herjas no sepan que estamos aquí.

—No tendremos mucho tiempo, quizás un día, antes de tener que atacar —comentó Espen desde atrás.

—Estoy de acuerdo —dijo mi padre.

El sol terminó de ponerse mientras me dirigía hacia el río con Iri. Llegamos a la orilla y, cuando me detuve, él se dio la vuelta para esperarme.

—Esta noche me quedaré aquí.

A la distancia, al otro lado del agua, comenzaban a resplandecer las hogueras nocturnas del campamento Riki. Permanecimos hombro con hombro, mirándolas.

—Se lo diré a Fiske. —Su voz profunda era delicada, cautelosa.

Traté de leer la expresión de su rostro, pero él estaba haciendo lo mismo conmigo.

—No sé qué hacer. —Ya había elegido, pero no sabía si mi clan me apoyaría.

—Sí, lo sabes. —Me miró otra vez.

—No puedo abandonar a los Askas —susurré—. No ahora.

—Tal vez no tengas que hacerlo.

Pero que Fiske viviera entre los Askas como Iri vivía entre los Rikis era algo que yo nunca le pediría.

Permanecí mirando a Iri cruzar el río mientras caía la noche. Cuando eché un vistazo hacia el otro lado, divisé a Fiske, una silueta de pie en la orilla del río. Él miró por encima del agua hacia nuestro campamento y me pregunté si podría verme en la oscuridad, si podría sentir que lo estaba mirando.

—Eelyn. —La voz de mi padre llegó hasta mí y, antes de ir hacia él, eché una última mirada por encima del hombro hacia donde se encontraba Fiske. Me incliné para entrar en la tienda, donde también me esperaba Mýra. Su cabello caía por encima de sus hombros hasta la cadera: seguía siendo igual que cuando éramos pequeñas. Me senté en un banco de madera y ella inclinó mi cabeza hacia un lado y arrastró la hoja del cuchillo con cuidado por la parte rapada de mi cabeza, debajo del cabello largo. Cuando terminó, levanté la mano y pasé los dedos por donde me había cortado.

—¿Qué pasó en Fela? —Limpió el cuchillo en sus pantalones—. ¿Antes de

que fueras a Hylli?

Mis ojos se desviaron hacia mi padre, pero él estaba inclinado sobre su espada, afilando la hoja.

—¿A qué te refieres?

—Le has entregado tu corazón a ese Riki. —No había nada en su tono que revelara sus pensamientos.

No pensaba negarlo, Mýra me conocía tan bien como mi padre. Pero él había tenido el sentido común de no preguntar lo que no quería saber.

—No puedes entenderlo —susurré y apreté los ojos con fuerza al recordar a Iri diciéndome las mismas palabras.

Guardó el cuchillo en la funda y me miró.

—No necesito entenderlo. —Me tendió la mano y la cogí—. Estás viva y estás con nosotros. Es lo único que me importa.

Se pusieron de rodillas, me situé junto a ellos y saqué la estatuilla de mi madre del chaleco. A mi lado, Mýra sostenía entre las manos las estatuillas de toda su familia: su madre, su padre, su hermana y su hermano. Todavía podía ver sus rostros en mi mente y la culpa, dura y sólida en mi garganta, me dificultaba la respiración.

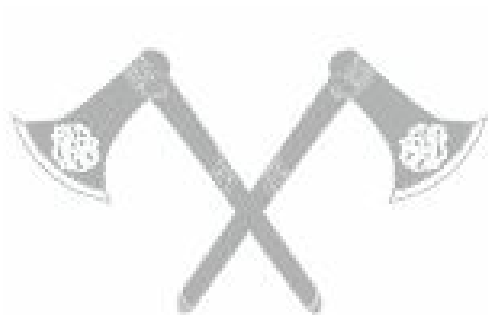
Lancé una larga bocanada de aire mientras me dejaba envolver por la calidez del sonido familiar de las plegarias. Las palabras susurradas se elevaron dentro de la tienda y permanecí en silencio, escuchando sus voces. Cerré los ojos y apreté la estatuilla contra mi corazón, pero no lloré. La inquietud había desaparecido al estar cerca de ellos, sabiendo que Iri y Fiske se encontraban a salvo, al otro lado del río, junto a Inge, Halvard y Runa.

Toqué la cara de la imagen de mi madre, apreté los labios contra ella y recé. Las mismas plegarias que le había rezado a Sigr desde que ella murió

Y luego hice algo que no había hecho nunca en mi vida.



Le recé a Thora.



**A**quellos que no podían pelear se dirigieron a Virki en dos grupos distintos, en su mayoría ancianos y niños. Halvard se marchó con Gyda, que llevaba a su bebé bien afianzado sobre su espalda. Caminó detrás del caballo de Kerling, echando una mirada hacia nosotros mientras atravesaban el valle. No discutió, pero no le gustó la idea, y a Kerling tampoco. Querían pelear. Se podía ver reflejado en sus rostros rojos como el fuego.

Ayudé a Inge a preparar vendajes y esperando a Fiske, pero no vino. Y cuando los Rikis se instalaron en sus tiendas, continué esperándolo fuera. Desde el campamento Aska, el olor del fuego del altar atravesaba el río a causa del viento. Estaban haciendo sacrificios y pidiéndole a Sigr que bendijera nuestra lucha.

Fiske no apareció por el camino hasta después del anochecer. Se detuvo en la puerta de la tienda y se quedó mirándome, su rostro estaba demacrado y reflejaba todo el cansancio acumulado.

Me trencé el cabello para la guerra y dejé que cayera por mi espalda en largos mechones entrelazados. Revisé la armadura y las armas por última vez

y alcé la vista para observar a Fiske, que hacía lo mismo. ¿Cuántas veces habíamos hecho esto antes, preparándonos para matarnos los unos a los otros?

Le amarré el pelo detrás de la cabeza y saqué el *kol* de la alforja para delinearle los ojos con los pulgares. Luego me senté en el catre y levanté los ojos hacia él, para que pudiera pintarme a mí. Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos mientras sus dedos callosos se arrastraban por mi piel.

—¿Funcionará? —pregunté.

Sus manos se quedaron inmóviles sobre mí y abrí los ojos.

—Sí —respondió.

Pero yo no estaba tan segura. Había visto la muerte de cerca demasiadas veces. Cualquier favor que Sigr pudiera haberme concedido era probable que ya estuviera agotándose.

—Si muero mañana —dije con voz ahogada—, tú cuidarás de Iri.

Asintió. No iba a decir que eso no iba a pasar porque ambos habíamos visto caer a demasiados compañeros del clan como para saber que era una posibilidad.

—¿Y si eso no ocurre?

—¿Qué quieres decir?

Me miró a los ojos mientras le daba forma a las palabras en su mente antes de pronunciarlas.

—Si regresas a Hylli, quiero ir contigo.

Retorcí la esquina de la manta entre mis manos.

—¿Y qué ocurrirá con tu familia?

—Yo iré adonde tú vayas. —Esta vez, las palabras eran inexorables.

Asentí intentando respirar en medio de las lágrimas que ascendían por mi garganta. No quería llorar. Estiré la mano hacia él y se puso de rodillas frente

a mí, entre mis piernas, y lanzó una larga bocanada de aire mientras se inclinaba sobre mí. Lo sostuve y lo estreché con fuerza.

—No quería pedírtelo —susurré con voz entrecortada.

—No tenías que hacerlo. —Apoyó la cabeza en mi hombro.

Sonreí, mis labios apretados contra su oído. Porque Fiske vivía de acuerdo a lo que le dictaba su corazón, hacía aquello en lo que creía. Era la razón por la que no había abandonado a Iri en el barranco y la razón por la que me había traído a casa.

Se subió al catre junto a mí y entrelazó sus piernas con las mías. Estiré la manta por encima de los dos y lo observé mientras se quedaba profundamente dormido, relajando el rostro y suavizando las líneas que arrugaban su frente. Lo besé allí y lo miré hasta que los ojos me pesaron demasiado como para mantenerlos abiertos.

Y después lo seguí en el sueño.

\* \* \*

Sonó un silbato a lo lejos y abrí los ojos de golpe. Fiske ya se estaba poniendo de pie, frotándose la cara con las dos manos y poniéndose las botas. Me incorporé despacio, busqué las mías en la oscuridad y me puse de pie para poder ponerme la funda. Crucé los brazos sobre el pecho, enganché los dedos por encima de los hombros y dejé que Fiske abrochara las hebillas. Guardó la estatuilla de mi madre en el chaleco, contra mi pecho. Yo había esperaba que el dolor de mi hombro se hubiera apaciguado.

El resto del campamento estaba preparándose fuera mientras yo lo ayudaba con la armadura, comprobándolo todo dos veces. Cuando mis manos pasaron por tercera vez sobre su armadura, las cogió entre las suyas y esperó a que lo mirara.

—Al lado izquierdo, cerca del muelle —su voz continuaba despertándose—. Estaré allí con Iri.

Asentí. Yo había tenido razón sobre los planes de Vidr. Fiske dirigiría uno de los grupos.

Levantó mi mano, la abrió y apoyó sus labios contra ella, y esa sensación me atravesó y me conectó a la realidad. Luego sus labios encontraron los míos en la oscuridad, suaves y cálidos, y encajaron perfectamente.

—*Qnd eldr* —susurré el grito de batalla de su clan contra sus labios. Respira fuego.

Sonrió. Luego puso su mano detrás de mi cabeza y me besó la mejilla.

—*Qnd eldr*.

Salimos de la tienda a la oscuridad que antecede al amanecer. Me apretó la mano por última vez antes de marcharse por el sendero, uniéndose a la fila de Rikis que se dirigían a sus posiciones. No miré hacia atrás mientras corría en la dirección opuesta, hacia los Askas. Cada clan tenía su tarea y, si ganábamos, nos encontraríamos con los Rikis en Hylli.

Los que lográramos sobrevivir.

Me acerqué a la fila buscando a Mýra. Primero distinguí a mi padre y sus ojos se encontraron con los míos al acercarme a él. Se inclinó para besarme antes de empujarme hacia mi sitio sin decir una palabra.

Mýra ya estaba esperándome y revisamos mutuamente nuestras armaduras otra vez.

—¿Cómo está? —preguntó posando de inmediato los ojos en mi hombro.

Lo hice girar sobre sí mismo y me dolió.

—Puedo usarlo, pero está débil —admití.

Asintió apretando los labios.

—Entonces mantente a mi derecha.

Ella tendría que dirigirnos con el lado izquierdo, que no era su lado fuerte. Pero yo había hecho lo mismo por ella en el pasado. Era lo que hacíamos, nos cuidábamos mutuamente. Así sobrevivimos. Y estar otra vez en el frente con ella era como regresar a casa. Una casa que nunca podría arder o romperse.

Me volví hacia el ennegrecido valle del este. No podíamos ver el bosque que nos separaba de los Herjas, pero estaba ahí. Y conocíamos ese bosque, habíamos peleado en él toda nuestra vida.

Busqué la estatuilla de mi madre dentro del chaleco y mis dedos chocaron contra algo más. Logré extraerlo de donde se encontraba apretado contra mi corazón y lo coloqué frente a mí. Una sonrisa se extendió por mis labios y las lágrimas amenazaron con salir. Era un *taufr*, los talismanes que usaban los Rikis para proteger a sus seres queridos. Fiske tenía que haberlo deslizado en mi chaleco junto con la estatuilla. La piedra era lisa y negra, las palabras talladas en la superficie.

*Ala sál.* Portador del alma.

Guardé el *taufr* en el chaleco.

Mýra levantó el escudo delante de ella y yo desenvainé la espada y el hacha, sintiendo cómo su peso tiraba de mi cuerpo hacia abajo. Comenzaron las plegarias de mis compañeros del clan y me uní a ellas, clavando los ojos en la oscuridad mientras mi corazón latía más rápido. Todos los músculos y todos los huesos se despertaron haciendo que mi cuerpo cobrara vida.

Pedí a Sigr por mi padre y por Mýra; pedí a Thora por Iri y por Fiske.

Sonó el silbido y echamos a correr a un ritmo similar. Nuestros pies golpearon el suelo casi al unísono y desaparecimos en el bosque que teníamos delante, manteniendo las filas mientras serpenteábamos a través de los árboles. Cada vez que nos cruzábamos con un centinela, los Askas que estaban a nuestra derecha los iban derribando uno por uno. Llegamos al otro

extremo del bosque y las estrellas todavía pendían sobre el campamento, en un cielo claro y diáfano. Los Herjas que montaban guardia estaban justo donde queríamos que estuviesen.

Nos agazapamos y descendimos la colina, dispersándonos alrededor del lado este del campamento. Sin detenernos, nos movimos como una bandada de pájaros. Le hice señas a Mýra cuando escogí una tienda. Ladeó el mentón a modo de respuesta y me siguió mientras yo doblaba hacia la izquierda. Nos colocamos a ambos lados de la entrada y nuestros ojos se encontraron bajo la luz de la luna justo antes de que yo me deslizara en el interior, los pies silenciosos sobre el suelo húmedo.

Había dos catres: un hombre y una mujer. No vacilamos. Cada una se situó sobre un cuerpo dormido, los cuchillos en el aire. Tragué una bocanada de aire mientras tapaba la boca de la mujer Herja y deslizaba la hoja por su garganta. Retrocedió y me incliné sobre ella. Silencié sus gritos mientras se retorció debajo de mí y esperé a que se quedara inmóvil.

Justo detrás de mí, Mýra ya estaba esperando en la salida.

Nos dirigimos deprisa hacia la tienda siguiente mientras otros Askas corrían rápidamente en la oscuridad alrededor de nosotras. Matamos a otros siete Herjas dormidos antes de que el primer grito fuerte resonara en el silencio. Me quedé paralizada sobre el catre del cuerpo todavía caliente, escuchando por encima de mi acelerada respiración.

Balbucesos.

Un estrépito.

El silbido: ya sabían que estábamos aquí.

Giré sobre mis talones mientras el campamento estallaba en gritos y un hombre cruzaba la entrada de la tienda blandiendo un hacha. Levanté el brazo y lo llevé hacia atrás, dejando que la mía volara por el aire. Le pegó en el

hombro y cayó de rodillas antes de aterrizar de cara contra el suelo, enterrando mi hacha.

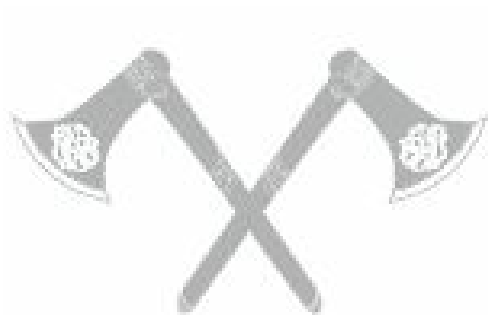
Eché a correr, resbalé por la tierra y le di la vuelta para recuperar mi arma mientras otro hombre se acercaba por detrás. Mýra lo atravesó con su espada y chasqueó la lengua. Hora de marcharnos. Me levanté de un salto, clavé un tacón en el suelo para impulsarme hacia adelante, para regresar hacia el bosque con los Askas. Guardé la espada y el hacha y eché a correr.

El pánico se propagó rápidamente por el campamento y el aire se llenó de gritos y del repiqueteo de metal mientras los Herjas gritaban órdenes. Pasé por encima de un cuerpo tendido en el suelo y eché una mirada a mi alrededor. Todavía éramos muchos, podíamos derrotarlos.

Desaparecimos detrás de la hilera de árboles y no nos detuvimos. Nos dirigimos hacia Hylli corriendo con pies ligeros sobre un laberinto de raíces y rocas, que se enroscaban en el suelo del bosque. El sonido familiar de las pisadas de Mýra se mantenía cerca de mí mientras acelerábamos el paso.

Cuando llegamos al valle del este, el rugido de los Herjas resonó en el aire. Mientras las primeras luces de la mañana comenzaban a brillar a través de los árboles, los divisamos a lo lejos. Venían detrás de nosotros, persiguiéndonos.





**R**edoblé el esfuerzo y aceleré el ritmo, balanceando los brazos de un lado a otro mientras descendíamos por el valle. Detrás de nosotros, los Herjas nos seguían en una masa caótica. Justo delante, los Rikis nos esperaban en Hylli.

Fiske e Iri nos esperaban.

Medí cuidadosamente mi respiración, con los ojos puestos en el mar. Podía olerlo en el viento: el olor de mi hogar. Me rodeaba y me impulsaba hacia adelante. Me transportaba.

El sonido de los Herjas fue creciendo detrás de nosotros y la espada que se balanceaba en mi cadera comenzó a lastimarme la pierna. Pero continué corriendo más rápido, me esforcé más. Rebusqué en mi interior y la encontré de nuevo: a la Eelyn que había luchado y sobrevivido tantas veces que ya había perdido la cuenta.

Busqué todos los recuerdos de batallas anteriores y los reproduje en mi mente. Iri, a mi lado, un hacha en cada mano. Mýra, corriendo delante de mí, un rugido en la garganta. Me recordé quién era: una guerrera Aska que lo había perdido todo, una joven con fuego en la sangre, y le dije que continuara

corriendo.

Se acercaban velozmente, acortando la distancia que nos separaba. Los techos calcinados de Hylli aparecieron ante nuestros ojos y un silbido resonó encima de las colinas. Los Askas doblaron abruptamente hacia la derecha, en dirección a los peñascos, donde revoloteaban las aves marinas que planeaban contra el viento. Eché la cabeza hacia atrás intentando encontrar las pocas fuerzas que me quedaban para llegar un poco más lejos.

No redujimos la velocidad. Saltamos por encima del barranco, donde el cielo azul se encontraba con la roca formando una línea dura y las aguas turbulentas batían abajo la blanca espuma. Un último esfuerzo en nuestra carrera de una hora nos impulsó hacia él. Mis compañeros del clan desaparecieron detrás del peñasco mientras yo divisaba cabezas que se asomaban desde sus posiciones dentro de la aldea: arqueros. Las primeras flechas silbaron por el aire y pasaron volando sobre nosotros formando un arco cuando Mýra y yo llegamos al barranco.

Contamos los pasos y lanzamos nuestro peso hacia adelante. El suelo se inclinaba abruptamente frente a nosotras. Aterricé de lado, resbalando con los pies hacia adelante y las manos hacia atrás. Mi cuerpo se deslizó sobre las piedras sueltas hasta que el acantilado se terminó y comenzamos a caer. El viento me azotó y enderecé el cuerpo. Apreté la mano sobre la espada en mi cintura e inhalé profundamente llenando de aire los pulmones mientras el mar de color zafiro se acercaba cada vez más.

Choqué con fuerza contra la superficie del agua. Las burbujas subieron compitiendo unas contra otras en estelas ondulantes mientras el resto de mis compañeros caían al agua. Rompí la superficie buscando a Mýra. Ella se dirigió hacia la orilla, luchando por cortar el agua con una mano. Me esforcé para llegar hasta ella mientras los pulmones me quemaban y el agua fría

atenazaba mis fatigados músculos.

Logré salir a la superficie para coger aire, mientras la corriente me empujaba de un lado a otro. Mýra se arrastró sobre las rocas y se desplomó justo cuando el resto de Askas se deslizaban por encima del acantilado y caían al agua. En unos instantes, serían los Herjas quienes caerían sobre nosotros. Cerca de la aldea, el muelle se extendía sobre el agua y recorrí los rostros en busca de Iri y de Fiske. Cuando los divisé, sus ojos ya estaban clavados en mí. Estaban esperando la llegada de los Herjas para liquidarlos en el agua uno por uno. Respiré profundamente al verlos antes de volver a organizar mis pensamientos. La afilada esquina de una roca me arañó la espalda mientras me arrastraba con dificultad hacia la orilla, donde se encontraba Mýra intentando ponerse de pie.

—¡Mýra! —le grité y ella cayó de rodillas sujetándose el brazo.

—Se me ha salido. El brazo —anunció con el rostro pálido.

Me arrodillé junto a ella, le quité el escudo y metí la mano por debajo del chaleco de la armadura para palpar los huesos de su hombro. Presioné los dedos hasta que encontraron la suave hendidura en la parte superior del brazo y ella se encogió de dolor y gimió. Tenía razón: estaba dislocado. Desenvainé el cuchillo y corté las correas del chaleco por debajo de su brazo. No teníamos tiempo. Cuando se lo arranqué por encima de la cabeza, arqueó la espalda y lanzó un grito.

Los Askas salían del agua y se dirigían hacia la aldea. Me doblé y encajé el tacón de mi bota en sus costillas por debajo del brazo mientras las olas rompían a nuestro alrededor.

Tomé su muñeca con ambas manos, la miré a los ojos y esperé a que asintiera. Inhaló con fuerza.

—¡Hazlo!

Lentamente, llevé mi cuerpo hacia atrás mientras ella rugía en lo profundo de su pecho. Esperé a que la articulación se colocara en su sitio, sosteniéndola de manera firme y equilibrada. Crujió y los ojos de Mýra se abrieron de golpe, respirando con dificultad. Miró por encima de mí y sus ojos se abrieron aún más.

—¡Eelyn!

La solté y busqué el cuchillo que estaba en la arena. Una mujer Herja venía hacia nosotras, golpeando el agua mientras corría. Me levanté de un salto, me lancé contra ella y la lance al agua. Forcejeó contra mí hasta que empujé el acero en su estómago y el agua se tiñó de rojo con su sangre. La ola siguiente levantó su cuerpo y, al alzar los ojos, vi que los Herjas habían empezado a caer por el acantilado, algunos con flechas clavadas en el cuerpo. Se desplomaban en el agua como si fueran rocas, agitando los brazos y moviendo las piernas.

Mýra ya estaba de pie cuando regresé a la playa. Actué con rapidez: recogí la funda de sus armas de las rocas antes de pasarla por encima de su cabeza y ajustársela en diagonal a través del pecho, para que mantuviera el brazo en su sitio. Coloqué la espada en su otra mano y corrimos hacia Hylli al tiempo que los Herjas se zambullían en el mar.

Otra nube de flechas silbó por encima de nuestras cabezas aterrizando detrás de nosotras y llegamos a la parte más tranquila de la playa, que conducía al templo. Mis ojos regresaron hacia el muelle, que todavía estaba cubierto de guerreros Rikis, pero ya no pude distinguir a Fiske y a Iri. Nos dirigimos hacia el sendero principal que atravesaba el pueblo y los Herjas que no se habían arrojado por el barranco detrás de nosotras, descendían por la colina, tal como había planeado mi padre.

Resonó otro silbido y la primera fila Riki embistió contra ellos. Chocaron

en la ladera con gran estrépito y Mýra y yo corrimos a toda velocidad por las casas abandonadas hacia el terreno desnudo donde alguna vez se había erguido nuestro templo. Los Herjas pasarían por allí y nosotros estaríamos esperándolos.

El cielo empezó a llenarse de nubes grises y oscuras y yo no quitaba los ojos de Mýra. Corría con el brazo pegado a su cuerpo, blandiendo la espada en la mano izquierda y, cuando llegamos a nuestras posiciones entre los demás Askas, se dobló sobre los talones y respiró abatida por el dolor.

Me abrí paso entre los cuerpos y me coloqué junto a ella.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien —respondió asintiendo con los dientes apretados.

Eché una mirada hacia atrás, hacia la playa, hacia la cala que yo sabía que se escondía detrás de la roca.

Cuando me volví hacia ella me lanzó una mirada fulminante, los ojos como carbones calientes.

—No te atrevas a decirlo —rugió.

Ella nunca me perdonaría por pedirle que se escondiera. Lo sabía, porque a mí me pasaría lo mismo. Ella nunca retrocedería, especialmente si yo aún estaba luchando. Tiré de su brazo izquierdo y la ayudé a sentarse junto a mí. Se enderezó, inhaló con calma y se armó de valor.

Los Rikis estaban enredados en una pelea con los Herjas en la playa. El enjambre de guerreros peleando cubría cada centímetro del terreno, las espadas chocaban unas con otras por encima de sus cabezas y los gritos rugían por encima del ruido de las olas. Cuando los cuerpos se fueron separando, logré ver a la Tala dando vueltas con un hacha sobre la cabeza. Giró y su experiencia en la batalla se hizo evidente por la forma en la que se movía. Se inclinó sobre un Herja caído y le sostuvo la cabeza sujetándolo por

el pelo para poder cortarle la garganta. Mientras se levantaba, sacudió la sangre de la hoja y buscó al siguiente.

Permanecí en mi posición, esperando, y cuando otro grupo Herja apareció sobre la ladera que conducía hacia la aldea, nos dejamos llevar por el viento y corrimos hacia ellos.

Me puse a la altura de Mýra y encontré a mi primer objetivo. Un Herja rubio con las muescas de la hoja de una espada talladas en la armadura de plata de su pecho. Al verme, clavó sus ojos en los míos y adaptó su dirección para chocar contra mí. Con un gruñido, arremetí directamente hacia él y luego giré dejando que mi hacha retrocediera por encima de mi cabeza para impulsarme hacia un lado. Mis pies se levantaron del suelo y curvé los brazos hacia adentro mientras la hoja se hundía en su cadera. Luego choqué contra el suelo y rodé.

Una bota me pegó en el hombro y lancé un grito. Cuando logré divisarlo, estaba tendido boca arriba con los brazos abiertos hacia cada lado, mirando el cielo mientras unos pies pasaban corriendo a su lado. Me puse sobre él, le arranqué el hacha de la piel y la sangre manó libremente, mientras sus ojos sin vida se apagaban.

Mýra extrajo su hacha de otro cuerpo, andando con dificultada a causa de las heridas. Otros dos guerreros venían hacia nosotras. Cogí el escudo de un cuerpo que estaba en el suelo, hundí los talones y levanté el hacha. Esperé que la mujer se acercara, me agaché y la derribé. Cuando voló por encima del escudo, alcé el brazo y mi hacha se clavó en su espalda.

Mýra se encontraba en el suelo, debajo del otro Herja, que estaba a punto de clavarle la espada.

—¡No! —El pánico se encendió dentro de mí como si la tierra se abriera debajo de nosotras.

Salté sobre la mujer que se desangraban en el suelo y arrojé el escudo por encima de Mýra. Ella se enroscó debajo de él y yo me volví para enfrentar al Herja. Su espada comenzó a descender entre nosotros y levanté mi hacha para detener el movimiento. Chocó contra la hoja con tanta fuerza que hizo que el hacha se deslizara de mis dedos y cayera al suelo, junto a mí.

El cuchillo de su otra mano avanzó hacia mí y traté de retroceder, pero la hoja me abrió un tajo por debajo de las costillas. Mientras la sangre brotaba bajo mi chaleco, extendí los brazos y lo cogí de la cintura. Rodamos hasta que se le cayó la espada. Cuando quedé con la espalda contra el suelo, Mýra ya estaba sobre nosotros con el escudo. Lo levantó y luego lo descargó sobre la cabeza del Herja con un aullido gutural. Sus huesos crujieron bajo el peso del escudo y su cuerpo quedó inmóvil a mi lado antes de que yo gateara hasta alcanzar mi hacha.

Los guerreros que habían quedado en pie se dirigieron hacia la playa, donde el último grupo de Herja había quedado atrapado en las rocas, entre la aldea y el agua. Nos encaminamos hacia ellos. Ignoré el ardor en mi costado. La sangre bombeaba por mi cuerpo con tanta fuerza que apenas lo sentía. Mýra derribó al primer Herja que se cruzó en nuestro camino y yo me ocupé del segundo, mientras mis ojos se clavaban en el agua, donde flotaban los cuerpos chocando unos con otros en un océano teñido de color rojo.

Aska. Herja. Un Riki alto y corpulento, de pelo negro peinado hacia atrás en una coleta enmarañada.

El aullido del viento abrió un agujero en mi interior, entré corriendo en el agua y le di la vuelta al cuerpo. Pero no era él.

Le di la vuelta otro.

Y otro.

El corazón dejó de latir dentro de mi pecho y olvidé el ruido de la pelea que

me rodeaba, olvidé el olor de la sangre que empapaba mi chaleco. Busqué frenéticamente dándole la vuelta a todos los cuerpos que había a mi alrededor, hasta que un sollozo escapó de mi pecho.

Mýra se abrió paso hacia mí.

—No lo encuentro —tartamudeé. Detrás de ella, apareció un Herja y me sequé la cara para ver más claramente—. ¡Abajo!

Mýra obedeció y yo extraje el cuchillo del cinturón y lo lancé. La hoja se hundió en su cuello. Avancé por el agua y lo dejé con las manos en la garganta.

—¡Eelyn!

Escuché su voz y todo se detuvo. El agua, la batalla, el viento. Miré hacia la playa, intentando encontrarlo, pero distinguí primero a Iri. Su hacha volaba hacia adelante formando un arco y aterrizando en un Herja que se encontraba en la playa.

—¡Eelyn!

Y entonces lo encontré. Fiske se hallaba en la orilla, mirándome, mientras su pecho subía y bajaba. La espada colgaba pesadamente junto a su cuerpo, el rojo brillante de la sangre Herja chorreaba del borde. Sus ojos se toparon con los míos y mi espada se hundió en el agua. De pronto, sentí el cuerpo débil, pesado. El alivio distendió todos mis músculos tensos y doloridos. Y luego sus ojos cambiaron, sus labios se abrieron y su cara se retorció. Y reconocí esa mirada, la recordé del día en que vimos a Halvard amarrado al caballo, sangrando por la nariz.

El peso de un cuerpo se estrelló contra mí, me derribó y mi espada se hundió en el fondo del mar. Estaba debajo del agua, los rayos del sol se asomaban entre las nubes iluminando el agua roja, como si estuviera rodeada por un velo rosado. A mi lado, aparecieron piernas, unas manos se



sumergieron, me sujetaron la garganta y apretaron. Las burbujas brotaron a mi alrededor mientras gritaba. El hombre era una silueta borrosa sobre la superficie, la cara retorcida, los dientes apretados. Me sacudí debajo de su peso lo golpeé con las piernas intentando encontrar un lugar al que agarrarme. Pero no lo encontré. La arena y las rocas se desplazaban por debajo de mí y cedían mientras mis dedos arañaban sus brazos. Me estaba debilitando.

Me retorcí intentando liberarme, pero el Herja era muy fuerte. Y cuando dejé de moverme, mis manos flotaron delante de mi rostro, mi cabello se levantó en mechones dorados ante mis ojos. Lentamente, los pensamientos fueron abandonando mi mente, mi cara se fue relajando y clavé la vista en el cielo, más allá del rostro del hombre, mientras el agua fría del mar inundaba mis pulmones.

El sol se reflejó en su armadura plateada y la luz brillante se ensanchó y aumentó hasta que lo cubrió todo y me devoró.

Algo me sacudió dentro del agua, las manos se soltaron y me liberaron. Parpadeé despacio, el hombre desapareció y solo quedó el cielo ondulante. Salí a la superficie y vi su rostro: Fiske. La línea cuadrada de su mandíbula se ensanchó mientras gritaba y me miraba, pero yo no podía oírlo.

Y después el agua brotó violentamente de mí, la sal me quemó el pecho y la garganta. Me atrajo hacia él y volvió el sonido, el agua, la aldea, los guerreros. Me sostuvo con firmeza mientras yo tosía y me atragantaba. Coloqué mis brazos alrededor de su cuello y lo abracé con tanta fuerza que la herida de mi costado ardió de dolor.

Me soltó y sus manos se deslizaron por mi cara moviéndola de un lado a otro, bajaron por mis brazos revisando mi piel. Me examinó con cuidado hasta que llegó al tajo que tenía debajo de las costillas. Gemí mientras

estiraba la piel para ver lo profundo que era.

—Estoy bien —jadeé, atrayéndolo otra vez hacia mí.

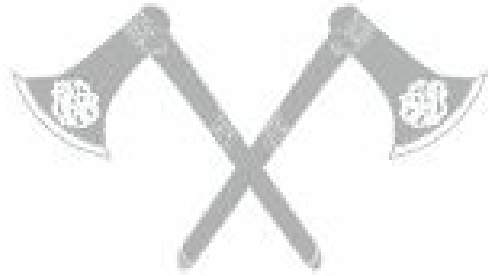
Apretó firmemente la herida con la palma de la mano y mi sangre chorreó entre sus dedos.

—Estás bien —repitió casi como si hablara consigo mismo.

Apreté mi mejilla contra la suya, intentando recobrar el aliento, y me levantó con el otro brazo. Caminamos con esfuerzo por el agua hacia la playa. Mýra se acercó a nosotros, con un corte en la frente del que la sangre manaba libremente. Detrás de ella, Iri se encontraba en las rocas cuando sonó el último silbido, el que indicaba que todo había acabado.

Eché una mirada hacia la aldea. Mi aldea.

Descansaba mutilada sobre la orilla. Cuerpos sin vida salpicaban los senderos y flotaban en el mar a nuestro alrededor. Pero Hylli continuaba allí, con los Askas y los Rikis que todavía quedaban de pie.



**S**ujeté el brillante cabello de Runa entre mis manos y lo peiné con los dedos. Ella estaba sentada mirando el fuego en casa de Inge y, cuando una lágrima cayó lentamente por su mejilla, se la secó con un extremo de la falda.

Solo habían transcurrido cinco semanas desde que su madre había muerto en la batalla de Hylli. Yo sabía lo que era perder una madre... y sabía lo que era encontrar una nueva. Eché una mirada hacia donde se encontraba Inge haciendo una corona con las primeras flores silvestres de la primavera, para la cabeza de Runa.

El viaje de regreso desde Hylli había sido largo. Cuando la batalla concluyó, regresamos al campamento Herja, donde nos esperaban los prisioneros Askas y Rikis. Trajimos a los heridos Rikis hacia la montaña y aquellos cuyas heridas no les permitían moverse se quedaron en Hylli, bajo el cuidado de los dos únicos curanderos Askas que habían sobrevivido. Pero el deshielo había llegado con una semana de antelación y, en cuanto la nieve comenzó a derretirse, Runa dijo que no quería esperar más para llevar a cabo la boda.

Entrelacé las elaboradas trenzas sobre su cabeza e Inge colocó encima la corona: flores amarillas y blancas flotaban sobre ella como si fueran mariposas. Llevaba el vestido con el que se había casado su madre, de lana azul pálido con ribetes dorados. Parecía una diosa de pie en la pradera, recortada contra la montaña cubierta de nieve.

El dolor instalado en lo más profundo de sus ojos igualaba al amor que también residía en su interior. Runa e Iri recitaron las palabras sagradas frente a la Tala, uno junto al otro, mientras el resto de los Rikis los observaban. Fiske sonreía a mi lado y, cuando me pilló mirándolo, chocó su cadera contra la mía, haciendo que mi larga falda se balanceara alrededor de mis tobillos. El vestido negro que había llevado en *Adalgildi* cubría casi todas mis heridas y cicatrices, pero no las borraba.

Seguimos la procesión hasta el templo para disfrutar del banquete. Pero, esta vez, mi padre y yo nos sentamos con la familia de Inge. Iri buscó mi mano por debajo de la mesa cuando se inclinó para besarme suavemente detrás de la oreja.

Recordé el aspecto que tenía, tendido con los ojos fijos en el cielo, aquel día cuando lo abandonamos en el barranco en Aurvanger. Y al chico roto sangrando en la nieve junto a mi hermano. Me pregunté si los dioses habían tenido un plan para nosotros desde entonces. Había pensado mucho en ello, desde que la idea me invadió aquel día estando en el mar, después de la batalla de Hylli. Que, si Iri y Fiske no se hubieran encontrado aquel día en el campo de batalla, cinco años atrás, los Rikis nunca lo habrían encontrado ni lo habrían querido. Nunca se habría unido a ellos y yo no lo habría visto esa noche. No me habrían cogido como prisionera ni habría estado allí cuando llegaron los Herjas. Los Askas nunca se habrían unido a sus enemigos. Todos estaríamos muertos o sobreviviendo en los márgenes de lo que alguna vez

habían sido nuestras vidas.

Pero todo esto no sucedió por mí. Yo no era especial, pero Iri sí lo era.

Mi garganta se puso tensa al verlo ahora con el hermano pequeño de Runa en los brazos, allí en el templo. Los hermanos de Runa eran ahora su responsabilidad, la de ambos. Y así como Inge se había convertido en una madre para Iri, Iri se convertiría en un padre para ellos. Era demasiado para que mi corazón pudiera albergarlo, ya que todavía estaba buscando un espacio dentro de mí para reemplazar a lo que antes solo albergaba odio por los Rikis.

Y ahora mi corazón les pertenecía a ellos, de muchas maneras.

\* \* \*

El agua del fiordo se volvió azul brillante, como si supiera que estábamos regresando a casa. Pero la imagen del agua roja y resplandeciente durante la batalla todavía estaba grabada en mi mente.

Inge y yo sostuvimos un lado de la puerta mientras Fiske la colocaba en las bisagras.

Cuando le contamos que Fiske vendría a Hylli conmigo, se echó a reír y dijo que lo había sabido mucho antes que nosotros. Pero la sonrisa de su rostro era afligida y desolada. Pasaron meses antes de que aceptara a venir con Halvard a vivir con nosotros en el fiordo. Los Askas de otras aldeas habían regresado a sus casas, dejando a Hylli vacía y sin curandera. Antes de que el invierno siguiente cayera sobre la montaña de Thora, el número de Rikis en Hylli creció de uno a tres.

Inge había visto cómo la casa se volvía más pequeña detrás de nosotros mientras echábamos a andar por el camino. Descendimos por la montaña, pero la sensación de que las cosas que existían entre Iri y yo, seguían sin

arreglarse, continuaba instalada en mi pecho. Quizá nos llevaría el resto de nuestras vidas entender qué había pasado. Pero quizás ahora tendríamos tiempo.

Construimos nuestra casa en el extremo sur de la aldea, sobre el agua, en un terreno donde alguna vez había existido algún otro hogar. En el lugar donde la casa había ardido hasta los cimientos todavía existía una línea negra que manchaba la tierra. Yo recordaba a sus habitantes: un anciano llamado Evander y su hijo. Pero ahora se habían ido, sus almas estaban en *Sólbjörg* con la esposa de Evander, que había muerto varios años antes.

Mýra ocupó mi lugar junto a mi padre, en la casa que había sido mi hogar. De alguna manera, ese siempre había sido su sitio. Él se mantenía apartado, observándonos trabajar. Su pierna herida en la batalla sanaba lentamente, pero inclinaba su peso sobre un bastón, que probablemente usaría el resto de su vida. Eso no me asustaba, como habría sucedido antes del invierno, porque ya no habría más temporadas de lucha. Jamás.

Casi todos los Herjas que habían venido al valle fueron liquidados en Hylli. Los pocos que habían quedado, fueron perseguidos y capturados. Colgamos sus huesos de los árboles, sobre los acantilados, pero yo todavía seguía soñando con que aparecían en el bosque. Seguía soñando que estaban en el mar. Si alguno había sobrevivido, el dios al que servían los había arrastrado entre las sombras.

Esa noche, me senté en el acantilado durante el atardecer con los pies desnudos balanceándose contra el viento, que traía desde el agua el aroma de la sal y de los peces. La imagen de los cuerpos flotando atravesó mi mente, pero la aparté. Cerré los ojos para recordar a la antigua Hylli. Una pequeña aldea Aska enclavada en el fiordo, el hogar del pueblo de Sigr, que los enviaba a pelear cuando llegaba la temporada de lucha.

Y esas eran las costumbres. Las cosas estaban donde no debían. Como dos cielos nocturnos en un lago congelado. Uno mirando hacia abajo desde arriba y otro mirando hacia arriba desde las profundidades. Le di la vuelta a la palma de mi mano y pasé el dedo por la cicatriz que la atravesaba. Era la promesa que la Tala me había hecho y una promesa que había cumplido.

La puerta se abrió y sentí el calor de Fiske sobre mi espalda mientras se sentaba detrás de mí, con sus piernas colgando a ambos lados de las mías y sus brazos envolviéndome la cintura. Me atrajo hacia él bajo la luz tenue, apretó la cara contra mi cuello y respiró contra mí.

Observamos a Halvard corriendo por la playa, gritando y lanzando piedras con los otros niños.

Niños Askas.

—Será distinto —dijo Fiske—. Para él será distinto.

Halvard no crecería entrenándose para la temporada de lucha, no crecería odiando a los Askas. Ahora, vivía entre ellos. Él sería fuerte por razones muy distintas a las nuestras.

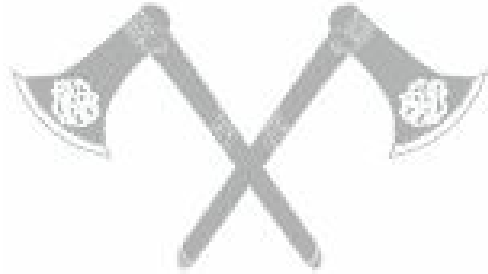
Aún podía ver a una joven Eelyn en la playa, balanceándose con el viento, la espada en una mano y el hacha en la otra. No la había perdido ni la había enterrado, solo había dejado que se transformara en algo nuevo. Yo siempre había envidiado a Iri por tener un corazón puro y tolerante, y ahora el mío también se había abierto a la fuerza.

Yo seguía siendo igual, pero también era distinta.

Cerré los ojos otra vez, recliné la cabeza contra el hombro de Fiske y entrelacé mis dedos con los suyos. En el lugar donde encajaban perfectamente las personas que alguna vez habíamos sido y las personas que éramos ahora.

Donde podíamos ser los dos.

# Agradecimientos



**D**ecir gracias nunca es suficiente. Es una palabra pobre y débil para expresar todo lo que hay en mi corazón.

A Joel, mi roca, mi Estrella Polar y profeta de mi ser más auténtico, ni una sola vez has echado agua sobre mis llamas. Gracias por no permitir que me diera por vencida ni dejar que mis sueños ocupen un segundo plano. Gracias por recordarme una y otra vez que tengo el talento suficiente. Si hay alguien responsable de lo que hay en estas páginas, eres tú. Te quiero.

A mis hijos, las pequeñas llamas de imaginación que arden debajo de mis ojos atentos y me inspiran todos los días.

A mi familia, de hierro y de piedra. Mi padre, que me dio la tenacidad y la terquedad para luchar por lo que quería con cada gota de sangre que corría por mis venas. Desearía tanto poder ver tu cara mientras miras mi libro. Pero yo sé que me estás observando. Mi madre, que me enseñó el significado de la fuerza y de la constancia. Mi hermana, que tiene toda la calidez y dulzura que a mí me faltan. Mis hermanos, dos de los mejores personajes que se han escrito, y Rhiannon, que nos eligió.

A Barbara Poelle, que me arrancó de los fríos interrogantes y me ayudó a



enfrentar mis miedos. Todas las palabras se desvanecen cuando pienso en lo que has hecho por mí. Gracias, gracias, gracias. Desde el fondo de mi alma, gracias.

A Eileen Rothschild, mi editora, que peleó como una guerrera por este libro. Gracias por respirar fuego. Tú y toda la gente de Wednesday Books habéis convertido mi sueño en realidad. Creaste una ventana para que el mundo viera mi corazón.

A Meghan Dickerson, Kristin Watson y Lizzie Provost, que siempre me aceptaron como soy. Me enseñaron a ser fiel a mí misma y me dejaron crecer. Siempre he querido ser como vosotras cuando me hiciera mayor. Y todavía quiero.

A Amy Sandvos, Angela Porras y Andrea Torres, el refugio al que acudo una y otra vez. Gracias por quererme.

Al clan Sandvos que está siempre en expansión y a mis queridos amigos Bill e Ida Settlage, Rich y Melissa Lester, y Clay y Emily Butler. Su apoyo lo significa todo para mí.

A Stephanie VanTassel, la primera amiga que una vez me miró a los ojos y, sin parpadear, me dijo que mis historias se publicarían. Stephanie Brubaker y Lyndsay Wilkin, flotadores en el mar brutal de la creación. Y Candy Chand, que aceptó la invitación a almorzar de una chica que no sabía nada de esta industria. Natalie Faria, gracias por leer la primera versión de esta aventura y dejar que estos personajes te partieran el corazón.

A la comunidad de autores, que le abrió los brazos a una extraña, especialmente a Renée Ahdieh. Sin su guía y consejo, podría haberme arrojado por varios acantilados.

A mi banda de autoras locales, que me recibieron como a una igual cuando mi incertidumbre estaba en su punto más alto: Stephanie Garber, Shannon

Dittemore, Rose Cooper, Kim Culbertson, Jenny Lundquist y Joanna Rowland. Sobre todo, a Jessica Taylor, que me salvó de tantas e incontables maneras. Gracias por brindarme generosamente tu tiempo y tu energía, y, más que nada, por decirme que le mandara un e-mail a Barbara.

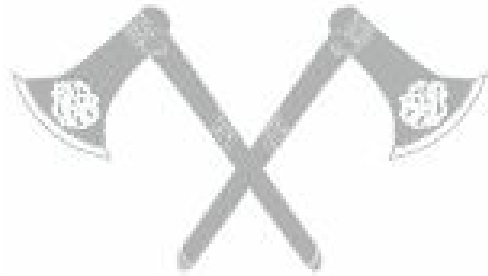
A Stephanie y a Tiffany Nordberg, que cuidaron fielmente a mis pequeños mientras yo construía un mundo y a sus personajes, para colocarlos, ladrillo a ladrillo, en estas páginas.

Para los maestros que vieron lo que había dentro de mí antes que yo. Los que no le tuvieron miedo a mi tosquedad y llegaron hasta mi corazón. Me cambiasteis la vida. Sostuvisteis la antorcha sobre el camino oscuro para que yo pudiera seguirlo. Sra. Zweig, mi profesora de tercero y la primera persona que me dijo que yo sería escritora. Abbie Jacobson, que me enseñó que no existen reglas en la narración. Jay Garrett, que me trató como a una intelectual y me ayudó a expresar lo que había en mi mente.

Hay muchos más amigos y familiares que creyeron en mí, y les estaré eternamente agradecida.

A Kristin Dwyer: estas líneas son para ti. Tú creíste en ese sueño brillante que yo había colgado del cielo. Con un suspiro y un cabeceo, me concediste veinticuatro horas para Eelyn y Fiske, y, en esas veinticuatro horas, se encendieron las chispas del fuego apasionado que los unía. Estoy ansiosa por ver las líneas que tú me dediques a mí al final de tu libro. Espero que incluya una disculpa por haberme dejado sola en el Mundo de Harry Potter.

## La crítica dijo...



«Personajes fascinantes y multidimensionales en un mundo crudamente hermoso. Una historia apasionante con una narración rica y elaborada», **Renée Ahdieh**, autora *best seller* del *New York Times*.

«Feroz, vívido y violentamente hermoso. Este libro libraré una guerra contra tu corazón tan audaz y brutal como las batallas descritas en sus páginas», **Stephanie Garber**, autora *best seller* del *New York Times* con *Caraval*.

«Un asombroso debut que dejaré a los lectores a la vez encantados y sin aliento», **Roshani Chokshi**, autora *best seller* del *New York Times* con *The Star-Touched Queen*.

«Una historia con la ferocidad y el corazón tierno y salvaje de su personaje principal», **Traci Chee**, autora *best seller* del *New York Times* con *La lectora*.

«Completamente única e inmediatamente adictiva. Quedé cautivada desde la primera página», **Kerri Maniscalco**, autora *best seller* del *New York Times* con *A la caza de Jack el Destripador*.